



# LA GRAN EVASION

PAUL BRICKHILL



se

Lectulandia

Un grupo de aviadores han caído prisioneros; son británicos, norteamericanos y australianos. No se conforman con estar encerrados en el campo de concentración nazi, ni con la dura realidad, ni con el incierto futuro que les espera. Se han organizado y ahora son más de doscientas personas que llevan meses trabajando en la construcción de un túnel que les permita la fuga.

Han tenido que ir perfeccionando el sistema, y ahora son expertos. Sin embargo, otras veces les han pillado y después del castigo correspondiente —encerrados en la dura «nevera»— han sido distribuidos a otros campos. Ahora están en el temido Stalag Luft III, situado cerca de la ciudad polaca Zagan. Es célebre por su fama: el que entra no vuelve a salir.

Los anteriores fracasos les han hecho más prudentes, y pese al numeroso grupo de prisioneros que participan en los trabajos procuran que no sepan realmente qué se hace. Cada uno sabe su misión y nada más.

Con increíble ingenio y aprovechando las habilidades de cada uno, fabrican brújulas y uniformes, dibujan mapas, tiñen sus ropas con betún para simular las chaquetas azules alemanas, fabrican maletas de cartón, falsifican documentación y se hacen con víveres de los que envía Cruz Roja para atender sus necesidades (piensan en los primeros días en libertad).

Lectulandia

Paul Brickhill

# La gran evasión

ePub r1.0

Titivillus 13.11.2018

Título original: *The Great Escape*  
Paul Brickhill, 1950  
Traducción: Pomaire

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

La gran evasión

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

A los Cincuenta los años han suavizado la memoria pero no la han desvanecido. Ni creo que jamás lo lograrán. Esta es la primera vez que se narra la más grande evasión en masa que se haya intentado. He utilizado algo del material de mi libro *Escape to Danger*. Era necesario. Era una parte de esta historia.

Paul Brickhill

## Preludio

**R**OGER BUSHELL acababa de cumplir los treinta años cuando llegó a Dulag Luft, el campo de recepción para los prisioneros de la Fuerza Aérea. Era un hombre alto, temperamental, de anchos hombros y los ojos azul pálido más fríos que he visto en mi vida. A los veinte años había sido campeón nacional de esquí en Gran Bretaña, y en cierta oportunidad, en una carrera internacional en Canadá, al descender a una velocidad infernal por la ladera de un cerro, tropezó en el saliente de una roca. La punta de uno de los esquís penetró brutalmente en el extremo inferior de su ojo derecho. Después de operado y cosido, le quedó un defecto en el ojo que hacía que su mirada fuera extrañamente siniestra y pensativa.

El 23 de mayo de 1940 había conducido a los doce *Spitfire* de su escuadrilla sobre las costas entre Dunquerque y Boulogne. Abajo, unos hombres en uniformes de batalla avanzaban por las playas, y regaban de sangre la arena con la lluvia de bombas. No había muchos pilotos de la R.A.F., porque, en realidad, no eran muchos los pilotos de la R.A.F., y la mayoría de ellos estaban sobrevolando los límites del campo de batalla para impedir que los bombarderos se acercaran.

Fueron cuarenta los *Messerschmidt 110* que se lanzaron en picado contra los *Spitfire*, y cinco de ellos se encargaron de Bushell. Dio una patada al timón, giró bruscamente y los aviones alemanes pasaron por su lado y ascendieron vertiginosamente. Cuando vio que el último se alejaba, Bushell enderezó su aparato y ascendió casi verticalmente, y fue entonces cuando sus ráfagas alcanzaron al alemán. Surgieron llamas del motor de babor del *Messerschmidt*, que giró sobre sí mismo y se desplomó.

Otro *Messerschmidt* se aproximaba a Bushell por el frente. Ambos disparaban sus ametralladoras; todo eran resplandores rojizos y entonces Bushell pasó a escasa distancia sobre el alemán y vio que éste ascendía bruscamente, comenzaba un rizo y luego caía despidiendo humo. Bushell también estaba tocado; el humo penetraba en su cabina. El motor se inflamó y el humo desapareció.

Pudo alcanzar tierra planeando y, mientras el *Spitfire* arrastraba el vientre estrepitosamente, surgieron llamas bajo la capucha del motor. Se había dado un golpe en la nariz con la mirilla de la ametralladora y salió de la cabina con el rostro cubierto de sangre. Después de encender un cigarrillo y mientras observaba al avión envuelto en llamas, juzgó que estaba en territorio británico y que con un poco de suerte podía estar de vuelta en su escuadrón al cabo de dos días.

Una motocicleta se aproximó por un camino que descendía un pequeño cerro y giró en el otro extremo del campo. Bushell la esperó pacientemente y sólo entonces se dio cuenta de que el conductor no llevaba un casco de motorista sino un casco de guerra y, momentos después, un arma le apuntaba. (Si los alemanes hubieran sabido la clase de hombre que acababan de apresar, seguramente le habrían matado en el acto. Y les habría valido la pena.)



A pesar de ser jefe de escuadrilla de la R.A.F., Roger Bushell había nacido cerca de Johannesburgo, y a los seis años podía maldecir fluidamente en inglés, en dialectos africanos y escupir a una distancia considerable. Más tarde adquirió educación muy británica al estudiar en Wellington, en Inglaterra. Cuando tuvo que asistir por primera vez ante el director de la escuela, éste le resumió admirablemente en una carta a su madre: «No se preocupe por él. Ya ha organizado a todos los otros novatos. Conozco a esta clase de muchachos. Le pegarán con frecuencia, pero se ganará el afecto de todos.»

En Dulag Luft, los alemanes le encerraron aisladamente para ablandarle antes del interrogatorio, pero esto no fue de gran *ayuda*, ya que Bushell había sido un licenciado con verdadero talento para la beligerancia. Nada pudieron sacarle, fuera de cierta ironía un poco ácida. Entonces le dejaron en libertad dentro del campo. Se componía de un terreno despejado de unos cien metros en cuadro y tres largas barracas de poca altura, rodeadas por montañas de alambradas, reflectores y nidos de ametralladoras, y habitado por un desgraciado grupo de hombres entrenados para luchar y permanecer en silencio tras las alambradas, mientras su país esperaba la invasión.

El comandante Harry Day, el de mayor graduación, había sido derribado cinco semanas después de comenzada la guerra, mientras volaba con un *Blenheim* en forma suicida durante un vuelo de reconocimiento diurno, solitario, sobre Kaiserslautern. En la primera guerra mundial ya había volado y ahora, el cabello encanecido, alto, de carácter vital, tenía un rostro agudo y una nariz aguileña que le incluía en ese tipo de personas llamadas «caracteriales». No le gustaba el encierro, y el campo de prisioneros no le ayudó. Era capaz de sobrellevar una especie de introspección austera que muy pronto se desvanecía en un torbellino de alegría. Podía ser duro como el acero y temible, y de pronto, ese aspecto amargo y ácido se transformaba en una amplia sonrisa.

El «Burlador», mayor Johnny Dodge, había nacido en América (su madre, la señora Charles Stuart Dodge, era hija de John Bigelow, embajador de los Estados Unidos en Francia durante el gobierno de Abraham Lincoln). En la primera semana de la guerra de 1914, el «Burlador», un muchacho de veinte años, de mejillas sonrosadas, cogió un barco con destino a Inglaterra para poder volar lo antes posible. Cinco años después era coronel condecorado. Cuando los conflictos comenzaron nuevamente en 1939, el amigo y pariente de la familia, Winston Churchill, le hizo volver rápidamente a las filas y el «Burlador» fue capturado algunos meses más tarde con la B.E.F. en Francia, cerca de las costas de Dunquerque.

Ahora, a los cuarenta años, nadó varias millas en el Canal para interceptar un barco, no lo alcanzó, volvió a la costa, fue atrapado, se escapó, le atraparon nuevamente los de la Luftwaffe y, desde entonces, estuvo permanentemente en los campos de prisión para la Fuerza Aérea (excepto cuando intentaba evadirse). El «Burlador», un tipo alto y de perfectos modales, con una naturaleza caritativa

increíble, parecía haber vencido totalmente el miedo. Y no digo esto en forma extravagante. Creo que el miedo no le influía. Bushell era así y también Day.

Y también era así Peter Fanshawe, teniente de la Fuerza Aérea Naval. Fanshawe, de rubios cabellos, a quien no se le podía llamar Peter porque era un personaje tan característico de la Armada, muy recto y difícil de llegar a conocer. Jimmy Buckley era otro teniente de la Fuerza Aérea Naval, más testarudo que Fanshawe. Estaban además Mike Casey, Paddy Byrne, el pequeño duendecillo de Irlanda, y muchos otros. Dentro de la sutil jerarquía de caracteres, independiente de los grados, muy pronto Bushell fue uno de los líderes en la ambición común de evadirse. Él, Day y una docena más, comenzaron a cavar túneles. Tenían mucho que aprender al respecto. El primero lo comenzaron bajo la cama de Paddy Byrne, cortando una trampa en el piso de madera. Los alemanes, por su parte, también tenían mucho que aprender sobre la forma de descubrir los túneles, de manera que pudieron utilizar muchos que, en realidad, no debían haber servido de nada. Cavaban con las manos en la tierra humedecida y luego la ocultaban y esparcían bajo la barraca. En la ratonera la oscuridad era absoluta y todo lo hacían al tacto, trabajando con sus ropas interiores de algodón, para que no pudieran atraparles por las manchas de tierra en sus uniformes.

El primer túnel alcanzaba ya la alambrada y sólo les faltaban unos dos metros para la libertad, cuando encontraron una fuente de agua que les invadió e inundó el túnel. Comenzaron otro túnel en otra dirección. Los alemanes lo descubrieron. El invierno se aproximaba y la temporada de evasión estaba por llegar a su fin. No se pueden cruzar doscientas millas por la nieve, sin mucho alimento y abrigo, hasta llegar a la frontera.

Cuando la primavera comenzó a florecer y se reblandeció la tierra, empezaron un nuevo túnel bajo una cama en la habitación de Day, y esta vez no se presentaron dificultades serias.

En el mes de julio ya tenían unos treinta metros de longitud, habían pasado bajo la alambrada y sólo faltaba cavar menos de un metro en sentido vertical. Y después de todo eso, Roger escapó la noche antes de que el túnel llegara a la superficie.

Los prisioneros fueron llevados a un campo vecino para que hicieran ejercicio. En un extremo de este campo vivía una cabra bajo un cobertizo ruinoso. La atención de todos los guardias fue captada por una «corrida» entre los prisioneros y la cabra (tal como se tenía proyectado) y Roger se introdujo bajo el cobertizo. Mucho se había discutido sobre la forma en que saldría de su escondrijo. Buckley comenzó con la historia tan repetida al decir:

—¿Y el olor?

—Oh, a la cabra no le importará en absoluto —replicó oportunamente Paddy.

Y, tal como sucedió, a la cabra no le importó. No hubo escándalo y después de la caída de la noche, Roger se arrastró fuera de la vista de los guardias y desapareció en los campos.

A la noche siguiente, en una de las barracas, hubo una gran celebración, y mientras los guardias se preguntaban cuál podría ser la causa de esta alegría desenfadada, sin apartarse de sus ametralladoras, Byrne cavó el último metro de túnel y diecisiete sombras emergieron en el extremo más apartado y se arrastraron hacia el bosque, cubiertos por el ruidoso grupo.

El salir del campo de prisioneros es sólo la mitad de la batalla: esto lo aprendieron amargamente. Todos fueron atrapados; la mayoría de ellos al día siguiente. El «Burlador» fue cogido mientras intentaba cruzar un puente en el cual sucedió que había un guardia. Day estuvo tres días fuera, hasta que un par de guardabosques le sacaron bajo la amenaza de un par de escopetas. Había tratado de ocultar su uniforme y convertirlo en un traje civil cualquiera, pero para salir bien del paso con esta treta se requiere la complicidad de la oscuridad de la noche.

Roger tuvo *mejor* suerte. Avanzó cientos de kilómetros en dirección a la frontera suiza y estaba a unos treinta metros de ella, en un pequeño poblado, de noche, cuando un guardia fronterizo le detuvo. Roger pretendió pasar por un instructor de esquí un poco bebido que volvía a casa después de haber arreglado una competición en el pueblo. El guardia era amistoso y le creyó, pero le dijo que era mejor que le acompañara al puesto para dejar todo en regla. Sabiendo lo que eso significaba, Roger aceptó con una sonrisa y de pronto desapareció tras una esquina con un par de disparos a la zaga.

Creó haber logrado escapar cuando se encontró en un callejón sin salida, con altos muros por todas partes. Le obsequiaron con la mejor celda aislada de Frankfurt y luego le devolvieron a Dulag.

Sin embargo, la experiencia fue valiosa y los prisioneros quedaron con el sabor de la libertad en los labios.

Para los alemanes también fue una buena lección. «Purgaron» a Roger, al «Burlador» y a todos los otros que habían intentado evadirse enviándoles a un nuevo campo en Barth, en las costas del Báltico. En el lapso de un año se comenzaron allí cuarenta y ocho túneles, pero el agua estaba a poco más de un metro de profundidad, de manera que los túneles tenían que ser cavados muy cerca de la superficie y los alemanes los derrumbaban haciendo pasar carros pesados por el terreno.

Fuera del ferviente deseo de escapar de la prisión y volver al campo de batalla, había varios otros motivos para evadirse.

La Convención de Ginebra especifica que las tropas capturadas deben ser alimentadas apropiadamente. El sentido de la propiedad de los alemanes en cuanto a los alimentos no pasaba de ser una formalidad; nos alimentaban con un costo aproximado de un chelín y dos peniques a la semana. Esto no tenía nada de gracioso. Si usted ha tenido hambre alguna vez, no apetito voraz, sino verdadera hambre, comprenderá parte de la razón por la cual no se deseaba continuar bajo la hospitalidad de los alemanes. En su primer año de encierro, Roger perdió unos veinte kilos.

Al cabo de pocos meses en Barth, él y algunos otros fueron transferidos a otro campo en unos camiones, cargados como animales. Roger y otros levantaron las tablas del piso del camión y unos cuerpos comenzaron a deslizarse cubiertos por la oscuridad de la noche. Uno de ellos cayó bajo las ruedas que le aplastaron ambas piernas; murió de inmediato.

Esa noche, cerca de Hannover, Roger y un oficial checoslovaco de la R.A.F., Jack Zafouk, lograron cruzar una cerca y dirigirse hacia la frontera checoslovaca, donde vivía el hermano de Zafouk. Llegaron sanos y salvos abordando un par de trenes. El hermano les dio dinero y la dirección de un amigo en Praga, quien les acogió y ocultó.

Durante una semana tuvieron que permanecer dentro del departamento del amigo. Zafouk no se atrevía a salir porque podrían verle sus conocidos y Roger no sabía hablar checo. El amigo que les hospedaba logró ponerse en contacto con la red subterránea y arregló su evasión a través de Yugoslavia, pero justo cuando estaban dispuestos a emprender la marcha, la Gestapo descubrió la red y eliminó a todos sus miembros.

Aún sin poder salir, Roger y Zafouk esperaron semanas antes de que se pudiera organizar otra red subterránea para que los pasara a través de Turquía. Llegaron a la frontera checa y la Gestapo también cortó esta cadena. Escaparon de milagro y volvieron a Praga. En esos días, los patriotas checos mataron a Heydrich, el jefe de la Gestapo, y el infierno estalló en Checoslovaquia. Hubo muchas ejecuciones y torturas.

Y también muchas traiciones de la peor especie. Cierta mañana, sonó la campanilla del departamento. El amigo checoslovaco, su hijo y su hija, estaban fuera. Roger y Zafouk se mantuvieron en silencio y no respondieron a la llamada insistente, pero la puerta fue abierta violentamente y entraron cinco hombres de la Gestapo. Poco después estaban encerrados en celdas de la Gestapo.

Zafouk fue interrogado durante una semana y luego se le envió a otro campo de concentración. Roger fue llevado a Berlín, a una celda de la Gestapo. La familia checoslovaca fue fusilada.

Entretanto, otras evasiones continuaban; es decir; evasiones de los campos de prisioneros. Todavía, nadie había logrado llegar a Inglaterra. En Barth se organizó un primitivo comité de evasión para coordinar los trabajos de escapada. Le dieron el nombre de «Organización X» por razones de seguridad, y Jimmy Buckley recibió oficialmente el título de «Gran X».

Los alemanes, por su parte, también tomaron medidas y los «hurones» aparecieron en el campo. Eran guardias de seguridad alemanes vestidos con monos y equipados de linternas y largos hierros que hundían en el suelo para descubrir los túneles. Luego, alrededor de la alambrada, pusieron detectores de sonido a cierta profundidad para captar los ruidos hechos al cavar. Como un reloj fueron descubriendo túnel tras túnel.

Pero aún quedaban otras formas de evadirse. Un hombre se disfrazó de «hurón» y, de noche, salió tranquilamente por la puerta de la alambrada. Otros se ocultaron dentro de los camiones que traían los alimentos. Una comisión suiza (la Potencia Protectora) llegó a inspeccionar un campo, y mientras lo hacían, un grupo vestido con ropas de civil manufacturadas por ellos mismos, salió por la puerta en lugar de la comisión. Pat Leeson se vistió de deshollinador, con el rostro sucio y un sombrero de copa de cartón, como los que usan los deshollinadores en Alemania, y salió por la puerta mientras el verdadero deshollinador estaba dentro del campo.

Otro cautivo bastante inquieto fue Douglas Bader, ese hombre fenomenal que había perdido ambas piernas en un accidente de aviación en los primeros años de la década del 30, y que continuó volando con piernas artificiales y obtuvo un sinnúmero de victorias y alcanzó el grado de comandante y toda clase de condecoraciones (D.S.O., Orden al Servicio Distinguido; D.S.C., Cruz al Servicio Distinguido).

En un ataque sobre Francia se estrelló con un caza alemán y le quedó atrapada una pierna en la cabina semidestrozada. Se sacó la pierna y se lanzó en paracaídas. La R.A.F. le envió una nueva pierna artificial y, ahora con posibilidades de moverse, Bader fue tan intratable que los alemanes le sacaron del campo de concentración y le encerraron en un hospital-prisión.

Pocos días después, Bader se mezcló en un grupo de obreros y de soldados británicos prisioneros que se les llevaba a un aeródromo vecino para efectuar labores pesadas. Estuvo cuatro días con ellos buscando alguna forma de poder saltar dentro de un avión y volver a casa, pero, antes de que pudiera lograrlo, cierta mañana, el grupo fue formado ante un oficial de seguridad alemán que conocía a Bader y no tardó en señalarle con el dedo. Le llevaron a Kolditz Strafelager, el campo de castigo para los muchachos malos.

En Inglaterra, la ofensiva aérea de la R.A.F. estaba en su punto culminante y muchos buenos pilotos eran derribados.

La mayoría murió, pero algunos lograron llegar a tierra y fueron capturados. El número de prisioneros aumentaba. Para poder solventar este problema, los alemanes habían construido un nuevo campo en Sagan, un pueblo de unos veinticinco mil habitantes, en Silesia, aproximadamente a mitad de camino entre Berlín y Breslau. Estaba más cercano a la frontera polaca y a gran distancia de cualquier territorio aliado o neutral. Le dieron el nombre de Stalag Luft III, y ahora ha pasado a ser famoso con ese título. Nosotros lo llamamos el balneario de Goering, pero eso era en forma irónica. En la primavera de 1942, unos doscientos prisioneros de Barth y otros campos fueron trasladados al nuestro.

Entre ellos se contaba un tipo con la Cruz al Servicio Distinguido, un amante de la evasión. Mientras se cargaban los cajones de equipos en Barth, un intérprete alemán dijo burlonamente a los prisioneros que hacían el trabajo:

—Cuidado con esas cajas. Puede que uno de los prisioneros esté *clavado* en una de ellas.

Los muchachos dijeron todos, a coro:

—¡Ja, ja. Qué gracioso sería!

Y todos *sabían* que era muy gracioso, porque el tipo de la Cruz al Servicio Distinguido *estaba* clavado en una de esas cajas. Durante el viaje salió de la misma y pudo escapar durante uno o dos días, pero le cogieron y le enviaron a Kolditz Strafelager.

Cuando el resto llegó a Sagan, pudieron apreciar que era casi tan tétrico como se lo habían imaginado: seis barracones de madera, de baja altura, dentro de una extensión de arena y rodeados de una doble alambrada de tres metros de altura. Había un espacio de unos ochenta metros entre caseta y caseta justo fuera de la alambrada. Estaban construidas a unos cinco metros de altura, de manera que los centinelas, tras sus reflectores y ametralladoras, podían abarcar todo el campo con magnífica visibilidad y mejor radio de tiro.

A unos diez metros al interior de la alambrada se extendía el hilo de alarma, sobre sus pequeños postes de cincuenta centímetros de altura. Estaba allí para hacer que los prisioneros se mantuvieran alejados de la alambrada; y los resultados eran magníficos. Si se pasaba un pie sobre este hilo, podía tenerse la absoluta seguridad de recibir varios disparos desde el centinela más próximo.

La misma noche que el grupo llegó a Sagan, Day y otros dos se vistieron con uniformes de la R.A.F. que habían arreglado de forma que se parecieran a los uniformes de la Luftwaffe alemana (todos los guardias eran de la Luftwaffe), e intentaron salir por la puerta de la alambrada. El guardia no se dejó engañar y un furioso *Kommandant* les dio catorce días en la solitaria nevera. La nevera, como el aceite de ricino de las abuelas, era la medicina universal de los alemanes para los P.D.G. (Prisioneros de Guerra) intransigentes. Y, tal como el aceite de ricino de la abuela, la soledad nada tiene de graciosa. Incluso los alemanes, incidentalmente, la llamaban la «nevera», nombre que nos copiaron.

Había muchos otros huéspedes intranquilos en el campo nuevo. Jimmy Buckley también fue «purgado» en este lugar y, de inmediato, comenzó con la «Organización X». Antes de que transcurriera mucho tiempo, varios sindicatos de tunelistas avanzaban bajo tierra desde distintas barracas. También abundaron otros proyectos.

El mejor de todos fue la brillante idea de Ken Toft y Nichols. Sustentaban la teoría de que, a mitad de camino entre las casetas de los centinelas, debía existir un punto ciego oculto a los guardias por la gruesa alambrada. Si podían llegar hasta ese punto a través de la zona letal del hilo de alarma, podrían abrirse camino hacia la libertad (?). Si la teoría era correcta, tenían una débil posibilidad de cruzar la alambrada (probablemente para que se les cogiera en alguna otra parte). Si estaban equivocados, recibirían un balazo cada uno.

Cuatro de las casetas tenían visibilidad sobre el hilo de alarma en el sitio elegido, de manera que Jimmy Buckley dispuso cuatro grupos diferentes de diversión. A una señal dada, un prisionero gritó al centinela de una de las casetas que telefonara al

*Kommandant*, a quien deseaba hablarle. Frente a la siguiente caseta, dos hombres entablaron una sensacional pelea (fingida) y uno de ellos fue puesto fuera de combate mientras el centinela les observaba boquiabierto por la sorpresa. Frente a la tercera caseta, otro prisionero gritó al guardia pidiéndole permiso para ir en busca de una pelota que había caído junto al hilo de alarma. Junto al cuarto hombre, uno de los cautivos recibió una ducha de agua con un cubo, mientras el centinela le observaba y reía.

Y en esos cinco segundos de vital importancia, Toft y Nichols avanzaron hacia la alambrada y se apretujaron contra ella. Cien hombres mantuvieron la respiración (incluidos Toft y Nichols). La teoría dio resultado. No les vieron. Nichols llevaba un par de tijeras cortaalambradas, hechas a mano a base de dos trozos de metal. Hilo por hilo trabajaron lentamente hasta terminar con la alambrada. Una nueva señal y otras cuatro diversiones se repitieron frente a cada caseta. Toft y Nichols cruzaron a la carrera las pocas yardas que les separaban del bosque. Habría sido magnífico relatar que llegaron a Inglaterra, pero les capturaron poco después y les metieron en la nevera, castigados con la soledad.

Los tunelistas del nuevo campo se tuvieron que enfrentar muy pronto a las complicaciones. Los alemanes habían construido las casetas en medio del terreno y habían limpiado el otro extremo de la alambrada, de manera que el bosque distaba unos ochenta metros libres de todo obstáculo visual, distancia que debía ser recorrida por un túnel, si se deseaba llegar a cubierto. El suelo era arenoso y se derrumbaba con facilidad. Los túneles fueron descubiertos uno tras otro. Uno de ellos construido a muy poca profundidad, se derrumbó bajo el peso de la pata de un caballo que tiraba del carro de los alimentos, para desgracia de los tunelistas, alegría de los alemanes y sorpresa del caballo.

«Cochinillo» Lamond, un neozelandés vivaracho, de dientes salidos, ganó merecida fama con su brillante idea del «topo», que acortaba en mucho la distancia necesaria del túnel. Habíamos estado cavando una zanja de drenaje para la choza del baño, a sólo unos pocos metros del hilo de alarma, y Lamond tuvo la idea de comenzar el túnel desde la zanja. Cuando tenía más de dos metros de profundidad, cavó un agujero en uno de los taludes, en dirección al hilo de alarma, y cubrió la entrada con una chaqueta. Al cabo de pocos días, el túnel tenía ya seis metros y, una noche, él y otros dos se metieron dentro. Les enterramos allí vivos; llenamos la zanja de drenaje con rocas y gravilla. La idea de Lamond era la de cavar la distancia restante durante la noche y emerger justo fuera de la alambrada antes del amanecer.

Ambos estaban totalmente desnudos y llevaban la ropa en unos hatos. Sólo había espacio suficiente para que el uno estuviera tendido tras el otro, y sólo quedaba un metro libre hacia atrás.

Lamond, al frente, era el cavador; los otros dos acumulaban la arena al fondo, que iba llenando el túnel. Estaban a poco más de un metro de profundidad y con unos palos aguzados cavaban agujeros pequeños para respirar. La oscuridad era total y la

atmósfera terrible. Nadie había hecho esto antes y sólo era una teoría la posibilidad de obtener el aire suficiente para mantenerse con vida. Sabían que podrían perder el conocimiento gradualmente y morir asfixiados.

Los prisioneros que observaban desde la barraca más cercana vieron que salía vapor por los agujeros de respiración y rogaron para que no lo advirtieran el *hundfuehrer* y su perro alsaciano que patrullaban el campo de noche. Los «topos», al cabo de poco, perdieron la noción del tiempo. Sus relojes se detuvieron por causa de la arena y, en todo caso, la atmósfera estaba demasiado pesada como para poder encender una cerilla. Estaban pensando que ya habrían avanzado la distancia suficiente como para comenzar a cavar hacia la superficie, cuando Lamond vio que la luz se filtraba por un agujero de ventilación. Era de día.

Durante todo el día estuvieron allí sudando y soportando la terrible atmósfera viciada. El túnel tenía la misma anchura de sus hombros, de manera que escasamente podían mover un dedo. Cuando ya no se vio luz por el agujero de ventilación, esperaron aún unas horas para que los alemanes que rondaban se fueran a dormir. Luego avanzaron lentamente y descubrieron que habían justo sobrepasado la alambrada.

Después de caminar ocho millas por los bosques que orillan el río Oder, «Cochinillo» descubrió un bote a remos y subieron a él, dispuestos a llegar al Báltico, a cien millas de distancia. Al cabo de pocas horas se anunció la falta del bote y un policía que lo buscaba río abajo, les capturó amenazándoles con su arma.

Para detener este juego de los túneles, los alemanes cavaron una zanja de casi tres metros de profundidad entre el hilo de alarma y la alambrada. Cierta noche, tres hombres avanzaron nerviosamente desde su barraca, evitaron los reflectores, se dejaron caer dentro de la zanja y comenzaron a cavar un túnel «topo», como lo había hecho Lamond. Sólo les faltaban unos seis metros para llegar fuera de la alambrada, pero no habían presionado suficiente arena en la entrada del túnel en la trinchera. La arena se puede presionar todo lo que se quiera, pero en su forma suelta llena un tercio más del espacio anteriormente ocupado. Antes de que logran sobrepasar la alambrada, la arena que habían enviado hacia atrás ya llenaba todo el túnel y no se podía seguir cavando, ya que no quedaba lugar para más arena. Y así quedaron atrapados... no podían avanzar ni retroceder. Todo cuanto pudieron hacer fue cavar hacia arriba y al emerger ya era de día. Les atraparon sintiéndose bastante estúpidos allí, justo al otro lado de la alambrada.

Los alemanes llenaron rápidamente la trinchera antitúneles y tomaron medidas nuevas y mucho más eficaces: enterraron micrófonos alrededor de toda la alambrada, como en Barth. En la *Kommandantur* (el cuerpo administrativo alemán), unos hombres escuchaban atentamente, día y noche, con unos auriculares conectados a cada micrófono.

Buckley se enteró de esta noticia y él, los peritos tunelistas, Wally Floody, Ker-Ramsay el «Torcido», Johnny Marshall, Peter Fanshawe y otros, sostuvieron una



conferencia en la cual decidieron cavar dos túneles a diez metros de profundidad para quedar fuera del alcance de los micrófonos. Si descubrían uno de los túneles podrían continuar con el otro. Hicieron unas puertas-trampas camufladas en el piso de dos de las barracas. ¡Y luego vino el golpe maestro! Cavaron dos túneles superficiales camuflados de unos diez metros de longitud y allí se detuvieron. A mitad de camino de estos dos túneles, construyeron una segunda puerta-trampa camuflada en el suelo, y bajo ésta, cavaron un eje vertical de cinco metros y desde allí comenzaron el verdadero túnel. Si los alemanes descubrían los túneles superficiales, probablemente no encontrarían el *eje* vertical principal y los cavadores podrían llegar al túnel real desde cualquier otra dirección. Estaban aprendiendo y ganando en astucia.

Los «hurones» encontraron uno de los túneles superficiales, y entonces, probablemente por accidente, descubrieron la puerta-trampa oculta en él. Este fue el fin de ese túnel. El otro continuó avanzando. Los tunelistas trabajaban en total oscuridad y pasaban la tierra hacia atrás en cubos arrastrados por una cuerda. Unos dispersadores especializados ocultaban la arena bajo la barraca y la rastrillaban cuidadosamente para que no fuera demasiado visible.

Inventaron una forma primitivísima de ventilación para el túnel profundo. Se ensartaban unos palos cortos en zoquetes, como una caña de pescar, y luego se empujaban hacia arriba, a través de más de seis metros de tierra, hasta llegar a *la superficie*. Allí, el agujero era protegido y camuflado con una piedra. Un aire nauseabundo salía de estos pequeños agujeros; permitían que las condiciones de trabajo en profundidad fueran mínimas: realmente mínimas. Al cabo de un par de horas de cavar en la oscuridad total, los hombres se arrastraban penosamente hacia atrás, con la cabeza a punto de estallar y las arcadas se transformaban muy pronto en vómito verde. Con frecuencia el vómito era seco, ya que las raciones alimenticias de los alemanes no dejaban mucho que devolver.

Johnny Travis, un rodesiano pequeño y vivaracho, había sido ingeniero de minas, hasta que quedó atrapado durante tres días en una mina de oro, a más de mil metros de profundidad. Desde entonces sufría ataques de claustrofobia, pero, aun así, bajaba al túnel y trabajaba un par de horas, hasta el punto crítico, y luego subía a vomitar. La arena era tan suelta que se producían frecuentes derrumbamientos. Un segundo cavador debía estar siempre alerta para arrastrarle a uno por las piernas en caso de quedar enterrado. El trabajo no tenía nada de atractivo.

Buckley se dio cuenta de que Travis era un pequeño genio con las manos. Fabricaba platos con latas viejas y brochas de afeitar a base de tacos de madera y trozos de cuerda. Sacó a Travis del túnel y le puso a fabricar equipos de evasión: lámparas de aceite con latas usadas y como combustible margarina hervida para deshidratarla; las mechas debían hacerse, por falta de algo mejor, con cordones de pijamas. Fabricó palas con trozos de metal de estufas viejas y arregló los cuchillos de comer de forma que sirvieran de cinceles. (Buckley sobornó a los guardias alemanes para que le dieran unos trozos de limas.)

Al aumentar la longitud del túnel, el aire se hizo tan irrespirable que no pudieron continuar con el trabajo. Buckley requisó un acordeón de uno de los prisioneros y lo utilizaron para intentar la inyección de aire en el túnel. Entonces, Marshall, Travis y algunos ayudantes diseñaron y construyeron una bomba con una bolsa, utilizando como válvulas la suela vieja de las botas. Estaba a punto de ser terminada, cuando uno de ellos tropezó y la aplastó. Se construyó otra, pero los alemanes la descubrieron antes de que pudiera ser introducida en el túnel. Se construyó otra más y ésta pudo introducir el aire necesario para permitirles la continuación del trabajo.

El nivel de la arena dispersa estaba subiendo ostensiblemente bajo la barraca, de manera que cavaron un túnel corto en dirección a la barraca contigua y comenzaron a acumular la arena bajo ésta. El túnel principal fue desviado hasta pasar bajo la choza de la cocina para acumular allí más arena, pero sufrieron una gran decepción al darse cuenta de que no había lugar suficiente. Hubo un gran derrumbamiento bajo esa choza y Wally Floody estuvo a punto de morir ahogado bajo una tonelada de arena. Le hizo pasar un mal rato.

Entonces los alemanes descubrieron el otro túnel superficial. Todos nos quedamos sin aliento, pero los alemanes no vieron la puerta-trampa camuflada en ese túnel. Destruyeron la excavación, de manera que Floody y el «Torcido» cavaron un nuevo túnel falso desde otra habitación y otro eje vertical secreto para unirse nuevamente con el verdadero túnel principal. No sabían que la conejera había minado los cimientos de la choza y el peso derrumbó el nuevo túnel falso mientras Floody avanzaba desnudo por él. Tres metros de arena cayeron sobre su cuerpo, pero, por milagro, tenía la cabeza justo bajo la puerta-trampa que conducía al eje vertical secreto y pudo respirar. El equipo del túnel trabajó febrilmente durante una hora para sacarle. Tuvo suerte.

Cavaron otro túnel superficial falso, otro eje vertical y, por último, llegaron al túnel principal.

Ya llevaban meses trabajando y la «Organización X» había aumentado considerablemente. Tim Walenn y un par de hombres que habían sido artistas antes de transformarse en pilotos, establecieron una pequeña fábrica de papeles falsos y pasaportes. Tommy Guest organizó una sastrería para convertir los uniformes en ropas de civil. Otros miembros se unieron a Johnny Travis en su trabajo en metales y carpintería. El túnel continuó avanzando hasta alcanzar más de cien metros de longitud; ahora faltaban menos de treinta metros, pero la arena estaba aumentando su nivel en forma alarmante bajo la segunda barraca.

Un grupo de «hurones» irrumpió en la barraca cierta mañana, sacaron a todo el mundo fuera y casi la destruyeron para examinarla. Bajo el piso encontraron arena fresca sobre la salida del túnel de dispersión, cavaron junto a la puerta-trampa y siguieron el rastro hasta encontrar el eje vertical. Volaron todo el conjunto de excavaciones.

Buckley, Day y el «Burlador» y otros fueron «purgados» y enviados a Schubin, un campo de prisioneros cercano a Bromberg, en Polonia. En el tren que les conducía allí, el inquieto «Burlador» rompió el piso del vagón de carga en que le llevaban y saltó del tren. Un guardia le vio, se detuvo el tren y un pelotón le obligó a volver con el cañón de una pistola a la espalda. Paddy Byrne también saltó. También le cogieron.

A la semana de llegar a Schubin, Buckley, Day y compañía estaban cavando un túnel desde uno de los baños, y esta vez no hubo ningún contratiempo. El túnel tenía cincuenta metros de longitud cuando salieron a la superficie al otro lado de la alambrada. Casi cuarenta hombres pudieron escapar.

No se descubrió nada hasta el *appel* (formación de recuento) al día siguiente, e incluso entonces, los alemanes casi no se dieron cuenta. Normalmente, desfilábamos para el *appel* en cinco filas, pero esa mañana, algunas secciones desfilaron de cuatro en cuatro. El oficial alemán había terminado prácticamente el recuento cuando notó que algunas de las filas de cinco que estaba contando, no eran de cinco sino de cuatro. La presión sanguínea por poco le hizo reventar los oídos.

Cinco mil hombres fueron destinados a la búsqueda y antes de que pasara mucho tiempo, casi todos los evadidos habían sido capturados. Day estuvo fuera una semana, hasta que un Patrullero Juvenil de Hitler le vio ocultarse en un granero y la guardia local le sacó amenazado bajo varias escopetas.

A dos no les cogieron jamás, y ésta fue la tragedia. Jimmy Buckley y un muchacho danés de la R.A.F. llegaron a Dinamarca y se embarcaron en un pequeño bote desde las costas de Seeland. A cinco millas de distancia estaba Suecia y la libertad. Nadie supo nunca exactamente lo que sucedió. Quizá fueron fusilados, o capturados, o quizá zozobraron. Semanas más tarde descubrieron el cadáver del muchacho danés. De Buckley nada se supo.

Hacia fines de 1942, Roger Bushell llegó a Sagan. La Gestapo le había interrogado durante meses, tratando de acusarle de sabotaje y espía, pero el cerebro duro y ágil de Bushell le mantuvo a distancia del pelotón de fusilamiento. Probablemente le habrían fusilado de todas maneras, si Von Masse, el jefe censor oficial del Stalag Luft III, quien le conocía y estimaba, no hubiera sabido que estaba en manos de la Gestapo. El hermano de Von Masse era *Generaloberst* (coronel) y utilizó su influencia para hacer que Bushell volviera a la custodia menos peligrosa del campo de prisioneros.

En Praga, el amigo checo de Bushell le había dado un hermoso traje gris de civil, y jamás se le ocurrió a la Gestapo, que trataba principalmente con civiles, quedarse con este traje. Roger, al volver a Sagan, vestía un uniforme raído y sucio, pero llevaba consigo el traje envuelto en papeles. Von Masse le recibió al llegar al

campamento y Roger le reprendió amarga y duramente por el tratamiento que le había dado la Gestapo. Von Masse se disculpó.

—Por favor, no nos culpe a nosotros por la forma en que actúa la Gestapo —dijo—. No forman parte de la verdadera Alemania.

Y agregó a modo de advertencia:

—Lo que quiero decirle es que ha tenido mucha suerte con poder volver esta vez. No se saldrá con la suya en otra ocasión. Tengo que decirle que si vuelve a escaparse y le cogen, esta vez le matarán.

—Si me escapo otra vez, no me cogerán —dijo Roger y se lanzó en una nueva perorata contra la Gestapo, lo que dejó a Von Masse tan sorprendido que olvidó registrarle; que era justamente lo que se había propuesto Roger.

Llegó con el traje a la barraca con el proyecto de utilizarlo en su próxima evasión.

Roger había cambiado. Ya no era el muchacho alegre que creía que el evadirse era un buen deporte, arriesgado, pero más o menos como el esquí. Cuando era campeón de esquí, se lanzaba en el descenso en línea recta a velocidad máxima, maldiciendo como un carretero. Ahora estaba más tranquilo y la mirada de su ojo desviado anunciaba malos presagios. En Berlín había presenciado las torturas de la Gestapo, y ya no podía tolerar a los alemanes. Llevaba tres años tras las alambradas y su energía frustrada se había concentrado en los responsables. Maldecía a todos los alemanes indiscriminadamente (excepto a Von Masse), pero en su interior yacía un odio frío, calculador, que encontraba la sublimación en engañarles.

Los días de Buckley y de Day ya se habían terminado, de manera que ahora fue él quien tuvo el cargo de «Gran X».

# Capítulo 1

## El plan magistral

**P**ARECÍA que la guerra sería muy larga, y los alemanes estaban construyendo un nuevo campo en Sagan. En el pinar al otro lado de la *Kommandantur*, unos escuálidos prisioneros rusos habían derribado algunos árboles para despejar una zona y los obreros ya estaban construyendo las largas y bajas barracas de madera.

—Allí estarán mejor —dijo el Hauptmann Pieber, el *lageroffizier*, que se había detenido junto a la alambrada para saludar a Roger a su llegada al Stalag Luft III.

Pieber, que había conocido a Bushell en Barth, era un hombrecillo pequeño, bondadoso, con unas enormes cicatrices en ambas mejillas y un corazón sentimental. Si hubiera sido *lageroffizier* en el infierno y le hubiera visto a uno llegar chillando de terror, habría pestañeado tiernamente tras sus gafas y le habría acogido con los mejores augurios.

—La mayoría irá al nuevo campo —agregó—. El año venidero les recibirá mejor en ese lugar. Tendrán grifos en las barracas, e incluso lavabos.

—Un cambio —dijo Roger con ironía—, es tan bueno o mejor que un día de fiesta. ¿Cuándo nos trasladamos?

—Me parece que en marzo —dijo Pieber.

Roger, observando la nieve que se había acumulado en la horrible alambrada, pensaba en el verano: la temporada de las evasiones.

Llamó a Wally Floody y juntos reunieron a Fanshawe, Ker-Ramsay y a los otros.

—Si esos malditos obreros no se rompen el espinazo, estaremos en el campo nuevo en la primavera —dijo—. Comenzaremos de inmediato con los proyectos. Mi idea es la de cavar simultáneamente tres túneles principales y poner a trabajar a unos quinientos hombres. Los «hurones» podrán encontrar uno o dos, pero tenemos que salirnos con la nuestra en el tercero. ¿Qué creen ustedes?

Floody, el canadiense delgado, sonrió y musitó con voz ronca:

—Eso es hablar.

Ramsay murmuró unos instantes, como hacía siempre antes de hablar, y luego afirmó con pasión escocesa:

—¡Será algo magnífico!

Conk Canton y Johnny Bull dijeron exactamente lo mismo. Johnny Marshall dijo:

—¡Será algo magníficamente colosal!

Fanshawe no cambió de aspecto, como metido dentro de su propio mundo, pero surgió de él un gruñido profundo. Esta era una reacción poderosa en Fanshawe.

La conferencia duró dos horas y todos ellos expresaron ideas, algunas impracticables, otras buenas. Al terminarse, los puntos básicos estaban *decididos*: tres túneles a diez metros de profundidad con raíles subterráneos y talleres, producción masiva de pases, una sastrería, producción masiva de brújulas y mapas y una inmensa

organización de espionaje y de seguridad. Un año atrás, esto habría parecido imposible, pero las lecciones habían sido aprendidas duramente y por mucho tiempo, de manera que ahora cada uno sabía lo que podía hacer.

Roger llevó los detalles a Massey, el oficial británico de mayor edad y capitán del grupo. Su pierna deforme (un poco más corta) descansaba sobre una mesa y fumaba su pipa. Escuchó con satisfacción, pero expresó una sugerencia bastante intranquilizadora.

—Escuche, Bushell —dijo—, ha estado dos veces fuera y casi lo logró. La Gestapo piensa que usted es un saboteador y desearía colgarle otros cargos. Entiérrese durante un tiempo y deje el camino al resto. No quiero que termine su vida con un disparo en la nuca.

—No terminará así, señor —dijo Bushell—. Este trabajo va a ser muy largo y si podemos salir, ya se habrán olvidado de mí. Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento, si a usted no le importa.

—Comenzarán a preocuparse antes si saben que está cavando túneles. Le enviarán a Kolditz —dijo Massey.

—Esta vez no me atraparán —respondió Roger, muy confiado—. La seguridad es total y creo que no habrá fallos.

Massey le observó dubitativamente y luego dijo:

—Bien, por el amor de Dios, tenga cuidado. Creo que sería mejor que se mantuviera aparte y apareciera como un chico reformado. Hágase cargo de la parte dispositiva y aléjese del trabajo mismo. Yo cuidaré de que todo el campo le respalde. Cualquier cosa que necesite no tiene más que decírmelo y se transformará en un orden.

Lo dijo con cierta amargura, resignado ante el hecho de que no tenía posibilidad de escapar. Había ganado la Cruz al Mérito como piloto en la primera guerra, pero, entonces, se aplastó un pie cuando le derribaron. El mismo pie sufrió graves daños cuando recibió la Orden al Servicio Distinguido en Palestina y, por último, en esta guerra, se lo había roto por tercera vez al tener que lanzarse en paracaídas sobre el Ruhr. En realidad no debiera haber estado volando, pero deseaba hacer un último viaje antes de que le inmovilizaran en una oficina. Ahora, cuando podía moverse, lo hacía apoyado en un palo, con su pie oculto por una vieja bota de piloto. La condición era pintoresca, pero las limitaciones eran obvias ante la ágil técnica de la evasión.

Roger reunió a sus especialistas y, uno por uno, les condujo millas y millas por el circuito mientras explicaba sus deseos. El circuito era una senda alrededor del campo, justo al interior del hilo de alarma. Allí se podía caminar durante horas, hasta que los miembros se agotaban y uno ya no se preocupaba del hogar o de la guerra, o de cosas incluso más importantes como el sexo y la bebida. Allí también se podía hablar sin ser escuchado. Los «hurones» tenían la mala costumbre de ocultarse bajo las barracas

o sobre los techos o fuera de los muros, ayudados por la oscuridad de la noche y con los oídos alerta.

Mientras recorrían el circuito, Roger dijo a Tim Walenn que deseaba doscientos pases falsos; y Tim, que jamás maldecía y que era el hombre más educado que he conocido en mi vida, se retorció el bigote y dijo:

—¡Jesús!

—Quizás Él pueda ayudarte —dijo Roger impíamente. Walenn expresó amargamente que no creía pudiera lograrse, ya que los pases tenían que ser hechos a mano. Pero Roger le repitió que los necesitaba y que no discutiría más el asunto.

Dijo a Tommy Guest que, llegado el momento, necesitaría doscientos trajes completos de civil. Guest empalideció y dijo que era imposible. Fuera del problema del material y la confección, no habría dónde ocultarlos hasta que el túnel estuviera terminado.

—Consiga el material —dijo Roger—. La mayoría de los muchachos que van a escapar tendrán que convertir sus propios uniformes en ropas de civil. Quiero que coordine las cosas, que usted haga una parte y que enseñe al resto cómo deben hacerlo.

—¿Y cómo ocultaremos todo eso? —preguntó Guest, resistiéndose hasta lo último.

—Ya arreglaremos ese punto llegada la hora —dijo Roger.

Al Hake, un australiano flemático, alzó sus espesas cejas negras cuando Roger le dijo que necesitaba doscientas brújulas. Respondió que vería si podía construir una línea de producción en masa.

Roger dijo a Des Plunkett que necesitaba mil mapas, y Plunkett le respondió que lo haría si podía contar con la gelatina suficiente para hacer un mimeógrafo.

Travis casi sufrió un ataque cuando Bushell le describió todos los raíles, bombas de aire y tuberías y talleres subterráneos que tenía en la mente. Respondió que comenzaría a preparar las herramientas.

Roger sostuvo otra conferencia con Massey, y éste se entrevistó con el *Kommandant* y le sugirió que algunos P.D.G. podrían ayudar en las obras del nuevo campo. Un espíritu cooperativo, pensó el *Kommandant*, y accedió benignamente. Y así, los grupos de obreros marcharon alegremente, y con ellos, con caras inocentes, fueron Roger, Floody, Ramsay y Fanshawe. Levantaron un plano del terreno del nuevo campo, midieron las distancias y los ángulos, en forma aproximada, y estudiaron la zona exterior a la alambrada. De vuelta a sus barracas, unieron todos los datos y trazaron las direcciones de los túneles y las distancias por recorrer.

Uno de ellos demostró tal interés que un bondadoso agrimensor alemán le mostró la mayoría de los planos y el prisionero volvió cojeando a su barraca, con la pierna tiesa y muy pensativo. Bajo el pantalón había ocultado una copia del sistema

subterráneo de alcantarillas. Lo revisaron detenidamente y observaron dos hermosos túneles hechos a medida que conducían a las zonas de drenaje cercanas. Si las cloacas eran del tamaño suficiente, les esperaban días felices. Roger no se dio por entendido de este detalle y los jefes tunelistas continuaron con sus proyectos.

Wally Valenta era el que hablaba alemán y prestaba sus servicios en la rama de inteligencia. Día tras día, Clark, George Harsh y Tom Kirby-Green, rondaban el circuito proyectando la seguridad en una escala que jamás habían intentado antes. La seguridad iba a ser una de las claves de todo el asunto. Clark era el jefe de seguridad y se le conocía por el nombre de «Gran S».

Buscar la seguridad apropiada parecía cosa de locos. En el nuevo campo habría media docena de alemanes paseándose todo el tiempo con linternas y hierros. Debíamos ocultar los talleres, la sala de mapas, las brújulas y las sastrerías, los talleres de herramientas y las carpinterías, la arena que se extraía y las puertas-trampas que conducían a los túneles; incluso debíamos ocultar a los observadores del equipo de seguridad, ya que nada podía llamar más la atención de los «hurones» que un tipo sentado siempre en el mismo lugar, todo el día de observador, con aire inocente y haciendo señales cada vez que se aproximaban los «hurones».

Clark y George Harsh eran ambos yanquis, pero de tipo totalmente distinto. Los yanquis estaban acabando de llegar a Europa y muchos de ellos eran derribados mientras experimentaban con la peligrosa faena del bombardeo diurno. Los que no morían, eran llevados tras la alambrada para reunirse con nosotros; y hasta el momento, su número subía a unos cien. Clark era un pelirrojo de poco más de veinte años; sin embargo, ya tenía el grado de teniente-coronel. George Harsh tendría unos treinta y cinco años y la cabeza cubierta de canas. Parecía un coronel de Kentucky, con un carácter terrible, una nariz prominente y de espíritu ingobernable. Se había enrolado en la R.A.F. un par de años antes y le habían derribado sobre Berlín, siendo artillero de cola en un bombardero. Tom Kirby-Green era un inglés, de alta estatura, de cabellos negros, que más parecía un español superdesarrollado.

Roger controlaba cada fase del crecimiento de la organización. Sostenía conferencias diarias con los jefes departamentales y les presidía como un director de empresa, con encanto incisivo pero algo siniestro. Su mente era como un fichero y ésta fue una de las razones de que la organización resultara magnífica. Una vez que elegía a su hombre para un cargo, no volvía a interferirse en sus asuntos. Escuchaba sus problemas, hacía sugerencias, y cuando se llegaba a la conclusión, le daba pleno poder para llevarla a cabo. Con ese ojo torcido que captaba todo, era una poderosa influencia que absorbía todos los detalles del proyecto. Se paseaba vestido con una raída casaca de la R.A.F., bufanda al cuello y las manos en los bolsillos, pensativo con esa mirada fija y desconcertante. Cada día se entrevistaba con Massey y charlaban sobre el plan magistral.

Hacia fines de marzo, el campo nuevo estuvo terminado. Y también la «Organización X» estuvo pronta a entrar en acción.



Nos trasladamos a comienzos de abril, en una fila dispersa de setecientos prisioneros, llevando cada uno todo lo que poseía en el mundo. La mayoría vestíamos toda la ropa que teníamos y nos cargamos de ollas, platos y cazos y los artículos hechos de latón, junto con unas cajas de cartón de la Cruz Roja con los alimentos de que disponíamos y los escasos efectos personales más queridos, como fotografías, clavos y trozos de cuerda. Mamá no nos habría reconocido. No había hojas de afeitar suficientes como para afeitarse diariamente, de manera que algunos íbamos afeitados, otros con dos o tres días de descuido y algunos con barbas que se clasificaban desde ridículas a ostentosas. Por aquí y allá asomaba un trasero pálido y desvergonzado por los pantalones destrozados, y la atmósfera resonaba con las alegres maldiciones. Roger había observado que un cambio es tan bueno o mejor que un día festivo.

En adelante, al campo viejo se le conoció con el nombre de campo Este y al nuevo se le llamó campo Norte. En primer lugar, los alemanes nos registraron, pero no con mayor eficacia que la acostumbrada. Los prisioneros se reunían en tropel y empujaban, se pasaban artículos de mano en mano, y el resultado fue ligeramente caótico. Nadie perdió nada de importancia. Roger, sorprendentemente, pudo pasar su traje gris. Travis llegó con todas sus herramientas y Walenn no tuvo problemas con sus tintas y plumas. A continuación, el muro de guardias nos formó en filas a cada lado y nos escoltó durante los cuatrocientos metros que nos separaban del nuevo hogar.

El campo Norte carecía de todo lujo, tal como lo esperábamos. Había quince barracones de madera dispuestos en tres filas, en la mitad norte, y el resto era un terreno lleno de troncos y de tierra grisácea destinado para las horas de recreo y para el *appel*.

El campo tenía unos trescientos metros en cuadro y a su alrededor corrían dos alambradas de unos tres metros de altura y más de dos metros entre una y otra; cada alambrada constaba de unas veinte hileras de alambre de púas. Entre ambas alambradas se había tendido grandes rollos del mismo alambre, tan espeso en partes, que casi no podía verse a través de ellos. A unos diez metros al interior de la alambrada estaba tendido el hilo de alarma. A continuación del lado norte del hilo de alarma estaba el *vorlager*, que contenía la enfermería y la larga nevera con sus muros grises de hormigón y las ventanas con barrotes. El otro extremo del *vorlager* lo cerraba una doble alambrada. La entrada al campo estaba al lado norte, de manera que tenía que haber una puerta en cada alambrada y además estar siempre cuidadosamente vigilada.

Tras las alambradas, cada ciento cincuenta metros, se levantaba una caseta con su centinela; y durante la noche, otros guardias vigilaban y patrullaban las alambradas y otro *hundfuhrer* recorría el campo con su perro, enseñándole a saltar diestramente al cuello de un hombre por si alguna vez era necesario.

El bosque rodeaba por completo al campo; no era un bosque verde y agradable, sino pinos delgados con troncos desnudos, muy juntos, sobre una tierra seca y grisácea. Las barreras monótonas se erguían por todas partes, lo que aumentaba la sensación de aislamiento de este sitio olvidado de Dios. Justo fuera de la alambrada, los alemanes habían cortado los árboles en una extensión de unos diez metros, de manera que los evadidos no tuvieran protección y los túneles tendrían que ser cavados hasta una distancia de treinta metros después de la alambrada.

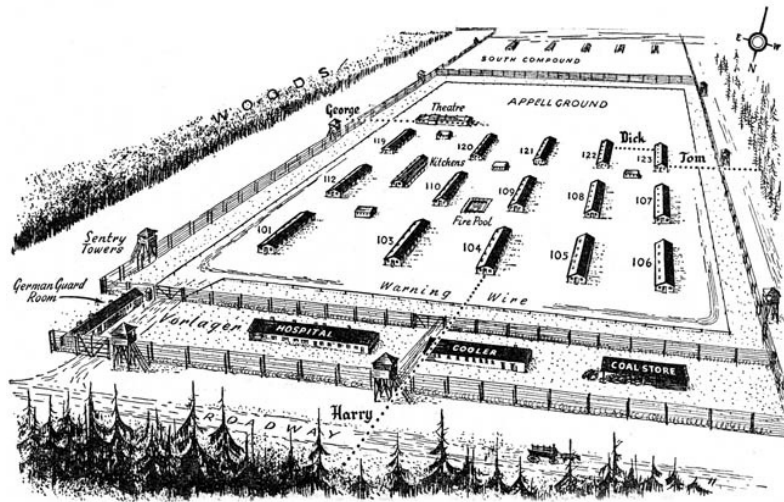
Las barracas estaban divididas en dieciocho habitaciones de unos cinco metros cuadrados; cada una debía servir de dormitorio, comedor y sala de estar para ocho personas. Había tres habitaciones pequeñas para dos, reservadas para aquellos que las merecieran por su comportamiento. El mobiliario era elemental: literas dobles, una mesa, taburetes, armarios y una estufa a leña en un rincón sobre una base de azulejos.

Las literas estaban hechas de cuatro postes verticales en cada esquina, con tablas atornilladas a lo largo de los costados y en ambos extremos, en dos niveles distintos. Sobre estos largueros horizontales había tablas para sostener la colchoneta: una bolsa de papel trenzado que parecía una arpillera llena de serrín. Las tablas tenían unos setenta y cinco centímetros de largo por unos quince de ancho. ¡Justo el tamaño necesario para recubrir los túneles!

Cada bloque disponía de un baño con piso de hormigón, un lavabo y una pequeña cocina a carbón, con dos fogones y un horno reducido. Cada bloque estaba destinado para cien hombres y todo debía ser preparado en esa pequeña cocina. Había un bloque-cocina en el campo, pero sólo era suficiente para hervir el agua para los caldos y a veces, cuando había, para las patatas.

Nos bastaba con la cocina pequeña, porque, en realidad, no había mucho que cocinar. Las raciones alemanas permitían una rebanada muy fina de pan, margarina y jamón sintético para el desayuno, dos rebanadas para el almuerzo y dos para la cena, probablemente sin margarina ni jamón. Generalmente; se incluían algunas patatas, y una vez cada dos semanas, un trocito de carne de caballo. Ocasionalmente se servían legumbres. Si estaban por llegar los revisores de la Cruz Roja, gracias a Dios lo hicieron después de los dos primeros años, la cena se componía de carne de toro y lujos extraordinarios, como chocolate, café, queso y jamón.

La carrera por las habitaciones fue enloquecedora, y como no había muchos prisioneros, el espacio sobró... casi para hacer girar un gato cogido de la cola. Ese día y los tres siguientes reinó el caos (también entre los alemanes), mientras cada uno se organizaba y la «Organización X» se aprovechaba de ello. La fiebre de la evasión invadió el campo de prisioneros.



Plano del campamento norte. (Los bosques hacia el oeste fueron cortados antes que «Tom» pudiera llegar a ellos. Los bosques hacia el sur fueron cortados meses antes para permitir la construcción del campamento sur destinado a los americanos.)

## Capítulo 2

### Las puertas-trampas secretas

**R**OGER solucionó en primer lugar el interrogante sobre las tuberías de drenaje. Al cabo de una hora se reunió un grupo de prisioneros para sostener una conferencia al aire libre, con el fin de distraer a los guardias, y en medio de este grupo, uno de ellos cavó un agujero de suficiente tamaño para que penetrara un hombre, justo en el lugar indicado por el plano del alcantarillado. Shag Rees, un galés pequeño y nervioso, se deslizó dentro. Al minuto estuvo de vuelta con el rostro manchado de tierra.

—Los muy bastardos —dijo—. Por esas tuberías no cabe un cerdillo recién nacido.

Indicó con sus manos una circunferencia de unos quince centímetros. Se escuchó un murmullo sordo. Roger lo detuvo de inmediato.

—No podemos esperar a que siempre sean estúpidos —dijo—. Sigamos con el resto del proyecto.

En el campo aún rondaban unos pocos prisioneros rusos, medio muertos de hambre. Estaban encargados de sacar los últimos restos de los pinos cortados. Unos camiones llevaban las ramas, cargados hasta una altura increíble. El camino de salida pasaba entre tres de las barracas y, antes de que uno lograra decir «Hitler es un *Schweinehund*», unas figuras furtivas se subieron a los techos de esas barracas, a cubierto de los árboles vecinos. Mientras pasaban los camiones se veían surcar el aire unas formas humanas que luego se aplastaban y ocultaban entre las ramas. Eran tantos los que saltaban, que un hombre, antes de intentarlo, tuvo que observar con detenimiento al camión y vio que uno de los prisioneros que había saltado desde la barraca anterior le hacía señas para que esperara el próximo camión y no le aplastara el cráneo al caer.

Pero cada camión fue registrado en la puerta y, uno a uno, los prisioneros fueron saliendo y, con grandes demostraciones de jovial pesar por parte de los alemanes, fueron encerrados en la nevera para el tradicional aislamiento de dos semanas. Sin embargo, dos lograron pasar bajo las ramas y escapar del campo; para ser cogidos poco después. Los alemanes comenzaron a introducir horcas entre las ramas, y cuando uno de los aspirantes a evadido recibió un par de pinchazos en el trasero; el resto decidió recurrir a otros métodos.

Ian Cross se ocultó bajo uno de los camiones asiéndose del chasis. Pocos momentos después, el «hurón» jefe de los alemanes, Oberfeldwebel Glemnitz cruzó algunas palabras con el conductor y el camión salió disparado a través del recinto del campo que aún estaba sembrado de troncos caídos. Nos quedamos sin respirar esperando que Cross fuera transformado en papilla; entonces el camión se detuvo y Glemnitz se acercó y se inclinó bajo la carrocería.

—Puede salir, señor Cross —llamó—. Tenemos preparada su habitación en la nevera.

—Observen —dijo Roger, mientras Cross se alejaba lúgubrementemente—, lo endemoniadamente cuidadosos que tenemos que ser. El secreto es la base de todo.

Glemnitz era el enemigo número uno. No nos gustaba exactamente, pero era un hecho que le respetábamos. Era un tipo extraño en su ironía, con un rostro tan duro que se podían partir rocas contra él. No usaba monos como el resto de los «hurones». Iba siempre de uniforme completo, con gorra y los vistosos galones de su rango. Glemnitz era un buen soldado, eficiente e incorruptible; demasiado buen soldado para nuestra tranquilidad.

Griese, su segundo, era el otro «hurón» peligroso; un *Unteroffizier* (cabo) delgado, con un cuello largo, y conocido, naturalmente, por el nombre de «Cuello de Caucho». Era inteligente, pero no tenía el sentido del humor de Glemnitz.

«Querubín» Cornish, un pequeño australiano angelical, no se afeitó durante dos días, pidió en préstamo un abrigo viejo de un polaco que lo arrastraba por el suelo, se tiñó el rostro con lodo y se deslizó entre el último grupo de prisioneros rusos que abandonaban el campo. En la puerta, un guardia bovino hizo el recuento y se rascó la cabeza. Habían entrado quince y ahora salían dieciséis. Fue a informar de este fenómeno al Herr Hauptmann, y Pieber, con más lástima que enfado sacó a «Querubín» de las filas, a pesar de los falsos pero virtuosos ruegos de un escuálido ruso que insistió en que Cornish era un viejo amigo de Smolensk.

Cuando la puerta de la nevera se cerró tras Cornish, la fiebre de evasión desapareció y la Organización pudo, por fin, comenzar con el verdadero trabajo.

Roger nombró un «X Menor» y un «S Menor» en cada bloque para que coordinaran el trabajo en sus secciones. Conk Canton, que parecía un acorazado de bolsillo, con una mandíbula prominente y agresiva, quedó como ayudante de Roger; Ramsay, Johnny Marshall y Johnny Bull formaron el comité tunelista bajo las órdenes de Floody. Fanshawe fue nombrado jefe de dispersadores de arena. George Harsh estuvo a cargo de la seguridad tunelista. Casi todos los días se reunían en conferencias.

Roger había decidido que un túnel debía partir del bloque 123 y pasar bajo la alambrada occidental hacia el bosque; esta elección era obvia, ya que la barraca estaba más cerca de la alambrada que las otras. Además era la más apartada del complejo en el campo alemán y la más distante de la entrada; lo que significaba mayor reclusión y facilidad de advertencia ante los grupos de observación. Significaba también que sería una barraca sospechosa ante los ojos de los alemanes. Pero no se puede tener todo.

—A este túnel le llamaremos «Tom» —dijo Roger al atento comité—. Sólo serán referidos por sus nombres; y nada más que por sus nombres. Si cualquier bastardo de este campo llega a pronunciar descuidadamente la palabra túnel, haré que le hagan Consejo de Guerra.

El segundo túnel debía partir de la 122, porque era una barraca interior y podía despertar menos sospechas. Se le daría el nombre de «Dick». El tercero saldría de la barraca 104 hacia la alambrada norte. Esto significaba cavar 30 metros más para pasar bajo la segunda alambrada, pero también significaba que los alemanes lo considerarían como un lugar poco posible. Roger le dio el nombre de «Harry».

Roger, Floody y los otros reyes del túnel examinaron las tres barracas para buscar el lugar ideal para las puertas-trampas. Esta era una parte importantísima del asunto, ya que, generalmente los túneles eran descubiertos por las puertas-trampas. De modo que debían ser perfectas, lo que constituía un quebradero de cabeza, porque los alemanes habían construido el piso de las barracas a unos 60 centímetros del suelo, de manera que podían introducirse bajo ellas para ver si alguien estaba jugando con la tierra de la Madre Patria. Sin embargo, cometieron un error, porque construyeron unos cimientos sólidos de ladrillo y hormigón bajo cada baño y bajo un pequeño rectángulo en cada sala de estar, en el lugar de la estufa. Los «hurones» no podían meterse en estos sitios, por lo tanto, eran los puntos lógicos para las puertas-trampas.

Hacia el 11 de abril, Roger y Floody ya tenían elegidos todos los lugares más indicados para las puertas-trampas. La de «Tom» estaría en un rincón oscuro del piso de hormigón junto a una chimenea de la 123. «Dick» partiría del baño de la 122 y «Harry» lo haría desde bajo una estufa en el extremo más apartado de las habitaciones mayores de la 104.

Minskewitz, el experto en trampas, era un polaco pequeño, nervioso, fuerte, oficial de la R.A.F., con una barba de chivo canosa que se acariciaba constantemente. Los obreros alemanes habían dejado un poco de cemento en el campo y Minskewitz utilizó parte de él para hacer una losa de hormigón de unos sesenta centímetros cuadrados, a base de un molde de madera. La reforzó con trozos de alambre tirados por el campo y enterró un par de asas en los costados, que sobresalían justo lo necesario para pasar a través de ellas un alambre. La ocultó bajo una colchoneta para que se secara, mientras cortaba un trozo de losa del hormigón de la barraca 123, exactamente del mismo tamaño de la losa que había fabricado.

Stooges hizo de vigía en el exterior mientras manejaba el cincel como un cirujano y, una vez hubo terminado, la losa de fabricación casera encajaba exactamente en el agujero y podía alzarse fácilmente por los alambres en los costados. Los propios alambres se doblaban en las fisuras cuando la puerta-trampa estaba en su lugar, pero podía sacárseles al exterior en un segundo con la ayuda de una navaja. En su posición cerrada, la losa descansaba en un marco acolchonado y las fisuras fueron rellenadas con cemento y luego camufladas con tierra.

Era una obra de tal precisión que Roger y Floody llevaron a Massey para que viera el trabajo terminado del comienzo de «Tom». Massey examinó el rincón y dijo:

—Es un buen lugar, Bushell, ¿pero cómo lo van a camuflar si se va a cavar un agujero?

—Ya lo hemos hecho, señor —dijo Roger.

Massey se puso de rodillas, apartando su pie deforme, y sólo observando con detención pudo darse cuenta de la obra. Movi6 la cabeza asombrado.

—Es realmente extraordinario —dijo—. Yo mismo no habría podido creerlo si no lo hubiera presenciado.

Minskewitz, acariciándose la barba, dijo cautamente:

—Creo que daré resultado.

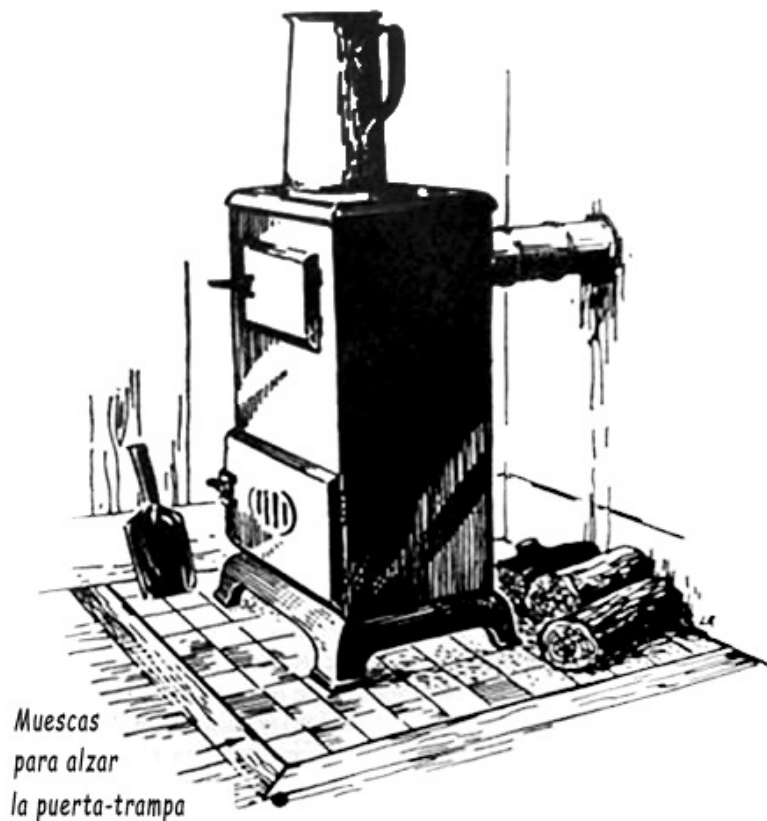
Para el caso de «Dick», Minskewitz inventó una de las puertas-trampas más increíbles de la historia de los campos de prisioneros. En medio del piso de hormigón del baño de la barraca 122, había una rejilla de hierro de unos cincuenta centímetros cuadrados, a través de la cual se escurría el agua que caía en un pozo, también de hormigón a un metro de profundidad. A unos treinta centímetros del fondo, nacía una tubería que estaba encargada de drenar el agua, de manera que había siempre unos treinta centímetros de agua en el pozo, hasta el borde mismo del nacimiento de la tubería.

Minskewitz extrajo la rejilla de hierro mientras vigilaban los centinelas en el exterior, sacó el agua del interior del pozo y secó bien el fondo con trapos viejos. Con el cincel cortó una de las paredes del pozo, dejando al descubierto la tierra, a punto para comenzar a hacer el túnel. Fabricó una nueva losa para que encajara justo en el lugar de la pared destrozada, la introdujo, selló las fisuras con jabón y arena, volvió a poner la rejilla en su lugar y llenó de agua el pozo hasta que el nivel llegara justo a la altura de la salida de la tubería de desagüe. Los «hurones» no tendrían posibilidad de descubrir a «Dick», a no ser que observaran con demasiada atención; lo que no hacían.

Con práctica, se tardaba sólo uno o dos minutos para extraer la rejilla, secar el pozo y alzar la losa. Más tarde, cuando comenzó a cavarse el eje principal, los tunelistas desaparecían por él, se volvía a poner la losa y la rejilla y se llenaba de agua el pozo, y así trabajaban alegremente durante horas sin tener necesidad de centinelas en el exterior.

Floody, Canton, Ramsay y Marshall ya habían comenzado a cavar el eje vertical bajo la puerta-trampa de «Tom». Debía descender diez metros, de manera que al tomar la horizontal, el túnel quedara fuera del alcance de los detectores de sonido alrededor de la alamburada.

A continuación, Ramsay comenzó la puerta-trampa de «Harry». En la habitación 23 del bloque 104, sacó la estufa que descansaba sobre el cuadrilátero de baldosas, levantó éstas una a una y las volvió a unir con cemento sobre un marco de madera hecho por los carpinteros de Travis. Emplazó este marco con bisagras en el lugar de la anterior base sólida de baldosas.



Estufa sobre base de baldosas que disimulaba la puerta-trampa de «Harry».

Bajo la puerta-trampa encontró ladrillos y hormigón que debían atravesar para tomar contacto con la tierra. Alguien se había quedado con un pico de los utilizados por los prisioneros rusos. Ramsay le puso un mango a base de un *bat* de béisbol y con él comenzó a destruir ladrillos y hormigón. El estruendo era increíble, exactamente igual al que emite un pico al ser blandido contra un muro de ladrillos y hormigón y era obvio que Glemnitz, «Cuello de Caucho» y todos los «hurones» en una milla vendrían al galope para ver de qué se trataba este escándalo.

Una media docena de «diversionistas» se congregaron fuera de la ventana martillando trozos de hojalata y madera, haciendo cosas tan inocentes como platos de arcilla, pero con el mayor ruido posible, durante un par de días, hasta que Ramsay, sudoroso, pudo romper el muro y tocar tierra. Ramsay era excelente con el pico; hombre fuerte, nervioso, con un rostro cuadrado y rojizo.

Una media docena de baldosas de la trampa se habían resquebrajado.

—Se ve demasiado sospechoso —fue su comentario en la conferencia del comité.

Buscaron por todo el campo hasta encontrar algunas baldosas en la barraca de la cocina y reemplazaron las resquebrajadas. Para ocultar y disminuir el ruido sordo si los «hurones» golpeaban sobre la trampa, fabricó una rejilla movable que cubría la entrada del eje justo bajo el marco de baldosas y relleno el espacio con mantas. Minskewitz puso otra rejilla igual bajo la puerta-trampa de «Tom», pero como la



entrada de «Tom» sonaba más a hueco que la de «Harry», hizo unas pequeñas bolsas de arena para rellenar el espacio entre la rejilla y la trampa.

Todos se alegraron cuando Floody informó a Roger que ya estaba terminada la última puerta-trampa. Había sido la fase más peligrosa del proyecto, porque si uno de los «hurones» hubiera visto el piso destrozado de una de las barracas, incluso Tontón, el más simple de los guardias alemanes, se habría dado cuenta de que algo extraño ocurría. Cuando Ramsay estuvo trabajando en la puerta-trampa de «Harry», el piso estuvo levantado durante diez días, y se cubría con colchonetas cuando se acercaba uno de los «hurones». No habría podido pasar desapercibido en los días que vinieron más tarde, pero durante las primeras semanas en el campo Norte, los «hurones» no estaban bien organizados y no tuvimos tropiezo alguno.

Sólo unos pocos prisioneros en el campo conocían la posición de las puertas-trampas. Muchos ni siquiera sabían en cuáles barracas estaban. Así trabajaba la sección de seguridad. Sin embargo, casi todos contribuían de una forma u otra con la «Organización X». Al cabo de uno o dos días de habernos trasladado a la barraca, aparecieron unos carteles en blanco con el siguiente encabezamiento: «Los voluntarios para el equipo de “cricket” inscriban su nombre aquí». Los «X Menores» de cada bloque dejaron correr lo siguiente: «En realidad no se trata de “cricket”, muchacho. Es para “X”.» Roger se entrevistó con cada uno de los hombres que firmó en los carteles para ver si podía utilizársele en idiomas, en los túneles, o en la sastrería.

Cualquiera que podía coser se unía a la sección-sastrería de Tommy Guest. Los artistas se enrolaban en los talleres de Tim Walenn, los mineros en los túneles, los ingenieros en el departamento de Johnny Travis, y así sucesivamente. Los restantes se transformaron en vigías o en «pingüinos». Éstos eran los encargados de dispersar la arena. Por cierto, la mayoría fue vigía, hora tras hora para espiar a los «hurones» y advertir de su presencia en las zonas peligrosas.

Clark tenía el campo dividido en dos secciones, «P» para la zona peligrosa y «S» para la zona segura. «S» era la mitad oriental del campo, donde estaba la entrada. El resto de la zona «P», donde se cavaban los túneles y trabajaban los talleres. En cuanto un «hurón» penetraba en la zona «P», era seguido, y si se acercaba a menos de cincuenta metros de un túnel expuesto o de un taller en trabajo, se detenía toda labor hasta que se alejaba.

Cerca de la entrada estaba apostado el «Piloto de Turno» con su mensajero, observando a cada persona que entraba en el campo y anotando en su libreta la hora de llegada y la hora de salida. Estaba allí sentado cada minuto del día, sin descanso, sin moverse, hasta la llegada del próximo relevo. Por todo el campo había puntos de señalización para transmitir sus mensajes. Cerca del «Piloto de Turno» había un pequeño incinerador de cemento, un botiquín de la Cruz Roja de inocente aspecto y un cubo de carbón. Si sólo el cubo de carbón se dejaba negligentemente sobre el incinerador, significaba que había un par de empleados administrativos alemanes

examinando el campo (no eran de mucho cuidado). Si, además, se agregaba el botiquín, significaba la llegada de los «hurones». Había varias combinaciones y posiciones.

Cerca de la barraca 110, un hombre sentado en un taburete y con un libro en las manos, no apartaba sus ojos del incinerador. Si veía en posición el cubo y el botiquín, se ponía de pie lentamente y arreglaba unas persianas. Junto a la barraca 120, un hombre se sonaba la nariz casualmente, George Harsh se asomaba a la ventana de la 123, y desde la puerta decía tranquilamente: «“Hurones”. A recoger.» Y entonces la trampa estaba en su lugar en pocos segundos, los alambres doblados en el interior de las fisuras y éstas se camuflaban con arena y cemento.

Cada taller tenía su propio vigía, en caso de que un «hurón» llegara a traspasar la pantalla general. Había cerca de trescientos vigías en distintas posiciones. La Organización les necesitaba a todos.

Todo el proyecto estaba tomando forma tan perfectamente que, cierta mañana, Roger dijo pensativamente a Floody y a George Harsh:

—Quizás esta vez, algunos puedan pasar la Navidad en sus casas.

Y por primera vez, no rieron.

«Pasar la Navidad en casa» era el comentario generalizado. Se comenzaba a decir desde el 26 de diciembre y seguía durante todo el año. Era una especie de recurso conversacional cuando no se sabía otra cosa que decir, lo que sucedía con frecuencia. La única vez que despertó cierta alegría esta frase fue cuando un comandante distinguido y condecorado, dijo dolorosamente:

—En casa o ser hombre por Navidad.

Incidentalmente, la alternativa no se presentó. Después de seis meses, los únicos apetitos activos que quedan son la alimentación y la libertad.

## Capítulo 3

### La «destrucción» de la arena

**F**LOODY había cavado unos quince centímetros bajo la puerta-trampa de «Tom» cuando encontró arena amarilla. La tierra grisácea sólo formaba un estrato delgado sobre la superficie del campo y bajo ella, por todas partes, yacía la arena amarilla. Cada vez que fuera vista por los «hurones», sabrían que se estaba cavando un túnel y no se detendrían hasta descubrirlo. Y con tres túneles en excavación habría casi cien toneladas de arena para dispersar, cosa tan difícil como ocultar un pajar en una aguja. Éste era el peor enemigo.

—Jamás podrán hacer un túnel en este campo —dijo Glemnitz en cierta ocasión—, hasta que no descubran la manera de destruir la arena.

Fanshawe había estado pensando solamente en este hecho durante bastante tiempo.

—No hay por qué destruirla —dijo (al comité, no a Glemnitz)—. Tiene que haber una forma de camuflarla.

Todo el mundo, dijo, debía hacer unos jardines fuera de los barracones, de forma que la arena amarilla apareciera naturalmente. Glemnitz no podría sospechar mucho en este caso. Les observaría, pero si el nivel de los jardines no subía, entonces no podría sospechar que allí se estaba utilizando arena de los túneles.

—Podemos guardar la arena gris de la parte superior de los jardines y mezclar un poco de arena de los túneles en los jardines —explicó Fanshawe—. Luego podemos esparcir el resto de la arena del túnel en el campo y ocultarla con la arena gris que habremos ahorrado de los jardines.

—Parece posible —dijo Roger—, ¿pero cómo se podrá esparcir la arena amarilla sin que se nos descubra? Me parece que será algo demasiado difícil.

Fanshawe ya lo tenía todo pensado.

—Con bolsas-pantalones —dijo roncamente, y de su bolsillo extrajo lo que sólo podría describirse como un dispositivo.

Consistía en dos piernas cortadas de calzoncillos largos de lana y en los extremos superiores había atado un trozo de cuerda. Explicó que se colgaba la cuerda en torno al cuello bajo el mono y las piernas de los calzoncillos podían utilizarse como bolsas que pendían bajo los propios pantalones. En cada extremo inferior de las piernas iba una pinza y una cuerda atada a cada pinza. Estas cuerdas, explicó, iban por dentro de los pantalones hasta los bolsillos.

—En general —dijo apologeticamente—, no uso estos artefactos. Es sólo una idea. Se llenan las bolsas de arena en las trampas y se camina por varios lugares determinados, donde se tira de las cuerdas en los bolsillos. Se sueltan las pinzas y cae la arena por el extremo inferior de los pantalones. Si uno no es un idiota graduado, no habrá «hurón» que lo descubra.

Para un ciudadano conservador como Fanshawe, la idea era indecentemente brillante.

—¡Dios mío, lo intentaremos de inmediato! —dijo Roger.

—Ya lo he probado —dijo Fanshawe—. Da buenos resultados.

Los «pingüinos» (había unos ciento cincuenta) se fabricaron ellos mismos un equipo de bolsas, pinzas y cuerdas, cortando los calzoncillos largos de lana con alegría de sádicos. Nuestras prendas de vestir llegaban a través de la Cruz Roja y, benditos sean sus corazones maternos, pensaron esencialmente en los calzoncillos largos de lana. Era lo único de lo cual disponíamos en abundancia. El programa ya era lo suficientemente desolador al oxidarnos tras una alambrada pensando en Dorothy Lamour, sin tener que llegar a la degradación final de los calzoncillos largos. Uno se siente tan perdidamente soltero con ellos...

En la excavación bajo la puerta-trampa de «Tom», Floody y Marshall llenaban unos cubos de metal con la arena amarilla y luego los pasaban a Minskewitz, quien actuaba como *trapfuehrer* de «Tom». Minskewitz había desplegado unas mantas en torno a la entrada, de manera que no quedaran rastros de la arena amarilla. Se había logrado tal perfección en la apertura o cierre de la puerta-trampa que, cada vez que George Marsh asomaba la cabeza en la barraca, los hombres salían del agujero y la trampa estaba en su lugar en poco menos de quince segundos. Junto a él tenía siempre el cubo con la mezcla de cemento para alisar las fisuras en los bordes de la losa. Los «pingüinos» trabajaban en turnos, entraban en la habitación, se detenían un momento ante la trampa mientras Minskewitz les llenaba las bolsas y luego salían casualmente del bloque.

Jerry Sage, el yanqui larguirucho del Estado de Washington, organizó la diversión del plan de dispersión de la arena tal como si estuviera proyectando una invasión. De cabellos rizados y una sonrisa feroz permanente en el rostro, había sido mayor de paracaidistas en África del Norte y los alemanes sólo lograron capturarlo después de dos semanas de vagar tras sus líneas.

Para las diversiones solía reunir a unos cuarenta hombres en ejercicio de combate, desarmados; todo se reducía a un remolino humano que alzaba una inmensa polvareda, cosa que aprovechaban los «pingüinos» para introducirse en medio, salir disparados sobre el hombro de uno de los combatientes, mientras la arena amarilla caía sobre el suelo gris y era disimulada de inmediato. En otras oportunidades, Sage organizaba partidos de balón-volea cerca de las barracas, y la arena era dispersada entre los observadores. También se ocultó la arena bajo los desagües del baño, enterrados a gran profundidad.

Un australiano de rizados cabellos, llamado Willy Williams, se apoderó de algunos de los postes verticales de las literas y pudo llevarlos hasta la barraca 123. Una vez que Floody hubo cavado unos dos metros del eje vertical, insertó estos postes en los cuatro ángulos de la cavidad, los afirmó con travesaños y tras ellos puso tablas de las bases de las literas para afirmar la arena de los costados. Una vez

lograda la firmeza necesaria, continuó cavando otros dos metros y armó un segundo marco, igual al primero. Recubrió de esta forma todo el eje vertical, y al llegar a mayor profundidad, colgó una escalinata de una de las esquinas.

Al alcanzar los cinco metros de profundidad, Johnny Marshall se hizo cargo de «Tom», al mando de dos o tres cavadores seleccionados y Floody comenzó con «Dick». Era muy extraño que estos dos hombres pudieran trabajar con tanta facilidad en los túneles; ambos eran tan altos... Floody era largo como un poste de teléfonos, con una boca amplia, sensible y los ojos muy hundidos en las órbitas, lo que le daba un aspecto solemne y enfermizo. Johnny Marshall tenía gran trabajo con sus nervios; inteligente, bien parecido, un poco delgado y con unos dientes blancos y perfectos.

Cavaban con gran rapidez, debido a que la arena era fácil de remover, pero, habrían preferido cavar en la más dura de las arcillas. Incluso en arcilla se podía cavar todo cuanto podían cargar los dispersadores, y era tanto más seguro. La arena no lo era. Al menor pestañeo se derrumbaba todo y constantemente debían fortalecerse los costados del túnel. Incluso así, los derrumbamientos se sucedían con cierta frecuencia; algo bastante peligroso a diez metros de profundidad en una ratonera y cuando caen unos cientos de kilos de tierra que pueden aplastar a un hombre con toda facilidad.

Poco antes de suceder un derrumbamiento se escucha un crujido muy débil que sólo da unos pocos segundos para poder escapar. Por eso no se hablaba mucho allí abajo. Se estaba demasiado ocupado escuchando.

Al cabo de dos semanas, el eje vertical de «Tom» ya alcanzaba los diez metros. «Dick» alcanzó la misma marca pocos días más tarde y en «Harry», Ramsay ya estaba llegando a los seis metros. Marshall y su equipo comenzaron a cavar el «taller» en la base de «Tom». Cavaron una pequeña cámara de un poco menos de dos metros de longitud donde los tunelistas podrían almacenar sus herramientas y las maderas para recubrir el túnel. En otro extremo cavaron una pequeña habitación para depositar la arena mientras se esperaba a que los dispersadores pudieran llevarla al exterior; y hacia el tercer lado de la base, cavaron una cámara de unos dos metros de longitud para la bomba de aire y el hombre encargado de ella.

El cuarto lado era el que daba hacia el oeste, frente a la alambrada. Este era el lado por donde se cavaría el túnel.

Ramsay abandonó «Harry» para ir en ayuda de Floody en la excavación de los talleres de la base de «Dick». Estaban allí abajo cierto día mientras Canton afirmaba los costados de la cámara de la bomba de aire. De pronto escucharon un crujido en el eje vertical y Canton, al elevar la vista, se dio cuenta que uno de los travesaños había saltado del marco, a unos ocho metros de altura de la base del eje. La arena surgía de la abertura y, mientras se cubría los ojos para protegerse de la cascada de tierra, allí arriba se escuchó un fuerte estruendo; con la presión de la arena, se rompió toda una sección del marco, y la arena se desprendió en grandes masas. Toda la estructura de madera comenzó a resquebrajarse y romperse.

Por un milagro, la escalera soportó la presión y Canton ascendió como un rayo, seguido de Ramsay que alcanzó a coger a Floody justo a tiempo. La arena ya le llegaba a la cintura y no podía moverse, mientras el nivel seguía en ascenso. Pudieron sacarle después de grandes esfuerzos. Floody, una vez que estuvo fuera, maldijo durante cinco minutos seguidos. Tenía un vocabulario bastante imaginativo. El eje vertical de «Dick» había quedado lleno de arena hasta casi la entrada.

Floody buscó a Roger y le comunicó la noticia. Roger soltó una sola palabrota y luego estuvo calmado. Había observado que Roger podía maldecir rudamente sobre cosas sin importancia, pero cuando algo grave sucedía, conservaba una calma admirable.

—¿Cuándo podrán comenzar a deshacerse de la arena? —preguntó.

—Ramsay y Conk ya están en ello —respondió Floody.

El eje vertical de «Dick» estuvo limpio y enmarcado al cabo de cuatro días. Johnny Bull se encargó de él y Floody y Ramsay fueron a recubrir los talleres en la base de «Harry».

Day llegó al campo Norte ese mismo día. El *Kommandant* de Schubin había recibido una fuerte reprimenda después de la escapada general en ese campo, y cuando Day fue capturado, el alemán le metió en la nevera y le envió al Stalag Luft III tan pronto como le fue posible. Nada podría haber sido más de su agrado para Day. Entró custodiado por la acostumbrada escolta con metralletas, con mirada de pocos amigos y ojos de halcón. Preguntó cuál era la habitación de Roger.

El encuentro fue épico. Roger le resumió brevemente cuanto estaba sucediendo, pero sin decirle dónde. Le sugirió que escogiera la barraca 104, habitación 23. Le acompañó hasta el bloque y Day entró. Lo primero que vio fue a Floody y a Ramsay saliendo de la puerta-trampa.

—¡Oh, Dios! —gimió—. Aquí no.

Y salió rápidamente en busca de una habitación más tranquila. No es que ya no le agradaran los túneles, pero cuando uno vive en una habitación con un túnel, éste es el amo. Los vigías están siempre al acecho, fuera y dentro de la habitación, y generalmente hay un grupo de diversionistas para encargarse de cualquier «hurón» que se aproxime. Si se vive con un túnel, ya no se puede entrar en la propia habitación cuando uno lo desea, ni salir cuando lo necesita. Se es esclavo de un horrible agujero cavado en la tierra.

Ramsay volvió a bajar en «Harry» con Johnny Bull para dar los últimos toques a las cámaras, y una vez en el fondo, con el oído atento, pensando en los difíciles momentos que pasara en «Dick», volvió a escuchar el siniestro crujido. Johnny Bull y él salieron por la puerta-trampa como tapones de botella de champaña, envueltos en una nube de polvo, mientras la arena se derrumbaba. Una vez despejada la atmósfera

observaron que la cámara y la mitad del eje vertical estaban cubiertos de arena. Comenzaron a cavar de inmediato, salvajemente.

Jerry Sage obtuvo una victoria esa semana. A cierta distancia había un campo de *Arbeitskorps*, y cada mañana los esforzados y jóvenes trabajadores nazis desfilaban hacia su trabajo por el camino que pasaba frente a la alambrada, con palas y rollos de alambre a sus espaldas. Su formación era perfecta, igual que en los documentales cinematográficos, siempre cantando marchas nazis. Jerry logró que cada mañana se reunieran unos doscientos hombres que insultaban horriblemente a los jóvenes y cantaban a pleno pulmón la marcha de «Blancanieves y los Siete Enanitos». Al cabo de cuatro días los alemanes cambiaron su ruta por otro camino más distante.

## Capítulo 4

### Adelante con los túneles

**D**ENTRO de una multitud de hombres distinguidos por sus barbas, sus cabezas afeitadas y, en general, por su aspecto de desaseo, Travis se destacaba como un Beau Brummel. Había logrado pasar su uniforme de la R.A.F. dentro de una caja de la Cruz Roja y planchaba sus pantalones todas las noches bajo la litera y hacía lo mismo con la guerrera, ayudándose con un poco de agua caliente. Pulía sus botas cuidadosamente, usaba pañuelo al cuello, se peinaba y pedía prestadas o robaba las suficientes hojas de afeitar como para mantener su rostro tan terso como el trasero de un recién nacido. Sostenía la teoría que, al mantener este aspecto imaculado, los «hurones» jamás le atropellarían como lo hacían con otros prisioneros menos presentables, incluso buscando en sus cuerpos en las partes más embarazosas.

La idea pareció dar resultados, ya que jamás le revisaron, lo que fue magnífico, porque al estar en mitad del trabajo de la fabricación de herramientas, era un verdadero taller ambulante, con pinzas, cinceles y sierras ocultas en los bolsillos. Ahora contaba con casi una docena de hojalateros y carpinteros. Uno de los mejores carpinteros, Digger McIntosh, había sido derribado y recibido graves quemaduras durante el ataque suicida sobre el Puente de Maastricht en Francia, en 1940, recién abierto el cerco por los alemanes. Acababa de entrar en su cuarto año como prisionero. Otro, Bob Nelson, fue derribado a cien millas tras las líneas alemanas en el desierto. Caminó hasta dar con las líneas, manteniéndose vivo gracias a la humedad que se adhería a unas latas oxidadas de petróleo. Sólo le faltaban unos trescientos metros para alcanzar nuestras avanzadas, cuando una patrulla alemana le capturó.

Los agentes de inteligencia de Valenta habían sobornado a un par de guardias para que les permitieran entrar unos trozos de metal, aparentemente inservibles. Los ingenieros estuvieron limando hora tras hora hasta obtener un par de cinceles de metal, unos destornilladores, alicates y corta-alambres de madera, e incluso un barreno hecho a base de un trozo de eje de acero. McIntosh fabricó una devanadora para el barreno. Limaban los trozos de metal hasta convertirlos en hojas de cuchillos, a las cuales les agregaban un mango de madera, o las introducían en tacos también de madera, para obtener cepillos y rebajadores de rayos.

Algunos de los cuchillos estaban tan bien hechos, que era difícil distinguirlos del material genuino; pero esto no se obtenía por casualidad. Travis estuvo noventa horas limando para dar forma a uno de ellos. Tenía ya los dedos casi destrozados, cuando los sastres de Guest le confeccionaron unos guantes. No era tanto un caso de humanidad como de necesidad, porque al comer poco, las heridas tardaban mucho en sanar. Un alemán trajo un muelle roto de gramófono. Se le hicieron dientes, se le puso en un marco de madera y ya pudieron contar con una sierra.



Willy Williams obtuvo gran diversidad de materiales en el mismo campo; tablas de literas, listones de madera y tirantes de metal blando de los ángulos de las barracas. Tenían a unos hombres que se encargaban de sacar clavos y tornillos de las barracas, y era un milagro que éstas no se derrumbaran.

Día por medio, un grupo de unos treinta «hurones» y guardias llegaban al campo después del *appel* de la mañana, echaban a todo el mundo fuera de una de las barracas, la rodeaban de un cerco de guardias con metralletas y la registraban de arriba abajo, metiendo sus manos inmundas en las bolsas de azúcar y de cebada para cerciorarse de que nada había oculto en ellas, y vaciaban la viruta de las colchonetas en el piso. Cada vez entraban en una barraca diferente y tardaban unas tres horas en el registro, dejando tras ellos el caos absoluto y también las cosas que andaban buscando, tales como las herramientas de Travis.

Ted Earngey, «S Menor» en la 101, cortó el interior de las páginas de unos libros. Los cinceles y alicates cabían exactamente y no podrían ser descubiertos, a no ser que se abrieran los libros; y los alemanes no buscaban literatura.

Los muros exteriores de las barracas eran dobles, con unos diez centímetros entre tabique y tabique. En la habitación pequeña opuesta a la de Roger, Digger McIntosh trasladó un muro completo unos veinte centímetros hacia el exterior. Lo hizo con tanta limpieza que jamás se podría descubrir si no se medían las dimensiones de la habitación (y no creo que los «hurones» supieran las dimensiones de las habitaciones, excepto que eran extremadamente reducidas, cosa que nosotros sabíamos mucho mejor que ellos). Digger construyó una puerta-trampa en este muro y Earngey ocultó gran cantidad de material tras ella. Digger hizo lo mismo tras de otro muro en la 120.

Ocultó varias puertas-trampas en los muros dobles de otras habitaciones, de manera que Roger Bushell contaba con una docena de nichos para ocultar equipo en todo el campo. Uno estaba en su propia habitación.

Travis echaba de menos un buen martillo, hasta que el carro de la miel entró un día en el campo. (El carro de la miel era un inmenso cilindro sobre ruedas arrastrado por caballos y que se encargaba de bombear las letrinas.) Un vigía se acercó al carro mientras un par de diversionistas entablaban una pelea en otro lado para entretener al viejo campesino de grandes bigotes que lo conducía. En el punto culminante de la riña, el vigía extrajo el inmenso pasador de hierro que sostenía una de las ruedas y se retiró. Los luchadores parecieron haber igualado sus diferencias, el conductor continuó bombeando y luego se subió al carromato para llevar su carga.

Junto a la barraca 101, en la primera curva, la rueda se salió de su eje, el carro vaciló unos instantes y luego se volcó de costado, desparramando todo el desagradable líquido.

Desde lejos, Travis, que observaba, balanceó el pasador en su mano.

—Será un martillo realmente bueno —dijo, llevándose un pañuelo a su inmaculada nariz—, pero no sé si lo cambiaría por este olor.

Por estos días, estábamos construyendo el teatro del campo, justo tras los bloques de la 119 y la 120. Con el sistema bajo palabra, los alemanes habían entregado herramientas para el trabajo, y era una lástima ver a Travis ante todas esas herramientas que estaban al alcance de su mano, pero el sistema bajo palabra era inviolable y nadie lo rompió.

No esperaron a terminar las herramientas para comenzar con las tres bombas de aire para los túneles. El trabajo se efectuaba en la 110, en una habitación destinada a biblioteca, con vigías en las ventanas y puertas para avisar la llegada de los «hurones». Travis y Jens Muller, un noruego, habían diseñado un nuevo tipo de bomba, con dibujos detallados de cada parte y sección. En la biblioteca, los ingenieros martillaban, limaban y cortaban trozos de hojalata y madera, con un ruido ensordecedor.

Un día había ocho de ellos trabajando poco después del *appel*, martillando y maldiciendo, el piso sembrado de herramientas *verboten* y otros artículos y restos de metal y serrín, cuando tres «hurones», atraídos por el ruido, se ocultaron tras la 103. Un vigía les descubrió y cundió la alarma. En los diez segundos que tardaron los mismos en llegar hasta la ventana de la biblioteca, todo estuvo fuera de visión dentro de los paneles en los muros, y el serrín bajo una manta. Los «hurones» vieron a un par de aburridos prisioneros golpeando unos platos con los tacones de sus botas.

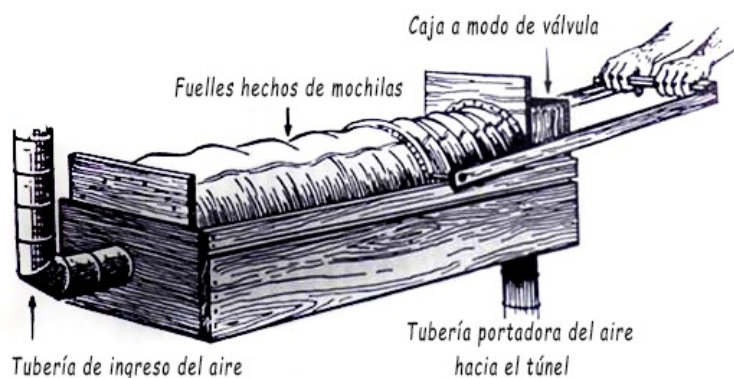
Pero, en todo caso, esta vez estuvieron a punto de ser descubiertos. Bushell envió a buscar a Jerry Sage y a ese ordenado y tolerante individuo, el «Burlador».

—Me parece, Roger —dijo el Burlador—, que si realmente deseas hacer ruido, esta vez debemos tener música mientras se trabaja.

Y después de esto, cada día, unos cien prisioneros se reunieron fuera de la biblioteca y alzaron sus voces en alegres canciones, acompañados desde dentro por un coro ensordecedor y metálico, y desde fuera por un lúgubre yanqui llamado Tex, con su desastroso acordeón.

Los integrantes del coro pensaron que sólo se trataba del programa social del campo en su propio beneficio. Un día, un jefe de cuadrilla sacó la cabeza por la ventana de la biblioteca y dijo:

—¡Por el amor de Dios, cállense! Ni siquiera oigo mi propia voz cuando hablo.



Bomba de aire de «Harry». La bomba se accionaba hacia adelante y atrás deslizándose para contraer y dilatar los fuelles.

Con las nuevas purgas, ahora el campo contaba con unos ochocientos hombres, pero sólo una docena estaba al tanto de todo lo que sucedía. El resto sabía poco más del trabajo que efectuaba. De esta forma era más seguro. No hablarían si no podían hacerlo, y sólo se necesitaban dos palabras para estropearlo todo. Incluso la mayoría de los diversionistas sabían lo que estaban haciendo y para quién, pero no la razón por la cual se necesitaba este tipo de diversión. «X» decía a cada prisionero que entraba en el campo que, aunque viera algo muy extraño, debía ignorarlo y hacer como si nada hubiera ocurrido.

—Es así —dijo Bushell a un nuevo prisionero en la 103—. Si me ves con un árbol que me sale de un bolsillo, no le des importancia. Lo hago por una buena causa.

Las tres bombas quedaron terminadas al cabo de diez días y luego fueron trasladadas a las cámaras. Los fuelles estaban hechos de bolsas con armazón de maderas arqueadas y en secciones, ensambladas, unidas y atornilladas en círculos que encajaban perfectamente en el diámetro de la bolsa. Los extremos abiertos de las bolsas estaban sellados por un disco de madera. Las válvulas de admisión y expulsión eran totalmente automáticas, hechas a base de cuero y madera que accionaban sobre un muelle dentro de un émbolo (el muelle estaba hecho de un juego de expansores pectorales, de aquellos utilizados en los gimnasios).

El encargado de la bomba se sentaba frente a ella, cogía el asa y bombeaba las bolsas como un acordeón gigante, en la misma forma que si estuviera remando. Las bolsas se plegaban a lo largo de unos rieles. Cuando el hombre empujaba, el aire era impulsado fuera de las válvulas de escape, y al tirar, entraba por la válvula de admisión.

Las bombas no servían de nada sin tuberías para el aire, pero los ingenieros ya se habían encargado de este detalle, haciéndolas con latas de leche en polvo enviadas por la Cruz Roja, y recolectadas por los «X Menores» después de ser usadas. Las latas tenían unos diez centímetros de diámetro, y los ingenieros les cortaron el fondo,

dejando un cilindro hueco de metal. Uno de los extremos de las latas era menor en circunferencia que el otro, de manera que esta parte encajaba perfectamente en el otro extremo de la lata, permitiendo así una unión perfecta. Para mayor seguridad se sellaba la unión con papel. La tubería era excelente y sin filtraciones, ya que una vez que se tendía no se volvía a tocar. Se fabricaron metros y metros de tubería, que luego se bajaron a los túneles.

Las tuberías de admisión de aire para los tres túneles partían de los cimientos de las barracas, muy bien ocultas para que los «hurones» no las descubrieran al arrastrarse bajo los bloques. Para obtener la entrada de aire para «Dick», Floody cavó un túnel de unos tres metros bajo el piso del baño, a través de cascotes. Las tuberías, entonces, bajaban hasta las válvulas de admisión de las bombas y otra tubería salía de cada válvula de expulsión hasta el lugar donde se comenzaría cada túnel. En el eje vertical, una tubería de salida iba bajo tierra hasta la chimenea más cercana.

Ramsay y Floody probaban cada bomba sosteniendo un trozo de tela frente a la entrada del aire. Se encendía la tela y se comenzaba a bombear. Cuando el hombre en la cámara llevaba unos instantes bombeando, el humo negro salía por las tuberías de expulsión. Examinaron éstas y no dieron señales de filtración de humo.

A partir de ese momento, los *trapfuehrers* cerraron las puertas-trampas en cuanto los tunelistas estaban en el interior. Podían trabajar indefinidamente allí abajo, seguros y apartados de ojos extraños. Mientras trabajaba la bomba, penetraba aire fresco que, desde bajo la barraca, seguía por el eje vertical hasta el fondo del túnel. Entretanto, como siempre sucede con el aire caliente, éste ascendía a través de la tubería de salida hacia la chimenea, que lo extraía limpiamente con la brisa del exterior.

Aproximadamente en el tercer aniversario de su derribo, Roger Bushell estaba sentado en el antepecho de la ventana, apoyado contra el marco, con las manos en los bolsillos, cuando entró Valenta.

—Llegas temprano —dijo Roger—. El resto no vendrá hasta dentro de media hora.

—Estarán aquí en pocos minutos —dijo Valenta—. Ese «hurón» nuevo acaba de llegar.

—¿Y qué está haciendo?

Valenta dijo, con cierta amargura:

—Se zambulló directamente bajo la 122, con una linterna.

—¡Dios mío! —Roger se puso de pie de un salto—. Allí están probando la bomba de «Dick».

—Todo marcha perfectamente —dijo Valenta—. George ha hecho que todos pisen fuertemente en los pisos de sus habitaciones. Habrá tal ruido que el «hurón» no podrá escuchar nada. En todo caso, George dio la orden a los muchachos para que guardaran sus cosas. Ahora vienen.

—Tendremos que cuidarnos de ese detalle —dijo Roger, frunciendo el ceño—. Se pueden escuchar las bombas bajo la barraca a través de la tubería de entrada de aire. Este «hurón» nuevo es un tipo bastante listo. ¿Cómo se llama?

—Aún no lo sé. No he entablado contacto con él.

—Es mejor ponerle en la lista negra con Glemnitz y «Cuello de Caucho» —dijo Roger—. Haré correr la voz. Incluso le podemos bautizar con el nombre de «Listillo».

Floody y los otros llegaron en parejas o grupos de tres. Al cabo de pocos momentos, el «X» del bloque asomó la cabeza por la puerta, dio la señal de seguridad y comenzó la sesión. Floody informó que todas las bombas estaban trabajando.

—Estamos listos para comenzar —dijo—. Contamos para cada agujero con unos treinta hombres divididos en tres grupos de diez. Marshall se hará cargo de «Tom», Johnny Bull de «Dick» y Ramsay y Muckle Muir de «Harry».

—¿Cuánto se puede hacer al día? —preguntó Roger.

Floody respondió que podrían cavarse tres metros en cada túnel y Roger se volvió a Fanshawe.

—¿Cuánto puedes dispersar, Cometa? —preguntó.

—Imposible esa cantidad —dijo Fanshawe sin vacilar—. Para los tres túneles, podríamos hacer un par de metros al día... y eso sin demasiados riesgos.

—No queremos correr ningún riesgo —dijo Roger.

—No creo que el cálculo deba ser tan rígido aún —dijo Floody—. Podemos cavar y luego almacenar la arena en la cámara de dispersión. Después los «pingüinos» se hacen cargo de lo que pueden y entonces sabremos lo que debemos cavar cada día.

Esa misma tarde bajaron los primeros turnos. Las trampas se cerraron y a la luz débil de las lámparas de aceite, comenzaron a cavar cuidadosamente la arena de los propios túneles. Un hombre estaba sentado ante cada bomba de aire, empujando y tirando rítmicamente del fuelle para que penetrara aire fresco desde bajo la barraca hasta la base del eje vertical. Las llamas de las lámparas vacilaban de vez en cuando al llegarles una ráfaga más potente de aire de la tubería. El humo negro de las lámparas ascendía siniestramente por el eje vertical y era absorbido por las tuberías de expulsión y las chimeneas.

Cada media hora el encargado de la bomba reemplazaba al cavador, y viceversa, de manera que los músculos de este último pudieran descansar en la nueva tarea.

El excavador desprendía la arena en un espacio un poco mayor al que tendría el túnel, y al cabo de unos treinta o cuarenta centímetros de adelanto, seleccionaba cuatro postes de literas ensamblados, de extremos cortados, que se guardaban en la cámara-taller. Primero, tendía la plancha base, de unos sesenta centímetros de longitud, luego una plancha lateral vertical con una leve inclinación interior. A continuación la plancha superior del techo, que sólo tenía unos cincuenta y cinco

centímetros de longitud. Finalmente se ponía la otra plancha lateral y se apretaba y amoldaba arena tras cada plancha. Como la sección del túnel decrecía ligeramente hacia arriba, el peso de la tierra sostenía todo el marco rígidamente y no había necesidad de clavos o tornillos.

Bajo la plancha del piso cavaba un pequeño canal de unos treinta y cinco centímetros de profundidad para introducir la tubería de aire, sellaba las uniones con papel alquitranado y así, la tubería quedaba fuera de peligro bajo el piso del túnel, a prueba de filtraciones y daños.

Trabajaron sin descanso durante varias horas, acumulando la arena excavada en las cámaras de dispersión, cuidando de todos los detalles para que este día no hubiera ningún fallo. Escasamente alcanzaron el metro de excavación en cada túnel. Los vigías informaron a los *trapfuehrers* que «no había moros en la costa» a eso de las cuatro y media. Los *trapfuehrers* abrieron las puertas-trampas y los excavadores subieron por la escalera: Pocos minutos más tarde, después de cepillarse y limpiarse la cabeza de arena, estaban en el *appel*.

Los turnos siguientes se presentaron en cuanto finalizó el *appel*. Eran los grupos dispersadores, lo que significaba que las trampas debían permanecer abiertas mientras era sacada la arena. Se subía en cubos de metal tirados de una cuerda, y al llegar los primeros cubos en cada entrada del eje vertical, los controles hicieron señas a los primeros «pingüinos». Uno de éstos se presentó en cada puerta-trampa, con las bolsas ya en posición bajo sus pantalones. Se paraba sobre una manta en el piso para no desparramar arena. Se le llenaban las bolsas y salía al exterior, donde Jerry Sage y los diversionistas le prestaban su protección.

Uno a uno fueron presentándose los «pingüinos», llenaron sus bolsas y se hicieron cargo del contenido. Luego volvían para su próximo turno. Los controles les enviaban cada vez por rutas diferentes a las puertas-trampas para que así los «hurones» no pudieran observar que un mismo hombre entraba y salía varias veces de la misma barraca durante la misma noche.

Hacia las nueve de la noche había desaparecido casi media tonelada de arena amarilla bajo la tierra gris del campo. Los tunelistas salieron de sus ratoneras y las puertas-trampas se cerraron hasta la mañana siguiente.

El *appel* de la mañana era a las nueve y media. Durante unos veinte minutos, como de costumbre, y hacia las diez, todas las puertas-trampas estaban abiertas y el turno de trabajo se introducía bajo tierra. Johnny Marshall fue el primero en bajar dentro de «Tom». De inmediato supo que algo marchaba mal en el fondo del eje vertical, ya que su pie se enterró en arena suelta. Encendió la lámpara y vio que la boca del túnel recién hecho estaba bloqueada de arena casi hasta la mitad, debido a un derrumbamiento en la base del eje vertical.

Las planchas superiores de un par de los primeros marcos se habían derrumbado en el túnel y cientos de kilos de arena ocultaban toda esa sección. Felizmente nadie había estado allí para presenciarlo. Marshall sintió un leve escalofrío al darse cuenta

de que, directamente sobre la parte del derrumbamiento, se levantaba la chimenea del bloque, un peso muerto de unas cinco toneladas. La arena estaba tan suelta que la sección amenazaba con derrumbarse y aplastarlo todo, incluso a alguien que estuviera allí en esos momentos.

El cavador que le acompañaba se le reunió en la base del eje vertical, vio el daño y tuvo la misma idea.

—Creo —dijo Marshall— que esa chimenea está sostenida por garfios desde el cielo y la gracia de Dios. Es mejor que subas y que me dejes suficiente espacio para limpiar todo esto.

La negativa que obtuvo fue rotunda y ambos comenzaron a reparar los daños, bromeando nerviosamente sobre las glorias de la muerte de un mártir. Limpiaron la arena derrumbada, pusieron doble marco para mayor seguridad y, a través de una grieta en un lado del eje vertical, fueron acumulando arena, hora tras hora, para rellenar una especie de cúpula que había dejado la arena al derrumbarse en la sección superior del túnel. Una vez terminada esta parte de la labor, siguieron cavando en el propio túnel, desde el lugar que habían quedado el día anterior, para ganar algunos centímetros más.

Después del *appel* del atardecer, los «pingüinos» dispersaron casi toda la arena acumulada durante el día, pero no toda.

«Listillo» había entrado en el campo nuevamente. Era un individuo bajo, de cabello rubio, una nariz larga y aguzada y boca de labios finos y apretados. Caminaba incansablemente por las barracas, por dentro y por fuera. Su vista era aguda y sospechaba del menor indicio. Cada puerta-trampa debía cerrarse un par de veces cuando entraba en la zona. En cierta ocasión, llegó casi al trote al bloque 109, giró bruscamente y entró en la barraca 123. El *trapfuehrer* tuvo sólo siete segundos de aviso.

El control de los «pingüinos» estaba sentado en el suelo a pocos metros de distancia dirigiendo por señas a sus hombres. No tuvo tiempo de ponerse de pie y «Listillo» ya había entrado en la barraca. Volvió a sentarse, con las palmas de las manos sudorosas. No había nada que hacer.

«Listillo» falló su ascenso por muy poco. Estaba a tres pasos de la habitación cuando el *trapfuehrer* estaba cerrando la pesada losa de hormigón sobre la boca del túnel. De pronto se abrió una puerta y un cuerpo salió disparado por ella, seguido de gritos e insultos. El cuerpo le dio de lleno y ambos cayeron al suelo, con «Listillo» debajo. Trató de ponerse de pie, pero el individuo que estaba sobre él, gimiendo dolorosamente, no se lo permitió.

Varios prisioneros salieron de la habitación y se reunieron en torno a los caídos, ayudándolos a ponerse de pie y limpiándoles el uniforme. George Harsh se sostenía la rodilla a dos manos, con el rostro deformado por una mueca de dolor y tratando de disculparse. El «hurón» no comprendía inglés y Harsh le hizo señas que no entendía alemán. Alguien se ofreció para traducir y entablar una larga conversación tripartita.

George se maldijo a sí mismo por su torpeza. El «hurón» estaba demasiado sorprendido como para expresar su ira y, de hecho, después de sonreír fríamente, se marchó.

El *trapfuehrer* había tenido tiempo para cerrar la losa y fumarse un cigarrillo.

—Gracias, George —dijo—, fue justo a tiempo.

Harsh estaba maldiciendo demasiado como para escucharle.

Se había hecho verdadero daño en la rodilla.



## Capítulo 5

### Combatiendo a los «hurones»

**V**ALENTA había puesto a Axel Zillessen tras las huellas de «Listillo». Axel no era su verdadero nombre, sino el que había elegido en caso de escapar del campo y poder así viajar como sueco. Consiguió que todo el mundo le llamara Axel y se acostumbró a responder a ese nombre. De hecho, era un comerciante en lanas de Bradford; un muchacho alto, con una nariz aguileña y cabello ensortijado. Con su encanto y contagioso entusiasmo, Axel podía convencer a quien fuera, hablando fluidamente en alemán o en inglés.

La próxima vez que «Listillo» apareció en el campo, el piloto de turno avisó a Axel de su llegada. Éste se acercó al polvoriento lugar donde «Listillo» examinaba cuidadosamente los bloques. Pasó por su lado un par de veces sin dirigirle la palabra, y a la tercera vez le saludó casualmente y cambiaron algunas palabras sobre el tiempo. Lo mismo sucedió al día siguiente. El tercero, estuvieron hablando casi durante cinco minutos.

«Listillo» venía cada día, y en cuanto entraba, el piloto de turno le daba el aviso a Axel. Hacia fines de esa semana, Axel y el «hurón» caminaban de un lado a otro del campo, charlando animadamente. Gradualmente fueron aproximándose al tema de la guerra. Axel se mantuvo siempre en un terreno neutral, lamentando los bombardeos y los sufrimientos por ambas partes.

—Es ridículo —dijo—. Aquí nos tiene, a dos personas civilizadas, charlando como tales, y si llego a poner un pie sobre el hilo de alarma usted me hace matar.

«Listillo» rió.

—Aún no he dado la orden de matar a nadie.

—¡Pero lo haría!

—Sólo herirle en una pierna —dijo «Listillo»—, y con pesar.

—Eso no hace que al acto sea más civilizado.

—El bombardeo tampoco es muy civilizado... —Esta vez las palabras indicaban cierto resentimiento.

—Nosotros no lo comenzamos —dijo Axel, y se apartó de lo que podría ser un tema bastante escabroso—. ¿Qué va a hacer una vez que termine la guerra?

El «hurón» rió sin humor.

—¿Para qué preocuparse ahora? Yo creo que no va a terminar nunca, y si llega a su fin, creo que no lo veré.

—Escuche —dijo Axel—, cuando termine vamos a necesitar la cooperación de los alemanes que no eran unos nazis enloquecidos. Entonces usted ya no será un enemigo.

El «hurón» consideró la delicada implicación, pero no respondió. Y tampoco pensó en rechazar, como lo habría hecho automáticamente, la clara inferencia de que

Alemania perdería la guerra.

Axel le llevó a su habitación por primera vez al día siguiente. Le invitó a beber una taza de café. «X» dio ración extra para esta ocasión, y cada vez que necesitaban agua caliente podían pedirla a la cocina con prioridad, sin importar el número de recipientes que entonces estuvieran sobre los fuegos.

El resto de los presentes en la habitación, Dave, Laurie, Nellie y Keith, dieron a «Listillo» una bienvenida calurosa.

Se sentó entre ellos con una taza de café caliente, un bizcocho y un cigarrillo. Esto era bastante más agradable que rondar por el campo lleno de polvo, y era interesante escuchar los puntos de vista de los británicos y americanos. Es privilegio de soldado (el único) el reclamar, pero en el Ejército alemán no podía hacerse, a no ser que se estuviera cansado de la vida y se deseara marchar al frente ruso. «Listillo» tenía mucho dentro de su cuerpo que no había tenido oportunidad de expresar, y ahora que contaba con un auditorio simpático y seguro, habló cada vez con mayor libertad.

—¿Qué podemos hacer los alemanes? —dijo al cabo de una semana, sentado ante una taza de café y comiendo un trozo de chocolate enviado por la Cruz Roja—. Nada se puede decir contra Hitler o la Gestapo... nada.

—Yo le diré lo que pueden hacer. —Axel se puso de pie y se sentó en la litera a su lado—. Pueden darse cuenta que la guerra está perdida y contra eso nada hay que oponer. Cuanto antes se termine, mejor. No podremos ser enemigos para siempre. Comiencen a vernos como amigos desde ahora —y agregó en voz baja—. No olvidaremos a nuestros amigos.

A la mañana siguiente, el piloto de turno avisó de la llegada de «Listillo» justo después del *appel* de la mañana, y su ayudante fue en busca de Axel. Vio que «Listillo» le seguía, de manera que se apartó de su camino. El «hurón» fue directamente a la 105, golpeó en la puerta de Axel y asomó la cabeza.

—Ha llegado «Listillo» —dijo con una sonrisa amistosa—. ¿Puedo entrar?

Estuvo un par de horas y luego se disculpó diciendo que sería mejor que apareciera en el campo, de otra forma Glemnitz se preguntaría qué estaba haciendo. Esta vez su patrullaje fue mucho más superficial. A partir de entonces, cada día se presentaba en la habitación de Axel para beber una taza de café, y al salir para su revisión del campo, cada vez fue más benevolente. Al cabo de poco tiempo, Roger le borró de la lista negra.

Valenta había dispuesto a un contacto que hablara alemán tras cada «hurón» y empleado administrativo que llegara al campo. El contacto entablaba amistad con su hombre, le ofrecía bizcochos, café y cigarrillos y escuchaba complaciente sus quejas y preocupaciones.

Estos alemanes eran graciosos y extraños. Si se les captaba en grupo, eran todos Nazis (tenían que serlo), pero al charlar individualmente con los de menor importancia, no se descubría ninguna moral en su interior. Parecían desnudos e

indefensos. Se podría sobornar al noventa por ciento (incluyendo a los oficiales) con sólo una taza de café o de chocolate.

En cierta forma, no creo que pudiera culpárseles por ello. Los contactos de Valenta eran como hormiguillas blancas, carcomiendo poco a poco la fe de los alemanes en su propia victoria. Hitler había dicho que si se decía una mentira suficientemente grande, el pueblo la creería, pero no captó el hecho de que, una vez que la mentira se ha descubierto, todo lo que se dice a partir de entonces no es creído. No era difícil obtener que un alemán llegara a pensar que Hitler no era un ángel de virtud, y luego, el resto de su edificio de fe caía en pedazos.

Los contactos llegaron a decir a sus hombres que debían combatir la guerra de Hitler, lamentar las persecuciones de la Gestapo, y derramaron un torrente de lógica para demostrar que Alemania jamás podría ganar la guerra.

—¿Por qué entonces —decían lógicamente—, considerarnos como enemigos? Muy pronto nos desearán como amigos.

La conversación no tenía un solo sentido. Con astucia y delicadeza, los «hurones» hablaron sobre las medidas de seguridad proyectadas, sobre el acondicionamiento de Alemania, sobre detalles de la zona en torno al campo. Se cogieron decenas de pistas, y Valenta, que había seguido un curso de inteligencia en la Facultad de Praga, las reunió con la ayuda de Roger.

Al cabo de poco tiempo supieron todos los senderos y caminos alrededor del campo, la extensión de los bosques y la disposición de las fuerzas en Sagan. Tuvieron en sus manos horarios de todos los trenes que pasaban por la estación de Sagan y sus respectivos precios. Supieron qué alimentos no estaban racionados, dónde anclaban los barcos suecos en Stettin y en Danzig, la guardia que los vigilaba, los centinelas que resguardaban la frontera con Suiza y con Dinamarca, y mil otros detalles sobre la forma de salir del Tercer Reich.

—¿Por qué dejan un desorden tan insoportable cada vez que registran las barracas? —preguntó Axel a «Listillo».

—Debemos ser cuidadosos —respondió el «hurón»—. Los alemanes somos siempre cuidadosos. Debemos registrarlo todo, de otra forma tenemos problemas con Glemnitz. Y si perdemos tiempo ordenando las cosas, también tendremos problemas con Glemnitz.

—Jamás encuentran nada.

—Las órdenes son órdenes —replicó virtuosamente «Listillo».

—Las órdenes no dicen que tengan que dejar todo por el suelo en cada sitio donde se meten —dijo Axel, quien ya había llegado al estado de tratar a «Listillo» con cierta dureza—. La última vez que estuvieron en mi habitación, sacaron la mitad de la viruta de mi colchoneta y la encontré toda desparramada por el piso. Tardé media hora en volverla a llenar.

—No fui yo —dijo «Listillo» apologeticamente—. La próxima vez yo mismo revisaré su habitación.

Y agregó a modo de reproche:

—No deben olvidar que son nuestros prisioneros. No esperen demasiado.

—No olviden que algún día serán nuestros prisioneros —dijo Axel amenazadoramente, a pesar de que a «Listillo» ya no necesitaba que se lo recordara. Axel había trabajado en esta idea durante semanas y el «hurón» la tenía muy metida en su mente.

—Sería de ayuda para todos —continuó Axel—, si supiéramos cuándo se nos va a registrar. Podríamos tener las cosas más en orden y ustedes no perderían tanto tiempo. Lo que sería de *ayuda*, para sus hombres también.

—Usted pide demasiado —dijo «Listillo», moviendo la cabeza, temeroso ante la sola idea.

Axel, cuidadosamente, sacó a relucir el mismo tema al día siguiente, pero pasaron quince días antes de que «Listillo» le dijera cuáles barracas iban a ser registradas en los próximos días. Después, todo fue más fácil. Roger dispuso casi siempre de un día de ventaja antes de los registros, y entonces sólo era cuestión de trasladar los objetos *verboten* fuera de la barraca que seguía en la lista y llevarlos a la barraca que había sido registrada últimamente. Este era el lugar más seguro. Una vez que los «hurones» registraban una barraca, generalmente, ésta quedaba inmune hasta que todos los otros bloques habían sido examinados y le llegaba el turno nuevamente. Este hecho nos agradaba y nos venía muy bien.

—Tienen un método totalmente desquiciado —dijo Roger con satisfacción.

Los contactos obtuvieron algo más que simple información de sus amigos alemanes. Había toda una serie de objetos que necesitábamos y las oportunidades que tiene un prisionero para ir de compras son bastante limitadas. Si Plunkett deseaba mapas, o Travis quería alguna herramienta, Roger informaba a Valenta y éste lo hacía saber a sus contactos. Una vez que un contacto tenía bien enseñado a su hombre, no había ninguna dificultad.

Un muchacho barbudo, llamado Thompson, trabajaba en el bloque de la cocina y prácticamente era hermano de sangre con el pequeño empleado alemán que estaba encargado de las raciones. Con anterioridad, este simpático alemán, había sido malabarista en un circo y había viajado por el mundo un par de veces como camarero a bordo de transatlánticos. No se hacía ilusiones por ninguna nación, incluyendo la suya.

Cierto día, Thompson, mientras sostenía una taza de café en sus manos, experimentó unos temblores violentos y la taza se rompió en el suelo.

—Me volveré loco en este lugar —gimió—. Cuando termine la guerra no serviré de nada. Me tendrán que llevar a una celda con chaleco de fuerza.

—Prefiere estar aquí en tus zapatos que en el frente ruso —dijo el pequeño alemán filosóficamente—. Estás mejor que muchos. Hay un antiguo proverbio árabe que dice: «Lloré porque no tenía zapatos hasta que vi a un hombre que no tenía pies.»

—Preferiría volver a volar —replicó Thompson con amargura—, aun cuando me frieran. Al menos estaría sentado sobre mi trasero sabiendo que soy útil en algo en vez de estar sin hacer nada y pensando mucho. Necesito hacer algo.

—Puedes estudiar alemán —dijo el pequeño empleado, sonriendo—. A veces tu gramática me da escalofríos.

—Pero eso me recuerda constantemente que estoy metido en esta prisión —dijo Thompson—. Me gustaría volver a dibujar. En el colegio lo hacía y me calmaba mucho los nervios.

El pequeño alemán asintió con un ademán de la cabeza.

—Sólo que no tengo nada con qué dibujar —dijo Thompson, quejumbroso—. Escucha, ¿no podrías conseguir papel para dibujar, unas plumas y tinta china?

El alemán pareció dudar:

—No está permitido tener plumas —dijo.

—Jamás lo sabrán. No las dejaré tiradas por cualquier parte, y si los «hurones» llegaran a descubrirlas, se limitarían a confiscarlas. Sólo cuestan un par de marcos y podría pagarte con café y chocolate.

El alemán prometió que lo pensaría y Thompson siguió insistiendo uno o dos días más, hasta que por fin el empleadillo trajo tres plumas, una pequeña botella de tinta y una docena de folios de papel para dibujar. Estaba bastante nervioso, pero se marchó feliz con unos cigarrillos y café ocultos en sus bolsillos. Thompson entregó el material de dibujo a Tim Walenn para su taller de documentos.

—Fue muy fácil —dijo—. Le pediré que traiga más materiales las próximas semanas.

La primera vez era siempre la más difícil, pero una vez que un hombre lo había hecho, que se sobreponía a sus escrúpulos y que descubría que era algo sencillo y de beneficio, no tardaba mucho en hacerlo por segunda vez y muy pronto se convertía en un hábito.

Había un *Obergefreiter* (soldado raso) muy joven que fue convencido para que aportara un par de alicates, y se le pagó generosamente con chocolate. Su hombre de enlace explicó enfáticamente que tuvo que sacar del chocolate destinado para su habitación y luego tenía que dar cuenta de ello... Si el *Obergefreiter* no tuviese inconveniente en firmar un recibo... Sólo era una cosa de formalidad. Por cierto, al *Obergefreiter* no le importaba firmar sobre la línea de puntos.

Más tarde tuvo que arrepentirse de ello. Se vio obligado a traer pases, dinero, mapas, herramientas, e incluso unos botones del uniforme alemán y charreteras. Esto era mucho mejor que si el recibo por el chocolate llegaba a manos del *Lageroffizier* y ser fusilado por negociar con el enemigo.

Poco a poco, todo lo necesario fue llegando a través de los contactos: alicates y hojas de sierra para Travis, tintas, plumas y papel para el taller de documentación, un magneto para Al Hake y su taller de brújulas, telas, hilo y botones para los sastres, dos brújulas prismáticas y niveles para que los túneles mantuvieran la línea recta,

marcos alemanes hasta que «X» llegó a contar con un buen rollo de billetes. Y también algunas piezas de radio.

Las noticias e informaciones alemanas estaban bastante teñidas en su favor, de manera que era muy agradable poder escuchar noticias de casa. Un par de radiooperadores lograron unir las piezas y dar forma a un receptor compacto y bastante potente. Travis hizo un nicho para el receptor en la 101. Para esto, sacó un lavabo de su base y ocultó el equipo tras las baldosas. El lavabo se volvió a poner en su sitio y su aspecto era tan normal como cualquier otro lavabo, pero los tornillos que lo sujetaban eran falsos. Un par de taquígrafos escuchaban la B.B.C. cada día y anotaban todo. Luego, con un cerco de vigías alertas, se leían las noticias en todas las barracas. La B.B.C. jamás ha contado con un auditorio más agradecido y apreciativo. Y creo que no volverá a tenerlo.

Pero no se podía sobornar a todos los alemanes. Glemnitz y «Cuello de Caucho» eran tan incorruptibles, que creo que nadie intentó sobornarles. Me parece que nunca escuché a nadie que se refiriera a Glemnitz sin decir: «Ese bastardo de Glemnitz»; pero en el término no había odio. Era casi una expresión de respeto, ya que era un buen soldado, aun cuando era alemán. A «Cuello de Caucho» también se le llamaba bastardo, pero en este caso la palabra traducía la intención. Era un tipo duro, pequeño, sinuoso, terriblemente consciente de su papel y de temperamento peligroso.

En el campo había muchos alemanes que eran excelentes personas. Todos pertenecían a la Luftwaffe, *soldaten* ordinarios, con esposas y familias y hogares; y cuando se logra quitar el membrete de la nacionalidad de una persona, se descubre que hay lo mismo en casi todo el mundo. Sólo más tarde la Gestapo y las S.S. entraron en escena.

El *Kommandant* había sido herido siete veces en 1914 y ahora tenía poco más de sesenta años y con un aspecto de juvenil fortaleza. Era un *Oberst* (coronel) y se llamaba Von Lindeiner. Era un hombre delgado, bien parecido, de rasgos firmes, siempre immaculado según la tradición prusiana, con la Cruz de Hierro al pecho, guerrera hecha a medida, pantalones de montar y botas altas, negras, también de montar.

Dentro de las limitaciones de la guerra, Massey y él eran amigos. Incluso si Von Lindeiner hubiera sido un pequeño tirano, Massey habría intentado mantenerse en los mejores términos con él para obtener todas las concesiones posibles para su campo. Pero tal como se presentaban las cosas, la asociación estaba basada en un mutuo respeto.

Con anterioridad, Von Lindeiner había sido ayudante personal de Goering, y Goering le había puesto al mando del campo porque le conocía como hombre firme pero humano. En Goering no había mucho humanismo, pero había sido un brillante piloto de operaciones en la guerra de 1914 y pudimos darnos cuenta que, dentro de su corazón, existía cierta debilidad por los prisioneros de la Fuerza Aérea. No puedo

decir que ninguno de nosotros le correspondiera en sentimientos y, en todo caso, lo perdió cuando comenzó el bombardeo.

Von Lindeiner era un hombre correctísimo. En un campo de prisioneros existe la consigna militar para un oficial cautivo de saludar al oficial captor y, a su vez, que se le devuelva el saludo. Pero uno no puede saludar sin llevar gorra (excepto en los Estados Unidos) y sólo había un grupo de privilegiados con gorras en todo el campo Norte. De manera que, cuando Von Lindeiner entraba en el campo, los prisioneros con la cabeza descubierta la inclinaban ligeramente a su paso y el implacable prusiano respondía con su propio saludo al desaseado prisionero, quien quisiera o no, tenía un inmenso agujero en las asentaderas de los pantalones y una barba de dos días porque se estaba afeitando con la misma hoja desde hacía un mes. Era una situación que intrigaba, como una especie de ritual y de civilizado sentido común.

Y al día siguiente, Von Lindeiner dictaba una orden de rutina por la cual se advertía a todos los centinelas de la necesidad de disparar sobre cualquiera que pasara la nariz al otro lado del hilo de alarma. (La mayoría de los centinelas no necesitaban que se les diera dos veces esta orden. El bombardeo les estaba causando graves daños.)

Pieber era otro buen alemán. En realidad era austríaco, pero eso no contaba. Muchas personas decían que Pieber era falso, y quizá lo era. Su amor fraternal era la mitad oportunismo, pero la otra mitad se debía a un corazón bondadoso, aunque no muy firme. Le gustaba estar en buenos términos con todos.

## Capítulo 6

### Primera indignación para «X»

**R** OGER fue en busca de Travis y le encontró en su habitación limando un cuchillo roto para transformarlo en un destornillador.

—¿Puedes hacerme un fusil? —preguntó, y Travis le observó detenidamente.

—Sólo es para que se vea como un fusil, no para disparar —explicó Bushell.

—¿Qué clase de fusil exactamente?

—Aleman. Imitación. Estamos montando una nueva exhibición. ¿Recuerdas esa vez, poco antes de trasladarnos del campo, que se llevaron a los prisioneros en grupo para despiojarles?

—Sí —dijo Travis—. Un recién purgado llegó cubierto de piojos.

—Exactamente —dijo Roger—. Creo que podemos incluir a un par de ellos que no necesiten en realidad del despioje oficial. Debemos contar con algunos guardias para que los escolten. Guest está confeccionando los uniformes. Tú debes fabricar los fusiles.

—Tendrán que ser perfectos para no llamar la atención del control en la entrada, Roger —dijo Travis lentamente—. No creo que podamos hacerlos.

Roger le miró con su ojo desviado.

—Los necesito dentro de una semana —dijo, y se marchó. Travis, McIntosh y Muller trataron de dibujar en un plano los detalles exactos de un fusil alemán, pero se dieron cuenta que no tenían idea de su longitud y otras dimensiones. Muller fue en busca de Henri Picard, en el taller de documentación. Picard, un joven belga, era uno de los mejores artistas del campo. La idea de Muller le atrajo y, en primer lugar, se confeccionó un par de calibradores de hojalata.

Al volver del *appel* de la tarde, Muller comenzó a charlar con uno de los guardias y Picard se detuvo a poca distancia, midiendo con sus calibradores el ancho y longitud de las diferentes partes del fusil, colgado del hombro del centinela. Cambió de posición y midió la longitud del fusil, anotando exactamente el lugar en que el cañón alcanzaba la cabeza del guardia y dónde terminaba la culata junto a su muslo. En los próximos días siguió cautelosamente a varios centinelas, dibujando a grandes rasgos y luego en detalle las diferentes partes del fusil.

Travis había descubierto que uno de cada cien travesaños de las literas eran de haya y no de madera de pino. Williams revisó todas las barracas y sacó las tablas de haya que encontró. No tenían el grueso suficiente para imitar un fusil, de manera que cortaron y tallaron cada fusil en dos mitades, las unieron y empalmaron en prensas hechas a base de unos sustentadores de una malla de ping-pong. Las partes que debían ser de metal, las tallaron en madera (cañón, gatillo, recámara) y luego las tiñeron y pulieron con un trozo de grafito traído por un alemán hasta que tuvieron el aspecto metálico deseable. Las partes del fusil que eran realmente de madera, se



tiñeron con pasta para limpiar botas y luego se sobaron y frotaron hasta tomar el color perfecto.

Las abrazaderas de los cañones fueron hechas por Muller con unos trozos de metal cortados de un cubo; utilizó clavos doblados para las pequeñas asas y las hebillas de las correas. Muller no creía que los cañones de madera pulida presentaban un aspecto perfecto, de manera que fundió papel plateado de los paquetes de cigarrillos y obtuvo un extremo de cañón realmente formidable a base de un molde de jabón donde se vaciaba el plomo derretido. Luego los pulió con grafito hasta la *máxima* perfección.

Afortunadamente, el color gris de los uniformes de la Luftwaffe era casi idéntico al gris-azulado del uniforme de la R.A.F. Tommy Guest utilizó unos viejos uniformes de la R.A.F. para cortar varios uniformes de *Unteroffiziers*. Seis de sus sastres aficionados los cosieron.

Las pequeñas águilas de las solapas y de las hebillas de los cintos, las hizo Muller fundiendo papel plateado en moldes de jabón; él mismo hizo los moldes. La hebilla del cinto quedó perfecta. Uno de los contactos logró que su hombre se quitara la guerrera mientras bebía su café diario. Muller aprovechó la ocasión y presionó el jabón contra la hebilla para sacar su molde. Guest cortó un trozo de una horrible camisa de Kirby-Green para hacer las charrateras de color de los uniformes.

Tim Walenn falsificó maravillosamente varios salvoconductos (los originales fueron traídos por un guardia sobornado). Los *Unteroffiziers* tendrían que mostrar sus pases para salir del campo con sus prisioneros, y el equipo de Walenn después de trabajar casi una semana sin descanso, logró imitarlos a mano a la perfección. Se los llevó a George.

—¿Cuál es el verdadero? —le preguntó.

Roger los estudió unos instantes.

—Tim, están endiabladamente buenos —dijo—. No creo que pueda distinguirlos.

—En realidad —dijo Tim—, son todos falsos.

Y el día en que estaba todo terminado y que los treinta y dos hombres recibían las últimas instrucciones para la evasión, los *Unteroffiziers* alemanes llegaron sin fusiles. En cambio, todos llevaban pistolas en sus respectivas cartucheras al cinto. Esta era la nueva orden. Los *Unteroffiziers* ya no llevarían fusiles, y tenía que haber un *Unteroffizier* en el grupo falso de desinfección. A un *Obergefreiter* (soldado raso o cabo) no se le permitiría que escoltara a un grupo de prisioneros fuera del campo.

Esta vez Roger perdió el control de sí mismo y durante dos días estuvo insoportable. Travis y Muller no lo hicieron mal tampoco.

Uno de los hombres de Tommy Guest había sido confeccionista de bolsos en su vida privada y Roger le puso a trabajar en imitaciones de cartucheras hechas de cartón. Picó el cartón para darle el aspecto de cuero y luego lo tiñó con pasta para limpiar botas, con el resultado de que no se podían distinguir de una cartuchera

verdadera. McIntosh talló dos culatas de pistola de dos tacos de madera, para que sobresalieran ostensiblemente de las cartucheras.

Roger, planificó la evasión en dos fases. Primera, veinticuatro hombres escoltados por dos *Unteroffiziers* pasarían por la entrada en dirección a las duchas de desinfección (al menos, así lo esperaban). Diez minutos más tarde, Bob Van Der Stok, un holandés alistado en la R.A.F., que hablaba perfectamente en alemán, saldría con cinco suboficiales para sostener una «conferencia especial» con el *Kommandant*.

Roger, Day y el comité seleccionaron a los hombres que integrarían el grupo, eligiendo individuos que habían trabajado arduamente para «X» y que habían estado tras la alambrada durante un par de años o más. El propio Roger especuló con la idea de agregarse, pero Day y el resto le convencieron enérgicamente de lo contrario. Tal como lo señaló Day, era muy posible que la señal de alarma se diera muy pronto, en cuyo caso, la mayoría no alcanzaría a llegar muy lejos. Y si Roger era vuelto a capturar con tan poco tiempo transcurrido desde su última evasión, ya sabía lo que le esperaba.

—Espera a que se termine «Tom» —dijo Day—. Entonces habrás salido de la zona en un tren antes de que se den cuenta.

Roger aceptó de mala gana, en parte porque había puesto tanto de sí mismo en «Tom». Floody deseaba formar parte del grupo de desinfección, pero Roger vetó la idea y sostuvieron una discusión breve pero incisiva. Las discusiones con Roger eran frecuentemente incisivas, y siempre muy breves.

—Te necesitamos para los túneles —dijo a Floody sin preámbulos.

—¡Dios mío, estoy enfermo con los túneles! —gruñó Floody—. Me parece estar pasando la vida en un agujero fétido bajo tierra. Necesito un cambio de atmósfera.

—Escucha, Wally —dijo Roger—, por primera vez estamos llegando a alguna parte y todo marcha sobre ruedas. No lo eches a perder. En un par de meses «Tom» estará listo y entonces podrás hacer lo que te plazca, pero ahora no. Te necesitamos.

—Pero si volvería —dijo Floody, extendiendo las manos a modo de súplica—. Me cogerían. Nada hay más seguro. Salgo ahora con el grupo de despioje y a los dos días estoy de vuelta en la nevera. Entonces descanso durante quince días y vuelvo mejor que nunca. ¿Qué te parece?

—No —dijo Roger.

Poco después de las dos de la tarde de un día caluroso, veinticuatro hombres salieron ordenadamente de la 104, con unos bultos envueltos en toallas, al parecer para hundirlos en el vapor de los desinfectantes. Sería desastroso si los guardias de la entrada les revisaban, porque contenían guerreras y pantalones convertidos y arreglados para imitar ropas de civil, y pequeños paquetes de alimentos concentrados hechos de cebada y migas de pan, leche en polvo, chocolate y azúcar. En los bolsillos había mapas y unas pocas monedas alemanas. Dos *Unteroffiziers*, con sus cartucheras al cinto, les formaron en tres filas y partieron hacia la entrada riendo y bromeando con la misma alegría que el paciente que se sienta en el sillón del dentista. La

atmósfera estaba un poco recargada. Roger y Floody (éste con bastante envidia) la presintieron a cien metros de distancia, donde estaban sentados junto a una barraca, vigilando.

El grupo se detuvo ante la primera verja y uno de los *Unteroffiziers* mostró su pase. El guardia casi no lo miró y las grandes alambradas se abrieron de par en par. Marcharon hacia la segunda verja, el guardia observó superficialmente el pase durante unos segundos y al cabo de poco tiempo estaban en el camino en dirección al bosque de pinos. Prácticamente fue un anticlímax.

A trescientos metros, fuera de la vista de los alemanes, giraron bruscamente y desaparecieron entre los árboles, corrieron durante una media milla, donde se detuvieron para cambiarse de ropa y dividirse en grupos de dos o tres, o individualmente.

A las dos y cuarto, Van Der Stok salió de la 110 con el segundo grupo y se dirigió a la verja. Goodrich, el de mayor graduación, era un coronel americano de unos cuarenta años, con un rostro rojizo, duro y un tórax como un tonel. Junto a él marchaba Bob Tuck, delgado y elegante, as de la Batalla de Gran Bretaña, condecorado con la Orden del Servicio Distinguido y tres Cruces al Mérito; luego Bill Jennens, jefe de escuadrilla de la R.A.F. y ayudante en el campamento, con una voz de sargento y un rostro tallado en granito. Los otros dos eran «Nellie» Ellan, que se encargaba de la radio, y un comandante polaco.

Van Der Stok mostró su pase en la primera verja y pasaron. En la próxima etapa, el guardia era un poco más consciente y dio vuelta al pase para mirar en su reverso. (Más tarde descubrimos que sólo una semana antes los alemanes habían puesto un nuevo timbre en el dorso de los salvoconductos para salir de los campos, en caso de que fueran imitados). El pase de Van Der Stok no tenía el timbre y el guardia le miró suspicaz. Sólo entonces llegó a su lento cerebro la idea de que a este hombre lo había visto caminando por el campo como prisionero. Gritó una orden e inmediatamente una docena de soldados alemanes surgieron ruidosamente de la caseta de los guardias.

Van Der Stok se inclinó apaciguadamente y alzó las manos.

Broili salió de la *Kommandantur* en respuesta a un mensaje urgente. Era el oficial jefe encargado de la seguridad; un mayor pequeño y regordete, de cabellos negros y brillantes, que cedía a una ira monumental cuando los prisioneros se le escapaban y demostraba paternal educación cuando fracasaban. Se dirigió al grupo jovialmente.

—Señor Van Der Stok —dijo en tono burlón—, su indumentaria no es apropiada. Ah, lo siento, señores (amplia sonrisa)... es el destino de la guerra. Quizá la próxima vez tengan más suerte.

Felicitó calurosamente al guardia que había reconocido a Van Der Stok, y fue entonces cuando el guardia lo arruinó todo.

—Mayor, creí que era algo bastante poco usual que dos grupos salieran del campo en tan poco tiempo —dijo orgullosamente.

Broili pareció envejecer.

—¿Dos grupos? —preguntó con voz de ultratumba, y el guardia se lo dijo.

—*Mein Gott, sechs-und-zwanzig* —chilló Broili, y con una terrible mirada a Van Der Stok y a Goodrich corrió en dirección al teléfono de la caseta de los guardias.

El *Kommandant* llegó a la verja a los dos minutos y entró, seguido de Broili (sudoroso), una docena de guardias y un hormiguero de «hurones». Estos y los guardias se adelantaron, gritando. «¡*Appel! ¡Appel!*» Llegó Pieber, palmeteando energicamente. Entró directamente en la habitación de Bill Jennens para encargarle que todo el mundo se presentara fuera, y luego se detuvo estúpidamente en la puerta cuando recordó que Jennens estaba con Goodrich, Van Der Stok y el resto en la nevera. Por el bosque, desde la *Kommandantur*, se acercaban casi un centenar de soldados, con cascos, fusiles y metralletas. Entraron en las barracas e hicieron salir a todos.

Los «X» de cada bloque pasaron silenciosamente por sus barracas y luego salieron al exterior, diciendo a todo el mundo que tardaran lo más posible. Se llevaría a cabo una formación de identificación para descubrir a los que faltaban, y mientras más tardaran, mayores serían las posibilidades de escapar del grupo de despioje. Los prisioneros se movían todos como caracoles, y Pieber encontró a Day.

—Por favor —dijo—. Todos al *appel*, rápido, y así no dispararemos. El *Kommandant* está furioso.

El rostro de Von Lindeiner había tomado el color de una nube tormentosa. Estaba aparte del resto, observando a los ochocientos prisioneros. Glemnitz también estaba aparte, con la boca apretada y se podían ver los músculos del cuello a los lados. «Cuello de Caucho», como de costumbre, era quien más demostraba su estado de ánimo. Su rostro estaba rojo, la frente arrugada y la boca caída, como si le hubieran descubierto en el cuarto de las mujeres sin sus pantalones. Nadie reía, porque tenía una pistola en la mano.

Los oficiales prisioneros de la Armada o del Ejército, del grado de coronel o menos, y todo piloto británico o americano, sin importar el rango, estaban clasificados como «prisioneros importantes» y los alemanes guardaban sus fotografías y huellas digitales. Uno a uno los «hurones» nos llamaron por el nombre y compararon nuestros rostros con las fotografías. No era tarea fácil. No eran muchos los que presentaban el mismo aspecto desde el día que los derribaron. Todos estábamos bastante más delgados y muchos llevaban barba o la cabeza afeitada.

Hacía mucho calor cuando se nos llamó a formar y la mayoría vestíamos sólo shorts. Hacia las cuatro de la tarde estalló una tormenta y la lluvia arreció durante una hora. Ninguno de los alemanes llevaba capote. Von Lindeiner pareció no darse cuenta de que llovía. Implacablemente se estuvo junto a los archivos fotográficos, sin moverse, empapado. Con la llegada de la oscuridad, hacia las nueve y media, se terminó la revisión y se nos permitió volver a las barracas, tiritando de frío pero satisfechos.

Ninguno de los veintiséis hombres llegó a Inglaterra. Al cabo de tres días cayeron todos en manos de los alemanes, excepto tres:

Morison, Welch, y Stower.

En los bultos que lograron sacar del campo, Morison y Welch llevaban unos uniformes alemanes hechos por ellos mismos. Se los pusieron en el bosque y llegaron a un aeropuerto cercano, donde pudieron introducirse dentro de un viejo Junkers de entrenamiento. Iban a poner en marcha el motor para emprender el vuelo a Suecia, cuando un piloto alemán se acercó (por sorpresa) para pilotar el aparato. Creyó que Morison y Welch pertenecían al equipo de tierra. No hablaban una palabra de alemán, pero saludaron a la perfección, pusieron en marcha el motor con la manivela y el alemán despegó, dejándoles en tierra rechinando los dientes. Se arrastraron hacia otro avión, pero como no tenía la manivela, marcharon atrevidamente a uno de los hangares, cogiendo una manivela de uno de los armarios y ya habían dado los primeros pasos en dirección al avión cuando apareció un sargento alemán y les preguntó qué hacían.

—Bien —dijo Morison en inglés, casualmente, sabiendo que el juego había terminado—, en realidad sólo queríamos pedir prestado este avión para ir a pasar el fin de semana en nuestra casa.

El sargento palideció, pero se recuperó pronto. Los alemanes quisieron seguirles juicio por sabotaje y mantenerles encerrados durante semanas, pero finalmente les castigaron y les enviaron a Kolditz Strafelager.

Johnny Stower, el pequeño piloto, nervioso y de negros cabellos, casi fue atrapado a la media hora de haber escapado. Un guardia le detuvo, a una milla del campo de prisioneros, pero Stower estaba en posesión de un pasaporte falso hecho por Walenn que atestiguaba ser un trabajador español. Pudo pasar esta primera revisión y caminó sesenta millas hasta la frontera de Checoslovaquia, a través de sembrados y bosques, manteniéndose alejado de los caminos.

En un pueblo fronterizo hizo amistad con un posadero checoslovaco quien le dio ropas de civil y dinero. Stower subió a un tren que le llevó a un lugar junto a la frontera de Suiza. Durante la noche se dispuso a cruzarla y, de hecho, estuvo en una saliente del territorio suizo, pero al no saber dónde se encontraba, caminó en dirección contraria, hacia el lado alemán, y fue capturado por un guardia fronterizo. Después de algunas semanas en una oscura celda de la Gestapo, volvió a reunirse con nosotros. Su suerte fue trágica. Sólo más tarde supimos lo realmente trágica que había sido.

Conk Canton también había tenido mala suerte. Subió a un tren en la estación de Sagan, y al partir, un oficial alemán entró en el mismo compartimiento que él ocupara. Canton le reconoció como el médico alemán de la *Kommandantur* y rápidamente ocultó el rostro tras un periódico. Estuvo así varios minutos, pensando

en la forma en que podría trasladarse a otro compartimiento sin ser reconocido. En esos instantes sintió unos golpecitos insistentes en la rodilla. Era imposible ignorarlos. Tuvo que mirar por encima del diario y allí estaba el médico alemán observándole con tolerancia.

—Lo siento, Canton —dijo—. Tendrá que acompañarme.

Pocos días después del descubrimiento del falso grupo de desinsectación, al anochecer, tres hombres con uniformes alemanes y fusiles al hombro, salieron por la puerta del campo mostrando sus respectivos pases. No había nada anormal en sus salvoconductos. Todos llevaban el nuevo timbre al dorso y tres hombres desaparecieron en la oscuridad.

Desgraciadamente, dos de ellos tropezaron con Glemnitz en su camino hacia la estación de Sagan y el sorprendido y furioso Glemnitz les reconoció como dos de los prisioneros de su campo y les arrestó. El tercero, Cochran, fue descubierto en un tren pocas horas más tarde. Fue mala suerte, pero, al menos, los fusiles de Travis sirvieron de algo.

# Capítulo 7

## El tren subterráneo

**C**UANDO los túneles tenían más de seis metros de longitud, Muller, Travis y McIntosh ya habían solucionado el problema de los trenes subterráneos. Habían pasado los días en que un hombre llenaba un cubo de arena y luego tenía que arrastrarse penosamente durante treinta metros hasta el eje vertical para vaciar el cubo, y luego volver arrastrándose hasta la pared en excavación.

Los carros debían soportar un fuerte trabajo, de manera que Travis utilizó las maderas de haya para la armazón. Construyó un carro para cada túnel, y cada uno llevaba dos cajas para la arena que se podían reemplazar por otras vacías. Cada rueda estaba formada por tres discos de madera de haya atornillados (los discos interiores eran de mayor diámetro y formaban la pestaña que sostenía y guiaba al carro por sus rieles). En vez de llantas utilizó recortes de latas de conservas y recurrió a unos hierros de la estufa para utilizarlos como ejes. Los ejes giraban en soportes de madera lubricados con margarina.

En cuanto a los rieles, Willy Williams revisó todas las barracas en busca de los tirantes y ángulos que sostenían los muros y techos de las habitaciones. Los carpinteros los partieron a lo largo para hacer unas tablillas de una pulgada de ancho, media de espesor y unos treinta centímetros de longitud, que se atornillaban al piso del túnel a unos treinta centímetros de distancia unas de otras. Los carros rodaban suavemente sobre ellas, tirados cada uno con cuerdas trenzadas atadas en ambos extremos.

Ahora, el cavar túneles, era una rutina suave. Cada túnel contaba con doce excavadores permanentes en su equipo, divididos en turnos de a cuatro. Inmediatamente después del *appel* de la mañana, el «X» del bloque miraba bajo la barraca y en el techo para asegurarse de que no había ningún «hurón» oculto y cuando todo estaba en regla, los vigías rondaban mientras el *trapfuehrer* abría la entrada y el turno de cuatro hombres descendía por el eje vertical. Cerraba la puerta-trampa, despedía a todos los vigías menos a uno y así todo quedaba a salvo en el exterior, hasta la hora de volver a abrir antes del *appel* de la tarde.

Bajo tierra uno del equipo se sentaba frente a la bomba y daba comienzo a los movimientos rítmicos, como si remara. Dos se desnudaban y se ponían ropa interior de algodón. Uno de ellos se tendía sobre el carro y se impulsaba con las manos hasta la pared de trabajo del túnel. El otro tiraba del carro por la cuerda y se impulsaba a su vez hasta la cabeza del túnel. El cuarto hombre, en la base del eje vertical, tiraba del carro, ponía las cajas en su lugar, y el segundo cavador arrastraba el carro por otra cuerda.

No había espacio para darse vuelta en el túnel, o para tenderse uno junto al otro. El cavador número Uno se tendía de frente y comenzaba a cavar, mientras la arena se

acumulaba junto a su cabeza, la empujaba por sus costados hacia su compañero (tendido en otro sentido hacia el eje vertical) quien la acercaba y cargaba en las cajas del carro. Cuando las cajas estaban llenas tiraba de la cuerda y el hombre en la base del eje arrastraba el carro, sacaba la carga, ponía la arena en unas bolsas en la cámara de dispersión; luego volvía a dejar las cajas sobre el carro, tiraba de la cuerda, y el cavador número Dos arrastraba el carro hasta la cabeza del túnel.

El hombre en la base del eje vertical pasaba gran parte de su tiempo terminando el trabajo de las uniones y ensambles y lengüetas cortadas por los carpinteros en los extremos de las tablas almacenadas en la cámara del túnel. Cuando se necesitaba un nuevo marco, o un trozo de tubería de aire o una lámpara recién cargada, el cavador número Dos enviaba una nota en el carro.

Trabajaban sin descanso hasta el *appel* de la tarde. Si deseaban comer algo, lo bajaban por la mañana. La mayoría no lo quería. La comida consistía en una rebanada de pan negro y un par de patatas; en el mejor de los casos sabían a pan negro y a patatas, y si se sazonaba con arena, era mucho peor.



Cómo trabajan los dos cavadores en la vanguardia del túnel.

De cuando en cuando cambiaban el trabajo para relajar los músculos y evitar el tedio. La labor de cavar era la peor. Se tenía una lámpara de grasa junto a la cabeza, se respiraba su humo todo el día y al volver a la superficie al final de la jornada, se escupía negro. Las bombas aliviaban mucho este factor contrario. En el extremo de la tubería de aire iba un terminal reemplazable que daba justo sobre el hombro del cavador, le proporcionaba suficiente aire fresco y evitaba que la arena cayera dentro de la tubería. Cuando se agregaba otro trozo de tubería, se sacaba el terminal, se tendía la tubería bajo el piso del túnel y se volvía a poner el terminal.

Los cavadores de constitución más ligera cambiaban de lugar pasando uno por encima de otro, pero con tipos fornidos como Tom Kirby-Green, debían volver hasta la base del eje vertical en el carro y allí cambiar de posición.

Bajo tierra el calor era increíble y los excavadores sudaban constantemente. Algunas veces un «hurón» rondaba cerca de la puerta-trampa y la lata de alarma en el eje vertical emitía un suave cascabeleo. Todos quedaban inmóviles en sus lugares, porque en algunas ocasiones podían escucharse ruidos apagados del trabajo, en el exterior. Se quedaban allí inmóviles hasta que el «hurón» se alejaba y continuaba con su labor.



La lata de alarma colgada del techo de la cámara de dispersión contenía unos cuantos guijarros en su interior y una cuerda partía de ella y llegaba al piso de la barraca por el eje vertical. Sólo se necesitaba de un suave tirón a la cuerda para que los guijarros dieran su voz de alarma.

Hacia las cuatro y media, los tunelistas volvían a vestirse con su ropa y trataban de sacarse la arena del cabello. En el exterior, los vigías se mantenían alerta y uno de ellos que hablaba alemán se quedaba cerca para alejar a cualquier «hurón» que se aproximara a la zona de la puerta-trampa. Cuando se recibía la orden, los *trapfuehrers* abrían las puertas y salían los tunelistas. Éstos borraban cualquier vestigio de arena de las barracas y luego salían para el *appel*, como cualquier otro prisionero.

Después del *appel*, el «X» del bloque registraba nuevamente las barracas, los vigías volvían a sus puestos, se abrían las trampas y bajaba el segundo turno. Tendían rieles, reemplazaban cualquier marco en mal estado, barrían la arena restante de los túneles y revisaban las lámparas y la bomba.

Travis había fabricado dos niveles de alcohol y cada noche revisaban cuidadosamente el nivel del piso de los túneles. No habría existido problema si el túnel se hubiera elevado ligeramente (pero no demasiado). Ciertamente, no deseaban que se profundizara. El turno de la noche estaba encargado también de corregir la dirección del túnel. La Organización, por medio de unos alemanes sobornados, había conseguido dos pequeñas brújulas prismáticas del tipo utilizado por la infantería de la Wehrmacht. El cálculo era muy general. La revisión exacta se hacía sosteniendo una lámpara junto al muro del túnel en la cabeza de éste y se estudiaba el muro desde la base del eje vertical.

Y entonces comenzaba la parte inquietante del trabajo. Si todo marchaba bien, las puertas-trampas se mantenían abiertas y se alzaban las bolsas con la arena excavada durante el día. Uno a uno pasaban los «pingüinos» para recoger la arena y luego salían al exterior. En cuanto llegaba la última bolsa, los hombres en el túnel subían y las puertas se cerraban durante la noche.

A la mañana siguiente, el tercer turno comenzaba a trabajar en la excavación y así continuaba la rotación.

Se requería mucha presencia de ánimo y nervios firmes para ser excavador. Era inmenso el esfuerzo de estar tendido durante horas sobre un codo, cavando arena con el otro brazo extendido y con todo cuidado, si no se deseaba un quintal de arena sobre la cabeza. Todos los días ocurrían derrumbamientos menores, y algunas veces otros de mayor importancia.

Los cavadores formaban un grupo bastante heterogéneo. Había de casi todos los países británicos, de América y Francia, Polonia, Noruega, Argentina y Checoslovaquia.

De Gales estaba el pequeño Shag Rees, con su tupida cabellera negra y una nariz que se había roto con tanta frecuencia que ya casi era una costumbre. Su amigo, el

«Pelirrojo» Noble, era un canadiense de constitución fuerte, de voz gentil y casi siempre una sonrisa en los labios. Noble y Shag solían hostigar a «Cuello de Caucho», de manera que no siempre estaban disponibles porque pasaban mucho tiempo en la nevera.

El mayor Davey Jones, era más conocido por «Tokyo», debido a que tomó parte en la famosa incursión americana de 1942, cuando el general Doolittle les hizo despegar desde un portaviones. Bombardearon Tokyo y regresaron para que el combustible les permitiese volver a China. Algunos lo hicieron y Davey terminó entre los guerrilleros chinos. Después de eso se trasladó al Medio Oriente y le derribaron en su primer vuelo. ¡Una carrera breve de piloto de operaciones pero de extraordinaria singularidad y violencia! Era de Oklahoma, criatura salvaje y delgado, de cabellos negro azabache y una mirada de halcón de Piel Roja.

«Cochinillo» Lamond era neozelandés famoso por escaparse del campo Este con su túnel «topo». Danny Krol, un polaco pequeño de un metro sesenta, había sido campeón de sable. Poseía un rostro de finos rasgos, cabello liso y peinado hacia atrás y el físico en miniatura más perfecto que he conocido.

Jean Regis, francés alistado en la R.A.F., era de tez oscura, velludo y de constitución de gorila. Regis era incansable. Se sentaba ante la bomba de aire durante cuatro horas y soltaba un rosario de denuestos en francés si alguien intentaba reemplazarle.

Muir, escocés, alto, bien parecido, tenía un inmenso bigote que se dejó crecer para evitar que la arena se le introdujera por la nariz.

El padre de Ed Tovrea era un gran magnate de la carne en Arizona, y Tovrea un muchacho moreno, atractivo, de unos veintiún años; había sido derribado en una de las primeras Escuadrillas de Spitfires americanas de Inglaterra.

Buck Ingram era otro yanqui. Un tipo duro de Idaho, de cabellos gruesos y negros y ojos brillantes.

Johnny Staubo, el noruego, debiera haber estado en Hollywood. Realmente era un hombre muy atractivo, de más de dos metros de altura, de hermosas facciones y cabellos rubios. Compitió varias veces en la Copa Davis de tenis.

Weir, otro canadiense, volaba sin anteojos la noche que lo derribaron y el avión se incendió. Su casco y la máscara de oxígeno le salvaron gran parte del rostro, pero el fuego le quemó en torno a los ojos y la piel cicatrizó en capas gruesas y suaves, pero de un color púrpura y rojo.

Birkland, también canadiense, se distinguía por su escasa barba bajo la mandíbula.

Todos tenían sus pequeñas peculiaridades. Davey Jones carecía de nervios y tenía fe ciega en que el túnel no se derrumbaría sobre su cabeza. Más tarde lo comprobó. Cada vez que Weir cavaba, el túnel se desviaba hacia la izquierda. Ramsay le insultaba a menudo por desviarse de la línea recta, pero Weir no dejaba de hacerlo por esto. Birkland se desviaba hacia la derecha casi en cada turno, de manera que Ramsay

le ponía a cavar después de Weir para compensar las cosas. Durante mucho tiempo, Birkland insistió en cavar desnudo en el túnel, y verle sudando y manchado de arena cambiando de posición, era una visión enervante. Floody se dio cuenta de que la arena le estaba hiriendo en los codos y rodillas y le obligó a usar la ropa interior de algodón. Los rasguños y cicatrices eran demasiado visibles.

Cuando cada túnel alcanzó los diez metros de excavación, Floody cambió el sistema de recubrimiento para ahorrar madera. En vez de un apuntalamiento sólido y continuo, se espaciaron los marcos cada treinta centímetros, poniendo planchas entre uno y otro.

Williams ya había dado tres rondas completas al campo en busca de tablas de literas en cada habitación. Cada cama contaba ahora con tres tablas menos y las colchonetas, que nunca fueron confortables, se hundían en las aberturas. Pero con el tiempo, uno se acostumbraba. Algunas habitaciones tenían doble piso y Williams envió a sus carpinteros bajo las barracas para sacar algunas de las planchas inferiores. Las cortaban en tablas de unos cuarenta y cinco centímetros y luego las llevaban abajo para recubrir el techo del túnel entre los marcos.

Con el nuevo sistema de apuntalamiento, la cabeza del túnel debía excavarse unos sesenta centímetros antes de poder instalar un marco y alinear el techo; los derrumbamientos de arena empeoraron inmediatamente. No importaba el cuidado con que se extrajera la arena de la abovedada superficie del techo, había un derrumbamiento casi todos los días. Generalmente no quedaba tiempo de escapar; sólo la advertencia del crujido y abajo se venía todo, enterrando generalmente al cavador desde la cabeza a la cintura y dejando un inmenso hueco vacío.

A veces se derrumbaban unos cien kilos de arena y el cavador número Dos tenía que trabajar rápido, coger a su compañero por los tobillos y sacarle, con los ojos y oídos llenos de arena y ahogándose por la nariz y la boca.

Era frecuente que la lámpara de grasa y la tubería de aire fueran dañadas y quedaban en total oscuridad. Incapaz de escribir una nota, el cavador número Dos volvía en el carro a la base del eje vertical en busca de una lámpara y al retornar, el cavador número Uno ya había tenido tiempo de escupir toda la arena y podía respirar nuevamente. Se sabía si estaba en condiciones de respirar por sus maldiciones.

El último metro del túnel quedaba inundado de arena. Desenterraban el terminal de la tubería de aire, lo limpiaban de arena y volvían a instalarlo. Se enviaba en el carro un tercio de la arena derrumbada y entonces, escasamente con el espacio necesario para trabajar, el cavador número Uno apuntalaba la zona del derrumbamiento. Dejaba una pequeña abertura en el techo a través de la cual presionaba arena durante una media hora hasta llenar la cavidad dejada por la caída. Luego tapiaba todo el techo y continuaba haciendo el túnel.

La agravante de un derrumbamiento era que, aun cuando se prensara todo lo posible la arena, sólo se podía devolver a su lugar las dos terceras partes de la cantidad derrumbada. El resto era arena extra que debía dispersarse.

Uno de los hombres de Travis mejoró en algo la situación de la lámpara. Había sido ingeniero electricista y recorrió todas las barracas en busca de hilo conductor, reajustando la instalación hecha por los alemanes. Una vez terminada su tarea, tenía unos cuarenta trozos de hilo de treinta centímetros a tres metros de longitud. Unió todos los trozos, ocultó la instalación tras el muro y puso luz eléctrica en todos los ejes verticales y en los primeros metros de cada túnel. No servía de nada durante el día, ya que la corriente no estaba dada, pero fue de gran ayuda para los turnos de dispersión nocturna.

En un día normal, cuando no se presentaban muchos «hurones» y los derrumbamientos eran escasos, cada túnel avanzaba un metro y medio. Generalmente era menos, pero a comienzos de junio, «Tom» ya tenía veinte metros y los otros túneles no estaban muy rezagados.

Cierto día, Glemnitz detuvo a Conk en el campo.

—Ah, señor Canton —le dijo afablemente—, ¿cuántos túneles están cavando ahora?

—En estos momentos, creo que son cincuenta —replicó Conk alegremente, y siguió su camino.

Pocos minutos después, Glemnitz encontró a Floody y le hizo la misma pregunta.

—¿Por qué habría de decírselo? —preguntó a su vez Floody—. No me creería.

En una reunión del comité «X», sostenida un par de días más tarde, se supo que Glemnitz había preguntado lo mismo a docenas de personas. En cada bloque eligió habitación para su encuesta.

—Ese marrano hábil —dijo Roger—. Apuesto a que está revisando todas las respuestas y reacciones para sacar alguna idea sobre la excavación de un túnel.

Hizo correr la voz por el campo de que si Glemnitz se dirigía a alguien, se le ignorara totalmente.

## Capítulo 8

### Carrera contra el tiempo

**L** OS prisioneros rusos volvieron aproximadamente el 10 de junio. Eran casi un centenar, rodeados de guardias alemanes con metralletas. Se les envió al bosque en el lado sur de la alambrada y comenzaron a derribar árboles. Unas caravanas de camiones se llevaban los troncos y las ramas, y al cabo de cuatro días el borde del bosque había retrocedido casi cincuenta metros.

Massey encontró una excusa para ver al *Kommandant*, y Von Lindeiner le dijo que se estaba construyendo un nuevo campo.

—Es para los americanos —dijo—. Les vamos a separar.

—Pero eso no es necesario —objetó Massey—. Hablamos el mismo idioma. Son nuestros aliados y nos llevamos muy bien.

—Creo —dijo Von Lindeiner secamente—, que eso es lo que tiene en cuenta el Alto Mando. La orden es exclusivamente de ellos.

Massey envió a buscar a Roger, Clark y Day y les relató su conversación con el *Kommandant*.

—No saco nada con trabajarle —dijo—. Si es una orden del *Oberkommando*, ya no hay nada que hacer.

Se volvió hacia Goodrich.

—Ya sabe lo que significa —continuó—. Si terminan el campo antes de que nosotros terminemos el túnel, sus compañeros se perderán la evasión.

Goodrich preguntó si se había fijado alguna fecha para el traslado al nuevo campo.

—Von Lindeiner no lo sabía o no lo ha querido decir —contestó Massey—. Yo creo que estará terminado en un par de meses.

Miró interrogativamente a Roger.

—¿Qué cree usted, Bushell?

—Hay algo que es obvio, señor, que debemos concentrarnos en un solo túnel por ahora. «Tom» es el más avanzado y atacaremos por él.

—¿Cuáles son las posibilidades? —preguntó Goodrich.

Roger respondió confiadamente:

—Podemos lograrlo si tenemos suerte. Y la necesitaremos porque debemos hacer algunos cambios.

Explicó al comité el nuevo programa, sin vacilación. En vista del embotellamiento de la dispersión, no había ninguna razón para continuar con «Dick» y «Harry» al mismo tiempo. Unos cavadores seleccionados podrían avanzar hasta cuatro metros al día. Fanshawe garantizó que los «pingüinos» podrían hacerse cargo de toda esa arena. Mayor cantidad significaría entrar en graves riesgos.

Esa noche, Minskewitz raspó el jabón que sellaba los bordes de la puerta-trampa de «Dick» y lo reemplazó por cemento. Ramsay selló sólidamente la puerta-trampa de «Harry», de manera que volvió a formar parte del suelo.

Roger y Floody escogieron los quince mejores cavadores y los dividieron en tres turnos para trabajar en «Tom». Estaban incluidos, Lamond, Cornish y Green porque eran pequeños, fuertes y como hechos a medida para los trabajos bajo tierra. Eliminaron a algunos de los tipos más fuertes, como Kirby-Green. No es que la labor de Kirby-Green fuera mala, pero sus hombros eran tan anchos, que ocasionalmente, echaba abajo un marco del apuntalamiento y causaba grandes derrumbamientos. Roger puso a todos los cavadores americanos en el equipo.

—Resulte «Tom» o no —dijo Goodrich—, quiero llevarme al nuevo campo la mayor cantidad posible de hombres experimentados. Algunos de los muchachos podrían extrañar sus hogares.

En todos los talleres había americanos, y no necesitaban que se les enseñara demasiado. Los que estaban con Travis podían hacer cualquier cosa con sus manos.

Ramsay, Marshall y Johnny Bull fueron nombrados jefes de turno en «Tom», y Floody quedó como mayoral (y también de cavador —todos los jefes cavaban—). Aun cuando era alto y fornido, el propio Roger insistió en formar parte de uno de los equipos de excavación. Estaba cansado de utilizar sólo su voz.

Al día siguiente avanzaron tres metros y Fanshawe pudo deshacerse de toda la arena sin problemas. Al otro día, Floody quedó medio enterrado por otro derrumbamiento que dejó una bóveda de un metro sobre el túnel. Su compañero de labor le extrajo por los tobillos y estuvieron una hora y media apuntalando y reparando los daños. Ese día avanzaron sólo dos metros y medio.

Al parecer, Floody tenía una maldición sobre sí para los derrumbamientos. Su oído estaba tan alerta para el crujido habitual, que podía retirarse de un túnel casi con la misma rapidez que correr al aire libre. Tokyo Jones aún mantenía su ciega fe en que jamás quedaría enterrado. Al día siguiente, Floody lo mandó a la cabeza del túnel. Jones había adelantado unos sesenta centímetros y comenzaba a recubrir el techo de los marcos cuando unos cien kilos de arena le aplastaron, y sólo quedaron asomándose sus pies. Floody pudo sacarle y, una vez que hubo recuperado la respiración y acabado de maldecir, el americano comenzó a extraer la arena, amargado y silencioso.

—Nunca creí que algo podría dejarte callado durante tanto tiempo —dijo Floody, divertido.

Jones le observó por encima de su hombro, con el blanco de los ojos destacándose en su rostro sucio y sudoroso lanzando reflejos a la luz de la lámpara.

—Los humildes heredarán la tierra —dijo—. ¡Esta vez heredé bastante!

Al día siguiente, Floody quedó enterrado nuevamente, y esta vez la arena volcó la lámpara contra su pierna y la apretó en esa posición. Su compañero de trabajo le sacó

casi gritando, con una gran quemadura roja en la pierna. La arena estaba tan suelta en esta zona, que comenzaron a apuntalar sólida y continuamente otra vez.

Hacia finales de la semana, «Tom» tenía treinta y cinco metros y Floody, Ramsay y Marshall construyeron la cámara de mitad de camino. Floody era partidario de hacer cámaras cada treinta metros. A mayor distancia, la cuerda que tiraba de los carros tendía a rozar contra el recubrimiento de madera I y el peligro de derribar un marco era demasiado grande.

Las cámaras intermedias las hicieron de unos tres metros de longitud, unos quince centímetros más anchas y altas que el propio túnel, utilizando postes de mayor tamaño para su apuntalamiento. Era sólo un lugar de trabajo, de manera que no se pusieron rieles en su piso. Allí se destinaron dos hombres, con el espacio suficiente y necesario para darse la vuelta. Cuando un carro volvía de la cabeza del túnel, uno de ellos alzaba las cajas con arena y se las pasaba al segundo hombre, quien las depositaba sobre un segundo carro que era arrastrado hasta el eje vertical. Travis tuvo construido el segundo carro en cuanto se terminó la estación intermedia.

Floody, por mediciones con cuerdas en el interior y por trigonometría en el exterior, calculó que la estación intermedia estaba justo bajo el hilo de alarma. A unos veinticinco metros de distancia comenzaba el bosque y Roger estuvo de acuerdo con él que se necesitaban sólo unos seis metros de internación en los árboles para abrir la salida del túnel.

—Debemos alcanzar esa distancia en unos quince días —anunció Floody al comité—. A continuación se nos presentará un trabajo bastante peligroso para cavar unos ocho metros hacia arriba.

—¿Y por qué no podemos comenzar a subir gradualmente desde ahora? —preguntó Marshall—. Sólo tendríamos unos pocos metros de excavación vertical y eso nos ahorraría muchísimo tiempo.

—He estado pensando en eso —dijo Floody—, pero no creo que resulte. ¡Es demasiado arriesgado! Si un carro cargado con arena se suelta en la pendiente destruiría todo el apuntalamiento.

—No veo por qué se va a soltar un carro —replicó Marshall—. Debemos ahorrar tiempo, ¿verdad?

Marshall era un hombre obstinado. Cuando tenía una idea se asía a ella como una lapa.

—Si se rompe una cuerda —dijo Floody—, puedes despedirte del túnel. El carro derribaría una media docena de marcos y caerían por lo menos seis metros de arena. Y en esa longitud la bóveda sería gigantesca y se tendrían veinte toneladas bloqueando la cabeza del túnel. El carro, incluso, podría coger mayor velocidad y hacer daños muchísimo mayores.

—Se pueden hacer cuerdas dobles —dijo Marshall—. El tiempo es lo importante. Si no lo terminamos, los yanquis se van a perder la salida y quedarán bastante enfadados. Yo no podría culparles por ello.

Acariciándose el bigote, George Harsh dijo seriamente, con su acento de Georgia:

—¿Qué sucedería con los hombres que quedarían enterrados si un carro se suelta y echa todo abajo?

—No es necesario que se suelte un carro —dijo Marshall.

—Sólo se requiere que un hombre pierda el control de la cuerda —dijo Floody—. Se pueden tomar todas las precauciones del caso, pero puede suceder. Ese par de hombres no tendrían oportunidad de salvarse.

—Yo correría ese riesgo —dijo Marshall.

—Todo el mundo lo haría —replicó Roger gentilmente—, pero ese no es el asunto. Si debemos correr un riesgo, lo hacemos. La cosa es, ¿tenemos que correr ese riesgo?

Se volvió hacia Floody.

—No —dijo Floody—. Estoy absolutamente seguro que podemos terminar a tiempo con mi método.

—Entonces, eso es todo —dijo Roger.

No era frecuente que se inmiscuyera en discusiones técnicas, pero cuando lo hacía, era siempre con tanta decisión que no tardaba en darla por terminada. Marshall defendía sus ideas con dientes y uñas, pero cuando la decisión era en su contra la aceptaba, mascullaba unos minutos, pero terminaba por resignarse. Era un piloto regular de la Fuerza Aérea y siempre estaba de buen ánimo y efusivo. Fuera del trabajo del túnel su única forma de descanso la constituía tocar el oboe, pero sus compañeros de habitación no le permitían mucho tiempo esta clase de diversión.

En el bloque 106, Jerry Sage y Davey Jones habían estado trabajando por dos noches consecutivas. Su vigilia se efectuaba junto a una lámpara de grasa, en la cocina, donde hervía una gran olla cubierta. De la tapa de la olla salía un tubo largo y fino hecho a base de trozos de hojalata arrollados en torno a un lápiz. El tubo tenía varios metros; caía de la olla dentro de un cubo de agua, donde se enroscaba como un muelle y luego salía por la parte inferior del cubo, por un agujero herméticamente sellado. Cada cierto número de segundos una gota de un líquido incoloro salía del tubo y caía dentro de una jarra en el piso. El 4 de julio se aproximaba y los americanos se estaban preparando gracias a un alambique inventado por Al Hake.

El campo estaba más seco que durante los peores años de la Prohibición en los Estados Unidos. Una vez al año los alemanes proporcionaban unos pocos barriles de un líquido que se burlaba de las tradiciones de la cerveza alemana y se parecía a los residuos naturales de los caballos que tiraban del carro de la miel.

Para las ceremonias hogareñas el sustituto era vino de pasas y sus subproductos. Una media docena de prisioneros guardaron todas las pasas y el azúcar de sus raciones de la Cruz Roja durante varias semanas. Introdujeron todo en una garrafa medio llena de agua y una pasa fermentada como fermento. Durante tres semanas surgieron las burbujas como en el caldero de una bruja. Una vez que todas las pasas hubieron fermentado totalmente, la pulpa del residuo se prensó en una toalla. Al



líquido obtenido de esta forma se le daba el elegante nombre de vino de pasas. Tenía una ferocidad alcohólica fenomenal y podía servir para lubricar una buena fiesta, dejando un sabor a muerto al día siguiente.

Los más fastidiosos volvían a destilar el líquido para convertirlo en alcohol puro. Uno de los polacos que había sido profesor de química en la Universidad de Krakow, utilizaba este espíritu de vino para obtener una especie de whisky de cebada, a cambio de la participación en la fiesta. Agregaba una sustancia viscosa que parecía miel y luego un polvo blanco. Jamás dijo cuáles eran sus ingredientes, y quizás haya sido mejor. El líquido tomaba un ligero color ambarino y, si uno recordaba el sabor del whisky de cebada, el sustituto no era malo del todo. Al amanecer del 4 de julio, una docena de sindicatos americanos tenían varios galones preparados para la mezcla.

Comenzaron a brindar por el día en cuanto el sol apareció tras los pinos y media hora más tarde ardió Troya en los bloques británicos cuando Paul Revere entró como una tromba, seguido por cuarenta pieles rojas aullando. Paul Revere era Jerry Sage, con un tricornio de papel y calzoncillos largos de algodón. Sacó a Bushell fuera de la cama y Roger, rechinando los dientes ligeramente, lo tomó con mucha calma, en gran parte debido a que Sage y Harsh estaban sentados sobre él. Ese día le correspondía bajar al túnel y lo hizo después del *appel*, lanzando una furiosa mirada a la botella del líquido infernal que Sage estaba blandiendo alegremente en esos instantes.

La fiesta continuó todo el día hasta que, más o menos a las tres, un oficial sugirió que se tranquilizaran en caso que un alma algo más exuberante tuviera la idea de cruzar el hilo de alarma. Una media docena de oficiales americanos y británicos le lanzaron a la pileta de agua para los incendios. Goodrich, disculpándose suavemente, se inclinó y le ofreció su ayuda y el hombre de dentro de la pileta arrastró a Goodrich también. Goodrich salió trabajosamente y empujó a Day y, al cabo de pocos minutos, todo el mundo había probado el agua de la pileta.

Después que todos estuvieron fuera, alguien notó que un cuerpo flotaba lánguidamente entre aguas. Lo sacaron fuera, le tendieron y comenzaron a hacerle la respiración artificial, en tal forma que fue un milagro que no le rompieran las costillas. El cuerpo comenzó a moverse al poco rato y se sentó con una sonrisa estúpida en los labios.

—El agua no pudo sostenerme —dijo, idiotizado.

George Harsh blandió un dedo solemnemente ante sus ojos.

—Eso te pasa por no tener fe —predicó, y desapareció en dirección de su barraca.

Volvió de inmediato envuelto en una manta a la moda bíblica. Se detuvo al borde de la pileta, alzó una mano para pedir silencio y entonó:

—Con fe caminarás sobre las aguas.

Dio un paso firme hacia adelante y las aguas se cerraron despiadadamente sobre su cuerpo.

Le sacaron empapado pero con gran dignidad, se envolvió en su manta.

—Logré dar dos pasos —mintió descaradamente—, pero la fe me abandonó.



## Capítulo 9

### La cacería

«**T**OM» había sobrepasado en veintisiete metros la estación intermedia cuando uno de los «pingüinos» cometió un error. Tuvo un momento de descuido y tiró de la cuerda con la pinza que abría la bolsa dentro de sus pantalones al borde de un grupo que observaba un partido de balonvolea en vez de hacerlo entre ellos. Sólo se requería de un pequeñísimo fallo. Glemnitz que rondaba cerca vio la arena amarilla antes de que pudiera ocultarse. No dijo nada entonces. Glemnitz jamás dejaba entrever sus golpes bajos.

A la mañana siguiente aparecieron todos los «hurones» que revolviéron literalmente los jardines. En varios de ellos descubrieron arena amarilla en mayor cantidad de la que debieran haber encontrado. Roger y Valenta les observaron y Glemnitz y «Cuello de Caucho» se marcharon, sombríos y pensativos.

Roger citó al comité.

—Glemnitz sabe que hay un túnel —anunció—. Ahora no habrá paz hasta que lo descubra. Registrarán cada barraca y eso significa que se concentrarán en todos los pisos de hormigón. Nada podemos hacer con la puerta-trampa de «Tom». Quizá pase la prueba o quizá no. La parte más difícil será la de dispersar la arena. Glemnitz estará vigilando el campo como un halcón.

—Si sabe que hay un túnel, ¿para qué preocuparnos de ocultar la arena? —preguntó alguien—. No les haremos saber nada que no sepan.

—Estúpido —rugió Roger—. Identificarían el tráfico de los «pingüinos» y seguirían su rastro hasta la 123. ¡Usa tu cabeza, por el amor del cielo!

—¿Has visto a los tipos de las casetas de guardias? —dijo Harsh—. Cada hijo de perra tiene sus prismáticos en uso todo el día.

—Probablemente están anotando el número de personas que entran y salen de cada bloque —dijo Roger—. De inmediato se debe restringir el tráfico de entrada y salida en la 123.

—No se puede detener —dijo alguien.

—No quiero que se detenga —dijo Roger, cortante—. Eso sería igualmente sospechoso. Quiero que todos los prisioneros sepan que no deben aproximarse a la 123 durante el turno de dispersión. El tráfico de «pingüinos» debe ser lo suficientemente intenso como para que parezca natural. Hay una cosa que debemos recordar a cada instante. Glemnitz no sabe cuántos túneles están en construcción ni la distancia que han avanzado, y no sospechará que todo está tan organizado. No debe pasar de la idea que en unos bloques el esfuerzo de unión ha sido ligeramente mayor que el acostumbrado. No debe descubrir nada más.

—Bien; ¿y qué sucede con las zonas de dispersión? —preguntó Floody—. Ahora será peligrosísimo dispersar la arena en el campo.

—Podemos ocultar parte en los jardines que ya registraron —dijo Roger—. Conozco a los «hurones». Allí no volverán a mirar. En cuanto al resto, las acciones de dispersión tendrán que ser mayores y mejor pensadas.

Sage dijo que tendría a todos los prisioneros en el exterior.

Glemnitz, «Cuello de Caucho» y una docena de «hurones» registraron el bloque 106 a la mañana siguiente y casi lo destrozaron durante el registro. Era uno de los tres bloques a lo largo de la alambrada oeste. Los otros eran el 107 y el 123.

Hacia las once de la mañana entraron unos carros pesados y recorrieron el campo, especialmente en torno a las barracas, intentando derrumbar los túneles por la acción del peso. Destruyeron la mitad de los jardines del campo, pero los túneles, a diez metros de profundidad estaban asegurados contra este tipo de dificultades.

A la mañana siguiente registraron la 107 durante cinco horas. «Listillo» había tenido un ataque de blandura y no quiso decirle a Axel Zillessen cuáles serían las próximas barracas por revisar, pero no era difícil descubrirlo. Ese día no dejó ningún turno a «Tom». Con los «hurones» en la 107, Minskewitz pasó toda la mañana cementando cuidadosamente la puerta-trampa de «Tom»; con cemento muy fino para que seicara rápidamente.

A la mañana siguiente, para el *appel*, encontramos el cerco de soldados con metralletas alrededor de la 123; los «hurones» estaban en su interior. Roger, Floody y Ramsay no pudieron soportar esta escena y se pasearon silenciosamente por el circuito toda la mañana. A las dos de la tarde salieron los «hurones» llevando unos pocos clavos y alambre: era todo cuanto habían encontrado con categoría de propiedad ilícita.

Al día siguiente revisaron otro bloque y esa mañana los vigías, en su trabajo de rutina, encontraron a algunos «hurones» ocultos en los techos de dos bloques. Habían trepado allí mientras estábamos en el *appel* y tenían pegados los oídos a los techos. No había razón alguna para permanecer allí después de ser descubiertos, y los avergonzados «hurones» se dejaron caer de sus escondites y se marcharon.

Al otro lado de la alambrada sur ya estaban casi terminadas las primeras barracas del nuevo campo de prisioneros. Eran prefabricadas y su construcción era rápida. Con toda la actividad de los «hurones» los trabajos del túnel se habían detenido durante tres días. El tiempo comenzaba a escasear.

Roger sostuvo una conferencia con Massey, Goodrich y Day. Los mayores, con menos experiencia en el trabajo de los túneles, jamás trataban de imponer su autoridad e interferir, pero aportaban su responsabilidad en todo lo que podían ayudar en asuntos de medidas y reglamentaciones. Aconsejaron a Bushell que corriera ciertos riesgos muy calculados.

Roger, esa noche, lanzó una advertencia de especial seguridad por todo el campo. A la mañana siguiente, Minskewitz rompió el cemento de los bordes de la puerta-

trampa de «Tom» y Floody descendió con su turno. Cavaron más de tres metros durante el día, pero los «pingüinos», con gran cautela, sólo pudieron dispersar las tres cuartas partes de arena.

Birkland, esa tarde, estaba caminando por el circuito cuando vio a un «hurón» que se movía en el bosque, fuera del campo. Despertó su curiosidad y le observó. El «hurón» se deslizó tras un montón de ramas en el borde del bosque. Birkland estuvo allí un cuarto de hora, pero el «hurón» no se movió. Se dirigió a la habitación de Roger.

—Creo que tenemos un observador —dijo, y Roger, acompañado de Clark y Harsh salieron para cerciorarse.

Desde un ángulo del patio de recreo lograron distinguir una forma vaga tras las ramas. Se pasearon por el circuito y descubrieron otros dos montones de ramas en el borde del bosque. Uno de ellos estaba justo sobre el sitio donde, eventualmente, habría tenido que surgir «Harry». Desde la ventana de una barraca estuvieron un cuarto de hora vigilando silenciosamente y vieron a un «hurón» que se arrastraba y se alejaba de uno de los montones de ramas. Llevaba un objeto que parecía un antejo de larga vista.

A las dos de la madrugada, Pieber y media docena de guardias entraron en el campo. Los que dormían en la 101, cerca de la entrada, fueron los primeros en saberlo. Se escucharon unos gritos roncacos de «¡Aus! ¡Aus!» y el estruendo de pesadas botas en los pasillos. Las puertas se abrieron bruscamente de par en par y todo el mundo fue arrancado de sus literas y expulsado de las habitaciones. Pieber los contó y los guardias registraron las habitaciones.

Pieber hizo lo mismo en cada bloque y para varios cientos de hombres somnolientos se transformó en un personaje muy poco popular. Ramsay, irritado y molesto, le dijo que no tenía esperanzas de que encontrara nada, y Pieber intentó desgraciadamente buscar una respuesta en inglés:

—Usted creer que yo maldito no saber nada —dijo indignado—. Pero de hecho yo sé maldito todo.

No encontró nada. «X» no había trabajado de noche, ya que el año anterior, un *appel* a las dos de la madrugada había descubierto a los prisioneros cavando un túnel en Barth.

Por la mañana, Glemnitz descubrió arena amarilla recién dispersada en los jardines junto a la 119 y salió rápidamente del campo. A las once, una larga columna de unos cien soldados totalmente armados, marcharon dentro del campo y se dirigieron directamente al lado oeste del compuesto. Sacaron a todos los prisioneros de la 106, 107 y 123 y emplazaron guardias que aislaron esa parte del campo. El *Kommandant* llegó en un coche, acompañado de Broili y un hombrecillo pequeño, de civil, con un

rostro huesudo. El civil parecía estar en igualdad de términos con el *Kommandant*, y Broili se mostraba muy respetuoso.

Llegó un carro y los soldados descargaron picos y palas. Glemnitz marcó una franja angosta entre la 123 y la alambrada y unos cuarenta hombres comenzaron a cavar. Hacia las tres de la tarde tenían una larga trinchera de más de un metro de profundidad. «Cuello de Caucho» y los «hurones» Herman y Adolf cogieron unos ejes de acero de metro y medio y los hundieron en el fondo de la trinchera. Los martillaron hasta que casi desaparecieron, con la esperanza de tropezar con el techo de un túnel. Von Lindeiner y el civil les observaban. También lo hicimos nosotros, desde cierta distancia. Floody, en voz baja, mascullaba terribles comentarios. Los «hurones» habrían necesitado hierros cinco veces más largos para aproximarse a «Tom». Roger observaba en silencio.

Cuando los «hurones» habían enterrado el hierro en su totalidad y sólo encontraban arena, lo extraían y probaban a treinta centímetros de distancia. En cierta oportunidad, a poco más de un metro, dieron contra algo. Se escuchó un murmullo de expectación entre los alemanes. Una media docena de hombres comenzaron a trabajar con las palas, tirando la arena por sobre sus hombros, sudando copiosamente. Al llegar a la obstrucción, el *Kommandant* se inclinó por el borde de la trinchera. Era una roca. Floody casi experimentó un ataque de histeria.

Poco antes del *appel* los alemanes detuvieron su búsqueda. Los guardias rellenaron las trincheras y se retiraron dignamente. Se había perdido otro día en el túnel y, esa noche, Roger supo por un contacto destinado en la cocina que el civil de rostro huesudo era el segundo jefe de la *Kriminalpolizei* de Breslau. Sagan se encontraba dentro de la zona de la Gestapo y de la *Kriminalpolizei* de Breslau.

—Ahora comienza el gran baile —dijo Roger, ante el pequeño grupo reunido en su habitación—. Deben estar muy seguros de que sucede algo grave para llamar a los polis. A partir de este momento, puede acontecer cualquier cosa.

—Bien, estamos metidos en una carrera sangrienta —dijo alguien—. Tendremos que ahorrar tiempo.

—Eso es exactamente lo que no podemos hacer. Es demasiado tarde —dijo Roger—. La implicación es clara. Si obtienen cualquier otra evidencia, enviarán a más de un centenar de soldados. Nos encontraremos durmiendo al aire libre, en el suelo, mientras destrozan los pisos de las barracas. No podemos arriesgarnos a otro fallo.

El coronel Clark sugirió que se podría detener todo trabajo durante algunas semanas, hasta que pasara la tormenta. Agregó en voz baja:

—En lo que respecta a los americanos, es más importante que se salve el túnel a tener que arriesgarlo ahora con la esperanza de que podamos utilizarlo antes del traslado.

—¡Maldita sea, no! —intervino Floody—. Han trabajado en él con todas sus fuerzas. No pueden perderse la salida.

—Muy pronto, en el nuevo campo, tendremos nuestros propios túneles —dijo Clark.

—En todo caso, ahora ya es demasiado tarde para detener los trabajos. —Roger, como de costumbre, había puesto el dedo en la llaga—. Los «hurones» seguirán en su cacería hasta que encuentren algo, y mientras más tiempo estén en ello, mayores son sus posibilidades de descubrir «Dick» y «Harry».

—Que descubran a «Dick» y a «Harry» —dijo alguien—, y probablemente no seguirán buscando.

—No entregaremos nada —ladró Roger—. Continuaremos con el proyecto original. Lo único es que debemos continuarlo sin dejar huellas, de otra manera, tendremos a la Gestapo en el baile. Glemnitz no debe descubrir un grano de arena más.

Y entonces Fanshawe adquirió fama.

—¿Y por qué no se oculta dentro de «Dick»? —dijo.

Era tan simple.

A la mañana siguiente fue registrado uno de los bloques del lado norte y un turno descendió en «Tom». Por la tarde, los «pingüinos» llevaron toda la arena al lavabo de la 122, donde Mike Cassey la hizo bajar en cubos. Ramsay y dos ayudantes los vaciaron en el fondo de «Dick», sacando los marcos de madera y los rieles al llenarse paulatinamente la cavidad del túnel. Marcos y rieles pasaron a «Tom».

En dos días avanzaron más de seis metros, sin tener muchos problemas con los «hurones». Al parecer, Glemnitz estaba ignorando la 123 y se concentraba en las otras barracas. Cada día revisaban una nueva barraca y dos «hurones» se metían bajo el piso en busca de arena. Willis-Richards vio al propio Glemnitz desaparecer bajo la 199. Cogió una taza de té y un trozo de pan negro y los dejó junto a la puerta-trampa en la base del muro.

Inclinándose, llamó cordialmente:

—*Oberfeldwebel*, venga por favor a tomar una taza de té. Allá abajo debe estar muy sucio y oscuro.

Una puerta-trampa al otro lado de la barraca se abrió y Glemnitz salió arrastrándose. Se marchó, el rostro teñido de un delicado color rosado.

Esa tarde, el piloto de turno informó que «Cuello de Cacho» había entrado en el campo poco después del *appel* y que aún no salía. Los vigías se introdujeron bajo los pisos y revisaron los techos de cada bloque, pero no se le pudo encontrar. Entonces, alguien dio la noticia que le había visto entrar en el bloque de la cocina. El *Lageroffizier* tenía allí un pequeño despacho, y un vigía notificó que la puerta estaba cerrada. Dimos la vuelta al bloque y cerramos todas las persianas (no podían abrirse desde el exterior). Al anochecer, «Cuello de Cacho» salió furioso por la puerta y marchó rápidamente fuera del campo, lanzando una sucia mirada al piloto de turno sentado circunspectamente en los peldaños de la 112.

Un «hurón» bien entrenado informó al día siguiente que «Cuello de Caucho» se había dirigido inmediatamente a Glemnitz para pedirle que encerrara en la nevera a todos los pilotos de turno. Glemnitz se negó, porque dijo que un nuevo grupo de pilotos de turno vigilarían la entrada desde diversas ventanas y que prefería tenerles a la vista antes que ocultos.

Glemnitz jamás supo exactamente qué hacer con los pilotos de turno, y, como, en realidad, no había nada efectivo que pudiera hacer con ellos, les toleraba filosóficamente como un revulsivo inocuo. Incluso llegó hasta el punto de bromear con ellos. Un par de días después del incidente de «Cuello de Caucho», cierta tarde, entró al campo y marchó directamente al encuentro del P.T. (piloto de turno). Le sonrió benévolo:

—Anóteme —le dijo—. Acabo de entrar.

El P.T. anotó cortésmente su nombre.

—¿Quién más está dentro? —preguntó Glemnitz amablemente.

—Nadie más —dijo el P.T., y la sonrisa de Glemnitz murió en sus labios.

—Muéstreme esa lista —dijo.

El P.T. vaciló unos instantes, pero como no había otra salida, se la entregó. Glemnitz la leyó rápidamente y se la volvió a entregar. Sus ojos echaban chispas.

—Puede anotar mi salida —dijo—. Tengo un asunto pendiente.

Y salió del campo, en dirección a la *Kommandantur*, donde encontró a «Cuello de Caucho», al «hurón» Adolf y a otro nuevo en las barracas. Glemnitz les pidió si, por favor, podrían explicarle por qué si estaban destinados en el campo hasta las cinco, se les había anotado la salida a las cuatro de la tarde.

Cuatro días de nevera para Adolf; cuatro para el nuevo «hurón» y dos semanas de trabajo extraordinario sin salida de las barracas para «Cuello de Caucho». (¡Oh, gran dicha en el campo Norte!)



# Capítulo 10

## El destino de «Tom»

**E**N parte porque no podía hacer nada en el problema de los pilotos de turno, Glemnitz envió un grupo de hombres con hachas y sierras que comenzaron a cortar los pinos que habían quedado junto a las barracas. En tres días no quedó uno solo y el campo se veía muy desnudo sin ellos.

Era obvio que, desde fuera, un observador podría captar todos los movimientos en torno a las barracas. Clark y Harsh hicieron correr la orden de que, dentro de lo posible, todos los vigías de los talleres y túneles, efectuaran su trabajo desde el interior de las barracas. Si se veían obligados a estar fuera de los bloques, debían cambiar de posición todos los días. Clark envió una patrulla por el circuito para observar los montones de ramas que los «hurones» habían dispuesto en el borde del bosque. Estos aún espiaban desde allí y se transmitió la advertencia a todos los vigías que debían considerarse bajo observación a toda hora.

«Tom» estaba adelantando de maravilla, de dos y medio a tres metros al día y Floody calculaba que en dos días estarían bajo el borde del bosque. Floody y Roger se reunieron después del *appel* para discutir una forma de cavar hacia arriba sin que se les cayera la arena encima. En esos momentos, Clark asomó la cabeza por la ventana.

—Vengan a ver esto —dijo, y les condujo hasta la alambra oeste junto a la 123.

Un hormiguero de hombres con hachas y sierras trabajaban en el bosque, y cada cinco minutos caía un árbol. Trabajaban como castores y al cabo de tres días, el borde del bosque había retrocedido unos treinta metros. Y los leñadores detuvieron allí su obra, por el momento.

Los tunelistas y otros al tanto del secreto observaron este hecho con furia y desesperación. «Tom» ya había sobrepasado los sesenta metros y, ahora, aún le faltaban treinta metros para llegar al abrigo de los árboles. Pieber le dijo a Valenta que en ese espacio construirían un nuevo compuesto de barracas.

—Maldita coincidencia —comentó amargamente Roger.

Lo único que quedaba por hacer era continuar cavando. La idea fue unánime. Salir a campo abierto, en el punto donde se encontraban, era un riesgo permisible para uno o dos, pero no para un proyecto de cien evadidos.

El problema de dispersión de la arena estaba transformándose nuevamente en un quebradero de cabeza. «Dick» estaba lleno con la arena de «Tom», hasta la base del eje vertical; Roger se negó a permitir que se llenara el eje vertical, porque deseaba transformarlo en un almacén de equipos y taller subterráneo. Tampoco quería que se tocara a «Harry». Si se descubría a «Tom», deseaba que «Harry» se encontrara tal como estaba.

Los «hurones» revisaban los jardines todos los días, lo mismo la tierra del campo, de manera que era peligroso dispersar demasiada arena en estas zonas. La idea de Roger solucionó el problema.

—Todos guardan las cajas de la Cruz Roja llenas de porquerías bajo las literas —dijo—. ¿Por qué no llenarlas de arena y ocultarlas por todo el campo?

—Eso no nos servirá por mucho tiempo —dijo Conk—. Saldrán a la luz en el primer registro.

—Se pueden dejar en las últimas barracas que han revisado —dijo Roger—. Allí estarán a salvo durante un par de semanas. Y eso nos da tiempo suficiente.

Floody le apoyó y el «X» de cada bloque recogió todas las cajas de la Cruz Roja. Esa tarde, los «pingüinos» sacaron la arena de «Tom» en cajas que las ocultaron bajo las literas de la 101 y la 103, que acababan de ser revisadas.

La idea dio resultado durante cinco días, y «Tom» avanzó casi treinta metros. La atmósfera en el campo estaba algo cargada. Floody había rechazado la idea de una segunda cámara intermedia por ser un refinamiento que no podían darse el lujo de considerar. Entonces, Glemnitz organizó una revisión sorpresa en la 103 y un «hurón» descubrió las cajas con arena. Glemnitz salió del campo iracundo y los carros pesados, llegaron a la media hora, recorriendo como un trueno la zona en torno a la 103, destruyendo los jardines nuevamente.

Uno de los «hurones» (esto lo supimos más tarde) recordó haber visto a un par de prisioneros que salían de la 123 con cajas de la Cruz Roja. Se lo dijo a Glemnitz, y los carros aplastaron también los jardines alrededor de la 123. Glemnitz se paseó pensativamente por el bloque, pero, al parecer, decidió que las dos búsquedas ya habían sido suficientes y se marchó. Después de todo, las cajas de la Cruz Roja eran algo muy común en el campo.

Von Lindeiner dictó una orden esa tarde por la cual no se permitiría la entrada de cajas al campo Norte. El resto del día pasó en silencio y cargado de tensión, pero al atardecer, Roger envió a Minskewitz para que sellara nuevamente con cemento la puerta-trampa de «Tom». Había decidido que «Tom» ya tenía longitud suficiente. Alcanzaba los sesenta metros y aún le faltaban más de trece para llegar al bosque. Pero estaba a cuarenta metros fuera de la alambrada y lejos de los focos de luz de las casetas de los guardias.

Roger (y la mayoría del comité) pensó que, en las circunstancias actuales, era razonablemente seguro surgir en ese punto y arrastrarse hasta los árboles. Era bastante peligroso, pero, en todo caso, ya no quedaba tiempo para seguir avanzando. Al otro lado de la alambrada sur, ya estaba construida la última barraca del campo americano, y los obreros estaban terminando el techo y pintando. La alambrada se extendió y las casetas de los guardias se irguieron en sus posiciones. Por lo que pudieron conocer los contactos, los americanos serían trasladados dentro de un par de semanas.

Floody calculó que les tomaría unos cuatro días para cavar hasta la superficie. Fanshawe estaba preocupado por el problema de la dispersión, pero dijo que ya encontraría la solución de alguna forma, aun cuando tuviera que comerse toda la arena.

—En todo caso, no hay por qué preocuparse durante un par de días —dijo Roger—. Quiero detener las cosas unos tres días y atraer la atención de Glemnitz hacia otra parte. Hay una escasa posibilidad de que podamos convencerle de que todo ha sido una mera exhibición y farsa. Nadie logrará convencerle del todo, pero quizá podamos aliviar la presión un poco.

Se volvió hacia Jerry Sage.

—Quiero un grupo numeroso de vigías —dijo, y explicó su plan.

Sage se marchó hacia su bloque, el 105, caminó ruidosamente por los pasillos y gritó:

—Quiero cincuenta voluntarios, inmediatamente.

Golpeó todas las puertas y repitió su anuncio. Al cabo de poco rato, aparecieron dos o tres hombres.

—¿Dónde demonios está el resto? —preguntó Sage.

Al parecer, el resto estaba mondando patatas, jugando a las cartas, leyendo, durmiendo o, simplemente, sin deseos de presentarse como voluntario. Sage entró como una tromba en la primera habitación y se escucharon ruidos sordos y violentos. Un par de cuerpos salieron disparados por la ventana, seguidos de otros dos. Un quinto hombre escapó por la puerta. Sage recorrió habitación por habitación y su progreso se dejaba notar por los golpes sordos, los ruidos de pasos apresurados y los cuerpos que salían por puertas y ventanas.

—¡Cuando pido voluntarios me gusta que se muevan! —rugió.

Una vez que hubo «infiltrado» unas cincuenta personas en la 103, le entregó a cada hombre una caja de la Cruz Roja y les envió en intervalos breves, en parejas y grupos de tres, a la 119. «Cuello de Caucho» los descubrió a los diez minutos y se mantuvo observando a cierta distancia. Habló con Adolf y éste salió apresuradamente del campo.

A los quince minutos, Glemnitz entró seguido de una docena de guardias y media docena de «hurones». Les condujo directamente a la 119, con el rostro de piedra, y allí sacaron a todos fuera del bloque y registraron la barraca durante horas.

Uno de los contactos de Valenta, un hombre de benevolente aspecto y que siempre fumaba en pipa, llevó a un lado a Glemnitz y le dijo que le estaban tomando el pelo. Insinuó vagamente que no existía ningún túnel y que todo no pasaba de ser una treta para distraer a los alemanes y mantenerles allí durante semanas en busca de algo que no existía. En los días siguientes, un par de contactos siguieron a Glemnitz y a «Cuello de Caucho», y de vez en cuando les sonreían irónicamente. Uno de ellos cometió el error de reírse abiertamente de «Cuello de Caucho» y el sensible alemán perdió los estribos y le envió a la nevera.

El falso escenario casi engañó a Glemnitz. Sólo en parte. Estaba seguro de la existencia de un túnel (eso lo daba por un hecho consumado), pero creyó que las cajas de la Cruz Roja que habían salido de la 123 podrían haber sido una farsa, lo mismo que en la 103. Sostuvo una conferencia nocturna con los «hurones». Herman, radiante de felicidad, se lo comunicó a su contacto más tarde.

Glemnitz pensaba que, probablemente, existía un túnel en una de las barracas junto a la alambrada norte. Era un lugar menos visible que la 123 y tenía gran respeto por la astucia de las ideas de los prisioneros de guerra. Ordenó la revisión de la 104 y la 105, y luego, en último momento, cambió de idea y ordenó una última búsqueda en la 123. Floody estaba dispuesto a enviar un turno para comenzar a cavar esa mañana y salir a la superficie, pero al volver del *appel* el cordón de guardias estaba en torno a la 123.

Floody, cabizbajo, entró en la 110, reunió a Bushell y a George Harsh, y los tres tomaron posiciones en una habitación de la 122, observando silenciosos desde la ventana, captando los movimientos de los «hurones» en el interior de la 123. Se estuvieron allí durante dos horas, los rostros tensos y casi sin abrir la boca. Bushell dijo brevemente una vez:

—Si nos salvamos de ésta podremos escapar. Se concentrarán en las otras barracas.

En esa habitación había algo en la tensión reinante que recordaba la pesada quietud que precede a la tormenta. Ahora, casi todos los prisioneros tenían una vaga idea de lo que estaba ocurriendo. Muchos meses de trabajo de gran cantidad de hombres y muchas esperanzas depositadas en esto. Durante dos horas pareció que el tiempo se detenía, como si él también estuviera esperando.

Hacia las once de la noche, Herman estaba hundiendo su hierro en torno al piso de hormigón junto a la chimenea en espera de escuchar un ruido sordo y hueco, cuando de pronto el hierro quedó enterrado en el hormigón. Herman, sorprendido, lo removió y de un fuerte tirón lo libró. Un pequeño trozo de hormigón saltó en la maniobra. Herman era corto de vista y sólo al tocar con la mano se dio cuenta de la forma casi invisible de la puerta-trampa y dejó escapar un grito de triunfo.

Glemnitz resplandecía de odiosa alegría. Incluso «Cuello de Caucho» parecía feliz. Esperaron a Von Lindeiner y a Broili en la puerta de la 123. Tras ellos, la puerta-trampa aún no había sido abierta (porque no sabían cómo hacerlo), pero los bordes ya estaban limpios y un «hurón» estaba en camino con un martillo de gran peso. Nuestro grupo observaba fríamente desde unos veinte metros de distancia, hasta que preferimos retirarnos para no contribuir a su satisfacción.

Cuando llegó Von Lindeiner rompieron la puerta-trampa a mazazos y «Cuello de Caucho» descendió por el eje vertical para echar una mirada al túnel. No quiso entrar en el mismo. Un solo «hurón» había tenido valor de hacerlo, un hombrecillo

sonriente, canoso, de rostro aplastado, llamado Charlie Pfelz. Charlie era amigo de todos, incluso de los prisioneros. Estaba siempre destinado en el campo Este.

Glemnitz envió en su busca y Charlie llegó y desapareció en el túnel con su antorcha. Tardó media hora en arrastrarse hasta el final y luego retroceder. La sonrisa de Glemnitz se desvaneció un poco cuando Pfelz surgió por la boca del eje vertical, aún sonriente, y le dijo que el túnel había estado muy cerca del éxito.

Bushell estuvo de un humor insoportable todo el día, pero al anochecer recuperó su normalidad y junto con Day y el comité, sostuvieron una reunión de tres horas para proyectar el siguiente movimiento. Todos estaban desanimados. Roger les dijo que deseaba mantener sellados los otros dos túneles hasta que pasara el alboroto.

—Desde ahora en adelante no se correrá ningún riesgo —dijo—. Sé que si no logramos cavarlos pronto se nos echará el invierno encima. Pero eso no me preocupa. Prefiero pasar todo el invierno aquí esperando, a resignarme a perder los túneles.

La depresión invade con facilidad un campo de prisioneros. Algunos de los más antiguos habían trabajado en túneles durante tres y cuatro años y aún no salían de la alambrada. Un cierto número de ellos estaba con la obsesión de la inutilidad de todo trabajo.

—A veces pienso —dijo Tovrea a Ramsay—, si algún día tendremos éxito con uno de estos túneles.

Tovrea sería uno de los técnicos tunelistas que más tarde se trasladaría al campo de los americanos.

—No dejes que te inquiete ese interrogante —le dijo Ramsay—. «Tom» es sólo el número noventa y ocho que han descubierto.

Ramsay no había dejado en ningún momento de cavar túneles desde 1941.

A la tarde siguiente, en el teatro del campo hubo una reunión masiva de los prisioneros.

—Como la mayoría de ustedes saben —anunció Bushell—, comenzamos este proyecto dividiéndolo en tres partes, sabiendo que podríamos perder una o dos de ellas (y preparándonos para ello) y así asegurarnos de que la tercera fuera infalible. Aún tenemos dos partes ocultas en la manga, y, probablemente, los alemanes pensarán que nos han derrotado. Dejaremos las otras dos partes durante un tiempo para que no se aparten de esa idea. Luego reanudaremos los trabajos. Y esta vez, no creo que nos detengan.

Day tuvo su frase genial:

—El *Kommandant* —dijo—, desea retirarse con el grado de general. Nuestra labor es velar por que se retire... pero no como general.

Después de la primera inyección de alegría, los «hurones» no supieron bien qué hacer con «Tom». Generalmente derrumbaban los túneles con una manguera, pero «Tom» era demasiado largo y su apuntalamiento era muy fuerte. Finalmente, Von Lindeiner telefoneó al Cuerpo de Ingenieros y enviaron a un hombrecillo con un rostro alegre pero cretino. Trabajó en «Tom» durante dos días, depositando

explosivos en su interior. La 123 fue evacuada y todos esperamos anhelantes mientras el hombrecillo accionaba el disparador. Como ingeniero no tenía mucha fama. La carga de explosivos rugió dentro del túnel y fuera del eje vertical. Una gran masa del techo de la 123 voló por el aire, el piso de hormigón se desintegró y la chimenea quedó peligrosamente inclinada. El hombrecillo se retiró avergonzado y llegaron los obreros para reparar la 123. Incluso en su muerte «Tom» cumplió su parte en el esfuerzo general de la guerra.

Glemnitz cometió el error de hablar en voz demasiado alta con un «hurón» en el campo, y uno de los hombres de Valenta, que entendía el alemán le oyó decir que no creía que tendrían mayores problemas en el campo Norte porque los prisioneros debían haber utilizado toda la madera disponible para apuntalar el túnel. Si en el futuro intentaban cavar uno nuevo, notaría de inmediato la desaparición de las tablas de las literas.

Roger supo estas palabras al cabo de una hora y ordenó a Willy Williams que efectuara la mayor recogida de madera organizada hasta el momento. A los dos días había recolectado más de dos mil tablas que se almacenaron en «Dick» y tras muros falsos. Roger consideró que si Glemnitz pensaba que había desbaratado el mayor esfuerzo hecho por los prisioneros, dejaría de revisar las literas durante algún tiempo. Cuando comenzara con sus inspecciones nuevamente, quedaría satisfecho porque no habría desaparecido ninguna. Entretanto, los túneles podrían apuntalarse con el material almacenado.

Roger dio el ejemplo entregando la totalidad de las tablas de su litera y persuadió a Bob Tuck, su compañero de habitación, para que hiciera lo mismo. Obtuvo de Travis que hiciera para ambos un lecho de cuerdas (una red de cuerdas trenzadas extendidas entre los marcos laterales de la doble litera). Pero, esta vez, el trabajo manual de Travis falló. La primera noche que Roger trepó a su litera, las cuerdas se rompieron y cayó sobre Tuck. El peso rompió las cuerdas de Tuck también y ambos siguieron viaje hasta el suelo. Durante todo el día siguiente estuvieron reparando los daños.

Una semana más tarde, los americanos fueron trasladados a su nuevo campo, haciendo apuestas a que ellos saldrían con su túnel antes que nosotros. Jerry Sage y Clark y otros hombres magníficos se marcharon con el conjunto. George Harsh, aun cuando procedía de Atlanta, se quedó con nosotros por haber pertenecido a la R.A.F. Fuera del hecho que se trataba de un tipo fanático, nos complacía tenerle entre nosotros porque era todo un personaje, siempre acariciándose su inmenso bigote gris, lanzando miradas furibundas a los alemanes y mascullando ingeniosos denuestos americanos.

Solía sentarse en el borde de su litera, manoseándose el bigote, y soñando con platos exquisitos. A los pocos minutos explotaba:

—Maldita sea, soy un tipo hambriento. ¿Por qué tuve que tirar de esa cuerda?

—¿Cómo le derribaron, George? —le preguntó un novato, recién llegado.

George le lanzó una mirada petrificante.

—Estaba sentado en la puerta de un granero, en Berlín —le respondió—, cuando a un maldito bastardo se le ocurrió dispararle a las bisagras.

Glemnitz también se marchó con los americanos. Von Lindeiner le había encargado de la seguridad en el nuevo campo, y, después de esto, le vimos muy poco en el campo Norte. No nos apenamos por ello.

De hecho, no nos sirvió de ayuda. «Cuello de Caucho» era un tipo listo y menos domable. También deseaba ser un *Feldwebel* en vez de *Unteroffizier* y puso a trabajar a los «hurones» a todo vapor. Amenazó a «Listillo» con el *Ostfront* por holgazanear en la habitación de Zillessen y a partir de entonces, las informaciones de «Listillo» no nos sirvieron de mucho. En vez de disminuir el tren de trabajo después del descubrimiento de «Tom», los «hurones» nos causaron más molestias que nunca.

Al salir de la nevera, Adolf estaba renovado, pleno de responsabilidad, y comenzó a perseguir a los obreros de los talleres a donde quiera que fuesen. Era un hombrecillo sombrío, de rostro agudo y una barbilla azulada (lo muy poco que tenía de barbilla), y un bigote en forma de cepillo que le daba un cierto parecido caricaturesco con ese otro Adolf más famoso (de aquí su sobrenombre). Roger había pensado en la posibilidad de abrir los túneles nuevamente, al cabo de unas semanas, pero con los «hurones» tan alerta y un túnel ya descubierto, decidió mantenerse a la expectativa indefinidamente. Todos los otros talleres permanecieron, no obstante, en su actividad.

# Capítulo 11

## Los falsificadores

CON elegante e irónico sentido del humor, Tim Walenn bautizó su taller con el nombre de «Dean y Dawson», la más importante agencia de viajes británica. Para poder cruzar el Tercer Reich se requería una inmensidad de permisos y pases, y uno no podía llegar muy lejos, especialmente en tren, sin tener que someterlos a la penetrante mirada de la Gestapo o de la *Sicherheitspolizei*.

Walenn poseía esa naturaleza metódica y precisa que si no lo saben aún, es esencial para un buen falsificador. Su rostro era suave, sereno, oculto en gran parte por su bigote tipo Jerry Colonna, que conmovía todo sentimiento artístico en el campo. Los artistas gustaban de trabajar en su compañía por su característica afabilidad.

Sus primeros esfuerzos en el campo Este se tradujeron en salvoconductos de salida y simples permisos de viaje que, en su original, estaban escritos a máquina. Un centinela sobornado proporcionó los originales de la *Kommandantur* y las copias hechas a mano por Walenn tenían tal exactitud y destreza que era casi imposible distinguirlas del original si no se observaban cuidadosamente. Gordon Brettell era uno de sus principales ayudantes, y nadie podía imaginarse cómo Brettell había logrado tal destreza. Era un comerciante callado, duro, con una gran mandíbula y, con anterioridad, había participado en carreras de autos.

Él mismo comprobó la eficacia de uno de los salvoconductos poco antes del traslado al campo Norte. Se mezcló con un grupo de obreros y marchó hasta las barracas en construcción, donde pudo ocultarse entre algunas colchonetas. Pieber registró todo el campo en su busca, incluso entre las mismas colchonetas que le escondían, pero no le encontró y, al anochecer, se deslizó fuera del campo desierto. Gordon fue capturado debido a la mala suerte. En Glemnitz, pidió un billete para Nuremberg, sin saber que esta ciudad era territorio *verboten* debido a un bombardeo reciente. La Gestapo le cogió. Estaba en posesión de un pase de obrero francés. La Gestapo lo aceptó, pero como el francés de Gordon no era tan bueno como para confirmar sus credenciales, tuvo que pasar tres semanas en «solitaria» antes de volver a reunirse con nosotros.

La Gestapo jamás pensó que el salvoconducto estaba hecho a mano. Walenn había logrado tal perfección en su artesanía que incluía faltas en las cartas, como si una de las letras hubiera sido superpuesta por otra para corregirla. En otros pases incluyó una mayúscula que no ajustaba bien con la horizontal de la línea, como sucede tantas veces al escribir a máquina, que la mitad de la letra queda por sobre la línea y la otra mitad bajo ella.

El taller fue progresando y otros artistas se unieron al grupo. Uno de ellos era un hombrecillo de cabellos rizados, que fumaba en una pipa casi del mismo tamaño que



su cabeza. Éste era Dicky Milne, Cruz al Mérito Distinguido, que fue comandante de escuadrilla en Biggin Hill antes de que le derribaran. Henri Picard, el belga de la Cruz de Guerra, que había tomado las medidas de los fusiles alemanes con los calibradores hechos por él mismo. Estos fusiles iban a ser utilizados más tarde en la evasión del grupo de desinfección. El más distinguido, al menos en apariencia, era Alex Cassie. Nadie podía parecerse a Alex Cassie si no dedicaba mucho tiempo a ello. Tenía un gran mechón de cabellos rebeldes que le caía sobre los ojos y unos penachos de barba aislados en la mandíbula.

Comenzaron a trabajar en el campo Norte en una habitación desocupada de la 120, hasta que Adolf, sospechando de los vigías fuera del bloque, comenzó a pasearse constantemente cerca de la barraca, asomándose de vez en cuando por las ventanas. Uno de los riesgos de la firma «Dean y Dawson» era que debían estar junto a una ventana para tener la luz suficiente que exigía su trabajo. Adolf estuvo a punto de descubrirles un par de veces, pero pudieron ocultar el trabajo justo a tiempo, antes de que lograra llegar a la ventana.

Adolf se estaba transformando en un elemento demasiado peligroso, de manera que Walenn trasladó el taller a un departamento del bloque de la cocina, contigua a la habitación donde ensayaba la orquesta del campo. Trabajaron allí con el constante ruido peculiar y empírico en los oídos. La orquesta no era muy buena. El piloto de turno entró en la habitación con ellos. Se sentaba en un alto taburete y, por la ventana, miraba una silla pequeña junto a la 112. Si se aproximaba un «hurón», un hombre que tomaba el sol junto a la 112, movía la silla; el vigía musitaba un breve «Recoger» y el trabajo quedaba a cubierto en un momento. La única vez que Walenn perdía su afable compostura era cuando captaba al vigía distraído por un segundo. Cuando la orquesta terminaba de ensayar, los falsificadores también guardaban sus útiles; el vigía salía con los músicos llevando un estuche de violín. Se dirigía a la 104 donde Pengelly lo abría, sacaba los papeles falsificados y los guardaba tras un panel secreto.

Poco a poco, en gran parte debido a los guardias sobornados por Valenta, Walenn fue aumentando su colección de originales. Tenía un *ausweiss* para penetrar en las propiedades del Reich, salvoconductos de salida del campo, dos *urlaubscheins* diferentes para cruzar fronteras, tres formas distintas de permisos de viaje y una tarjeta de identidad de un obrero francés.

Cuando Pieber se marchó con permiso, llegó un nuevo *hauptmann* como *lageroffizier*. No entendía muy bien la moral de los prisioneros de guerra y cierto día se le invitó a que se quitara la guerrera y entrara a beber una taza de café. Sólo cuando estuvo fuera del campo se dio cuenta que le faltaba su tarjeta de identificación. Su posición era extrañísima. No podía informar que los prisioneros se la habían robado porque el *Kommandant*, probablemente, le daría una patada en el trasero de sus muy cuidados pantalones de montar.

Eligió el menor entre los dos males y, con cierto embarazo y con las mejores maneras que podía expresar dadas las circunstancias, le pidió al jefe de escuadrón que

tuviera la bondad de arreglar el asunto de su tarjeta de identidad. No podía ser muy exigente al respecto, porque el jefe de escuadrón podía negar todo conocimiento en el asunto y el *hauptmann* nada podría hacer sin tener que mojarse las manos él mismo. El jefe de escuadrón dijo que haría todo lo que estuviera de su parte, y al cabo de dos días tuvo la tarjeta de vuelta. Walenn ya no la necesitaba. Tenía hecha una copia exacta del original.

Los *soldbuchs* de los soldados rasos eran muy fáciles de retener. El *soldbuch* era una combinación de libro de pagos y de tarjeta de identificación. El joven *obergefreiter* que había firmado el recibo por el chocolate solía entregar su *soldbuch* cuando entraba en el campo.

—Pero *debe* dármele antes de salir —rogaba.

Una de las complicaciones de los *soldbuchs* y algunos otros pases era que llevaban la fotografía del portador. El meticoloso Tim le dijo a Roger que debían obtener fotografías genuinas de las personas que utilizarían estos pases.

—Tendremos que obtener una cámara, eso es todo —dijo Roger, y transmitió la noticia a Valenta.

Valenta se lo dijo al contacto y éste al joven *obergefreiter*, quien casi se desmayó de terror y rogó que esta vez se le excusara. Valenta, conmovido, fue a hablar con Roger.

—No podemos pedirle a este muchacho que haga esto —dijo—. Es muy probable que le fusilen si lo hace.

—Dile —replicó Roger en tono cortante—, que es más probable que le fusilen si no lo hace.

El muchacho trajo una cámara fotográfica pequeña. Más tarde llegó con material de revelar y copiar, y Chaz Hall, el experto en meteorología del campo, instaló un pequeño estudio en su habitación. Tommy Guest proporcionó uniformes alemanes y ropas de civil a los fotografiados.

La falsificación era un trabajo lento. Algunos documentos debían cubrirse con línea tras línea de letras pequeñas y muy unidas; otros tenían un fondo escrito, como en los cheques de banco, y todo debía reproducirse con cuidado de fanático y exactitud total, con pluma y tinta o pincel y pintura. Tim borraba cualquier trabajo que estimaba no estaba en su debido grado de perfección. Una línea descuidada anularía un documento en el cual un falsificador había estado trabajando durante días.

Uno de los *urlaubscheins* solía exigir cinco horas diarias de trabajo durante un mes a un buen falsificador. En total, «Dean y Dawson» alcanzó a fabricar unos cuatrocientos documentos. Era bastante difícil de creer. Tenían cincuenta hombres entre vigías y falsificadores, que trabajaron de tres a cinco horas diarias durante un año. Todos los documentos llevaban los timbres oficiales Nazis con el águila y la esvástica y los títulos y firmas de varias ramas de la policía. Tim pintaba los diseños sobre los tacones de goma de las botas y Al Hake, el encargado de la fabricación de las brújulas, los tallaba con trozos de hojas de afeitar.

Además de los pases, Tim falsificaba cartas para que las llevaran los evadidos. Si un hombre lograba salir como obrero francés, Tim le entregaba un paquete de cartas en francés que se referían a su amada «esposa» en Cherburgo o en alguna otra parte. Eran bastante convincentes. Una de sus favoritas era la carta de autorización. Ésta, imitando la escritura a máquina, con el título de una firma comercial, autorizaba a su empleado Herr Mengano, a viajar a Stettin o a Danzig, o hacia algún otro lugar estratégico. Stettin o Danzig eran los favoritos, porque los barcos neutrales de Suecia atracaban allí y si uno lograba trepar a uno de ellos, las preocupaciones casi se terminaban por completo.

Tim obtuvo de los alemanes sobornados un par de hojas de papel con los membretes originales de las firmas comerciales. Si deseaba algo diferente, lo diseñaba él mismo. Produjo un impresionante membrete en relieve que pertenecía a una fábrica de Focke-Wulf cercana. Gordon Betrell hizo el relieve presionando el asa de un cepillo de dientes en el dorso de una «matriz» pintada a mano contra una hoja de papel. El resultado parecía bastante genuino.

Uno de los documentos era un permiso de viaje impreso en un papel de 33 X 43 centímetros. Hicieron algunos a mano, pero se necesitaba muchísimo tiempo. Valenta hizo que Thompson trabajara a su hombre, el pequeño juglar de la cocina, y éste aceptó ayudar. Tim le proporcionó una de las hojas y el pequeño alemán la sacó del campo oculta en una de sus botas. La envió a Hamburgo, donde su esposa tenía una máquina de escribir, y ella pasó algunos *stencils* y los devolvió a su marido, quien se los entregó a Tim.

Travis fabricó una pequeña prensa con un rodillo hecho de un taco de madera envuelto en un trozo de manta. Betrell y Cassie obtuvieron tinta de impresión a base de negro de humo de las lámparas de grasa que se mezclaba con aceite limpio. Imprimieron docenas de copias.

El problema constante era obtener la calidad exacta, el grosor y el color del papel para algunos de los pases. Teñían el papel con un fondo de color acuoso y, para el papel de mejor calidad, Tim utilizó las páginas en blanco del comienzo de algunas Biblias. Los *soldbuchs* y otros papeles de identificación, tenían tapas duras de tela. Los falsificadores pegaban telas de mapas sobre hojas finas de papel de calco, se teñían del color adecuado y luego se imprimían las letras sobre el conjunto. No podían distinguirse de los originales.

En algunos de los originales, el águila y la esvástica estaban en relieve, especialmente sobre las fotografías de identificación. Jens Muller sacó un molde del timbre en jabón y fundió una réplica en plomo con papeles plateados. Travis hizo una timbradora con un mango al centro que difícilmente podría superarse.

«Cuello de Caucho» comenzó a rondar en torno al bloque de la cocina, de manera que Tim puso muselina en las ventanas del taller, ostensiblemente para que no entraran las moscas. Siguieron laborando allí hasta que Adolf, cierto día, se aproximó a la barraca y, antes de que pudieran ocultar el trabajo, les estaba observando por la

ventana a través de la muselina. Al parecer no pudo ver con claridad, porque se marchó al poco rato, pero Tim pensó que el lugar comenzaba a ponerse demasiado «caliente» y trasladó el taller a la habitación-capilla en la 122.

El padre alzó las cejas y la voz en protesta, pero Roger insistió en que todo era trabajo del Señor por una buena causa, y como, al parecer, no existía una reglamentación específica de la Iglesia al respecto, los falsificadores siguieron asistiendo a la capilla todos los días para entregarse a una labor poco cristiana.

No pasó mucho tiempo antes de que Adolf comenzara a rondar nuevamente. Debió haberse dado cuenta de los vigías, porque constantemente giraba en torno a la 122 mirando por las ventanas, y un par de veces al día los falsificadores tenían que cubrir sus trabajos y aparentar inocencia escuchando una conferencia de psicología de Cassie hasta que Adolf desaparecía. Tim fue de la opinión de que se trasladara nuevamente el taller y esta vez ocuparon la biblioteca en la 110. Travis, que tenía sus ingenieros allí, se cambió a la base del eje vertical de «Dick». No había mucho espacio en este lugar, pero era callado y seguro para trabajos tan ruidosos como moldear hojalata a golpes y limar metales.

Los otros departamentos, al parecer, no eran tan perseguidos por la seguridad. Des Plunkett, un hombrecillo con un inmenso bigote, tenía un equipo de dibujantes de mapas distribuido en varias habitaciones por todo el campo. Por medio de los contactos había reunido toda clase de información acerca del país que les rodeaba y sus mapas locales indicaban todas las sendas más tranquilas que les podrían alejar de esa zona. Sus mapas generales ilustraban las rutas de huida a través de Checoslovaquia a Suiza y Francia, y por el Báltico a Suecia.

Este método de dibujo de mapas era demasiado lento para obtener todos los que deseaban, de manera que encargó a un contacto la tarea de conseguir jalea para enfermos a través de un alemán en el bloque del hospital en la *Kommandantur*. Cortó las jaleas en trozos, las humedeció en agua caliente, las estrujó en un pañuelo, probando el zumo que brotaba hasta que ya no tuvo azúcar. Después de eliminar el azúcar de la pulpa que tenía dentro del pañuelo, el residuo era gelatina pura, que fundió, y esparció en unas bandejas hechas de latas de conservas y allí, una vez que se endureció la jalea, contaba con un perfecto mimeógrafo.

Los mapas que debían reproducirse, los dibujó con tinta hecha a base de minas de lápices trituradas (útiles estrictamente *verboten*, pero que fueron proporcionados por los soldados sobornados). Después de presionar los mapas sobre el mimeógrafo pudo sacar cientos de copias. Tim Walenn utilizaba a veces el mimeógrafo para sus papeles falsos.

Tommy Guest también dispersó a sus sastres por diferentes habitaciones en todo el campo. Su principal problema era la tela. Generalmente deshacía uniformes viejos, extendía sus partes y los remodelaba para confeccionar trajes de civil. Consiguió entrar algunos trozos de tela desde el exterior e incluso llegó a utilizar la pesada tela de los capotes viejos. Las únicas chaquetas y pantalones que llegaban al campo eran

las enviadas por la Cruz Roja, y se trataba de viejos uniformes polacos o esos poco atractivos trajes que destinaban (y aún lo hacen) a la R.A.F. y «otras filas», hechos de gruesa y tosca sarga. Guest tenía a un par de prisioneros encargados de afeitar la sarga para adelgazarla. Luego la teñía con jugo de remolacha, o una solución de pasta para limpiar botas, e incluso unos tintes hechos con tapas de libros metidas en agua.

Con sus propias manos confeccionó varios patrones de diferentes tallas, cortándolos en hojas de diarios alemanes. Simplificó bastante el trabajo del corte de trajes. Si no tenía tiempo ni tela para que él mismo hiciera el traje, entonces prestaba sus patrones (si se encontraba de muy buen humor). Generalmente, los trajes difíciles, los cortaba personalmente.

Uno de los prisioneros que intentaba escapar cortando la alambrada de noche, tuvo la idea de viajar por Alemania vestido de empleado de ferrocarril. Le pidió a Guest que le confeccionara un uniforme de portador de maletas. Guest tomó las medidas con una regla de madera.

—Vuelva a la una para la prueba —le dijo.

El hombre volvió a la una, le probaron el uniforme, y a las cinco lo tenía terminado, con gorro incluido. Probablemente habría llegado muy lejos si los reflectores no le hubieran descubierto mientras intentaba cortar la alambrada.

Al Hake tenía su taller de brújulas en una habitación de la 103. La caja de la brújula la fabricaba a base de discos de gramófono rotos. Calentaba los trozos hasta que se encontraban blandos como una pasta y luego introducía a presión esta masa dentro de un molde. Los artistas pintaban los puntos cardinales con gran exactitud en pequeños discos de papel que luego pegaban al fondo de la caja. En el centro insertaba una aguja de gramófono como eje. La que marcaba la dirección era un trozo de aguja de coser frotada contra una magneto.

En el centro justo de las agujas magnetizadas, soldaba con gran cuidado un pequeño eje. (La soldadura se hacía a base de juntas fundidas de unas grandes latas de carne envasada y la resina la obtenía de los pinos y una vez que éstos fueron derribados, la obtuvo de la madera resinosa de las barracas). Valenta llegó a proporcionarle pintura luminosa para las agujas, de manera que pudieran distinguirse de noche sin correr el peligro de encender una cerilla.

El cristal para las brújulas se obtenía de cristales rotos de ventanas. Si no había ninguna ventana rota, la rompía él mismo y luego cortaba los trozos circulares bajo agua, para que el cristal no se trizara ni saltara. Fabricó un pequeño soplete con una lámpara de grasa, a la cual le agregó un tubo fino de hojalata. A través del tubo soplaba suavemente sobre la llama y la acercaba al borde de la caja de la brújula. Cuando se reblandecía el borde de la caja, presionaba con suavidad el cristal contra la superficie recalentada y, al enfriarse, se ajustaba magníficamente, totalmente a prueba de agua.

Su producción alcanzaba el ritmo de una brújula al día y la presentación era tan hermosa que no tenía diferencia alguna con una brújula comprada en una tienda. Creo

que la parte más extraordinaria de todo esto era la inscripción que había tallado en el fondo del molde para la caja. Una vez terminada una brújula, si uno le daba vuelta, en la base podía leerse, en relieve, la siguiente inscripción:

«*Made in Slatag Luft III*»

Mientras los talleres entregaban su producción, mapas, brújulas, ropa y papeles falsificados, Roger los dispersaba tras los muros falsos o en «Dick». Se le ocurrió pensar que, aun cuando los alemanes registraran las barracas con teutónico cuidado, lo que no incluía mucha imaginación, jamás se les ocurriría buscar en las barracas de las letrinas de tierra, de manera que ocultó gran parte de la ropa, que abultaba demasiado, en los techos de uno de estos bloques.

Ocultaron una o dos creaciones de Tommy Guest, incluyendo un uniforme alemán, tras un muro de paneles en la habitación que Chaz Hall y Cornish utilizaban como estudio fotográfico. Era más seguro tenerlos al alcance de la mano. Hall hizo una fotografía magnífica del *Unteroffizier*, Roger Bushell de la Luftwaffe, mirando siniestramente desde su pose con su ojo torcido. Más tarde, Roger se hizo tomar una fotografía de hombre de negocios, que utilizó eventualmente en su salvoconducto.

Von Lindeiner rechazó de plano la idea de cualquier tipo de comunicación con los americanos en su nuevo campo, de manera que Massey fabricó un transmisor que instaló al fondo de la 120, a bastante distancia de la ventana para que estuviera fuera del campo visual de las casamatas de los guardias. Transmitían todos los días, durante media hora, intercambiando noticias y chismes. Solíamos transmitirles las noticias de la B.B.C., pero los yanquis no tardaron en obtener una radio para ellos.

Ellan, nuestro radioperador, había recogido otros elementos a través de los contactos, incluso un aparato transmisor, en caso que pudiera necesitarse. Uno debía andarse con cuidado con estos aparatos. Si «Cuello de Caucho» tropezaba con un transmisor o con sus señales, los siete prisioneros de la habitación podían estar seguros de recibir un disparo en la nuca, precedido por una pequeña reunión en una habitación a prueba de sonidos de la Gestapo, donde se trataría de descubrir lo que estaba sucediendo.

Johnny Travis contribuyó a la mayor seguridad del asunto. Construyó un amplio armario contra la delgada pared de madera de la habitación de Ellan y otro armario de las mismas dimensiones y en el mismo lugar, pero en la habitación contigua. El fondo de los armarios era de paneles movibles, de manera que el material podía pasarse de una habitación a la otra en caso de peligro.

El verano se prolongó y el buen tiempo continuó favorable a las evasiones. Probablemente, esta era la razón por la cual «Cuello de Caucho» mantenía a los «hurones» en constante movimiento. Se dio a la idea (sólo demasiado justificada) que un «hurón» joven y de muy escaso seso, conocido por el mote de «Chiquillo», se había apartado de la senda del deber. No creo que «Cuello de Caucho» haya probado

que «Chiquillo» entraba contrabando, pero, en todo caso, le hizo enviar al frente ruso; e incluso «Listillo», después de esto, cambió de forma de proceder. El *Ostfront* aterraba a cualquiera.

Los leñadores volvieron y limpiaron el resto del bosque fuera de la alambrada oeste. Se comenzó a construir un nuevo campo en ese lugar. Esto dejó fuera de toda posibilidad a «Dick», excepto como taller y bodega. Sólo quedaba «Harry». Roger lo mantuvo sellado. No arriesgaría su último túnel mientras «Cuello de Caucho» siguiera tan activo. El otoño cayó súbitamente y Roger se enfrentó al hecho de que no habría forma de evadirse por «Harry» antes de la llegada del invierno y que tendría que esperarse a la primavera siguiente.

—No crean que nos quedaremos sentados hasta entonces —dijo—, «Harry» debe estar terminado para cuando vuelva el buen tiempo.

En las próximas semanas se mostró de mal humor e irritado, y empeoró cuando llegó un hombre recién purgado, a quien había conocido antes de que le derribaran. El recién llegado había sido mecánico de su escuadrilla. Ahora era comandante de escuadrilla. Bushell nunca se dio a la inactividad en su encierro mientras el mundo exterior seguía su marcha.

Encontró cierto alivio para su frustración en el teatro del campo; tomaba parte en casi todas las representaciones... y lo hacía magníficamente. No se podía tener una personalidad y un yo tan poderoso como Bushell sin ser buen actor. Algunas veces era difícil convivir con él, pero era perdonado casi en todo y por casi todos, excepto aquellos que experimentaron su ira. Bushell era duro y lacerante con los negligentes y estúpidos, y sin embargo no dejaba de tener un inmenso encanto. En realidad, era como dos personas: una despiadada y autoritaria y la otra generosa y alegre.

—Tiene mirada de asesino —dijo Travis—, pero es un muchacho endemoniadamente encantador.

No era mirada de asesino. Ese era sólo el efecto producido por el accidente. Era una mirada penetrante. Cuando acababa de ser derribado, su mirada era todavía muchísimo más dura.

Escribió a su ayudante en Inglaterra: «Ese demonio, la imaginación humana, a veces nos vuelve locos. Lo más difícil de todo esto es estar fuera de las cosas.»

Y a su madre en Sudáfrica: «La prueba más difícil es la inactividad.»

Al mismo tiempo estudiaba checoslovaco, danés y ruso, actuaba, enseñaba alemán y jugaba al rugby. Massey y Day estimulaban sus actividades porque esto servía para desvanecer un poco las sospechas de los alemanes. Sin embargo, jamás dejaron de considerar a Bushell como un hombre marcado. Valenta había hecho que sus contactos extendieran la voz, delicadamente, de que Roger era un tipo reformado, que ya estaba cansado de los túneles por la inutilidad de ellos y que se contentaba con esperar el final de la guerra. «Cuello de Caucho» casi creyó esta afirmación en su totalidad, y Roger, ciertamente, dio la impresión de un hombre que llevaba una vida inactiva. Al cabo de poco tiempo recuperó su jovialidad. Eso fue más o menos

cuando él y Canton entraron en la habitación de Travis y le vaciaron el tarro del azúcar. Lo llenaron de arena y pusieron una fina capa de azúcar en la superficie. Esa noche, durante la cena, se escuchó un rugido desmayado en la habitación de Travis. Sospecharon de Bushell y le atacaron. Roger se defendió con sus mejores modales de declamador.

—Esos malditos alemanes —rugió furioso—. Deben haberla sacado durante el *appel*. Le quitaré la piel a Pieber por esta gracia.

—No estoy tan seguro de que hayan sido los alemanes —dijo Travis, cargado de sospechas.

—Tienen que haber sido ellos —dijo Roger indignado—. ¿Quién otro habría puesto arena en lugar de azúcar?

—Eres un maldito embustero —dijo Travis, mirándole cruelmente—. Hasta ahora nadie había mencionado la palabra «arena».

Roger bajó la cabeza avergonzado.

—Era para destilar un poco de alcohol de resina —dijo, en tono quejumbroso e irresistible—. Te iba a invitar.



## Capítulo 12

### Sangre en el ojo del general

**R** OGER buscó la forma y tiempo para continuar con el trabajo de la evasión y sus diversas modalidades. «Harry» aún estaba sellado, pero organizó la «operación alambrada». Cualquiera que deseara inscribirse no tenía más que presentarse al comité y convencer a Roger de que poseía un plan seguro de viaje y una buena historia de sí mismo contra las revisiones de la policía en los trenes y caminos. El comité le entregaba un poco de dinero, *ausweiss*, brújula, mapas, ropa, y un par de tijeras corta-alambres.

El hombre esperaba una noche tormentosa o un ataque aéreo cuando apagaban las luces, luego salía arrastrándose de su barraca, rogaba para no tropezar con el *hundfuehrer*, llegaba hasta la alambrada y comenzaba a cortar alambres.

Un par de docenas de prisioneros lo intentaron antes de la llegada del invierno, pero había demasiados guardias y reflectores. Uno o dos lograron evadirse, pero sólo por una o dos noches. La fórmula usual de la «operación alambrada» era: salir de la barraca, alcanzar la alambrada y volver a la caseta de los guardias con las manos en alto y una pistola apoyada a la espalda, y luego, la nevera.

Jacky Rae, un neozelandés, piloto de *Spitfire*, decidió que la razón por la cual la mayoría de las operaciones alambrada no tenían éxito era que en una noche oscura, los guardias recorrían en silencio la alambrada junto a las barracas. Opinaba que la posibilidad era mayor si se lograba llegar hasta el lado más apartado del campo, en el lugar del *appel*, donde los guardias no esperarían encontrar a nadie.

La zona estaba prácticamente barrida por reflectores, pero había una ligera depresión en la tierra que cruzaba el campo del *appel*, donde los alemanes habían proyectado la construcción de un camino. Rae y un canadiense, llamado Probert, salieron de su barraca cierta noche y se arrastraron a lo largo de la depresión, mientras los reflectores lanzaban sus haces de luz, por encima de sus cabezas. Tuvieron tanto cuidado que tardaron siete horas en avanzar y recorrer los doscientos metros que les separaban de la alambrada, pero, finalmente, lo lograron y sólo les quedaban un par de alambres por cortar cuando les descubrió un centinela.

El *Kommandant* estaba tan furioso ante tal audacia que les valió un mes de nevera a cada uno. Probert sufría de claustrofobia y no pudo soportarlo. Salió de su celda para ir al baño y se lanzó contra la puerta de la nevera, pero un disparo en el hombro le detuvo. Pasaron meses antes de que se recuperara y pudiera volver al campo.

Travis fabricaba las tijeras corta-alambres con los tirantes que unían las esquinas de las barracas. Los unía como un par de tijeras y limaba unas muescas en la superficie interior. El metal era muy blando, de manera que lo endurecía él mismo. Para esto, en una fragua casera, calentaba las tijeras hasta el rojo vivo, esparcía un poco de azúcar sobre el metal en torno a las muescas y seguía calentando hasta que el

carbón del azúcar se mezclaba al metal. A continuación hundía las tijeras en agua fría y el acero salía lo suficientemente duro como para cortar alambre. Era la misma técnica empleada para la fabricación de los cinceles templados.

Al enfriarse la temperatura incluso el más optimista tuvo que enfrentarse al hecho de que ahora era demasiado tarde para abrir un Segundo Frente en 1943, y los prisioneros, con sus diversos grados de paciencia, se resignaron a pasar otro año más tras la alambrada. Algunos, que habían estado encerrados durante tres o cuatro años, sufrieron de ciertas excentricidades, cuyo nombre más suave era «locura del alambre». Uno de ellos se convenció de que era el general Smuts e intimó a todos los de su habitación que se dirigieran a él llamándole «señor». Los médicos alemanes se lo llevaron para seguirle un tratamiento.

Otro prisionero se cortó las venas en dos ocasiones con una hoja de afeitar, pero, en un campo-prisión no hay privacidad; le vieron sangrando y detuvieron la hemorragia. Los alemanes le llevaron a la enfermería, pero, una noche, se escapó de su cuarto, trepó al techo donde le vio uno de los guardias, le desafió y mientras corría por el techo recibió una descarga de ametralladora.

Otro debía ser llevado en tren para seguirle un tratamiento, pero en la estación de Sagan, mientras el tren avanzaba por el andén, se libró de los guardias que le retenían y saltó a la vía frente a la locomotora, que no tuvo tiempo de detenerse. En el campo Este, uno de los prisioneros no pudo soportar más el encierro, saltó sobre el hilo de alarma y corrió hacia la alambrada. Sus manos ya estaban desgarradas contra el alambre, cuando una ráfaga de ametralladora terminó con su angustia para siempre.

Más o menos en esta época, en el campo Este, Eric Williams y dos amigos suyos Codner y Philpot, escaparon a través del túnel más ingenioso que se haya inventado.

Construyeron un potro de ejercicios con sus lados cubiertos y lo dejaban cada día en su mismo sitio junto al hilo de alarma. Mientras un grupo de prisioneros se ejercitaba en el potro, Williams y sus colegas cavaban desde el interior del potro. Como el túnel partía desde el mismo hilo de alarma, en vez de desde una barraca, esto les daba unos treinta metros de ventaja para obtener la libertad. Después de semanas y semanas de valeroso y arriesgado trabajo, una noche lograron traspasar la alambrada bajo tierra y los tres llegaron a Inglaterra vía Suecia. Este esfuerzo ha sido considerado como una de las evasiones más clásicas de la historia.

*A mediados de 1943, Alemania se enfrentaba a una grave dificultad: la manutención y vigilancia de cientos de miles de prisioneros y esclavos dentro de sus fronteras. Himmler presionaba a Hitler para que le entregara el control total de los prisioneros de guerra. En el mes de octubre, Keitel, Jefe del Alto Mando, publicó la «Igel Order», por la cual, en adelante, todo prisionero en tránsito debía ser encadenado.*

Unos dos meses después de la caída de Italia, Von Lindeiner hizo que unos obreros instalaran un altavoz en el campo, para atosigarnos con transmisiones de las radios alemanas. Debían extender varios cientos de metros de cable para conectarlo con el control central en el *vorlager*, y mientras trabajaban, dejaron un par de rollos de cable conductor tras ellos. Roger lo supo en el teatro, donde estaba ensayando, y envió a Canton con un grupo diversionista para que se apoderara de parte del hilo. Se ocultaron tras una barraca, planeando un movimiento para distraer a los obreros mientras uno de ellos se arrastraba hasta los rollos.

En ese momento se abrió la verja del campo y entró el «Pelirrojo» Noble, llevando su manta al hombro, después de su última estancia en la nevera por tratar de introducirse en una barraca mientras estaba siendo registrada. Caminaba por el polvoriento camino y, de pronto, le brillaron los ojos al ver el cable a unos cincuenta metros. Cambió de rumbo ligeramente, cogió un rollo de cable, lo ocultó bajo la manta y continuó su camino. Los obreros, a tres metros de distancia, no vieron nada. Un minuto más tarde, dos de los hombres de Canton entablaron una pelea y los obreros bajaron sus herramientas para observarla. La pelea duró no mucho y el otro rollo de cable conductor tampoco.

Esa noche se ocultó el material en «Dick». En los dos rollos había más de doscientos metros de cable; más que suficiente para iluminar todo «Harry» una vez que se comenzaran los trabajos.

La alegría del comité se vio atemperada por la duda y la preocupación.

—Se desencadenará el mismo infierno —dijo Floody—. «Cuello de Caucho» sabrá por qué lo hemos robado y comenzarán las búsquedas y registros justo ahora que estábamos logrando mayor calma.

Roger, por extraño que parezca, deseaba correr ese riesgo.

—No creo que sospeche necesariamente que algo está sucediendo bajo tierra —dijo—. En todo caso, sabe que, por principio, nos apoderaríamos del cable de conducción. Por otra parte, creo que «Harry» está muy seguro. Vale la pena correr el riesgo. Si resulta, nos será de gran utilidad.

Como de costumbre, Roger se salió con la suya, tal como sucedieron las cosas. Había escogido el mejor camino. Los estúpidos obreros estaban demasiado asustados para informar de la desaparición de los rollos. Más tarde se arrepentirían de ello.

Un general alemán llegó esa semana para efectuar una revisión del campo. Era un individuo regordete, con franjas rojas en los lados del pantalón de montar, un inmenso trasero y solapas blancas en el capote. Llegó con Von Lindeiner en un brillante Mercedes y unos cien prisioneros harapientos se reunieron para observar esta extraña escena de otro mundo: un coche. Von Lindeiner, conociendo a sus prisioneros, les ordenó que se mantuvieran a cierta distancia, pero el alegre, benevolente y extrovertido general, se negó a apoyar la idea.

—*Ach no* —dijo—. Déjeles que vean cómo Alemania produce sus coches. Mi chófer vigilará entretanto.

Y se marcharon para comenzar la inspección. Von Lindeiner miró varias veces hacia atrás, cargado de sospechas.

El chófer no sabía mucho del trato con prisioneros. Hizo lo posible. Pero, en cuanto sacaba a un hombre por una de las puertas del coche, media docena trepaba por las otras, observando el tablero, registrando la caja de herramientas, arrastrándose bajo la carrocería. Un par de prisioneros que hablaban alemán comenzaron a disparar preguntas sobre el coche, le ofrecieron cigarrillos, mientras otros se arremolinaban en torno a él, sonriendo y con inocente aspecto.

Al cabo de poco rato se retiraron, con comentarios de admiración: los guantes del general, su linterna y mapas, todas las herramientas portátiles del coche y un texto del ejército alemán que encontraron en la guantera, habían desaparecido.

No sé lo que sucedió después entre el general y el chófer, pero espero que haya sido una conversación bastante fuerte y llevada sólo por una de las partes. Probablemente, el chófer cogió el próximo tren para el *Ostfront*, pero en el campo no hubo represalias. Al parecer, el general estaba demasiado preocupado como para hacer una reclamación oficial, ya que el libro que desapareció de la guantera del coche era un texto militar secreto y los generales no deben perder tales cosas, especialmente en manos de oficiales enemigos.

Von Lindeiner entró en el campo al día siguiente y sostuvo una conversación privada con Day (Massey estaba en el hospital tratándose el pie).

—Sabemos que tienen todas esas cosas —dijo Von Lindeiner—. No discutamos ese punto. Si nos devuelve el libro, no diremos nada sobre el resto y no se tomarán represalias. Pero debemos obtener el libro. Usted comprende la situación.

—Me sorprende muchísimo oírle estas palabras —dijo Day educadamente (y no muy verazmente)—. Haré que se investigue el hecho y si uno de mis oficiales ha olvidado sus principios, veré lo que se puede hacer en este caso.

Von Lindeiner se retiró, un poco escamado.

No había necesidad de quedarse con el libro. Los que entendían alemán lo habían revisado, cuidadosamente, y sólo se trataba de uno de esos ejemplares militares fatuos que, pomposamente dictaminan que, si uno no tiene el brazo derecho por haber sido arrancado por una granada, le es permitido saludar con la izquierda.

Roger tuvo la idea de que se tallara un timbre especial, de esos de goma, hechos de tacones de botas. Una vez que el timbre se aplicó al libro, Day se lo devolvió a Von Lindeiner. Me habría encantado ver la cara del general cuando lo recibió. El timbre estaba estampado en la cubierta: «*Aprobado por la Censura Británica.*»

La nieve cayó abundantemente en los primeros días de diciembre. El frío era demasiado intenso para estar en el exterior, y los vigías de algunos de los talleres eran demasiado visibles al tener que tomar las mismas posiciones día tras día. Adolf no

tardó mucho en fijar sus ojos acuosos en los vigías de «Dean y Dawson», uno en cada extremo de la 110.

—Adolf, tenía que ser ese maldito Adolf —masculló Tim, por primera vez realmente enfadado.

Se había formado una obsesión con Adolf, quien rondaba por el bloque todo el día, con su aspecto enjuto, grandes ojeras, una nariz azulada, impasiblemente mirando por las ventanas. Su expresión no se alteraba jamás. Tampoco sus tácticas. En cuanto descubría a los vigías, comenzaba a caminar en torno al bloque. Los falsificadores recibían cuatro o cinco advertencias de peligro cada tarde, y rápidamente se ocultaba el material, se adquiría una mirada inocente y uno de ellos se ponía de pie y gesticulaba y hablaba como si estuviera dictando una conferencia. No importaba lo que se decía. Adolf no entendía inglés.

Cogió la costumbre de entrar en un par de habitaciones, lo que significaba que el trabajo debía introducirse velozmente tras los paneles de los muros, dañándose a veces antes de que la tinta tuviera ocasión de secarse y haciendo perder un tiempo precioso mientras se esperaba a que se marchara.

Hasta entonces, el estoico Adolf había permanecido inmune a las insinuaciones de los contactos, pero Tim logró que uno de ellos le hiciera aceptar una invitación para una fiesta de Navidad, en la cual se bebería vino de pasas. Le dieron un par de vasos del potente líquido y comenzó a hablar como una cotorra, mientras su nariz cambiaba del tono azulado acostumbrado a un ostensible y luminoso rojo.

—Ustedes tienen algo entre manos en la 110 —dijo solemnemente al cabo de un rato—. Yo lo sé. He visto a los vigías en el exterior de la barraca. Siempre están allí y dan el aviso cuando yo me aproximo.

Estas palabras dieron una idea a Walenn.

—Saquen a los vigías —dijo—. Adolf creerá que ya no se sigue trabajando y no nos molestará.

—Oh... es arriesgado —opinó Cassie, poco convencido.

—No correremos más riesgo del que estamos corriendo ahora —dijo Tim—. Los nervios nos están agarrotando y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Decidimos hacer la prueba y les dimos vacaciones a los vigías. La atención de Adolf se detuvo de inmediato. Era milagroso. Los falsificadores eran felices; los vigías también (vigilar en la nieve, con botas que se calan y escasamente alimentados, no tiene nada de agradable); y al parecer, Adolf también era feliz.

Durante una semana la falsificación no se vio interrumpida por Adolf ni por nadie más. El trabajo adelantó el doble y los nervios se relajaron. Entonces, una tarde, Henn Picard alzó la vista y vio el rostro huesudo de Adolf asomado a una ventana.

—¡Oh, infiernos! —exclamó—. ¡Miren!

El silencio fue paralizador. Pero Tim dijo calladamente:

—Sigán trabajando tranquilamente, como si nada hubiera pasado.

Adolf continuó observando por la ventana, pero el frío de fuera y el calor del interior de la habitación habían condensado la humedad en la ventana y corría por el cristal, emborronando la visión, de manera que Adolf no pudo distinguir cuál era el trabajo. Debió creer que escribíamos cartas o estudiábamos, porque, al cabo de unos minutos, su rostro desapareció. La habitación se convirtió en una casa de locos y en pocos segundos todos los documentos habían desaparecido tras los paneles y los falsificadores se dispersaron, pero Adolf no entró a investigar.

—Está claro que los vigías deben volver a sus puestos —dijo Tim.

—Una observación —dijo Cassie—. Los vigías deben volver a sus puestos... pero NO donde estaban antes.

El problema era ocultarlos de manera que pudieran cubrir los accesos a la biblioteca y dar el tiempo suficiente para recoger todas las cosas. Por otra parte y hasta cierto punto, ocultar a los vigías de los «hurones» significaba ocultar a los «hurones» de los vigías. Si los «hurones» sospechaban de una barraca, tenían la costumbre de aproximarse a cubierto de otra, y luego se lanzaban a la carrera y aparecían por las ventanas.

Este problema nos preocupó un par de días, porque «Dean y Dawson» estaban tan expuestos que no podía ocurrir ningún fallo. Eventualmente, inventamos un sistema que parecía bastante complicado.

La biblioteca estaba a mitad de camino en el lado oeste de la 110, con una puerta a un pasillo y dos ventanas al oeste que debían ser cubiertas. Un vigía fue destinado a una ventana del final de la 103, que se enfrentaba al extremo norte de la 110, de manera que podía abarcar ambos lados y el extremo. Otro vigía se destinó a una ventana este de la 109, frente a la biblioteca, de manera que podía abarcar ambos extremos de la 110. El tercer vigía tomó posición en la ventana, junto a la biblioteca (no podía estar dentro de la biblioteca, porque los falsificadores debían estar junto a todas las ventanas para su trabajo). Este tercer vigía podía ver a cualquiera que se aproximara del oeste y cubría los campos de visión de los otros vigías, como doble seguridad.

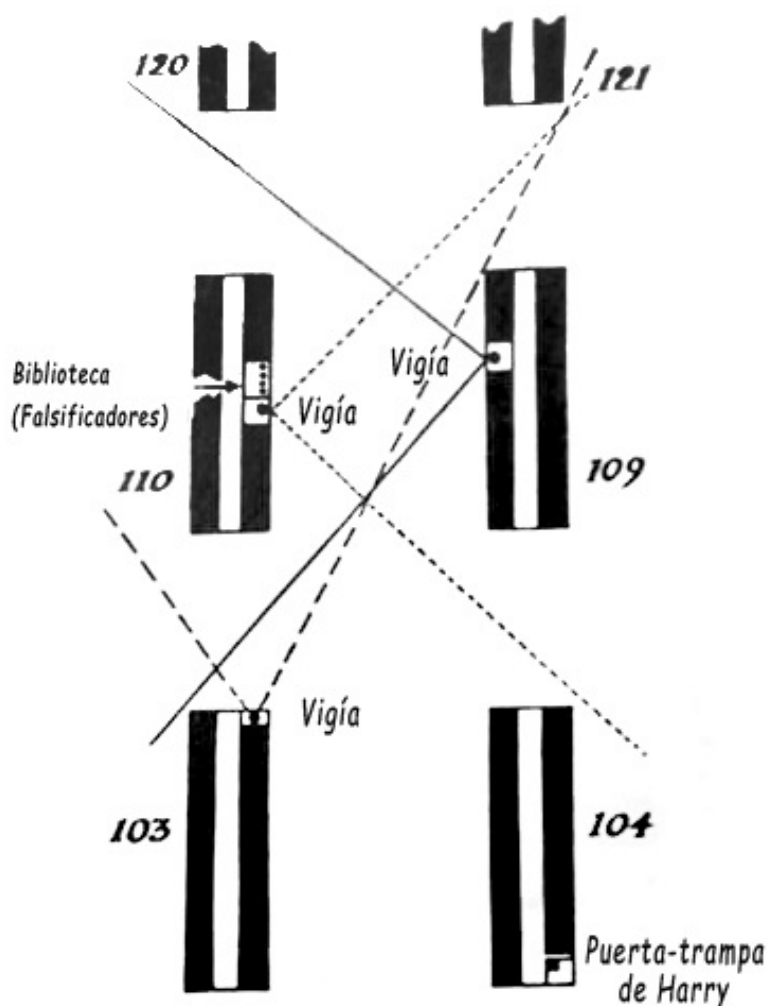
Cuando el vigía en la 103 veía a un «hurón» que se aproximaba, abría su ventana. El vigía en la 109 se daba cuenta de inmediato de este hecho y ponía un periódico doblado contra la suya. El vigía junto a la biblioteca captaba la señal, golpeaba el muro con los nudillos y todo el material de trabajo desaparecía en pocos segundos.

Adolf, al no ver a ningún vigía, cesó de rondar en torno a la 110. Ocasionalmente, él y otros «hurones», echaban un vistazo de rutina al bloque, pero no hubo concentración deliberada de observadores sobre la barraca y los vigías estaban siempre alerta y avisaban a tiempo.

Roger escribió a su casa: «Esto no puede durar mucho. Definitivamente, esta es la última Navidad que pasamos tras la alambrada.» La verdad de sus palabras sería

inflexible para él.

En el último día del año, los «X» dieron una fiesta con vino de pasas en la 110, y en el *appel* de la tarde todo era alegría y luz.



Sistema de alarma de «capa y espada» mostrando cómo los vigías ocultos cubrían todos los accesos a los falsificadores que trabajaban en la biblioteca, sin revelar sus propias posiciones.

Canton y Bob Tuck, caritativamente, se plantaron a ambos lados de un voluminoso tunelista y le cargaron para el *appel*. Sus piernas caminaban a unos quince centímetros sobre la nieve. En las filas, le sostuvieron vacilante, pero cuando Pieber pasó frente a ellos, el tunelista se soltó y trastabilló hacia un lado.

—Por favor, no se mueva —dijo Pieber, severamente—. No puedo contarles.

—Yo no me estoy moviendo —dijo el tunelista, tratando de enfocarle con desesperación—. Es usted quien se mueve.

Después de esto, se terminaron las fiestas con vino de pasas. Por dos razones.

Un joven capitán de escuadrilla asistió a una fiesta en otro bloque, y a primeras horas de la madrugada, bastante después de la hora de cierre, se sintió tan alegre que decidió salir por la ventana y volver a su propio bloque. No había dado muchos pasos

cuando el perro del *hundfuehrer* le saltó encima y le estaba masticando un brazo cuando el propio *hundfuehrer* se acercó y vació el cargador de la pistola contra el oficial. Su puntería era más que pésima. Sólo una de las cinco balas dio en el blanco, en el estómago. El muchacho vivió, pero el licor quedó prohibido desde entonces.

La prohibición casi no era necesaria. El frío del invierno había despertado más apetito en los prisioneros y no se guardaban una sola pasa para el caldo infernal. La única legumbre que daban los alemanes era chucruta. Durante semanas, todo fue chucruta, y el encanto y novedad de la misma es tan atractivo como un verano inglés. Un americano lo resumió cuando, por décima vez en diez días, le entregaron su ración de chucruta.

—Dios mío —exclamó disgustado—. Lo mismo ayer, lo mismo hoy y lo mismo para siempre.

No creo que se haya dado cuenta de que estaba citando la Biblia.

La tierra del campo estaba helada bajo treinta centímetros de nieve, y casi todos nos manteníamos calientes acostándonos de día. El momento no era propicio para la evasión, y «Cuello de Caucho» lo sabía. El resto de los «hurones» quedaban encantados cuando se les invitaba a entrar en una habitación para beber una taza de café y escapar del frío del exterior.



## Capítulo 13

### Excavando a toda velocidad

**R** OGER pensó que éstos eran los momentos indicados para volver a abrir «Harry». Era aproximadamente el 7 de enero cuando reunió al comité.

—La idea es la de una campaña intensiva —dijo—. Si podemos terminar «Harry» en un par de meses, cuando los «hurones» no lo esperan, podremos sellarlo nuevamente y evadirnos en cuanto comience el buen tiempo.

—Pero, por el amor del cielo, ¿cómo vamos a hacer para dispersar la arena? —preguntó Floody—. No podemos deshacernos de ella mientras haya nieve.

—Eso es justamente lo que estarán pensando los alemanes —dijo Roger—. Debemos encontrar una forma. ¿Alguien tiene alguna idea?

Discutieron el tema durante una hora y no encontraron ninguna solución. Al parecer, no había forma posible de deshacerse de la arena. Si la acumulaban bajo las barracas sería descubierta. Si la subían al entretecho, probablemente también la descubrirían allí. Y si la ocultaban, como antes, en las habitaciones, una vez que los «hurones» la descubrieran comenzaría la caza del túnel. Y «Harry» era la última esperanza. No podían arriesgarla.

Canton sugirió que se cavara un pequeño túnel para que fuera descubierto por los «hurones», pero eso sólo significaba mayor cantidad de arena para dispersar. También, señaló Roger, podrían encontrar a «Harry» fortuitamente. El nuevo campo había sido construido fuera de la alambrada oeste, de manera que la única dirección posible era el norte. Esto significaría una vigilancia e inspecciones más cuidadosas en los bloques norte, incluyendo la 104. Dio por terminada la reunión y les pidió que pensaran en alguna fórmula.

Ramsay y Fanshawe se quedaron charlando fuera de la 110, y de pronto, Fanshawe dijo:

—¿Qué me dices del teatro?

—¡Bajo el piso! —exclamó Ramsay—. Dios mío, estaba pensando en eso.

—¿Hay lugar?

—Tiene que haberlo. El piso es con declive.

Volvieron a entrar en la barraca y se lo dijeron a Bushell, quien estaba mondando unas patatas. Las depositó sobre la mesa lentamente y, con un extraño brillo en los ojos, dijo:

—Creo que realmente han dado en el blanco. Ese piso está a unos sesenta centímetros de altura.

—Tiene que ser seguro —dijo Ramsay—. No creo que los alemanes se hayan molestado jamás en inspeccionarlo apropiadamente.

—No pueden. —Roger estaba sonriendo—. En todo caso, no pueden hacerlo por debajo. Esos muros no tienen portezuelas de entrada.

Los del grupo teatral no se alegraron con la idea. Consideraban que si los alemanes descubrían arena bajo el piso del teatro podrían cerrarlo y poner fin así a las representaciones del campo.

—La evasión es más importante —dijo Day—, y dictó una orden, con mucho tacto pero poco comprometedor, diciendo que el teatro se utilizaría como zona de dispersión de arena.

Travis, en el fondo de la sala, fijó una butaca de manera que se echaba hacia atrás sobre bisagras: bajo la butaca cortó en el piso una puerta-trampa. Fanshawe se introdujo por ella con una lámpara de grasa y descubrió que había espacio suficiente para acumular mayor cantidad de arena de la que podría proporcionar «Harry».

El 10 de enero, inmediatamente después del *appel*, Floody, Pat Langford, el *trapfuehrer* de «Harry» y Ramsay, comenzaron a picar el cemento que sellaba la puerta-trampa de «Harry». Pensaron que la tarea estaría terminada en veinte minutos, pero Ramsay había hecho un trabajo tan esmerado, que no terminaron antes de dos horas. Alzaron la losa fácilmente después de sacar de su sitio la estufa, preguntándose nerviosamente qué encontrarían en el túnel. «Harry» había estado cerrado durante tres meses y los túneles necesitan de cuidados constantes para mantenerse en buenas condiciones.

Ramsay había hecho una labor magnífica en «Harry». El aire aún estaba fresco gracias a la válvula de escape de la bomba, que había sido dejada abierta por él. Se arrastró por el túnel y encontró unas pequeñas filtraciones de arena aquí y allá. Únicamente cuatro marcos estaban fuera de plomada; los señaló para que fueran reparados cuanto antes. Floody descubrió que las bolsas del fuelle de la bomba de aire estaban podridas y, esa tarde, Travis bajó con un par de carpinteros y las cambió por bolsas nuevas. La bomba funcionaba con cierta dificultad y Ramsay, en la cabeza del túnel, informó que la cantidad de aire que salía por la tubería no era suficiente.

—Creo que la tubería estará bloqueada en alguna parte —dijo Floody de mal humor.

No quedaba otra solución sino desenterrar la tubería hasta encontrar la obstrucción; era una labor pesadísima y peligrosa, ya que significaba levantar las planchas del piso del túnel, con el riesgo consecutivo del hundimiento de los marcos y los derrumbamientos. Afortunadamente encontraron la obstrucción a pocos metros del comienzo, cerca de la boca del túnel. Algunas de las latas habían cedido ante el peso y la arena inundaba el interior. Las reemplazaron y la bomba trabajó normalmente, pero Ramsay descubrió unos chorros de aire que se filtraban a través de varias planchas. Las levantaron, desenterraron la tubería, taponaron las filtraciones con papel alquitranado y volvieron a cerrar. Fue una labor prolongada y exasperante, que les tomó varios días.

El 14 de enero, Floody pudo bajar con el primer turno completo de excavación. Se impulsó en el carro hasta la boca del túnel y recorrió con sus dedos la superficie de arena. Era fina y firme, por lo que supo que podría espaciar los marcos cada treinta

centímetros y recubrirlos con tablas en la parte superior. Ese día cavó más de tres metros y la arena fluyó copiosamente hacia la base del eje vertical, donde Ramsay la introdujo en las bolsas.

Después del *appel*, el turno de la tarde extendió rieles nuevos y, hacia las ocho, Langford abrió la puerta trampa para el turno de dispersión. Jamás había sido tan sencillo deshacerse de la arena, porque como se estaba fuera de la temporada de evasiones, Massey había logrado convencer a Von Lindeiner para que permitiera que los prisioneros se pasearan entre los bloques hasta las diez. Ocultos por la oscuridad, no había necesidad de utilizar las bolsas bajo los pantalones.

Cuando un «pingüino» se presentaba en la puerta-trampa, Langford izaba una bolsa con una cuerda y el «pingüino» se la echaba al hombro. George Harsh daba la señal de «todo despejado» desde el pasillo y el «pingüino» salía rápidamente de la barraca y cruzaba el sendero que le separaba de la puerta de la 109, al frente. Allí se presentaba a un control y si los «hurones» rondaban por las cercanías, ocultaba la bolsa bajo una litera y esperaba. En caso contrario, cruzaba la 109, salía por la otra puerta, daba la vuelta en torno a la 120 y, a través de la nieve, llegaba al teatro. Fanshawe, que estaba junto a la puerta-trampa, era el encargado de recibir la arena y pasarla bajo el piso.

Un débil resplandor surgía de la puerta-trampa. Allí abajo, una docena de hombres, sucios, semienterrados, vestidos con sus largos calzoncillos de algodón, se arrastraban a la luz de un par de lámparas de grasa. Cada uno, a su turno, cogía una bolsa, la vaciaba y presionaba la arena todo cuanto le era posible. El «pingüino» volvía con una bolsa vacía oculta bajo su capote.

En un extremo de la 112, un piloto de turno contaba con un equipo de mensajeros. Si un alemán («hurón» o cualquier otro) entraba en el campo, enviaba a un hombre para indicarle a George Harsh de quién se trataba y cuál era su destino, mientras un par de prisioneros le seguían. Uno de ellos le vigilaba constantemente y, periódicamente, enviaba al otro para que informara a Harsh de sus últimos movimientos. George pasaba gran parte de su tiempo en la habitación que, a través del pasillo, daba frente a la puerta-trampa de «Harry» y estaba en conocimiento constante de la posición de cualquier alemán en el campo. Si un «hurón» se dirigía a la 104, George acudía rápidamente a notificárselo a Langford.

Langford estaba bien entrenado en el cierre de la trampa y podía hacer la operación en poco más de veinte segundos.

Cerrar la trampa misma era cosa sencilla, pero esto no era todo. En primer lugar, debía advertir a los que trabajaban bajo tierra que se mantuvieran en silencio, luego fijar la rejilla en su posición y las mantas para ahogar todo sonido hueco. Se bajaba la trampa, sacaba la extensión de la tubería de la estufa, movía ésta sobre la trampa e insertaba la tubería de tiraje de la propia estufa. Langford tenía la estufa siempre al rojo, para que así cualquier «hurón» que entrara en la habitación, no tuviera la idea de moverla para investigar en su base de azulejos.

Por la noche, «Harry» estaba totalmente iluminado con corriente eléctrica. Los cables robados llegaban hasta la cabeza misma del túnel, fijados al techo, a lo largo de uno de los ángulos. Facilitaba mucho el trabajo, aun cuando el turno de día tenía que recurrir a las lámparas de grasa, porque la corriente no estaba dada. La dispersión de arena marchaba a tanta velocidad, que Floody dispuso que un par de obreros bajaran por la noche para seguir cavando. Fanshawe se deshacía de toda la arena y, en una semana, «Harry» había adelantado dieciocho metros y Ramsay y Floody construyeron una estación intermedia. Su diseño era el mismo que el utilizado en «Tom», de unos dos metros y medio de longitud y unos setenta y cinco centímetros de anchura. La llamaron «Piccadilly» y estaba justo bajo la nevera.

El sonido se transmite por la arena suelta, y Shag Rees juró que podía escuchar las botas que pisaban sobre el piso de hormigón de la nevera.

—Ese ruido lo conozco —dijo—. Tengo experiencia.

Roger insistió en seguir trabajando en un par de turnos. Su buen humor y optimismo habían vuelto, obsesionado con la idea de la evasión.

—Por lo menos habrá lugar para otra estación intermedia —le dijo Floody—. Creo que es mejor dejarlo como está. Hemos avanzado unos treinta metros y calculo que nos quedan unos ochenta.

Esto era para cruzar el resto del *vorlager* hasta la alambrada lejana, bajo el camino y la franja de hierba, hasta llegar al abrigo de los árboles.

George Harsh encanecía cada día más. Había un «hurón» pequeño, pelirrojo, llamado Rudy, y su contacto vivía en la 104. Con anterioridad, esto no habría importado demasiado; pero ahora, Rudy estaba en el último turno de «hurones» y se presentaba cada día después del *appel*. Daba un par de vueltas y luego se dirigía a la habitación de su contacto y se sentaba a charlar, fumaba de sus cigarrillos y bebía de su café. Se estaba allí durante horas tras la puerta cerrada, mientras la puerta-trampa estaba abierta cerca del pasillo y los «pingüinos» pasaban con sus cargas de arena.

George estuvo a punto de destinar al contacto a otra barraca, pero no llevó a cabo la idea, porque sabía que Rudy podría seguir asistiendo a la 104 para conseguir cigarrillos de los otros amigos en la habitación del contacto.

—Tendremos que dejarle —explicó rabiosamente a Floody, tirando bruscamente de los extremos de su bigote—. Creo que podemos tomar las precauciones necesarias.

A Rudy se le ofrecía siempre la silla más apartada de la puerta y su contacto, y al menos un par de «amigos» más, se sentaban entre Rudy y la puerta. En el exterior, George tenía un vigía apostado con una olla. Si Rudy se hubiera levantado para salir de prisa, en la habitación se habría escuchado un fuerte ruido de pies y, cuando Rudy abriera la puerta, se habría encontrado de bruces con el vigía que llevaba la olla. George tenía también a uno de los hombres de Valenta, que hablaba alemán, junto a la puerta de la cocina, y si Rudy o cualquier otro «hurón» se aproximaba, le

entretendría con una charla de medio minuto, mientras Langford cerraba la puerta-trampa.

«Harry» alcanzaba ya los setenta metros cuando llegó la luna llena. El cielo presentaba gran claridad y durante una semana el reflejo de la luna en la nieve llenó el campo de una suave luminosidad.

—Es demasiado arriesgado —dijo Fanshawe a Roger—. Afuera parece de día. No tardarán en descubrir a los «pingüinos». Se les puede ver desde las casamatas de los guardias.

Roger, impaciente e irritable, dio la orden de parar y los trabajos en el túnel se detuvieron durante una semana. Cada día visitaba a Chaz Hall para preguntarle cuál sería el parte meteorológico para esa noche, y cada día Hall le daba la misma respuesta:

—Maldita luna llena. Sin nubes.

Ramsay, durante estos días, hizo nuevas cuerdas para los carros, ya que las anteriores estaban podridas. Williams había guardado las cuerdas de las cajas de alimentos y Ramsay se dio a la pesada tarea de hacer una cuerda de cien metros de cuatro cabos trenzados. Como los extremos se enredaban y anudaban constantemente, tenía a dos hombres para desenredar la cuerda.

La luna comenzó a disminuir y los trabajos en el túnel continuaron. Floody estableció un nuevo récord de cuatro metros y un poco más en un día. Entonces llegaron a una zona de arena suelta y Floody quedó enterrado, con bastante peligro para su vida. Unos cientos de kilos se derrumbaron del techo y Floody casi perdió el conocimiento por la fuerza del impacto. Ramsay tuvo bastante trabajo para sacarle, pidió ayuda y Canton llegó desde la estación intermedia. Juntos arrastraron a Floody. Éste se recuperó rápidamente e insistió en quedarse para eliminar la arena desprendida.

Hubo otros derrumbamientos bastante graves también. Una viga se desprendió del montón en que estaba en la boca del eje vertical, cayó de unos diez metros y golpeó a Cooky Long en la cabeza en los momentos que éste salía del túnel. Le sacaron contuso, verde y enfermo, y tuvo que permanecer dos días en su litera.

Uno o dos días después, un cubo de metal cayó desde la puerta-trampa y le dio a Floody en la cabeza: afortunadamente no le golpeó con el borde, sino de costado, de otra forma le habría roto la cabeza. Pero, tal como sucedió, la contusión fue seria y tuvo la cabeza vendada durante varios días. Le dijo a Pieber que había tropezado y chocado contra una puerta, y Pieber se mostró muy complacido.

Langford dejó caer una viga y casi aplastó a Ramsay, quien le maldijo durante varios minutos.

—Maldita sea, ¿crees que lo hice de intento? —gritó Langford, y luego se disculpó.

Langford vivía en la habitación de la puerta-trampa y reinaba en ella con puño de hierro. La trampa era su hijo adoptivo. Los nervios estaban frágiles. El volátil Johnny Marshall tuvo un par de ataques; de hecho, todos los teníamos, incluso el tranquilo e inmutable Johnny Bull.

El día 10 de febrero se había terminado la segunda estación intermedia. Quedaba casi fuera de la alambrada y Ramsay la bautizó con el nombre de «Leicester Square». Aún quedaban unos cuarenta metros para llegar al borde del bosque y Johnny Marshall opinaba, nuevamente, que el túnel debía ascender paulatinamente para terminar cerca de la superficie. Floody se opuso y la discusión fue bastante acalorada en la reunión del comité. Roger restableció la calma y decidió que se continuaría recto. Insistía en el riesgo que se corría con las cuerdas y carros en una pendiente.

Day, ocasionalmente, cavaba en «Harry». Floody no le permitía hacerlo muy seguido porque Day, lo mismo que Roger, estaba en la lista negra de los alemanes y se suponía que debían mantenerse apartados de todo tipo de actividad tunelística, dando sus consejos sólo cuando se necesitara de ellos.

«Papá» Green era otro de los que pertenecía a la antigua brigada y que no permitía que le dejaran fuera de acción. «Papá» había ganado la Cruz al Mérito en la guerra 1914-1918, y entró en esta guerra como metrallista de cola, mintiendo acerca de su edad. Contaba con unos cincuenta años y había sido uno de los «pingüinos» de Fanshawe desde los tiempos de «Tom». Aún insistía en ser «pingüino» y recogía las bolsas de más de veinte kilos que le entregaba Langford y salía al exterior encorvado bajo el peso de la arena. Fanshawe trató de convencerle para que escogiera un trabajo menos pesado, pero «Papá» se negó a ello en términos que Fanshawe no había escuchado desde sus días de guardiamarina.

«Papá» compartía una pequeña habitación con el «Burlador», en un extremo de la 104, junto a la habitación que ocultaba la puerta-trampa de «Harry». Bushell creyó que sería una buena idea invitar a Pieber a beber una taza de té para desvanecer toda sospecha, rozándose, por decirlo así, con la puerta-trampa del túnel. Era razonable suponer que, si se invitaba a los alemanes a esa habitación, su tendencia sería pensar que en esa zona no ocurría nada extraño. Invitaron entonces a Pieber, quien aceptó, y a la hora en que debía llegar, el amistoso e impasible «Burlador» vio al *Kommandant* que rondaba majestuosamente por el campo. Invitó al *Kommandant* también y los cuatro charlaron amablemente, con la puerta-trampa a menos de tres metros de distancia, separada sólo por un panel de madera. El turno estaba trabajando en el túnel y George Harsh vigilaba en caso de que algo no marchara bien, con mirada iracunda, acariciándose el bigote salvajemente y mascullando los más terribles denuestos.

*A fines de febrero, Himmler obtuvo otra victoria en su campaña de crueldad en el trato de los prisioneros. Keitel dictó la orden conocida como «Stufe Roemisch III». Decía que cada oficial prisionero evadido que no fuera británico*

*o americano, debía ser entregado a la Gestapo luego de su captura. Los oficiales británicos o americanos recapturados debían ser encerrados en prisiones militares o policiales y el Alto Mando decidiría, según cada caso, si debía ser o no entregado a la Gestapo. La captura de los oficiales debía ser mantenida en secreto y se les consideraría oficialmente como «Escapados y no vueltos a capturar».*

Una mañana, después del *appel*, encontramos un muro de guardias que rodeaba la 104; «Cuello de Caucho» y los «hurones» estaban en su interior. Floody, Ramsay, Harsh y Roger se paseaban intranquilos por el circuito, diciéndose que «Cuello de Caucho» no descubriría nada, mientras todos sentían cosquilleos en el estómago. «Cuello de Caucho» salió tres horas más tarde, con su acostumbrado aspecto lúgubre.

Adolf se estaba convirtiendo en un problema nuevamente. Llegaba en el último turno y rondaba incansablemente por el campo y todos los bloques, causando pánico en la 104. Un prisionero que hablaba alemán le detuvo en el pasillo y Langford pudo cerrar la trampa, pero la dispersión de la arena tuvo que postergarse y George Harsh tuvo tiempo de morderse las uñas hasta el final mientras mascullaba las más horribles maldiciones. Adolf continuaba siendo el hombre sin amigos. Ningún contacto había sido capaz de llevarle a su habitación para beber una taza de café. Adolf intercambiaba algunas palabras con ellos y luego cerraba impasible su boca y se marchaba.

Al parecer, Dios nos quiso ayudar, porque, por ninguna razón evidente, de pronto entabló amistad con un escocés alto, de roja barba, llamado Jim Tyrie, quien hablaba el alemán fluidamente. Tyrie le condujo a mi habitación en la 103 para beber una taza de café y Adolf se sentó allí, cómodamente, durante un par de horas. Volvió a la noche del día siguiente y luego se transformó en un hábito.

Valenta había hecho amistad con Walter, el *bookfuehrer*, un *Obergefreiter* delgado, con gafas, que ayudaba con frecuencia a Pieber en el recuento de los prisioneros durante el *appel*. Era un ser incapaz de dañar a nadie, gentil, y le dijo a Valenta que «Cuello de Caucho» sospechaba de la existencia de un túnel en alguna parte del campo.

—¿En invierno? —dijo Valenta, inocentemente, tratando de sonsacarle más información—. ¿Dónde demonios piensa que podríamos ocultar la arena?

Walter se encogió de hombros y extendió las manos expresivamente.

—No sabría decírselo —contestó—. Yo no tengo nada que ver con eso. Creo que habrá más inspecciones.

—¿Dónde? —preguntó Valenta.

Walter indicó la barraca 110 con un movimiento de cabeza.

Esa noche, Roger limpió el armario tras los paneles. No había muchos objetos que abultaran, pero sí algunas listas con nombres. Ocultó gran parte tras unos paneles en

otro bloque, pero, un poco descuidadamente (algo poco usual en Roger), se introdujo el resto en los bolsillos.

A la mañana siguiente no hubo inspección, pero durante el *appel*, «Cuello de Caucho» llegó al lugar del recuento de prisioneros con media docena de guardias. Se dividieron y se acercaron a varios escuadrones, uno de los cuales estaba formado por los habitantes de la 110. Roger, consciente de los papeles que llevaba en sus bolsillos, tuvo una corazonada de lo que iba a suceder. Se metió las manos en los bolsillos y murmuró por el costado de la boca:

—Conk, no te alejes de mí.

Canton, «Cochinillo» Lamond y McIntosh se le acercaron y, mientras lo hacían, «Cuello de Caucho» y Eichacher, un alemán que hablaba inglés, se acercaron al escuadrón. Eichacher cruzó algunas palabras con Bob Tuck, quien estaba al frente, y luego se volvió y llamó:

—Por favor, el jefe de escuadrón Bushell. Salga de las filas y sígame.

Mientras avanzaba por entre los prisioneros, Roger depositó los papeles en las manos de quienes le rodeaban, pasando de mano en mano, hasta las últimas filas. «Cuello de Caucho» no notó nada anormal.

En el escuadrón 104, otro «hurón» había llamado a Floody y a George Harsh y todos marcharon fuera del campo del *appel*, formando un grupillo desamparado. «Cuello de Caucho» se detuvo ante Day.

—¡*Komm!* —dijo.

Media docena de hombres armados les rodearon y les acompañaron a sus barracas. «Cuello de Caucho» les desnudó totalmente y les registró, sin encontrar nada. Con el rostro tenso y sombrío, les dejó marchar al exterior.

Walter había tenido razón. A la mañana siguiente, «Cuello de Caucho» inspeccionó la 110 y, registrando la parte superior del marco de una ventana en una habitación del lado este, dio con un panel secreto. Estaba vacío. No. No totalmente. «Cuello de Caucho» extrajo un trozo de papel. Había algo escrito en él. Se lo alcanzó a Eichacher.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Dice —Eichacher tradujo con nerviosismo—. «Lo siento. Demasiado tarde.»

El jefe de la habitación no había hecho nada aconsejable. «Cuello de Caucho» no entendía las bromas y, a juzgar por su próximo movimiento, estaba dispuesto a cualquier cosa para descubrir el túnel del cual sospechaba la existencia.

Floody llamó a Bushell fuera de su habitación.

—¡Por el amor del cielo, ven a ver este circo!

En el *vorlager*, justo fuera de la alambrada, una pequeña procesión avanzaba a paso lento. «Cuello de Caucho» estaba allí, además de Broili con sus relucientes botas negras, uno o dos oficiales alemanes y unos pocos «hurones». Les conducía un hombre de edad con una gorra de tela gruesa y una raída chaqueta de pana. Frente a él sostenía una varilla y observaba el suelo por encima de su poblado bigote.



—¡Qué demonios...! —exclamó Roger.

—Un maldito busca-pozos. —Floody estaba encantado con el espectáculo—. ¿Has oído hablar alguna vez de un busca-túneles?

—Jamás creí que viviría para ver algo así —dijo Roger, sacudiendo la cabeza.

El viejo busca-pozos había comenzado desde la 101, y ahora se encontraba frente a la 103. Se detuvo un par de veces y observó pensativamente el cielo mientras la varilla se balanceaba en sus manos. En cierto momento retrocedió algunos pasos y «Cuello de Caucho» y Broili se apartaron devotamente, observando, al parecer, un poco conscientes de lo que hacían, porque «Cuello de Caucho» lanzaba furtivas miradas hacia el campo. Algunos prisioneros se detuvieron en el circuito y les miraron boquiabiertos.

—No, jamás oí hablar de un busca-túneles —dijo Roger, después de un corto silencio—, pero creo que deberíamos acercarnos. El viejo podría creer que ha encontrado algo y comenzar un pánico.

Se acercó a la alambrada, con Floody pisándole los talones, y murmuraron algunas palabras a los que observaban junto al hilo de alarma. Pocos segundos más tarde se escucharon gruñidos y maullidos, seguidos por unas risotadas escandalosas.

Se acercaron otros prisioneros para ver de qué se trataba este alboroto, y el coro de burlas fue en aumento. «Cuello de Caucho» ya no miraba hacia el campo, pero su rostro había tomado un tinte escarlata. El viejo busca-pozos alzó la vista con ofendida dignidad, entonces Broili le habló y volvió a su trabajo.

Pero ya era un hombre fracasado. Siguió adelante y pasó «Harry» en dirección a la 104, sin vacilación, rondó en torno a la 105 (donde no había nada) y continuó hacia el otro extremo del campo, seguido por los alemanes y por cientos de burlones prisioneros, desde el otro lado de la alambrada. Intentó hacer el viaje de vuelta, pero, al parecer, el ectoplasma no estaba funcionando. Era la primera vez que los «hurones» recurrían a un busca-pozos. Y la última.

—No tiene nada de gracioso, en realidad —dijo Roger al sonriente comité, más tarde—. Esto significa que tendremos a ese maldito «Cuello de Caucho» al acecho. Desde ahora en adelante debe doblarse el cuidado y las precauciones a tomar.

Harsh dictó una orden especial de advertencia y amenazó con convertir en pulpa, personalmente, a cualquier vigía que tuviera un fallo o a cualquiera que hablara del tema de la evasión en un lugar donde pudiera ser escuchado. Langford notó que el muro pintado a la cal que estaba tras la puerta-trampa de «Harry» presentaba una ligera marca en el lugar en que se había apoyado la losa al ser abierta. Lo volvió a «encalar» cuidadosamente con una solución de polvos talco, ayudándose con una brocha de afeitar.

Roger, para apartar toda sospecha que pudiera recaer sobre su persona, volvió a sus actividades en el teatro del campo. Además del trabajo de la evasión, de sus clases de idiomas, comenzó a ensayar todas las noches la parte del Profesor Higgins

de *Pigmalión*. Se mostraba muy cauteloso después del hecho de ser revisado y registrado por «Cuello de Caucho».

## Capítulo 14

«Harry» queda terminado

**R** OGER esperaba que «Cuello de Caucho» podría convocar un par de *appel* intempestivos durante el día. Eso había sucedido una vez en Barth, cuando los alemanes irrumpieron en el campo y un par de prisioneros que estaban en un túnel no tuvieron tiempo de presentarse. El recuento demostró su ausencia y el túnel se descubrió. Dio la orden de que, en caso de un *appel* sorpresivo, todos tardaran lo más posible en acudir, y Floody arregló un procedimiento de emergencia para los hombres que se encontraban bajo tierra.

Las precauciones no pudieron ser más oportunas. Un par de días más tarde, a primeras horas de la tarde, un grupo de guardias entró en el campo para llamar a un *appel* durante la siesta. Si los estúpidos lo hubieran hecho adecuadamente, quizás habrían atrapado al turno del túnel, pero con su tozuda perfección teutónica, tuvieron que pasar por toda la rutina de la entrada al campo, enumerarse de izquierda a derecha y luego repartirse en las barracas para hacer salir a los prisioneros. Harsh les vio desde la 104 y Langford utilizó el nuevo método. Alzó la trampa en segundos y gritó una sola palabra:

—¡«Huronos»!

En el fondo, el hombre apostado en la base del eje vertical, hizo señas con una antorcha a los cavadores, quienes dejaron de trabajar al instante y se lanzaron a toda velocidad en el carro. Langford terminaba de poner la losa en su posición y la estufa sobre la trampa, cuando el ruido de botas se escuchó en el pasillo y una voz que gritaba:

—¡Raus! ¡Raus! ¡Alle rausgehen!

*A comienzos de marzo, el general Mueller de las S.S., jefe de la Gestapo en Berlín, dictó la «Orden Kugel». Era una extensión de la orden «Stufe Roemisch». Kugel significa «bala» y la nueva orden decía que los oficiales escapados y vueltos a capturar, que no fueran británicos o americanos, debían ser encadenados y llevados al Campo de Concentración Mauthausen.*

*En Mauthausen estaban instruidos para que los prisioneros que les eran transferidos, bajo la «Orden Kugel» no fueran inscritos en los libros del campo, sino llevados a celdas subterráneas y luego sometidos al gas o fusilados, según lo que fuera más conveniente.*

Por esos días, la policía de seguridad visitó Sagan y sostuvo una conferencia con Von Lindeiner sobre las medidas que debían tomarse para evitar evasiones. Sugirieron a Von Lindeiner que, en el futuro, los prisioneros que se escaparan, podrían sufrir graves penalidades. Uno de ellos propuso que, incluso, las represalias podrían

consistir en el fusilamiento de los prisioneros en el campo. (Más tarde, Von Lindeiner confesó a uno de sus oficiales que si le obligaban a fusilar prisioneros, primero se quitaría él la vida.)

Von Lindeiner reunió a todos los oficiales, médicos y capellanes en todos los campos y les pidió que pusieran fin a toda actividad de evasión.

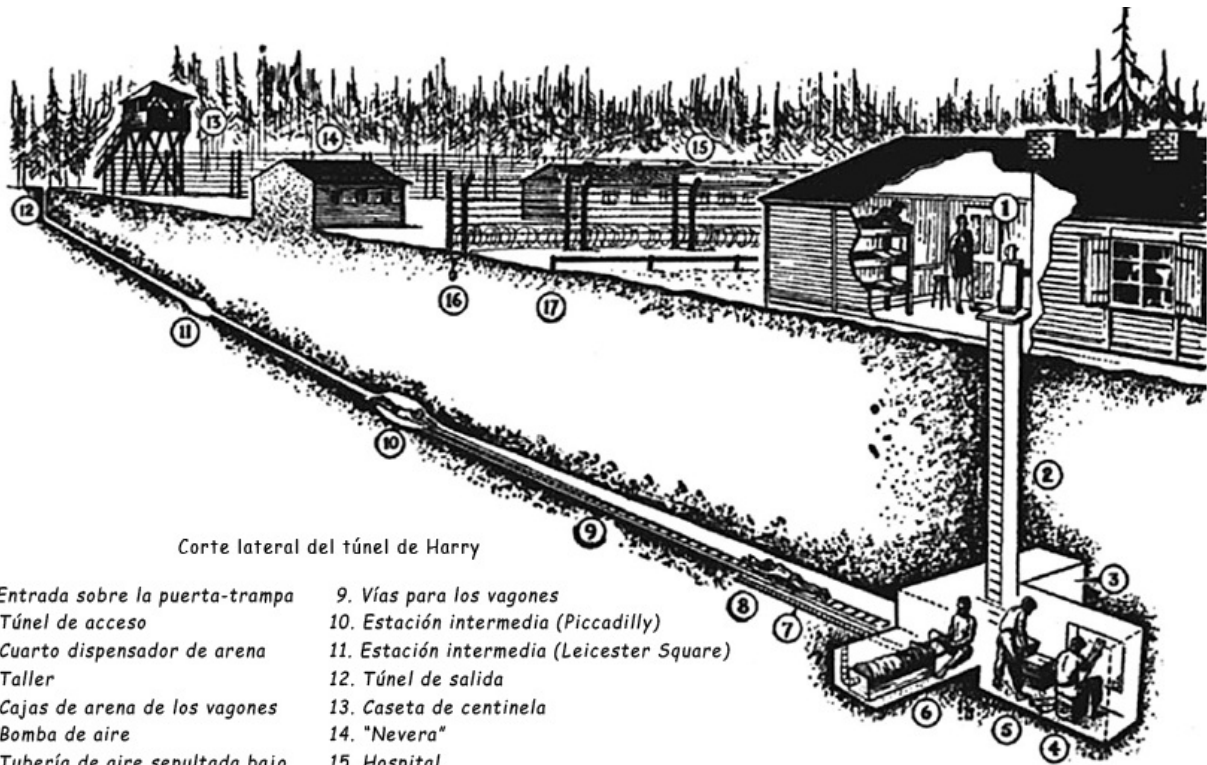
—Señores, no les vale la pena el esfuerzo —dijo—. En el exterior, la animosidad pública está muy cargada, especialmente contra las Fuerzas Aéreas Aliadas, y los evadidos pueden sufrir horribles consecuencias. Quizá la guerra termine dentro de uno o dos años... y ahora no hay por qué correr riesgos innecesarios.

Fue una lástima que sus palabras no hubieran sido más explícitas. Un oficial cautivo no puede abandonar la idea de evadirse sólo porque el enemigo le pide que no siga intentándolo.

Walter, el *bookfuhrer*, comunicó a Valenta que «Cuello de Caucho» saldría con un permiso de catorce días a partir del 1 de marzo. Faltaban sólo tres días. El comité no podía creer en su suerte.

—Podemos terminarlo antes de que vuelva —dijo Floody, triunfante—. Estoy seguro de que podemos hacerlo si nos entregamos de lleno a ello. Luego podemos sellar el túnel y esperar el buen tiempo.

Calculaba que sólo faltaban unos treinta metros y luego cavar hacia arriba y surgir entre los árboles.



Corte lateral del túnel de Harry

- |  |  |
|--|--|
| 1. Entrada sobre la puerta-trampa          | 9. Vías para los vagones                   |
| 2. Túnel de acceso                         | 10. Estación intermedia (Piccadilly)       |
| 3. Cuarto dispensador de arena             | 11. Estación intermedia (Leicester Square) |
| 4. Taller                                  | 12. Túnel de salida                        |
| 5. Cajas de arena de los vagones           | 13. Caseta de centinela                    |
| 6. Bomba de aire                           | 14. "Nevera"                               |
| 7. Tubería de aire sepultada bajo el túnel | 15. Hospital                               |
| 8. Cavador deslizándose sobre los vagones  | 16. Micrófono sepultado anti-túneles       |
|  | 17. Cable de alarma                        |

La alegría de Floody fue prematura. «Cuello de Caucho» dio el golpe el día antes de salir con permiso. Estábamos en el *appel* de la mañana cuando otros treinta guardias entraron en el recinto. Broili y «Cuello de Caucho» estaban con ellos, y Broili fue de escuadrón en escuadrón, gritando algunos nombres. Uno a uno, los hombres llamados salieron de las filas, cargados de sospechas y los guardias les rodearon. Floody era uno de ellos. También George Harsh (aún en pijama). Fanshawe era otro. En total eran diecinueve, incluyendo a Bob Tucker, un par de cavadores y a Jim Tyrie, el hombre de la barba que había mantenido fuera de acción a Adolf durante los últimos y vitales quince días.

Broili les condujo a la 104. Floody, Harsh y Fanshawe sufrieron el infierno al pensar que «Harry» había sido descubierto. Pero no era así. Les tuvieron dos horas registrándoles y luego, sin darles oportunidad a ninguno de llegar hasta sus habitaciones para llevarse sus pertenencias, les sacaron del campo y les trasladaron a Belaria, a unas cinco millas de distancia.

El golpe dado por «Cuello de Caucho» había sido fortísimo. ¡Tres hombres que se perdían sin previo aviso en momentos tan críticos! Nadie sabía cómo habían sido elegidos los diecinueve. Algunos de ellos eran totalmente inofensivos, que nada tenían que ver con la «Organización X», y la tercera parte formaban un excelente grupo de importantes obreros. Fue un verdadero milagro que no se llevaran a Bushell, pero, al parecer, sus actividades externas habían convencido realmente a «Cuello de Caucho» de que se trataba de un ser reformado. (Más tarde, Walter confesó que los «hurones» habían revisado las fotografías de identificación y habían escogido a

cualquiera del que sospecharan actividades de evasión. Jamás se supo por qué habían sospechado de ellos y no de otros.)

Floody, Harsh y Fanshawe deben haber echado chispas al ser llevados fuera del campo. Habían estado metidos en el túnel durante casi un año; todos habrían escapado con certeza y ahora esto... justo antes del éxito.

¡Más tarde cambiarían de opinión!

Al día siguiente, Ramsay tomó el puesto de jefe de ingenieros y, sin la presencia de «Cuello de Caucho», cavaron como endemoniados. Ahora había ocho hombres en el túnel en cada turno: dos en la cabeza, dos en «Leicester Square», dos en «Piccadilly» y el que hacía los marcos y el encargado de la bomba en la base del eje principal. Shag Rees, de un oído increíblemente aguzado, casi sufrió un ataque cuando justo sobre su cabeza escuchó fuerte ruido y creyó que todo el techo se derrumbaría en pocos segundos. El ruido pasó y se dio cuenta de que se trataba de un tanque. Estaban debajo del camino.

En el último trecho casi no sucedieron derrumbamientos. Con «Cuello de Caucho» fuera del campo todo parecía marchar suavemente y aún quedaba espacio suficiente para dispersar la arena bajo el teatro. En nueve días habían adelantado casi treinta metros. «Cuello de Caucho» volvería al cabo de cinco días. En el décimo día, construyeron la totalidad de la última estación intermedia, de más de tres metros de longitud. Ramsay iba de un extremo a otro en el carro, arrastrando una larga cuerda, corrigiendo las mediciones. Desde la base a la cabeza, «Harry» se prolongaba por ciento trece metros de excavación.

Los agrimensores habían calculado 110 metros hasta el borde del bosque. Esa noche, Ramsay salió por la puerta-trampa sintiendo que todo era tan irreal. Parecía imposible que realmente estuvieran entre los árboles, tal como lo habían planeado casi un año antes.

—Fuera de la alambrada la tierra es más trabajable —le dijo a Roger—. Si las mediciones matemáticas son correctas, sólo nos faltan unos siete metros de excavación vertical hasta la superficie. Sin tomar en cuenta los imprevistos, puedo garantizar que lo haremos antes de la vuelta de «Cuello de Caucho».

Toda la madera del apuntalamiento vertical estaba ya almacenada en la base del túnel. Travis había estado trabajando en las secciones durante una semana. Los marcos irían sólidamente asegurados en cuatro pilares verticales.

La excavación vertical era peligrosa y traicionera. La arena no cesaba de caer y, mientras Ramsay fijaba las secciones de los marcos de apuntalamiento, tenía que techar la mitad de la superficie para evitar un derrumbamiento mayor y cavar en la zona descubierta. Luego cambiaba las tablas hacia la otra parte. La escalera fue construyéndose por secciones, mientras cavaban e iban ascendiendo. El trabajo era extenuante, sobre todo para la espalda.

Justo antes del *appel* del día 14, Ramsay encontró raíces de pinos y calculó que le quedaría un metro hasta la superficie. Su idea era detenerse a unos sesenta

centímetros de ella y techar sólidamente. Con este grosor de tierra no habría lugar a sonidos huecos si alguien pasaba sobre la salida. Para surgir bastaría con extraer la techumbre y cavar los sesenta centímetros en un par de minutos. La arena caería al fondo del túnel y la dejarían allí.

Salió al exterior para asistir al *appel* y le dijo a Johnny Bull, quien tenía el turno de la tarde:

—Debes ir con cuidado. Creo que con un par de marcos más será suficiente.

Bull desapareció en el túnel después del *appel*. Volvió al cabo de veinte minutos, temblando de excitación.

—Sólo quedan quince centímetros de tierra —dijo—. Es una suerte que lo haya comprobado antes. Podría haber salido al exterior.

Había hundido un eje metálico en la arena y a los quince centímetros ya no encontró resistencia. Techó la superficie sólidamente, presionando lo más posible la arena tras el techo, de manera que se mantuviera firme en caso que alguien pasara por encima.

Faltando quince minutos para las diez, estaban todos saliendo por la puerta-trampa, aún con esa sensación de irrealidad, incapaces de creer que era el último turno y que «Harry» estaba terminado. Izaron todas las tablas que no se habían utilizado, las tuberías, bolsas de dispersión, herramientas, palas, e incluso las cajas de los carros. Todo fue quemado o almacenado en «Dick». Ya no necesitarían ese material. Esto también era difícil de creer. Langford introdujo cuidadosamente las mantas bajo la puerta-trampa y bajó la losa.

—Bien, ya estás, viejo bastardo —dijo, con voz ampliamente satisfecha—. La próxima vez que te abra nos servirás de algo. —Y agregó sobriamente a Ramsay—. Nunca es demasiado pronto, ¿sabes? —y presionó gentilmente un pie en una esquina de la losa. Hizo un ruido apenas audible al balancearse.

—Tan torcida como el maldito Hitler —dijo Langford—. Ahora no tendrá tanta importancia.

Durante media hora estuvo cementando los bordes, sellando la entrada totalmente, como lo había hecho dos veces antes. Luego, antes de irse a la cama, barrió el piso. (Lo hizo cada día después de esto, humedeciéndolo con agua. No era fanatismo de limpieza. El agua hacía que la madera se hinchara y que la losa quedara herméticamente cerrada, sin vestigios de grietas en los bordes.)

Ramsay dio la noticia a Roger de que todo estaba terminado. Ahora Roger se mantenía apartado de la zona de entrada del túnel, todo cuanto le era posible; no porque lo deseara, sino por esa ocasión en que «Cuello de Caucho» le registrara. Sabía que, probablemente, aún era sospechoso y Massey y Day le insistían constantemente para que no corriera ningún riesgo. Esa noche estaba ensayando el papel del Profesor Higgins. Estuvo sentado en silencio con Ramsay durante algunos minutos sin cruzar muchas palabras, pero conscientes de una sensación de exaltación.

Ramsay se retiró a dormir aun tratando de convencerse de que era realidad y no un sueño.

A la mañana siguiente «Cuello de Caucho» volvió al campo. No perdió mucho tiempo. Poco después del almuerzo, un grupo de «hurones» y guardias entraron apresuradamente al campo y se dirigieron a la carrera a la 104. «Cuello de Caucho» recorrió el pasillo abriendo las puertas violentamente para descubrir cualquier cosa antes de que tuvieran ocasión de ocultarla. Sacó a todo el mundo de sus habitaciones y los «hurones» estuvieron horas revisándolas. Fueron las peores cuatro horas que hemos conocido. El alivio fue inmenso cuando vimos salir del campo a «Cuello de Caucho», tan erguido y solemne como siempre.

Esa noche, Roger advirtió al comité en la biblioteca:

—No hay mucho que discutir. Obviamente, «Cuello de Caucho» tiene la idea metida en la cabeza de que algo sucede en la 104 y, quizá, la próxima vez no nos libremos. No veo razón alguna para arriesgarnos nuevamente a otra inspección.

—Bien, no podemos salir ahora —dijo alguien—. Al menos, mientras haya nieve.

—Sí, lo podemos hacer si es necesario.

Bushell hablaba duramente esa noche.

—Eso les quita posibilidades a los que viajarán a pie —dijo Marshall.

—Johnny, en todo caso, no tienen muchas posibilidades —dijo Roger—. Y eso lo sabes tan bien como yo. Se les capturará en su mayoría. No podemos perder a «Harry» sólo porque las condiciones son duras. No se trata sólo de enviar prisioneros a sus hogares; también se trata de burlar a los alemanes y obligarles a enviar buen número de tropas en nuestra búsqueda.

Roger había pensado casi en todo. Dijo que había cuatro factores que deseaba estuvieran presentes la noche de la evasión: 1) noche sin luna, 2) viento para silenciar los ruidos, 3) tiempo razonable y 4) Rudy fuera de la 104. Había pensado en tres días: 23, 24 y 25 de marzo. Eran las tres noches más oscuras durante las cinco próximas semanas. Casi de inmediato eliminó el día 25.

—Es la noche del sábado —dijo—, y eso significa que tendremos que utilizar los trenes del domingo.

Discutieron durante un par de horas y no se llegó a ninguna solución precipitada. Ramsay y Langford apoyaron a Roger en la idea de evadirse lo antes posible. No creían que la puerta-trampa pudiera pasar otra inspección.

—Tomaremos el 23 y 24 como fechas posibles y ya veremos cómo se presenta el tiempo.

Había calculado que un máximo de doscientos veinte prisioneros podrían pasar por el túnel la noche de la evasión. Eso significaba «seguir tras la alambrada» para la



mayoría de los que habían trabajado para «X». Unos seiscientos habían tomado parte en el proyecto en sus diversos departamentos.

Roger y el comité escogieron setenta hombres de entre aquellos que habían hecho la mayor parte del trabajo y, especialmente, entre aquellos que hablaban alemán, por tener las mayores posibilidades de escapar. El resto de los nombres se puso en un sombrero y sacaron ciento treinta más; luego, Roger extrajo otros veinte nombres de personas que lo merecían y que no habían sido elegidos. Todos saldrían en el mismo orden de elección.

Los escogidos por la suerte debían prepararse y el comité nombró comisarios para que los organizaran. Cada comisario estaba a cargo de diez hombres y su tarea era velar para que no les faltara nada. Para comenzar, se concentraron en el hecho de que cada hombre tuviera un nombre falso y un pasado igualmente falso, de tal forma que pudiera responder en caso de ser interrogado. Los comisarios les sometieron ellos mismos a unos interrogatorios, disparándoles preguntas sobre su vida de hogar, dónde se dirigían y por qué, y luego volvían a repetir las preguntas para ver si daban las mismas respuestas. Proporcionaron a los hombres los respectivos *ausweisses*, dinero, ropa de civil, brújulas, alimentos y mapas.

Los comisarios hicieron desfilar a todos los hombres a su cargo; los futuros evadidos iban vestidos con su ropa de civil y los comisarios vigilaban cuidadosamente cualquier detalle que les pareciera poco natural. Un «hurón» que se asomó a la ventana casi se dio de bruces con uno de estos «desfiles de modas»... y lo habría descubierto si los «modelos» no se hubieran lanzado bajo las literas y a los rincones para escapar a su ángulo de visión. Roger se enfureció al escuchar esta noticia y amenazó con inigualables formas de mutilación a cualquier comisario o vigía que se descuidara.

Toda la organización bullía de actividad. Esta vez disponían de varios miles de marcos en el «banco», lo suficiente como para que unos cuarenta hombres viajaran en tren. El resto tendría que hacer el camino a pie. La mayoría tenía proyectado llegar hasta Checoslovaquia, donde tendrían la posibilidad de ponerse en contacto con gente amistosa. La frontera quedaba sólo a sesenta millas al sur, pero había una cadena de montañas entremedio. Johny Vesley, un checo alistado en la R.A.F., que conocía la zona, aleccionó a los caminantes en la forma de cruzarla. Johnny Stower, que había alcanzado la frontera suiza después de la evasión del grupo de desinsectación les informó de sus experiencias.

El propio Roger revisó las historias de los que viajarían en tren y les proporcionó las informaciones que los hombres de Valenta habían podido recoger a base de horarios de trenes y mapas. Dio verdaderas conferencias generales a cada uno sobre las costumbres alemanas. Marshall y Ramsay les aleccionaron sobre la forma de avanzar por el túnel sin que se desesperaran.

Los ingenieros de Travis estaban ahora dedicados a la fabricación de botellas de metal para agua. Con unos moldes, cortaban las latas de conservas en hojas y un

equipo de soldadores (que extraían su material de las latas de carne y resina) se ponían a trabajar con unos sopletes caseros de lámparas de grasa y los botellines salían en grandes cantidades.

Plunkett no se separaba de su mimeógrafo y produjo unos cuatro mil mapas de todas clases: desde mapas locales, hasta mapas de carreteras.

Los vigías trabajaban horas extraordinarias en todo el campo, y por la gracia de Dios, esa semana no se cometió ningún error. «Cuello de Caucho» continuaba con sus pesquisas, pero casi todo el material había sido bajado a «Dick» y las barracas estaban limpias.

Al Hake cerró su taller de brújulas. Más de doscientas cincuenta de ellas estaban almacenadas en las cámaras de «Dick».

Los sastres de Guest continuaron trabajando hasta el último día, y por entonces ya habían confeccionado unos cincuenta trajes cosidos a mano; y la mayoría de ellos habrían sido alabados por los sastres que he conocido. Gran parte de los trajes estaban destinados a los «viajeros» en tren, que debían adoptar cierta apariencia. Los que harían el viaje a pie se confeccionaban sus propios trajes transformando uniformes viejos. Para estos casos, no importaba que el traje pareciera «regalado» por un alma caritativa. Aun cuando quedaran perfectos para el primer día de salida, su aspecto no sería igual al cabo de unos días de evasión. Guest les enseñó la forma de afeitar la tela y cómo teñirla, les prestó sus patrones de papel y les proporcionó botones corrientes.

Durante algunos meses, la «Organización X» había conservado parte de los alimentos incluidos en las cajas de la Cruz Roja y en la habitación 112, una media docena de cocineros mezclaban la «pasta», el alimento concentrado para los evadidos. La receta pertenecía a David Lubbock, de la armada, y era un compuesto de azúcar, cacao, Bemax, leche condensada, pasas, avena, glucosa, margarina, chocolate y bizcochos molidos. Esta pasta batida tenía el aspecto de engrudo. Se llevaba al bloque de la cocina donde Herrick la cocía en forma de tartas (más bien ladrillos) y la introducía en latas achatadas de cacao. Lubbock había calculado que una lata de cuatro onzas proporcionaba las calorías suficientes para dos días. La dificultad residía en hacer pasar la pasta, ya que su tendencia era la de adosarse a las paredes de los intestinos. Los viajeros en tren podrían llevar un máximo de cuatro latas y los caminantes seis latas.

Massey pronunció una advertencia final a aquellos que habían sido elegidos para escapar por el túnel, y les dijo que según las informaciones recibidas, la población alemana aumentaba en hostilidad cada día, especialmente hacia las Fuerzas Aéreas Aliadas.

—Si les atrapan, quizá más de uno sufra graves consecuencias —dijo—. No creo que los alemanes se atrevan a tomar medidas extremas, ya que ustedes están protegidos por la Convención de Ginebra, pero, por favor, eviten cualquier provocación.

Roger habló con los que no habían sido favorecidos.

—Les puedo prometer que después no les faltarán entretenimientos —dijo—. Una vez que descubran la evasión en masa que ha ocurrido bajo sus propias narices, el caso será *après nous, le déluge*.

Entre sus conferencias y ensayos, Roger bosquejó el esquema para introducir a los doscientos veinte prisioneros dentro de la 104 durante la noche de la evasión, sin despertar la atención de los «hurones». La cantidad de personas era dos veces y media mayor de la que contenía normalmente la barraca y debía ocultárseles para cuando los alemanes llegaran durante la hora de cierre. Todo prisionero en la 104 que no estaba en la lista de los escogidos fue trasladado a otra litera en otra barraca, para la noche de la evasión.

El contacto de Rudy se marchó de inmediato a otra barraca con el pretexto de haber reñido con sus compañeros de habitación porque no les gustaba la idea de esta amistad con un alemán. Rudy cortó relaciones de inmediato con ellos, a partir de entonces.

Roger sabía muy bien que los «hurones» efectuaban inspecciones periódicas a los prisioneros que entraban y salían de los bloques, para descubrir la posibilidad de una actividad extraña. Alrededor de la 104 apostó vigilantes de tráfico y durante dos días anotaron el número de personas que salían y entraban normalmente. A base de esta estadística, Roger estableció un horario y las rutas que seguirían los evadidos para entrar en la 104 la noche elegida.

«Dean y Dawson» tuvo que sobrellevar la tarea más pesada, ya que los papeles de cada individuo debían estar de acuerdo a sus historias respectivas. Los falsificadores trabajaban sin descanso en los nombres supuestos y los detalles de los pases, pegando las fotografías que Hall y Comish habían tomado en su estudio y estampando el sello en relieve sobre ellas. Todo incluido confeccionaron unos cuatrocientos documentos de todas clases. Cada evadido debía llevar al menos uno, y a muchos les correspondían dos. Las personas como Bushell, con identidad complicada, y algunos de los que hablaban alemán, contaban hasta con una media docena de pases, incluyendo cartas de recomendación y cartas personales para causar un buen efecto. Tim llevaba un archivo para cada hombre.

Con su meticulosidad acostumbrada, no permitió que se ocultaran los papeles en los paneles, sino que se llevaran a «Dick». Ahora estaban allí, de manera que Travis fabricó cuatro latas de gran tamaño, bastante impermeables después de untarlas con margarina. Los falsificadores trabajaban en los papeles mañana y tarde, y Tim ni siquiera los abandonaba durante la comida. Debían ser llevados a «Dick» cada día.

Los vigías se presentaban en «Dick» cada mañana después del *appel*. Mike Casey alzaba la rejilla de hierro en medio del piso del baño, drenaba el pozo, extraía el jabón de los bordes de la losa hasta soltarla. Tim bajaba, cogía las latas y mientras las llevaba al taller dentro de una caja de patatas, Casey volvía a poner la losa, la sellaba con jabón, dejaba entrar el agua en el pozo y cerraba éste con la rejilla de hierro. Al

mediodía, los falsificadores descansaban un rato, porque descubrieron que no podían seguir trabajando continuamente sin cometer algunos errores. Tim llevaba las latas de vuelta a «Dick» y Casey repetía el complicado procedimiento de abrir y cerrar la puerta-trampa. Una hora más tarde, después de almorzar, se repetía una vez más la operación mientras Tim recogía las latas; y nuevamente a las cuatro y media, poco antes del *appel*.

Los falsificadores trabajaban hasta que sus cabezas estaban a punto de estallar y los signos, letras y las plumas o pinceles parecían saltar y bailar y desvanecerse bajo sus cansados ojos.

La mayoría de los evadidos saldrían como obreros extranjeros procedentes de casi todos los países europeos. Tim se las arreglaría como lituano.

—Por favor, ¿qué sucederá si la Gestapo te coge? ¿Sabes algo de lituano? —preguntó Marcinkus, quien realmente *era* lituano (alistado en la R.A.F.).

—No sé una palabra —dijo Tim—, pero no creo que la Gestapo sepa más que yo.

El 23 de marzo la nieve tenía aún unos quince centímetros de espesor, pero la tranquilidad de la atmósfera hacía que la superficie estuviera húmeda y blanda. El encargado de las comunicaciones había hecho correr la voz de que la evasión podría llevarse a cabo dentro de un par de días, pero la mayoría de los prisioneros no lo creyó. Las condiciones eran demasiado duras para los que tendrían que atravesar el país a pie.

Por la mañana se reunió el comité y Chaz Hall informó que el tiempo sería propicio.

—Creo que el deshielo comenzará oportunamente —dijo Roger—. Esperaremos hasta mañana. Si el tiempo continúa igual, soy partidario de dar la orden de partida, pero no lo decidiremos hasta el momento apropiado.

—Yo tengo que saberlo lo antes posible —interrumpió Tim—. Debo cortar, tallar y poner los timbres del día en todos los papeles.

—Yo también tengo que saberlo —dijo Ramsay—. Me deben informar a la hora del almuerzo del día elegido. Son muchísimas las cosas que se deben preparar en «Harry».

Marshall continuaba preocupándose de los hombres que harían la travesía a pie.

—Algunos de esos pobres diablos se congelarán —dijo.

—Lo siento, Johnny, pero no se les puede ayudar —dijo Roger—. Ojalá pudiéramos hacer algo, pero si esperamos hasta el próximo período sin luna, podemos estar seguros de que perderemos todo.

—¿Y si salieran sólo unos pocos viajeros en tren y luego cerramos el túnel? —preguntó Marshall.

—No —respondió Roger—. Perderíamos el túnel. Además, unos pocos evadidos no causarán tantos problemas a los «hurones» como una evasión en masa.

Estuvo pensando en ello todo el día y, después del *appel* de la tarde, se reunió con Day y juntos se pasearon por el circuito, mientras el anochecer caía rápidamente.

—*Tenemos* que salir mañana —dijo Roger—, pero no me gusta tomar la decisión. Son poquísimos los caminantes que tendrán una posibilidad.

—No tendrían muchas posibilidades aun cuando no hubiera nieve —dijo Day—. Tú mismo sabes cuáles son las posibilidades... una entre cien. Si las cosas se ponen demasiado difíciles allí afuera, no tienen para qué morirse congelados. Una vez que sepan que han llegado al máximo de sus fuerzas, tendrán que entregarse.

—¿Crees, entonces, que tengo razón?

—Escucha —dijo Day—, es una operación de guerra. No olvides eso. No se trata sólo de lograr que algunos lleguen a sus hogares. Igualmente importante es causar revuelo entre los «hurones». En todo caso, la mayoría de los muchachos serán capturados, pero si logramos que un buen equipo se extienda por Alemania, habremos hecho algo útil... más útil que devolver a algunos a sus hogares.

—Está bien —dijo Roger—. Gracias.

Después de cenar se dirigió al teatro para asistir a la inspección de los trajes de la obra. *Pigmalión* debía comenzar a representarse dentro de dos días durante una temporada de cuatro días. Roger observó a los actores. McIntosh representaba el papel del Profesor Higgins. Había reemplazado a Roger durante las últimas tres semanas, en caso de que sucediera algo.

El día 24 amaneció despejado y durante el *appel* el sol ya había aparecido sobre los pinos, sin ningún desafío de nubes en el cielo. La superficie de la nieve era brillante y bastante blanda.

Se reunieron a las once y treinta en la habitación de Roger. Fue una de las reuniones más breves de la historia del comité; y por cierto, la de mayor tensión. Se pronunciaron muy pocas palabras. Después que hubo entrado el último hombre, el silencio se prolongó unos segundos. Los presentes miraban el techo o se cruzaban de brazos, sentados en las literas, con la vista fija en el piso. Roger se volvió hacia Langford.

—¿Qué piensas de esto?

—No puedo garantizar que la puerta-trampa soporte un mes más. No puedo hacerlo... con todas estas inspecciones.

—¿Ramsay?

—Creo que puedo hablar en nombre de todos los tunelistas —dijo Ramsay—, incluso aquellos que tendrán que llegar a la frontera caminando. Me parece que si perdemos todo ahora, el golpe sería demasiado fuerte. La moral se vendría abajo.

—Bien. Esta será la noche.

Roger se puso en pie de un salto, y dijo enérgicamente:  
—Adelante.

## Capítulo 15

¡Fuera de la alambrada!

**T**ODO el campo debe haberlo sabido a los cinco minutos. Se podía sentir la tensión. Era absolutamente eléctrica.

Langford y Ramsay dieron un rodeo para llegar hasta la 104. Langford picó el cemento de la puerta-trampa de «Harry» y Ramsay y otro tunelista bajaron y se impulsaron en el carro hasta la cabeza del túnel con una carga de mantas. Ramsay clavó una manta a modo de cortina al final de la última estación intermedia, al pie del eje vertical de salida, y fijó otra manta a un metro de distancia, en la mitad de la estación intermedia. Servirían como pantallas y silenciadores cuando se abriera la salida. Clavaron mantas en el piso de todas las estaciones intermedias, para que los evadidos pudieran arrastrarse sobre ellas sin ensuciarse la ropa.

Ramsay cortó varias mantas en tiras de quince centímetros de ancho, las dobló y las clavó sobre los rieles en los primeros y últimos metros del túnel, para que los carros avanzaran silenciosamente. Travis bajó con las plataformas que había construido para los carros y las clavó a éstos, así los evadidos podrían tenderse cómodamente sobre las tablas con todas sus pertenencias.

En la barraca reinaba una especie de caos ordenado mientras los 220 elegidos terminaban sus preparativos finales. Había tantas cosas que hacer en último momento para que los «hurones» no las descubrieran antes de utilizarlas... Los «X Menores» de cada barraca reunieron a los hombres de su bloque y les entregaron las botellas de agua, la «pasta», las brújulas, los mapas y el dinero. Les informaban a cada uno del minuto exacto en que debían abandonar sus habitaciones y dónde debían presentarse para el control. Volvieron a sus propias habitaciones y comenzaron a fijar en el interior de su ropa el material especial que debían llevar. Muchos se habían hecho un calentador con las lámparas de grasa para preparar cacao durante el viaje a través de la nieve. En lo posible, no se movían de las barracas, para que los alemanes no notaran el alboroto.

Los vigías estaban ya en sus puestos. Tommy Guest abrió los paneles secretos donde guardaba los trajes y se los entregó a quienes habían tenido la suerte de su parte.

«Dean y Dawson», como de costumbre, tuvo la mayor parte del trabajo en sus manos. La noche anterior, Tim le había pedido a Al Hake que cortara y grabara el timbre de goma de un tacón, y cuando fue tomada la decisión ya estaba preparado. Los falsificadores timbraron todos los papeles y los distribuyeron.

Ramsay salió del túnel a las cinco para asistir al *appel*.

—Aún me queda un infierno de trabajo por hacer —dijo a Roger.

—¿Lo puedes terminar para las ocho y media? —preguntó éste.

—Creo que sí —respondió Ramsay—. En todo caso, maldita sea, lo intentaremos.

En cuanto se dio por terminado el *appel*, él y Langford volvieron a la 104. Los vigías, como era rutina hacerlo, revisaron el bloque, en caso de que un «hurón» se hubiera ocultado. Terminada la inspección, dieron la señal. Langford abrió la puerta-trampa.

—Es la última vez que dan la señal —dijo Ramsay y desapareció.

Lo dijo con cierta tristeza. Ramsay y Canton no podrían escapar esta vez, porque Massey deseaba mantener un buen equipo de tunelistas en el campo para el futuro.

Ramsay, con una caja de bombillas en la mano (sacadas de las barracas), se impulsó lentamente por el túnel, fijando el cable cada quince metros y agregando una nueva bombilla. Se impulsó en el carro hasta la base, rogando para que todo funcionara bien al dar la corriente. Fue emocionante ver el resplandor que se extendía y se perdía en la distancia.

Avanzó nuevamente por el túnel, revisando los posibles daños en los marcos, encontró cuatro planchas torcidas que puso en su lugar cuidadosamente. La oscuridad había cubierto el campo y los prisioneros esperaban inquietos en sus habitaciones, tratando de hablar de cosas sin importancia, pero pensando sólo en el túnel.

A las seis hubo una pequeña fiesta en la habitación de Travis, durante la cena. Media docena de presentes esperaban que ésta fuera la última comida en el campo de prisioneros: Bushell, Lamond, Van der Stock, Armstrong, McIntosh y Osborne. Travis había preparado una verdadera montaña de carne enlatada, mezclada con harina que había obtenido moliendo cebada con una botella y luego sazonándola con ajo. Enseguida apareció con un recipiente gigantesco lleno de «salsa de cebada»: la cebada hervida como el arroz, con leche en polvo, azúcar y pasas. Ofreció a Roger un gran plato de fritos de carne:

—Si puedes sacar eso —dijo—, te podrás mantener durante una semana.

La conversación fue escasa. Roger comió metódicamente, tratando de calmarse. Había estado trabajando como una máquina todo el día en los detalles del último minuto. Alguien rompió el silencio y le preguntó cómo veía él todo este asunto.

—Está bien —respondió lacónicamente—. Esta vez me saldré con la mía.

Debe haber sentido el silencio y adivinado lo que pensaban, porque apartó el plato y sonrió ampliamente:

—No debéis preocuparos —dijo—. En esta ocasión no me atraparán. Creo que conozco muy bien las consecuencias.

A las siete menos cinco minutos, un hombre vestido con un tosco traje negro, se levantó de su litera en una habitación de la 107 y se puso un abrigo que abultaba en ciertas partes. Richards era uno de los caminantes y con una sonrisa que era un poco tensa y torcida para ser natural, estrechó las manos a sus compañeros de habitación.

—Hasta pronto, malditos bastardos —dijo—. Siento no poder quedarme. Os veré en Londres después de la guerra.



—Creo que te veré dentro de un par de días, asomándote por la ventana de la nevera —replicó el jefe de la habitación—. Buena suerte, muchacho. Cuidado con mojar te los pies.

Richards cogió una manta doblada y atada y, a las siete en punto, salió por el extremo sur del bloque y siguiendo el sendero entró en la 109, frente a la 104. Siguió a la habitación 17. Un vigía estaba junto a la ventana y Norman tenía una lista sobre una mesa, junto a la cual estaba sentado.

—A tiempo —dijo Norman—. Eres el primero. Puedes seguir tu camino.

Richards salió de la habitación y se dirigió al extremo norte del bloque. Otro vigía estaba allí y a unos diez metros de distancia, al otro lado del sendero, estaba la puerta de la 104.

—Está bien —dijo el vigía—. Todo despejado. En marcha.

Richards cruzó el sendero y entró en la 104.

Torrens, el comandante del bloque durante esa noche, estaba apostado en el dintel de la puerta de la cocina con una lista en sus manos.

—¿Richards? —Tachó el nombre con un lápiz y señaló una habitación—. Habitación 6. Échate en una litera y no te muevas. Permanece callado y habla del tiempo... si es que quieres hablar de algo.

Richards entró en la habitación y se tendió en una litera. Trató de calmar sus nervios pero no logró hacerlo. Su cuerpo estaba cargado de tensión.

Las despedidas se sucedieron por todo el campo con treinta segundos de intervalo, se abrían las puertas y unos hombres con abultados abrigos salían de las barracas y por una docena de intrincadas rutas llegaban a la 109, donde se presentaban a Norman. Individualmente o en parejas, se les enviaba a la 104 cada cierto tiempo, donde Torrens les tachaba de la lista y les indicaba la habitación a la cual estaban destinados.

Cada dos minutos, los vigías informaban a Norman de la posición de cada alemán en el campo. Afortunadamente, era una noche tranquila. El único que entró fue Rudy, pero quedó bien asegurado en la nueva habitación de su contacto, en la 112. Estaba pasando unos momentos maravillosos. Todos los de la habitación eran tan «amigables» y ese individuo tan decente... Su contacto le había regalado media barra de chocolate. Charlaron y fumaron durante mucho tiempo.

En el pasillo, tres hombres estaban reunidos en torno a la estufa: dos vigías y un prisionero que dominaba el alemán. Si Rudy hubiera salido, el que hablaba alemán le habría entretenido, un vigía habría dado la señal de alarma a Norman y el otro habría seguido los pasos a Rudy.

Hasta el momento, todo marchaba como un reloj y la 104 se estaba llenando rápidamente. Había diez vigías apostados junto a las ventanas, penetrando la oscuridad y retirándose cada vez que los reflectores iluminaban sus puestos de observación. El vigía de la ventana norte podía ver la casamata por sobre el techo de la nevera. «Harry» surgiría en alguna parte entre los árboles tras esa casamata. Fuera

de la alambrada, observó a dos centinelas con sus capotes. Uno patrullaba lentamente desde la casamata hasta la casa de los guardias junto a la verja de entrada, y el otro avanzaba y retrocedía en la dirección opuesta, desde la casamata a la alambrada oeste. Constituirían un peligro mayor que el centinela en la casamata con su reflector, dándole la espalda a la salida del túnel.

Hacia las ocho menos quince minutos, Torrens tuvo su mal momento. Se abrió la puerta de la 104 y vio a un *Unteroffizier* alemán que se le aproximaba, con sus botas resonando bulliciosamente sobre las tablas.

Había tres fugitivos con sus ropas de civil en el pasillo. Aterrorizados, penetraron en la primera habitación. Torrens, petrificado por unos instantes, logró recuperarse y avanzó por el pasillo hacia el alemán para intentar detenerle, desviarle, hacer cualquier cosa para sacarle de la barraca. Tenía el terrible presentimiento de que todo se había terminado, y entonces vio que se trataba de Tobolski, el polaco.

Un control se había olvidado de advertirle que Tobolski llevaría uno de los uniformes confeccionados por Tommy Guest. La imitación era formidable, con todas sus insignias, águilas y parches. Si se comparaba este uniforme a la luz del día con uno alemán, podía verse que el color era ligeramente más azulado que el gris utilizado por los alemanes.

Tobolski se disculpó y Torrens, debilitado por el susto le indicó su habitación. Los que estaban dentro de ella casi se murieron cuando se abrió la puerta y entró Tobolski. Éste viajaría con Day, quien había convertido la guerrera de aviador en una chaqueta cruzada. Llevaba además unos pantalones grises y una gorra de tela. Tenían proyectado llegar a Sttetin y luego subirse a un barco sueco.

En la habitación 23, Roger, Marshall y Johnny Bull estaban con Langford junto a la puerta-trampa esperando a que Ramsay terminara sus trabajos en el túnel. Langford había sacado un par de armarios del muro para cubrir la puerta-trampa de la ventana. Los postigos estaban cerrados.

Massey entró cojeando para despedirse y desearles suerte. No dijo mucho. La atmósfera estaba demasiado tensa. Una semana antes, una junta de médicos le había anunciado que su repatriación estaba muy próxima debido a su pie.

—No sé cómo decirles lo orgulloso que me siento de ustedes —dijo calladamente—. Espero que lleguen a Londres antes que yo y no necesito expresarles los deseos que tengo de verles a todos allí.

Les estrechó la mano.

—Ahora me marchó y les dejó el camino libre —y se alejó cojeando por el pasillo y luego por la nieve.

A las ocho y treinta, Ramsay aún estaba en el túnel. Marshall y Langford se movían inquietos, pero Bushell, vivaz y brillándole los ojos, charlaba animadamente. Con demasiada animación, quizá. Su aspecto era irreprochable con su traje gris que había logrado salvar desde Praga, un abrigo negro (un capote de la R.A.F. teñido con pasta para limpiar botas) y un sombrero negro de fieltro que había conseguido a

través de un contacto. Sus papeles le describían como un comerciante francés y realmente lo parecía, con su pequeño portadocumentos lleno de sus pertenencias personales. Su compañero de viaje era el francés Scheidhauer, teniente de *L'Armée de L'Air*, agregada a la R.A.F. Scheidhauer tenía conocidos en Alsacia y París, y su proyecto era introducirse en una de las organizaciones de evasión en Francia.

Junto a la puerta-trampa los minutos parecían horas, e incluso Roger estaba impaciente. Ya estaban retrasados. Langford descendió y se encontró con Ramsay que en ese momento volvía del túnel.

—Por el amor de Dios, ¿tardaremos mucho aún? —preguntó.

—Todo está bien, salvo la cuerda nueva del último carro —dijo Ramsay—. Bull y Marshall pueden cambiarla al avanzar hacia la cabeza del túnel. Eso ahorraría tiempo.

Langford volvió a subir y dio el informe. A las ocho cuarenta y cinco, Bull y Marshall descendieron por la escalera y Ramsay entregó a Bull unas cuerdas nuevas y le estrechó la mano en silencio.

—Buena suerte —dijo—. Me habría gustado ir con vosotros.

Bull se tendió sobre el carro y se impulsó hasta «Piccadilly». Dio un tirón a la cuerda y Marshall hizo retroceder el carro, trepó a él y Bull le arrastró por el túnel. Bull siguió hacia «Leicester Square» para cambiar la cuerda del carro.

Roger fue el siguiente en descender por el eje vertical. Le estrechó la mano a Ramsay. Tiró de la cuerda para hacer volver el carro, subió a la plataforma sosteniendo el portadocumentos al frente, dio un tirón a la cuerda y Marshall le arrastró a lo largo del túnel.

Uno a uno, en orden estricto, los hombres bajaban por el eje vertical y avanzaban por el túnel. La sensación de velocidad es terrible cuando se va en el carro, con la nariz a escasos centímetros del suelo.

Eran diecisiete los hombres que ya estaban en posición bajo tierra y todo estaba preparado para abrir la boca del túnel. En la última estación intermedia, Johnny Bull y Marshall estaban tendidos uno junto al otro y más atrás, casi sobre sus pies, se encontraban Bushell y Scheidhauer, luego Valenta y Stevens, los siguientes en salir, y Dowse, encargado de arrastrar a los prisioneros que vendrían después. En «Leicester Square», un hombre se hallaba tendido sobre el carro, otro sobre las mantas y un tercero esperaba para arrastrar a los siguientes evadidos. En la base del eje vertical había un hombre sobre el carro, Langford, esperando su turno, el encargado de la bomba y Ramsay, jefe de operaciones.

Eran las nueve y media cuando Roger dio la orden, en tono natural, como si se tratara de un detalle de rutina:

—Creo que ha llegado el momento, Johnny. Todo debe estar a punto.

Bull gruñó y se arrastró cuidadosamente entre las mantas que servían de pantalla. Un par de segundos más tarde, le oyeron trepar la escalera del eje de salida en total oscuridad. Después de abrir la trampa exterior, Bull debía ocultarse entre los árboles, junto al agujero, para controlar a los primeros evadidos. Éstos debían trepar por la

escalera y detenerse justo antes de salir, de manera que Bull pudiera tocarles la cabeza en la oscuridad. Una vez que todo estuviera despejado, les daría un golpe suave: la señal de salida. Se le había destinado este puesto, en parte porque viajaba en tren, en tercera clase, como obrero, y no importaba que se ensuciara la ropa al abrir la trampa y después al tenderse sobre la nieve.

Abajo, los seis restantes permanecían en silencio, respirando lenta y deliberadamente, porque la atmósfera estaba recargada y pesada. Con el calor y la falta de espacio, todos sudaban copiosamente. Podían escuchar a Bull trabajando en las planchas del techo con la paleta especial que Ramsay había dejado allí a primeras horas del día. Travis la había hecho de madera porque sería más silenciosa que una de metal.

Se diría que había estado allí trabajando durante horas, y los minutos transcurrían lentamente. Podían escuchar sus gruñidos de vez en cuando. Johnny Marshall se adelantó entre las mantas y llamó calladamente:

—¿Cuánto tardarás?

—No puedo soltar estas malditas tablas —susurró Bull—. Están húmedas y se han atascado. Deben haberse hinchado con el agua.

Siguió trabajando en la oscuridad, afirmándose precariamente en la escalera y tratando de alzar las tablas, sin verlas, apretadas por la humedad, el sudor bañándole el cuerpo.

El tiempo seguía su marcha y en el túnel y en la barraca, los nervios se tensaban por momentos. Todos pensaban que algo no marchaba bien, pero sin saber qué podría ser y las imaginaciones volaban en inquietantes sospechas. Ramsay miraba vanamente por el túnel para enterarse de la razón del retardo. Notó que el aire del túnel estaba denso y húmedo y ordenó al encargado de la bomba que diera todo de sí.

Continuamente se escuchaban voces desde la entrada del túnel preguntando qué sucedía. La salida debía haberse abierto a las nueve. Eran las diez.

Marshall, en la cabeza del túnel, consultó su reloj y calculó que Bull había estado allí durante media hora.

—Por el amor del cielo, ve a ver qué sucede —dijo Roger, con el tono de su voz un poco cargado por la tensión.

Marshall se arrastró nuevamente entre las mantas y, mientras lo hacía, escuchó a Bull que descendía por la escalera. Segundos más tarde se reunía con Marshall, respirando agitadamente.

—Sube tú —dijo entrecortadamente—. Estoy agotado.

Marshall, casi sin espacio para moverse, se desvistió y trepó la escalera sólo con sus calzoncillos largos de algodón. No podía arriesgarse a entrar en un compartimiento de primera clase de un tren con la ropa sucia de tierra. Se aferró con fuerza a la escalera y con la otra mano comenzó a trabajar en las tablas. Estuvo así unos diez minutos antes de sentir un leve movimiento. Atacó con locura las apretadas

planchas y el movimiento fue haciéndose cada vez mayor. Cinco minutos después, se soltó la primera tabla y luego las otras.

Marshall, cubierto de sudor, descendió nuevamente la escalera, se limpió el rostro con los faldones de la camisa y comenzó a vestirse, mientras Bull subía y raspaba suavemente los últimos centímetros de tierra que cubrían la salida del túnel. Los que esperaban en la estación intermedia, agarrotados por la difícil posición, escucharon la música de la arena al desprenderse y caer al piso del túnel.

De pronto, Bull sintió que su pequeña paleta se movía sin resistencia y supo que había terminado, y entonces el aire fresco le acarició el rostro sudoroso. Cortó la tierra en un círculo y al cabo de poco pudo ver las estrellas (una visión gloriosa en un momento épico) y subió los últimos peldaños de la escalera y asomó la cabeza.

Fue la mayor sorpresa de su vida. Los agrimensores se habían equivocado en sus cálculos. ¡«Harry» se había quedado corto! En vez de encontrarse a algunos metros dentro del bosque, vio que estaba a unos tres metros de la oscura línea de los árboles, al descubierto. Miró hacia el campo y toda la tragedia de la situación penetró en su cerebro. La casamata estaba a sólo unos cinco metros de distancia, como un monstruo de gigantes patas que se recortaba contra el resplandor del reflector. Pudo ver los hombros del guardia alemán y su horrible casco, mientras observaba por sobre la barandilla hacia el campo, paseando el haz de luz de un lado a otro.

Bull se sintió desnudo. Descendió lentamente por la escalera. Se arrastró entre las mantas y dio la noticia. Se pudo sentir el peso del silencio.

—Dios mío, no puede ser. No puede ser —dijo Marshall—. ¿Al descubierto?

—Compruébalo tú mismo —dijo Bull cansadamente—. Ya lo verás.

Todos sintieron que les faltaban las fuerzas. Al parecer, habían fallado... Seiscientos hombres trabajando todos los días durante un año... La fiebre de evasión de aquellos que habían estado tras la alambrada incluso durante cinco años. La realidad se les escapaba.

Bushell fue el primero en recuperarse.

—¿Podrían vernos desde la casamata? —preguntó.

—No estoy seguro —respondió Bull—, pero, creo que tarde o temprano nos verían. Es verdad que la oscuridad nos protege, pero un hombre no puede estar tendido en la nieve mucho tiempo. Su cuerpo resaltaría con demasiada evidencia.

—Bien, podemos hacer dos cosas —dijo Roger—. Seguir adelante y que salgan los más posibles antes de que nos descubran o hacer salir a dos para que tapen el agujero. Luego podemos cavar unos metros más de túnel, otro eje vertical y evadirnos en el próximo período sin luna... si podemos soportar las inspecciones tanto tiempo.

Discutieron en susurros durante algunos minutos, tratando de apartar la idea de posponerlo todo. Peor que la situación actual era la posibilidad de que «Cuello de Caucho» descubriera el túnel. Todos sabían que el secreto de la puerta-trampa era relativo.

Fue Roger quien pensó en el factor vital.

—No podemos postergarlo ahora —dijo—. Todos los papeles han sido timbrados con la fecha. Para el próximo mes no servirán de nada y no podremos llegar muy lejos sin ellos. Debemos escaparnos esta noche.

Hizo una pausa y luego continuó lentamente, pensando mientras hablaba:

—Tenemos que inventar un nuevo sistema para que salgan los muchachos sin que deban tenderse en la nieve junto al agujero. De alguna forma, alguien debe controlar la maniobra desde fuera.

Y por gracioso que parezca, fueron los «hurones» los que proporcionaron la solución.

—Un momento —dijo Johnny Bull, inspirado repentinamente—. A unos tres metros del agujero de salida, justo al borde del bosque, vi uno de esos nidos para espías que los «hurones» utilizaron mientras cavábamos «Tom». Podemos ocultar allí al control de la maniobra.

—Un control bastante remoto —comentó Roger.

—Se ata una cuerda a la escalera —dijo Bull, el tono de su voz alzándose debido a la excitación—. El control sostiene el otro extremo. Cuando todo está despejado, da un par de tirones a la cuerda y el hombre salta fuera.

La solución era tan acertada que Roger la aprobó de inmediato.

Apretujado contra la pared de la estación intermedia, hurgó en los bolsillos de su abrigo y extrajo un lápiz. Se tendió de espalda con dificultad y comenzó a escribir en el muro el nuevo procedimiento con letras de imprenta.

«Pausa en la parte superior del eje. Sostener cuerda hasta recibir señal. Dos tirones y saltar fuera. Seguir cuerda hasta el refugio.»

Habló a Dowse.

—Advierte a todos del nuevo procedimiento. Asegúrate de que lo entiendan. A quien te releve dile lo mismo y asegúrate de que se lo advierta a quien le sigue.

Luego habló en general:

—¿Comprendido todo?

Hubo varios gruñidos sordos de satisfacción.

—Bien, aquí vamos —dijo Bull y se arrastró entre las mantas que servían de pantalla y subió por la escalera, llevando un gran rollo de cuerda trenzada. Ató un extremo al último peldaño y, cautelosamente, sacó la cabeza por el agujero. Todo parecía marchar bien. Se impulsó suavemente fuera de la boca del túnel, se tendió sobre la nieve y se arrastró silenciosamente hasta el refugio hecho por los «hurones», extendiendo la cuerda a medida que avanzaba. La nieve estaba húmeda y la costra crujía al romperse con facilidad.

El centinela de la casamata seguía mirando hacia el campo. Parecía no preocuparle el bosque; nunca había pensado en mirar en esa dirección. Su reflector apuntaba hacia el *vorlager*, recorriendo la alambrada, y luego se unió a los otros haces de luz de las casamatas restantes, jugueteando sobre las barracas y la sucia nieve del campo.

Bull escuchó unos pasos que se aproximaban desde el oeste y vislumbró una vaga figura: un soldado alemán que patrullaba por la alambrada con el cañón de su fusil sobresaliendo de su espalda. Caminó hasta la torre del centinela, pateó el suelo un par de veces y dio la vuelta. Pocos segundos más tarde apareció el otro centinela desde la dirección opuesta, llegó hasta el pie de la casamata y dio media vuelta. Al parecer, ninguno miraba hacia el bosque o hacia el campo, sólo se limitaban a pasearse de arriba abajo, entumecidos por el frío.

Por sobre su refugio de ramas, Bull podía ver los oscuros contornos del agujero en la nieve. Al bajar la cabeza, se estrechaba de manera que desde la altura de los ojos de los guardias sería muy poco probable que lo descubrieran. Esperó unos instantes para ver qué sucedía y al cabo de poco tiempo aparecieron nuevamente los dos centinelas, uno pocos segundos después que el otro, y luego dieron media vuelta y se alejaron.

Tan pronto como estuvieron fuera de vista, dio dos fuertes tirones a la cuerda y al instante Marshall surgió del agujero y se arrastró sobre el estómago tras el refugio, sin apartar su mano de la cuerda. Marshall se estuvo quieto unos instantes, acostumbrando sus ojos a la oscuridad. Puso sus labios muy cerca del oído de Bull y susurró:

—No está tan mal.

—No —respondió Bull—. Creo que lo haremos.

Los patrulleros de la alambrada aparecieron nuevamente.

—Debo esperar a que ambos desaparezcan antes de dar la señal —dijo Bull—. La operación será muy lenta.

—No hay otra solución —dijo Marshall.

Esperó a que los guardias se perdieran de vista.

—Bien, te veo en Londres. —Buscó la mano de Bull—. Buena suerte, Johnny.

Y cogiendo el resto del rollo de cuerda, se arrastró y desapareció en la oscuridad del bosque, extendiendo la cuerda a su paso. A unos cincuenta metros se terminó y la ató al tronco de un árbol, asegurándose de que quedara bien tirante. Dio un par de tirones a la cuerda para que Bull supiera que ya estaba en posición y esperó.

En el refugio de los «hurones», Bull dio un par de tirones a la cuerda y surgió Valenta, quien se le reunió tras las ramas.

—Marshall está más adelante —dijo Bull.

Valenta se alejó, dejando que la cuerda resbalara suavemente por su mano para recibir la señal en caso que se acercaran los alemanes. Si sentía un tirón debía tenderse sobre la nieve y esperar a la señal de dos tirones, que le avisaría el momento de seguir adelante.

Se reunió con Marshall al final de la cuerda. Un par de minutos después llegó Bushell.

—No parece tan mal —susurró Roger—. Creo que lo haremos. Marchaos. Nos veremos en casa. Buena suerte.

Marshall y Valenta se arrastraron unos ochenta metros al interior del bosque antes de detenerse, ponerse de pie y alejarse rápidamente. Marshall llevaba la brújula en su mano y siguieron la dirección de la aguja luminosa. A menos de media milla de distancia estaba la estación de Sagan. Cogerían el tren que les llevaría a Checoslovaquia vía Hirschberg, donde Valenta tenía amigos.

Scheidhauer se reunió con Bushell y ambos esperaron a Stevens, el sudafricano, ocultos tras unos árboles. A continuación tomaron la dirección norte, siguieron a Marshall y a Valenta, mientras Stevens esperaba a su compañero.

Y así sucesivamente.



## Capítulo 16

### ¡Escapada en masa!

**E**N la barraca 104 la tensión había sido casi insoportable. El primer hombre había permanecido una hora en la cabeza del túnel y no había señales de que sucediera algo. Las llamadas a Ramsay eran continuas, preguntándole qué pasaba. Y Ramsay, presintiendo lo peor, respondía en un susurro cargado de ansiedad:

—¡Por el amor del cielo, esperen! ¿Cómo infiernos puedo saber lo que sucede?

Poco después de las diez, el guardia encargado del cierre de las puertas, comenzó su ronda de costumbre. Jamás se molestaba en mirar el interior de las barracas. Se acercó a la 104 y los vigías sostuvieron la respiración mientras cerraba las puertas ruidosamente, ponía la barra en posición y se marchaba. Esto ayudó a aliviar un poco la dramática tensión reinante.

Torrens acercó una mesa a la puerta-trampa y se dispuso a pasar allí toda la noche. Ahora que las barracas estaban cerradas y el único que rondaba el campo era el *hundfuehrer*, la multitud de cuerpos se trasladó al pasillo. En primer lugar, Torrens ordenó a una docena de ellos que tendieran mantas por todo el piso del pasillo para ahogar los ruidos de pasos. Todos se sacaron las botas.

El pasillo presentaba un espectáculo increíble; cuerpos tendidos por todo el piso, Tobolski en su uniforme de *Unteroffizier* pasando entre los prisioneros vestidos con trajes burdos y pantalones de golf; tipos extraños con boinas y gorras, sentados junto a una manta enrollada y maletas hechas a mano, fumando y tratando de parecer tranquilos... pero, de hecho, más parecían un grupo de refugiados salidos de otro mundo.

A las diez y cuarto, Ramsay sintió que una ráfaga de aire fresco le golpeaba la mejilla. Se dio vuelta y miró en dirección del túnel: no había forma de equivocarse en la sensación de frescor que le daba en pleno rostro. Le invadió una alegría inmensa y susurró hacia arriba:

—Han abierto la salida. Han abierto la salida. Infórmenle a Torrens.

Torrens se asomó por la puerta-trampa.

—¿Estás seguro?

—Sí —llegó la ronca voz de Ramsay—. Aquí abajo se siente la corriente de aire. Avisa al próximo, pero que no baje hasta recibir mi señal.

Esperaron más de quince minutos y sólo a las diez y media, el hombre que estaba sobre el carro en la base del eje vertical, sintió el tirón a la cuerda que era la señal del encargado del arrastre en «Piccadilly». Tiró de la misma a su vez y el carro comenzó a avanzar suavemente, por sobre los rieles cubiertos con trozos de mantas para apagar todo ruido.

Ramsay avisó:

—El próximo, por favor —y a los pocos segundos una figura abultada bajaba por la escalera.

El carro estuvo de vuelta en un momento y otro hombre se tendió sobre la plataforma y esperó.

Y gradualmente la operación se fue llevando a cabo.

Torrens tenía a dos mensajeros junto a su mesa para que transmitieran sus instrucciones. Mientras uno de los evadidos descendía la escalera, Torrens enviaba a uno de los mensajeros para que advirtiera al próximo de la lista que estuviera preparado dentro de cinco minutos. El prisionero recogía su equipaje, se despedía y se preparaba para cuando el mensajero volviera a buscarle.

Se acercaba a la puerta-trampa y esperaba la llamada de Ramsay. Davison, en la trampa con otra lista, tachaba su nombre y le daba las últimas instrucciones:

—Ahora bien, siéntate al borde de la trampa. Busca con el pie el peldaño a unos treinta centímetros más abajo. Apoya tu pie derecho en la esquina contraria. Tantea con tu pie izquierdo el siguiente peldaño. ¿Lo tienes? Bien, ahora afírmate en él. Es bastante fuerte. Gira el cuerpo y baja.

En la base, Ramsay les indicaba la forma de tenderse sobre el carro y cómo sostener el equipaje. Una vez que llegaban a «Piccadilly», el encargado de arrastrar el carro ya tenía el precedente de «Leicester Square» y el evadido se arrastraba sobre las mantas, trepaba al carro, alcanzaba la siguiente parada y cambiaba nuevamente de carro para la etapa final.

Los encargados del arrastre de los carros eran todos tunelistas experimentados, como Noble, Rees y Birkland, para que la operación subterránea se llevara a cabo sin tropiezos. Después que un encargado del arrastre conducía a diez escapados, el onzavo, dozavo y trezavo, sucesivamente, reemplazaban a los primeros y éstos continuaban hacia la salida. El control fuera del agujero, oculto tras el refugio de ramas de los «hurones», sacaba a veinte hombres y luego, el vigesimoprimeros le reemplazaba y así sucesivamente.

No pasó mucho tiempo antes de que Ramsay se diera cuenta de la lentitud de la operación. Bushell, incluyendo retrasos, había calculado que se podría sacar a un hombre cada tres minutos, pero la primera hora de trabajo echó por tierra estas esperanzas. Se llamaron sólo seis personas en esa hora. Las maletas constituían el problema y, al parecer, lo seguirían constituyendo más adelante.

Los primeros treinta y siete hombres viajarían en tren y casi todos llevaban maletas, hechas la mayoría de cartón piedra o madera prensada y luego teñidas con pasta de limpiar botas. Casi todos tuvieron problemas con las maletas al cargarlas en los carros. Algunos las dejaron caer y otros dañaron peligrosamente los bordes contra los marcos de apuntalamiento. Muchos, al tratar de sostenerlas de frente, perdieron el

equilibrio sobre la plataforma, alzaron las ruedas del carro y lo descarrilaron. El descarrilamiento era lo peor.

El túnel era tan estrecho que el hombre que viajaba en el carro nada podía hacer para remediar la situación. El encargado del arrastre sentía que la cuerda se tensaba más de lo normal y que luego no avanzaba, y ya sabía cuál era el desperfecto. Tenía que arrastrarse por el túnel y hacer que el evadido sostuviera su cuerpo con pies y manos mientras él volvía a poner las ruedas sobre los rieles. Luego, el encargado del arrastre volvía hasta su estación intermedia y tiraba de la cuerda, y quisiera o no, probablemente el carro se descarrilaría antes de llegar a sus manos.

Ramsay, una de las veces, se volvió para ver quién era el siguiente y se sorprendió al ver una maleta en vez de un hombre. En realidad, no era una maleta sino un baúl. Tras él le sonreía un rostro extraño, que al cabo de unos segundos pudo reconocer como perteneciente a Tim Walenn, sin su inmenso bigote, eliminado para la ocasión.

—¿Dónde diablos crees que vas con eso? —le preguntó Ramsay con una mezcla de sorpresa, exasperación y diversión.

—A casa, así lo espero —respondió Tim, tranquilizadamente—, pero me parece que ahora no llegaré más allá de la nevera.

—Jamás podrás salvarte con ese trasto —dijo Ramsay.

—No te preocupes. Corre de mi cuenta.

—No tienes posibilidad ninguna —dijo Ramsay—. No se puede.

Discutieron durante algunos minutos.

Finalmente, Ramsay envió el baúl en un carro y Tim lo siguió en otro.

Los nervios estaban afectando a muchos. Incluso algunos de los más antiguos excavadores que habían montado en los carros durante meses se hicieron problema de ello, quedando atascados a mitad de camino.

Rockland y Muller, los dos noruegos, pasaron con toda tranquilidad; Muller, antes de subir al carro, lanzó una afectuosa mirada a la bomba de aire que él había diseñado. Ambos presentaban un buen aspecto con sus pantalones de golf. Neely, un tipo de la Fuerza Aérea Naval, fue otro de los que pasaron sin problema.

Poco después de medianoche, los de la barraca escucharon la sirena y gruñeron, maldiciendo por lo bajo. En los últimos quince días no se había escuchado la alarma de los ataques aéreos y Roger había rogado para que ésta fuera una noche tranquila. Cuando el aullido de las sirenas se acalló, los vigías en las ventanas escucharon el débil estallido de las bombas que caían sobre Berlín, a sesenta millas de distancia, y casi en el mismo instante, un alemán de la *Kommandantur* cortó la corriente y todas las luces se apagaron.

En el túnel la oscuridad fue aterradora y paralizante, y todo se detuvo de inmediato. No se podía seguir avanzando. En las estaciones intermedias, la soledad, la pesadez de la atmósfera, el temor a moverse para no causar derrumbamientos, y todo esto combinado con la negrura total, dio pie a la claustrofobia y los nervios estuvieron a punto de estallar nuevamente.

Day, quien había comenzado a avanzar en dirección de «Piccadilly», bajó del carro y ayudó a Ramsay a encender las lámparas de grasa almacenadas en las cámaras y luego se las llevó consigo en el carro. Sus nervios parecían estar constituidos de acero, y Ramsay le observó agradecido mientras avanzaba por el túnel, acompañado de un halo de luz a su alrededor.

Day llevó las lámparas por todo el túnel, dejando una en cada estación intermedia. Cuando llegó a la cabeza del túnel, descubrió que había desaparecido el encargado del arrastre. Al parecer, después de apagarse las luces y como su relevo no llegaba, el encargado del arrastre pensó que algo marchaba mal o que los alemanes habían entrado en la barraca y descubierto el túnel, de manera que decidió escapar. La suerte fue tener a Day con toda su experiencia. Arrastró a su compañero y se quedó hasta traer el próximo encargado del arrastre antes de continuar su camino. Más de treinta y cinco minutos se perdieron para que la operación se reanudara, pero, si no hubiera sido por la tranquilidad de Day, el tiempo perdido habría sido mucho mayor.

Había un lado positivo en esta oscuridad. Las luces del campo y los reflectores tampoco podían funcionar, dejando todo en la más completa oscuridad, y los guardias junto a la alambrada vigilaban estrechamente el campo, tratando de descubrir a algún optimista que intentara cortar la misma a cubierto de la oscuridad. El control de salida del túnel se aprovechó de la ocasión y apresuró las salidas.

Estas detenciones y tropiezos ya habían echado por tierra muchos de los planes de los evadidos. Los que viajaban en tren tenían que coger un convoy determinado, y fuera de los primeros cinco o seis, el resto lo había perdido. Algunos pudieron subirse a otros trenes, más tarde, pero el retraso significaba que no podrían haber cubierto la distancia deseada cuando se diera la voz de alarma.

En la barraca, a medianoche, se tuvo que apagar las luces y Torrens ordenó el procedimiento «a oscuras». Se abrieron todas las persianas (tenían que hacerlo, porque era la práctica de rutina), se apagaron las lámparas de grasa y cada uno tuvo que tenderse en una litera. No se permitía ningún movimiento en el oscuro pasillo, pero, en realidad, escasamente podrían haberse movido. El piso estaba cubierto de cuerpos tendidos sobre mantas, tratando de conciliar el sueño antes de que les llegara el turno.

No eran muchos los que dormían. Estaban demasiado excitados. Casi todos eran caminantes y sabían que lo que les esperaba no era exactamente un paseo de fin de semana. La caminata a través del país cubierto de nieve daría el golpe a muchos, y otros recibirían los golpes de la Gestapo.

Junto a las ventanas, los vigías vieron pasar en numerosas ocasiones al *hundfuehrer* con su perro, a pocos metros de la ventana de la habitación 23. El vigía susurraba la voz de alarma y todos permanecían inmóviles y fuera del campo visual del centinela, pero el alemán serio se acercó a mirar por la ventana.

Ramsay había permanecido con los dedos cruzados, rogando para que no hubiera derrumbamientos. Pero, hacia la una y treinta, la suerte se terminó. Tom Kirby-Green

se encontraba a mitad de camino entre «Piccadilly» y «Leicester Square» cuando cambió de posición sobre el carro y las ruedas posteriores se alzaron en el aire y descarrilaron. Trató de salirse de la plataforma para arreglar la avería y sus anchos hombros se atascaron en un marco dañado y lo derribó. El techo se hundió y cayó la arena, arrastrando consigo otro metro de apuntalamientos y más arena.

El derrumbamiento fue bastante grave. En dos segundos, Kirby-Green quedó enterrado de hombros a piernas y el túnel bloqueado. El hombre no podía moverse, entorpecido por todo su apero de evadido, pero, afortunadamente, la cabeza le quedó libre y pudo respirar.

En «Leicester Square», Birkland, quien era el encargado de arrastrarle, sintió que la cuerda se tensaba y detuvo su trabajo. Al mirar por el túnel y no ver la luz de la lámpara de «Piccadilly», supo que el túnel estaba bloqueado. Avanzó hasta el lugar del accidente y libró lentamente a Kirby-Green del derrumbamiento de arena, luego hizo que el gigantesco hombre le pasara por encima y continuara hacia la estación intermedia. Birkland se dio al trabajo de parchar el recubrimiento actuando con desesperación en la oscuridad total, tanteando con sus manos el lugar en que se habían desprendido las tablas y luego buscándolas a tientas en la arena derrumbada.

El trabajo era peligrosísimo en la oscuridad, con el riesgo constante de otro derrumbamiento que le enterraría y arruinaría el túnel. Por lo que pudo calcular, a ciegas, había una bóveda de más de un metro sobre el techo del túnel. Puso las planchas laterales en su lugar y algunas de las tablas del techo y comenzó a prensar la arena de la superficie superior. Pasó una hora antes de terminar el trabajo, bañado en sudor y lleno de arena, respirando con dificultad debido al agotamiento físico.

Justo cuando terminaba se escuchó el aullido de las sirenas que anunciaban el fin de la incursión aérea, y en la *Kommandantur* el alemán dio la corriente y el túnel se llenó de claridad. Afortunadamente, el cable había soportado el derrumbamiento. Como de costumbre, Birkland se encontró con una cierta cantidad de arena que no podía ser prensada en el techo. Hizo lo único que era posible: la esparció por el piso del túnel en varios metros, entre los rieles, luego se arrastró hasta «Leicester Square» y comenzó nuevamente el servicio de carros.

Hacia las dos cuarenta y cinco pasó el último de los viajeros con maletas y la velocidad de salida aumentó ligeramente cuando comenzó la brigada de las mantas. Todos llevaban una sola manta enrollada y atada firmemente que colgaba de una cuerda a sus cuellos. Les dejaba las manos libres, de manera que podían sostenerse en el carro con mayor seguridad.

Pero aún continuaron los retrasos. Algunos de los evadidos no habían atado las mantas como se les enseñara y el bulto, demasiado largo, se atascaba entre sus hombros y las paredes del túnel. Debían librarse de esta situación cada metro, más o menos, y uno de ellos tardó siete minutos en avanzar treinta metros. Otros llevaban la cuerda demasiado suelta, de manera que el rollo colgaba fuera del carro, se metía

entre las ruedas y, un segundo después, lo único que sabían era que el carro había descarrilado y que ellos se encontraban semiahorcados.

Un cierto número llevaban tanto alimento y equipaje en torno al cuerpo que parecían una edición voluminosa de Falstaff. Ramsay, en la base del túnel, revisaba la corpulencia individual sin piedad de ninguna especie, vaciándoles de los accesorios hasta que quedaban suficientemente delgados y ágiles. El «Burlador», con sus dos metros de altura y constitución proporcional, fue una de sus víctimas. Llevaba tanta cosa adosada al cuerpo que parecía un gigantesco ovillo, pero, con su acostumbrada cortesía y sólo después de las protestas más consideradas, se sometió al tratamiento de reducción de Ramsay y luego pasó el túnel rápidamente. «Papá» Green fue otro, pero después que los implacables dedos de Ramsay hicieron su trabajo, avanzó por el túnel sin el menor tropiezo.

Ya llevaban horas en la operación. Sólo quedaban tres horas para el amanecer y únicamente cincuenta eran los hombres que se encontraban en el exterior. Ahora que estaban pasando los caminantes, afuera, el procedimiento se alteró ligeramente. En el extremo final de la cuerda, en el bosque, los hombres esperaban hasta haber reunido un grupo de una decena, uno de los cuales había sido seleccionado para conducirles a través del bosque, dar un rodeo por el lado oeste del campo, pasar junto al campo de judíos franceses y luego tomar la dirección sur, hacia Checoslovaquia, por un sendero de tierra.

La cifra de evadidos era un poco superior al medio centenar cuando Cookie Long se quedó atascado en el túnel a unos seis metros de «Piccadilly». Bob Nelson, el encargado del arrastre, trató de tirar suavemente de la cuerda, pero, de pronto, cedió uno de los marcos de apuntalamiento y la arena enterró a Long. Pudo librarse por sus propios medios y arrastrarse hasta la estación intermedia y Nelson avanzó hasta la zona del derrumbamiento. No era tan grave como el primero, pero tardó media hora en arreglar los daños.

Poco después, otros dos prisioneros quedaron atascados, pero pudieron seguir avanzando sin que sucedieran otros derrumbamientos. Cuando pasaba por el túnel el número cincuenta y siete se rompió la cuerda de arrastre del carro y la operación tuvo que detenerse hasta que se solucionara la avería.

Ramsay subió por la escalera del eje vertical y vio a Torrens.

—No nos quedan más de dos horas —dijo—. A este paso no llegaremos al centenar. Tendremos que tomar medidas drásticas. Los rollos de mantas están causando muchos problemas, de manera que de ahora en adelante las mantas quedan eliminadas. Tendrán que conformarse con los abrigos y nada más.

—Es una medida un poco desesperada —dijo Torrens.

—Tiene que ser desesperada —replicó Ramsay.

Los caminantes aceptaron la orden con excelente buena voluntad. Los más despiertos se acercaron a la mesa y preguntaron cuáles eran sus posibilidades de salir.

Ramsay ya sabía entonces que no podrían superar el centenar y dijo a la mayoría que volvieran a sus puestos, se olvidaran de todo el asunto y trataran de dormir.

Desapareció por la boca del túnel. Ahora sin los rollos de mantas, aumentó de inmediato el número de partidas. Hubo otro derrumbamiento en la segunda sección y Cookie Long, quien había relevado a Nelson en «Piccadilly», se arrastró hasta el lugar del accidente. No era grave, de manera que, trabajando como un desesperado, terminó al cabo de veinte minutos. Después de esto no hubo problemas de mayor importancia y los prisioneros comenzaron a pasar con relativa rapidez, es decir, con tanta rapidez como lo señalaba el hombre destinado al control fuera del agujero de salida.

Hacia las cuatro de la madrugada Roy Langlois, número sesenta avanzó por el túnel y relevó al hombre oculto tras el refugio de ramas de los «hurones». Long había dado la señal un par de veces cuando los guardias empezaron a desfilar por el sendero a sólo cinco o seis metros del agujero de salida del túnel. Pasaban de a uno o en parejas y, al parecer, no llevaban un destino fijo. Lang se sorprendió unos instantes, pero luego comprendió que se trataba del cambio de guardia.

Esto significó otro retraso. Durante veinte minutos los guardias desfilaron de vuelta por el camino, una vez relevados de sus puestos. En ese lapso, Lang pudo sacar sólo a dos hombres. Luego, el último centinela pasó por el sendero y el éxodo aumentó en rapidez.

A las cuatro y media, Lang irguió la cabeza bruscamente cuando el centinela de la casamata comenzó a dar grandes voces. No miraba hacia el campo sino que estaba inclinado sobre la barandilla, hacia un lado. Por unos instantes, Lang pensó que le había descubierto.

Comprendió que el guardia no le hablaba a él, sino que llamaba a uno de los centinelas que patrullaban la alambrada y que se aproximaba en esos momentos. El centinela subió a la casamata y el guardia encargado del reflector bajó por la escalerilla y, para horror de Lang, cruzó el sendero y caminó directamente hacia el agujero de salida del túnel.

El corazón de Langlois pugnaba por saltarle fuera de la boca. El alemán continuaba acercándosele en la oscuridad. Llegó hasta la altura misma del agujero de salida y luego se volvió casualmente como si no le preocupara. A menos de un metro de la negra abertura, se agachó sobre la nieve y se dio a una de las funciones menos dignas del hombre. La salida estaba a su lado y no la notó en absoluto. Lang, a menos de tres metros de distancia, la cabeza enterrada en la nieve, rogando a Dios para que su corazón no latiera tan fuerte, no podía dar crédito a sus ojos.

El alemán debía ser ciego. Por cierto, lo que sucedía en realidad era que, al estar tras un reflector durante horas, no podía ver en la oscuridad por el deslumbramiento. Desde el agujero de salida partía un ancho rastro de lodo, por donde los prisioneros (los exprisioneros) se habían arrastrado en su huida; y en la abertura misma, Lang

pudo ver una gruesa columna de vapor que surgía destacándose contra la luz de los reflectores; una peculiaridad de los túneles recién abiertos.

Durante cinco minutos el guardia estuvo allí en comunión con la naturaleza, luego se subió los pantalones, volvió pausadamente hasta el pie de la casamata y ascendió lentamente por la escalera. El centinela que le había reemplazado descendió y reanudó su monótona marcha y Lang respiró aliviado por primera vez en cinco minutos.

En la 104, Torrens había tachado al número ochenta y tres en su lista. Ahora avanzaban con cierta rapidez y los tropiezos fueron mínimos. Ramsay consultó su reloj y subió hasta la habitación para comprobar la intensidad de la luz del día. Aún estaba oscuro, pero no tardaría en llegar el amanecer. Se quedó junto a la ventana tratando de mantener los ojos libres del resplandor de los reflectores y ver si los árboles del bosque comenzaban a distinguirse con mayor facilidad.

Faltando cinco minutos para las cinco de la madrugada, creyó captar un resplandor mayor en la nieve y se imaginó que podía ver los árboles con más detalle a través de la alambrada. Llamó a Davison.

—Creo que ahora está aclarando —dijo Davison.

—Bien. Ha llegado la hora de acabar —dijo Ramsay—. Que bajen los tres siguientes y eso será todo. Si logramos que salgan todos sin ser descubiertos, los Hunos no se darán cuenta de nada hasta el *appel* y los muchachos podrán contar con unas cuatro horas antes de que comience la cacería.

Davison hizo bajar rápidamente a los tres siguientes: Michael Ormond, un neozelandés gigantesco que solía representar los papeles de vampiresa en el teatro del campo; Muckle Muir y Tim Newman. Éste acababa de desaparecer por el túnel en el carro cuando se escuchó un disparo de fusil. Venía del exterior, fuera de la alambrada en la dirección del túnel.



## Capítulo 17

### Estalla la tormenta

**P**OCO antes de las cinco menos diez minutos, un gigantesco ametrallador de cola, llamado Reavell Carter, surgió del agujero, pasó arrastrándose junto a Lang y siguió la cuerda atada a un árbol en el interior del bosque, en el lugar de reunión. Estaba encargado de conducir al grupo siguiente a través del bosque hasta el camino que se extendía al sur del campo.

Un par de minutos después, Oggy Ogilvy, un canadiense, emergió por la abertura y pasó junto a Lang en dirección a los árboles. El siguiente era Mike Shand, piloto neozelandés de *Spitfires*. Len Trent, quien le seguía, acababa de salir del agujero cuando el centinela que había estado patrullando al lado este junto a la alambrada, apareció nuevamente. Por alguna razón desconocida, marchaba por la parte más próxima al sendero, junto al borde del bosque. Ningún centinela había hecho esto antes. Si mantenía la misma dirección, tenía que dar con el agujero de salida.

Lang pudo distinguir los botones y las correas sobre el capote y se quedó más frío que lo que había logrado dejarle la larga vigilia en la nieve, dio dos tirones fuertes en cada cuerda y Shand, a mitad de camino entre el extremo de la cuerda y él, y, Trent, justo fuera del agujero, se inmovilizaron en el acto. El alemán seguía avanzando. Estaba a unos ocho metros y Lang sintió que sus ojos le saltaban de las órbitas convertidos en un par de señales de detención. El alemán estaba a seis... cinco... cuatro metros de distancia y seguía avanzando y aún no había visto nada. Parecía mirar ciegamente hacia adelante sin fijarse en el suelo.

Sus botas crujían acompasadamente en la nieve... izquierda, derecha, izquierda, y luego puso una bota a treinta centímetros del borde de la abertura del túnel y aún no la veía y luego su pie falló por centímetros el cuerpo de Trent, tendido y doblado en dos junto al agujero. Y aún el guardia no le veía. Era algo increíble.

Avanzó otro paso... y entonces salió de su estado de ensimismamiento. Se había dado cuenta del rastro lodoso que los cuerpos habían dejado al arrastrarse sobre la nieve. Un murmullo salió de él cuando giró bruscamente y con el mismo movimiento libró el fusil de sus hombros y lo cogió en las manos. Sólo entonces debió de ver a Shand sobre la nieve. Alzó el fusil y estaba a punto de apretar el gatillo cuando Reavell Carter, quien presenciaba borrosamente el drama desde los árboles salió a descubierto agitando los brazos.

—*Nicht schiessen, Posten!* —gritó—. *Nicht schiessen!* (¡No dispare, guardia! ¡No dispare!)

Su imprevista aparición dio el susto de su vida al alemán, y el fusil saltó de sus manos al disparar. La bala se perdió en la distancia. Y también se perdió toda la tranquilidad reinante. Shand se puso de pie en el lugar donde estaba tendido y corrió agazapado hacia los árboles ocultándose tras los troncos. Ogilvy surgió del árbol

junto al cual se había enterrado en la nieve e hizo lo mismo, dejando caer su equipaje mientras huía.

Mientras ambos desaparecían entre los oscuros árboles, Reavell Carter avanzó (no podía hacer otra cosa) y entonces, justo al lado del paralizado centinela, y aún sin que le vieran, Trent se puso lentamente en pie. El guardia le vio, dio un salto en el aire y nuevamente quedó petrificado, como si hubiera echado raíces por la sorpresa. Era un tipo simple, probablemente campesino, de muy pocas palabras.

Un segundo después, Lang (sin ninguna otra opción) hizo su aparición tras el refugio de ramas de los «hurones», a unos tres metros. El guardia, al verle, sólo pudo sacudir la cabeza con incredulidad, y entonces notó el agujero a sus pies, y su boca se abrió y cerró como la de un pez.

Estuvo paralizado unos tres segundos, que fueron de bastante comicidad, y entonces se recuperó, encendió la linterna y la apuntó en dirección a la boca del túnel. A pocos centímetros de la superficie, asido a la escalera, estaba Bob McBride, el número ochenta de los evadidos.

El centinela buscó su silbato y sopló desesperadamente; luego encontró la presencia de ánimo suficiente como para apuntar con su fusil a McBride y obligarle a salir. McBride se arrastró lentamente fuera del túnel y el guardia cubrió a los cuatro evadidos con su fusil. Emitía unos ruidos roncós como si hablara, pero nadie sabía lo que decía y, probablemente, menos que nadie el propio guardia.

Lang escuchó que el centinela de la casamata telefoneaba frenético a la sala de guardias alemana y en la verja, a unos ciento ochenta metros de distancia, apareció un pelotón de soldados alemanes a la carrera. El centinela de la casamata les gritó y se abrieron en abanico para entrar en el bosque. El guardia adelantó el fusil hacia los cuatro hombres y con toda claridad señaló el sendero. Con las manos en alto, se volvieron y emprendieron la marcha, lentamente:

En la 104 el silencio había seguido al disparo. En torno a la puerta-trampa el silencio duró unos tres segundos, mientras todos, petrificados, se miraban entre sí. Ramsay dijo en voz baja, con magnífica comprensión de la situación:

—Parece un disparo.

—Por cierto que ha sido un maldito disparo —dijo alguien, con voz aguda.

—¡Dios mío! —Ramsay fue el primero en moverse—. Han cogido a uno. Davison, que vuelvan los del túnel.

Y mientras Davison desaparecía por la escalera, Ramsay se dirigió a Torrens, que estaba junto a la puerta.

—Que todo el mundo en la barraca comience a destruir sus papeles y todo el equipo que pueda incriminarles.

Se lanzó a la ventana, pero no pudo distinguir nada. La nevera se interponía entre la barraca y la boca de salida del túnel. Volvió junto a la puerta-trampa, sabiendo que

la mayoría de los hombres dentro del túnel no habrían oído el disparo y que seguirían avanzando. Mientras descendía por la escalerilla, un vigía en la habitación de enfrente informó que un pelotón de soldados alemanes había salido de la casa de guardias y corrían junto a la alambrada en dirección a la salida del túnel.

En realidad, los que estaban en la última estación intermedia habían escuchado el disparo. Denys Maw, el número ochenta y uno, estaba a punto de trepar por la escalera de salida cuando sobre su cabeza llegó el estampido del fusil. Un pensamiento horrible cruzó su mente.

—¡Los muy bastardos! Lo han sabido todo este tiempo y están derribando uno a uno a los que salen del túnel.

De inmediato se dio cuenta de la irrealidad de su pensamiento, porque se habrían escuchado los otros disparos. Los guardias debían haber descubierto la boca del túnel. Maw volvió a la estación intermedia y allí, los otros dos, el encargado del arrastre y el próximo a salir, habían llegado a la misma conclusión.

—Vámonos de aquí —dijo.

Los otros dos no necesitaron de buenos argumentos para convencerse. Uno de ellos se tendió sobre el carro y se impulsó hacia «Leicester Square», luego el carro volvió en busca del siguiente. Maw tiró de la cuerda para atraer el carro y subió a la plataforma, comenzando el viaje de retorno.

Y así sucedió que la operación se hizo a la inversa y los hombres empezaron a volver al campo. Sin embargo, durante algunos minutos, los que se encontraban en la primera sección del túnel, no se enteraron de los sucesos y no los descubrieron hasta que comenzó la oleada de vuelta. Entretanto, Ramsay y Davison, en la base del eje vertical, intentaban transmitir la información.

Ramsay alcanzó a distinguir el carro en «Piccadilly», con la abultada figura de Newman sobre la plataforma. Gritó:

—¡Vuelve! Nos han descubierto. Da la voz de alarma.

Su voz fue acallada por el largo y estrecho espacio y el hombre en el carro sólo pudo escuchar una voz débil, pero no supo lo que decía. En respuesta, Ramsay escuchó un grito ahogado y vago.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —gritó Ramsay nuevamente—. Todo ha terminado. Han descubierto el túnel.

Nuevamente la misma respuesta ahogada. Se desarrolló a continuación una competencia de gritos en la cual ninguno de los dos hombres lograba comprender lo que el otro decía.

Ramsay cogió la cuerda del carro y trató de arrastrarlo de vuelta, pero Newman opuso resistencia. Estaba en camino de su propia libertad y no deseaba volver por ninguna razón. Se asió fuertemente de los rieles y retuvo el carro. Ramsay gritó nuevamente y dio un fuerte tirón a la cuerda. Tiró y tiró, y entonces la cuerda se rompió.

Ramsay comprendió que era inútil arrastrarse por el túnel en su persecución. Los que estaban en la salida se darían cuenta muy pronto que la partida estaba perdida y comenzarían a retroceder. Su actitud sólo serviría para bloquearles el paso. Newman notó que la cuerda se rompía y entonces pensó que algo andaba realmente mal. Con gran esfuerzo logró volver la cabeza en el estrecho túnel y vio a Ramsay que agitaba los brazos frenéticamente en el otro extremo. Éste, con inmenso alivio, observó que Newman hacía retroceder el carro y a los pocos segundos emergió en la base con los pies por delante.

—¿Qué demonios...? —comenzó a preguntar, iracundo y sudoroso.

—El túnel ha sido descubierto —le dijo Ramsay, cortante—. Le dispararon a alguien allí afuera. Sube a la barraca.

Y mientras Newman ascendía por la escalerilla, Ramsay tiró el carro a la cámara de dispersión. Sin la cuerda, sólo serviría de estorbo. Volvió la mirada hacia el túnel y vio que un cuerpo avanzaba dificultosamente. Muy pronto surgió una cabeza y el hombre salió con el cuerpo cubierto de sudor. Se había arrastrado desde la última estación intermedia.

—Nos han descubierto —dijo superfluamente—. Creo que los «hurones» me persiguen. Alguien viene tras de mí.

Nuevamente se escucharon ruidos en el túnel y Ramsay vio que otro cuerpo avanzaba por el estrecho canal. A los pocos segundos, Muckle Muir hizo su aparición.

—Está todo perdido —dijo con voz entrecortada—. Descubrieron la salida y los «hurones» se han metido por ella. Alguien viene tras de mí.

Más ruido en el túnel. Mike Ormond apareció, con la respiración entrecortada.

—Nos han descubierto —dijo—. Vienen los «hurones».

Uno a uno se arrastraron por el túnel, extenuados y sudorosos y al surgir en la base se expresaban excitadamente:

—¡Cuidado! Me persiguen un «hurón».

Y cada vez se trató sólo de otro prisionero, pero Ramsay sintió que se le erizaba el cuero cabelludo. Los últimos fueron «Pelirrojo» Noble, Denys Maw y Shag Rees. Shag había estado encargado del arrastre en «Leicester Square» y había pasado un mal momento. Cuando oyó a Maw que volvía de la cabeza del túnel, Shag no sabía si se trataba de un prisionero o de un «hurón». Sacó la bombilla del portalámparas y se aplastó contra la pared, en la oscuridad, para escapar a los disparos. Sin poder soportar la tensión por más tiempo, preguntó:

—¿Quién es?

Maw le respondió tranquilizadamente y le dijo que era el último. Se arrastraron por el túnel hasta la 104, Shag esperando a cada instante que le dispararan por la espalda. Cuando surgieron en la barraca, Ramsay cerró la puerta-trampa y volvió a poner la pesada estufa en su lugar. Luego, él y Davison recogieron todas las mantas

del suelo y las tiraron sobre las literas, movieron los armarios que ocultaban la puerta-trampa de la ventana y los volvieron a apoyar contra el muro.

Ramsay salió al pasillo y por un instante, horrorizado, pensó que el bloque estaba envuelto en llamas. Había docenas de fogatas en el pasillo y otras en las habitaciones. Todos los prisioneros quemaban sus papeles y mapas y la barraca se encontraba inundada de humo e iluminada ligeramente por los fuegos. Destruyeron parte de las brújulas y trataron de ocultar el resto en las colchonetas, junto con el dinero alemán. Arrancaron los botones de los trajes y los quemaron o los ocultaron.

Algunos saltaron por las ventanas (acción estrictamente prohibida) al iluminado campo y corrieron hacia sus respectivas barracas. El guardia de la casamata cercana a la nevera disparó un par de ráfagas y la huida cesó de inmediato.

De pronto, todo el mundo se inmovilizó, con la vista clavada en la puerta del bloque. Escucharon que se retiraba la barra, se abría la puerta y luego vieron que entraba el *hundfuehrer* con su perro. Al perro parecía importarle poco la situación observando a cada uno cansadamente; pero el *hundfuehrer* se detuvo en el umbral sin saber qué actitud tomar. Era un alma simple y no sabía qué hacer. Sin poner mucho énfasis en sus palabras, dijo a algunos que volvieran a sus habitaciones, pero la mayoría le ignoró. Cogió de las perchas del pasillo varios abrigos e hizo un montón con ellos junto a la puerta de la barraca. El perro alsaciano sabía lo que tenía que hacer. Se echó sobre los abrigos y se puso a dormir.

El *hundfuehrer* no pudo pensar en nada mejor. Se sentó cerca de los abrigos contemplándose los pies.

Ahora que la función había terminado, la tensión se alivió y unos ciento cuarenta prisioneros se sentaron en sus habitaciones, riendo y charlando, dejando escapar la presión acumulada. Sabían que el registro vendría muy pronto y que, probablemente, se les enviaría a las celdas a pan y agua. Al cabo de poco, la ocupación principal fue la de comer las raciones que cada uno tenía para su evasión. La pasta era demasiado concentrada como para comer cantidad de ella y antes de que pasara mucho tiempo, nadie más pudo seguir consumiéndola. En la habitación 23, Ramsay escuchó unos ruidos bajo la puerta-trampa. Los «hurones» habían llegado. Y como habían sabido encontrar el camino hasta allí, Ramsay decidió que ellos mismos buscaran la forma de salir nuevamente.

En la casa de guardias junto a la verja, Von Lindeiner se enfrentaba a los cuatro prisioneros cogidos en la boca del túnel. Su rostro estaba congestionado, les gritaba y de sus labios saltaban pequeñas gotas de saliva. Los prisioneros, en posición de firmes, no abrían la boca, incapaces de comprender gran parte de lo que se les decía. Lang comprendió algo:

—De manera que no quieren quedarse en este campamento —decía Von Lindeiner, en tono chillón y tembloroso—. Quieren estar fuera para que la Gestapo

les coja. Les fusilarán. Les eliminarán a todos.

Todas las palabras giraron en torno al mismo tema y en igual tono. Ningún *Kommandant* puede ser un hombre atractivo y agradable para un prisionero, pero creo que Von Lindeiner lo era. Al menos, tan atractivo y agradable como podría ser un *Kommandant* en la Alemania de Hitler. No era culpa suya si no podía alimentarnos como se debía, o si alguien sufría un ataque de nervios, se lanzaba contra la alambrada y moría en manos de un guardia que no le costaba mucho esfuerzo apretar el gatillo. Y él sabía que el túnel le costaría caro y que su propio arresto no estaba muy distante.

Alrededor de las seis, la primera columna de soldados alemanes, con sus cascos de acero, llegó a través del bosque desde la *Kommandantur* y penetró en el campo, eran unos setenta hombres con armamento completo. Esta vez llevaban ametralladoras montadas además de las metralletas. Se abrieron en abanico en el campo y cerraron los postigos de todas las ventanas y luego formaron un silencioso círculo en torno a la 104. Las puertas de la barraca quedaron resguardadas por cuatro ametralladoras con su dotación completa.

Von Lindeiner entró en el campo, muy erguido y con paso rápido, sin mirar a ningún lado, aún con el rostro congestionado. Broili seguía sus pasos, pálido en contraste y casi corriendo para no quedarse atrás. Y a continuación, el ayudante del *Kommandant*, mayor Simoleit y Pieber, quien presentaba un aspecto tan solemne como un búho. «Cuello de Caucho» entró al trote, seguido de otro escuadrón. Todos los guardias adoptaron la posición de firmes al paso de Von Lindeiner. Se escuchó una sucesión de saludos, entrechocar de tacones y los «hurones» sacaron sus revólveres.

Varios guardias abrieron las puertas y entraron ruidosamente en la barraca, gritando la conocida fórmula:

—*Aus! Aus!*

Uno a uno comenzaron a salir los prisioneros, casi esperando que las ametralladoras les segaran a medida que iban surgiendo. Empezaba a nevar y les esperaban una docena de «hurones». Al salir cada hombre, le cogía un «hurón» y le obligaba a desnudarse totalmente; incluso a quitarse las botas. Los «hurones» inspeccionaron cuidadosamente cada prenda y cualquiera que tuviera el aspecto de haber sido modificada para aparentar ropa de civil o que ayudara en lo más mínimo en un proyecto de evasión, era apartada y amontonada. Muchos perdieron sus pantalones y se les dejó sólo con sus calzoncillos largos de algodón. La escena comenzaba a tomar un aspecto gracioso, pero no tanto como para reír.

Simoleit surgió de la 104 corriendo agitadamente, pasó junto a los prisioneros parados en la nieve y se dirigió a la 101. Era un hombrecillo pequeño, como un gorila desnutrido, y su aspecto desde atrás, corriendo, vestido con sus pantalones de montar

y altas botas, no le favorecía en absoluto. Entró como una tromba en la habitación de Bill Jennens y anunció con voz entrecortada que el *Unteroffizier* Pfelz había descendido al túnel por la boca de salida hacía más de una hora y que no podían encontrar la puerta-trampa para sacarle de allí. Moriría ahogado... estaba perdido. El *Herr* mayor Jennens debía venir en su ayuda inmediatamente.

Jennens estaba aún tendido en su litera. Se puso de pie lentamente, estirando los brazos y bostezando y luego preguntó qué demonios estaba haciendo Pfelz en el túnel. (Era increíble lo que lograba Jennens con sus gritos y puñetazos sobre las mesas. Lo hacía siempre y los alemanes le respetaban.)

Simoleit explicó que el *Unteroffizier* Pfelz había bajado al túnel para cerciorarse de que no hubiera otros prisioneros escondidos. Si *Herr* Jennens tuviese la bondad de darse prisa... El *Unteroffizier* estaría a punto de ahogarse. Simoleit daba pequeños saltos en medio de su desesperación.

Jennens se vistió lentamente y siguió a Simoleit, desganadamente, hasta la 104, donde descubrió que el «Pelirrojo» Noble se había apiadado de su antiguo amigo Pfelz y estaba alzando la losa. Desde el fondo del eje vertical les observó un Charlie Pfelz con cara bastante aliviada y que luego trepó por la escalerilla. Emergió, saludó educadamente y explicó al *Kommandant* todo cuanto había visto. A continuación, sonrió en dirección a «Cuello de Caucho». Este era un gran momento para Charlie. Odiaba a «Cuello de Caucho».

Ahora Von Lindeiner tenía su pistola en la mano. Siguieron su ejemplo todos los oficiales, lo mismo que los «hurones».

La mano de Broili temblaba con tanta violencia que, probablemente, no le habría dado a la puerta de un granero, pero la mano de «Cuello de Caucho» presentaba una firmeza extraordinaria y los nudillos estaban blancos, demostrando que ya había comenzado a presionar el gatillo. Su estado de ánimo impresionaba, con el rostro manchado de rojo. Lo mismo que el *Kommandant*, «Cuello de Caucho» sabía que tendría que explicar muchas cosas.

Shag Rees y el «Pelirrojo» Noble salieron juntos de la barraca y cuando «Cuello de Caucho» les vio, casi sentimos que su mano se alzaba. Shag y Noble eran sus enemigos personales. Siempre le habían causado problemas y ambos habían estado en la nevera un par de veces. Se acercó con paso rápido al lugar donde se les estaba registrando, les cogió de los hombros de los abrigo y les dio unos fuertes empujones mientras intentaba desgarrarlos.

Shag y Noble se libraron bruscamente y se apartaron desafiantes. Un guardia alzó su fusil y amenazó a Shag y «Cuello de Caucho» apuntó con su pistola a Noble. Cayó uno de esos silencios prolongados y mortales mientras el incidente estaba a punto de terminar con un par de disparos, pero entonces se bajaron las armas al aliviarse la tensión y Noble y Shag se desnudaron en paz. El guardia cogió los pantalones y los tiró a un lado, dejándolos sólo con su ropa interior.

Von Lindeiner había observado el incidente y su rostro aumentó ligeramente de colorido.

—Nevera —dijo en tono cortante (era curioso que incluso el *Kommandant* utilizara esta palabra).

Cuatro guardias escoltaron a Noble y a Shag hasta las celdas.

Una vez terminada la inspección, los prisioneros permanecieron de pie en la nieve, formados en tres filas, rodeados de un cerco de guardias. Algunos tiritaban de frío, sin abrigos ni pantalones. Nadie sabía qué les esperaba y la situación carecía ahora de todo humor, hasta que Johnny Hutson, un pequeño piloto de *Spitfires*, de cabellos rubios, procedente de Kenya, alivió la atmósfera haciendo extraños ruidos con su garganta. Von Lindeiner le vio y le escuchó.

—Nevera —dijo tensamente, con voz de trueno, y los guardias se llevaron a Johnny.

Había una especie de trato amistoso entre Hutson y un joven londinense de unos diecinueve años, de cabellos revueltos, que poco después de salir del colegio formó parte de una escuadrilla de bombarderos. No pudo ocultar una sonrisa al ver que se llevaban a Hutson, y Von Lindeiner también le vio.

—Nevera —repitió con la misma mirada torva.

Otros dos guardias acompañaron a Horace. La sonrisa bailaba ahora en los labios de Hutson.

Von Lindeiner se dirigió a los prisioneros que le rodeaban:

—Si continúan los disturbios —dijo—, personalmente mataré a dos de ustedes.

No hubo más disturbios. Von Lindeiner no estaba de bromas.

Al cabo de poco, Eichacher trajo las fotografías de identificación y registró los nombres de todos los que estaban formados sobre la nieve. Von Lindeiner les dejó allí durante otras dos horas, mientras se efectuaba la inspección fotográfica de todo el campo para averiguar quiénes faltaban.

Cuando informaron a Von Lindeiner de los setenta y seis evadidos, salió del campo, con el rostro como una máscara de hielo. Poco después, los ciento cuarenta fueron conducidos a la verja y allí se detuvieron nuevamente. Pieber les acompañó y les observó con una mirada cargada de reproches.

—¡Señores, señores! —dijo—. No debieran hacer esto. Sólo causan problemas. El *Kommandant* está muy enfadado; en realidad, está furioso. Aún no sé lo que hará con ustedes. Ah, no me gustaría estar en las botas del *Kommandant*.

Pieber se alejó, sacudiendo la cabeza censurando la actitud de todos.

El *Kommandant* tampoco sabía qué hacer con ellos. Esperaron media hora más en la nieve y luego llegó un mensajero que habló brevemente con Pieber. El pequeño austríaco se volvió a los entumecidos hombres.

—Pueden romper filas —dijo sin más.

Todos corrieron hacia sus barracas donde el resto de los prisioneros esperaban ansiosos las noticias de todo lo sucedido la noche anterior.



Von Lindeiner había querido enviarles a la nevera, pero el espacio no era suficiente.

## Capítulo 18

### Alarma

**E** SA mañana, poco después de las seis, el teléfono de Sagan despertó e hizo levantar de su cama al *Oberregierungsrat* Max Wielen, en Breslau. Era el jefe de la Kriminalpolizei de la zona y tan pronto como se dio cuenta de la magnitud de la evasión, ordenó un *Grossfahndung*. Esto era el estado de alarma nacional, la mayor organización de búsqueda en Alemania.

La radio alemana propagó la noticia y miles de soldados y auxiliares se dieron a la caza de los evadidos. La Gestapo y la Sicherheitspolizei revisaron los papeles en todos los trenes, detuvieron los vehículos en las carreteras, patrullaron los caminos, registraron los hoteles, casas y granjas. La alarma se dio a todas las tropas de las S.S., del Ejército y de la Luftwaffe estacionadas en la región; y en una extensión de decenas de millas a la redonda, salieron de sus hogares los hombres y muchachos de la Landwehr y la Landwacht (una especie de Guardia Nacional) para recorrer campos y montes. En los puertos tan lejanos como Stettin y Danzig, los Kriegsmarine cooperaron con la Gestapo y la Polizei para prevenir cualquier evasión hacia Suecia. En las fronteras con Checoslovaquia, Suiza, Dinamarca y Francia, la Grenzpolizei mantenía un estado de alerta. En cien millas alrededor de Sagan, el país bullía de alemanes que buscaban a los evadidos.

Esta acción se transformó en la mayor búsqueda en Alemania durante la guerra. Esa mañana, Wielen destacó al Kriminal Kommissar Dr. Absalon para que investigara a fondo las circunstancias de la evasión y le entregara un informe completo de ella.

Después de salir del túnel, Roger y Valenta avanzaron cautelosamente por el bosque durante diez minutos hasta llegar al borde de los árboles. Habían tomado la dirección adecuada.

Frente a ellos se extendía un sendero angosto y, al otro extremo, tras una serie de vías entrecruzadas que brillaban ligeramente en la oscuridad, vieron la estación de Sagan. Buscaron la entrada subterránea que, según se les había dicho, pasaba bajo las vías y conducía a los andenes y a la taquilla. Desgraciadamente se había construido un refugio sobre la entrada y era prácticamente irreconocible en la oscuridad, dada la descripción que ellos tenían.

Estuvieron buscando la entrada por algún tiempo, sin saber que se encontraba bajo sus propias narices. Un par de sombras surgieron del bosque y luego otras dos. Tampoco pudieron encontrar la entrada subterránea, y antes de que pasara mucho tiempo, ya eran una docena los que caminaban en todas direcciones buscando la misma. En un par de ocasiones, Marshall escuchó unos reniegos sordos y una vez,

con toda distinción, una voz iracunda preguntó en inglés dónde demonios podría estar la maldita entrada. Por la gracia de Dios no les escuchó ningún alemán.

En su desesperación, Marshall y Valenta abrieron la puerta del pequeño refugio para ver qué había en su interior. Ya habían pasado un par de trenes con anterioridad, y entonces escucharon la sirena de alarma de las incursiones aéreas. No pudieron ver nada en la oscuridad del refugio y mientras se preguntaban qué podrían hacer, un alemán asomó su cabeza por la puerta y les alumbró con su linterna.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó en alemán—. ¿No saben que al escucharse la sirena deben entrar en el refugio?

Valenta murmuró algo en alemán y ambos se alejaron nuevamente hacia el sendero. Sólo quedaba un tren al cual podrían subir. Más tarde, tendrían que hacer peligrosos trasbordos y, en todo caso, el tren podría ser detenido por la incursión aérea. Si se descubría pronto la evasión, con toda seguridad que revisarían el tren.

—No vale la pena correr el riesgo —dijo Valenta—. Marchemos a pie hasta Checoslovaquia. Conozco el camino y allí puedo encontrar ayuda fácilmente.

Volvieron a entrar en el bosque, en dirección al camino que daba un rodeo por fuera del límite oeste del campo. Encontraron el sendero y lo siguieron hasta encontrarse fuera de la zona del campo. Trataron de continuar paralelo a él, a través de los sembrados, pero el terreno estaba demasiado enlodado y tuvieron que retomar a los caminos y correr el riesgo de toparse con los alemanes.

Faltando aún bastante para el amanecer, llegaron a la autopista de Breslau, que corría a unos veinte kilómetros al sur del campo, la cruzaron y, al notarse las primeras luces del amanecer se ocultaron en un bosque. Estuvieron allí todo el día, tiritando de frío y demasiado excitados como para conciliar el sueño. Al anoecer continuaron por un pequeño valle, pasaron a través de una aldea y al llegar al otro extremo, de pronto, tres hombres surgieron de la oscuridad y antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía, les apuntaba una escopeta.

Valenta intentó engañarles, pero entonces comenzaron a hacerle preguntas a Marshall. Éste sabía muy poco alemán y trató de hacerse pasar por obrero francés, pero uno de los alemanes hablaba mejor francés que él y el juego se terminó. Era tan evidente que los alemanes esperaban a los evadidos que no tenían posibilidad de escapar. Los alemanes les condujeron a la aldea nuevamente y telefonaron a la policía de Halbau. Marshall se dio cuenta que ya no podrían engañarles y logró desprenderse de los pases, mapas y de la brújula, pisoteándolos y enterrándolos en la nieve.



Mapa mostrando el lugar de Sagan en Alemania en relación con las vías de escape.

Una hora después, llegó un furgón de la policía y les llevó a una pequeña cárcel. Les encerraron en una celda de unos dos metros cuadrados, y allí encontraron a Humphries, a un australiano delgaducho llamado Paul Royle y a Shorty Armstrong, con quienes habían estado en la 104 la noche anterior. Los tres habían sido cogidos casi en las mismas circunstancias. Apretujados como sardinas en la celda encontraron cierto alivio en la situación común a todos. Al menos, la celda era templada en comparación al frío del exterior. Masticaron sus raciones concentradas, charlaron un rato y luego se quedaron dormidos, extenuados.

La puerta de la celda se abrió violentamente al amanecer y entraron media docena de hombres de rudo aspecto vestidos con uniformes de la policía, les sacaron de la cárcel, les metieron a empellones en un coche y les llevaron de vuelta a Sagan por el mismo camino que habían recorrido. No les condujeron al campo, sino a una cárcel civil, donde fueron interrogados y luego encerrados en una celda de mayor tamaño llena de literas de tres camas.

Durante el interrogatorio de Marshall, sonó el teléfono en el pequeño despacho y éste escuchó a un guardia que repetía en el aparato, en alemán:

—Sí, sí. Seis en Hirschberg, sí y cuatro en Danzig.

No era difícil comprender el significado.

La celda era fría y estaba invadida de insectos. Les sorprendió el hecho de que no les condujeran a la nevera del campo de prisioneros, y comenzó a crecer en ellos una ligera inquietud. La puerta se abrió nuevamente y entraron Ogilvy, Chaz Hall y otros dos evadidos. Como a Marshall y el resto, les habían cogido las patrullas al sur de la autopista y no pudieron engañar a los alemanes, demasiado suspicaces y alertas.

Durante el día, la puerta se abrió tres veces más y entraron otros evadidos. Su historia era la misma. Habían intentado cruzar los campos, pero la nieve y el lodo les había obligado a volver a los caminos y a caer en manos de las patrullas. Ya sumaban diecinueve al atardecer de ese día. Los guardias dieron a cada uno dos rebanadas de pan para todo el día y les dejaron sin mantas.

Day y Tobolski encontraron la sala de espera de la estación de Sagan casi llena de evadidos. Un par de horas antes habían estado charlando en la 104 y ahora caminaban impacientes sin reconocerse. Day se rozó prácticamente con Kirby-Green y Kidder, quienes viajaban juntos, y con los sudafricanos Gouws y Stevens, pero ninguno hizo el menor gesto de reconocimiento.

En el tren con destino a Berlín, Day se sentó a cierta distancia de Tobolski, pero se reunieron más tarde y se sintieron más seguros una vez que se mezclaron con las multitudes de las calles de Berlín. Tenían la dirección de un danés que vivía en esa ciudad, le encontraron en su departamento y pasaron allí la noche. A la mañana siguiente desconfiaron de la mirada de la criada alemana del danés y pasaron los dos días restantes en un sótano de una casa bombardeada. El lunes fueron a la estación Stettiner para coger un tren que les llevara a un puerto del Báltico. En el andén un hombre se acercó a Day, le mostró un permiso policial y le pidió su carta de identificación.

Day se la mostró sintiendo que el sudor le brotaba por todo el cuerpo. El detective la observó superficialmente, se la devolvió y se marchó. El *Unteroffizier* Tobolski obtuvo el timbre en su *soldbuch*, con lo que podía continuar viaje. Llegaron a Stettin sanos y salvos y luego de un día de estar en el puerto, lograron entablar contacto con unos franceses de un campo de obreros. Los franceses les llevaron a sus barracas y les prometieron que les buscarían unos marinos suecos que les ayudaran en la travesía.

Por la mañana estaban esperando en las barracas cuando entraron cuatro policías alemanes y el jefe del grupo preguntó de inmediato:

—¿Dónde están los ingleses?

Day y Tobolski intentaron engañarles al comienzo, pero a los cinco minutos tuvieron que marcharse con las manos en alto y fusiles a la espalda.

El «Burlador», que viajaba en compañía de Werner, se unió al grupo de diez «obreros», incluyendo a «Papá» Green, cuyo itinerario era en tren hasta Hirschberg y luego a Checoslovaquia. Todos llevaban boinas y trajes sucios. Se bajaron del tren al amanecer en una pequeña estación, poco antes de Hirschberg y allí se dividieron.

El «Burlador» y Werner se dispusieron a alcanzar la frontera checa a pie, pero no tardaron más de dos horas en darse cuenta de que la nieve no se lo permitiría. Esa noche, volvieron a la estación de Hirschberg, tuvieron ciertos problemas para comprar los billetes, pero, finalmente, los obtuvieron. Estaban sentados en el vagón, esperando la partida del tren, cuando llegó la policía, observó detenidamente sus pases y uno de ellos les dijo:

—*Komm mit.*

En el cuartel general de la Gestapo se encontraron con media docena de viejos amigos: Jimmy James, «Papá» Green y algunos de los polacos. La Gestapo tenía a los polacos de pie con el rostro vuelto hacia el muro, con prohibición estricta de moverse. Después del interrogatorio, esposaron al «Burlador» y le encerraron en una celda.

Plunkett, el fabricante de mapas, y Dvorack perdieron su recién adquirida libertad en la estación de Klattau (Checoslovaquia) porque no tenían en su poder el pase adecuado. Danny Krol y Sydney Dowse fueron capturados en un granero cerca de Oels. La Gestapo cogió a Van Wyeermisch en Berlín.

Neely logró llegar a Stettin, donde unos obreros franceses le ocultaron en una choza tras un hospital, mientras intentaban conseguirle un barco con destino a Suecia. Volvieron y le dijeron que la policía estaba registrando la ciudad. Poco después, la policía entró en el hospital y Neely escapó por detrás cuando ellos abrían la puerta de enfrente. Se dirigió a la estación, cogió un tren para Munich y milagrosamente evitó todos los registros de identificación durante el viaje, pero le cogieron en la estación de Munich al llegar.

Los pases de Tim eran buenos para tiempos normales, pero en el enorme *Grossfahndung* se necesitaba algo más que papeles bien falsificados. Los alemanes hicieron una redada de varios miles de personas y les encerraron en las cárceles. Algunos, inocentes, fueron dejados en libertad más tarde. Muchos eran desertores alemanes u obreros-esclavos evadidos. Otros eran criminales, fugitivos de la justicia por variadas razones. La red que se tendió desde Sagan les cogió a todos.

Uno a uno fueron cayendo los evadidos de Sagan y a los quince días de la escapada, quedaban en libertad sólo tres de los setenta y seis que habían logrado salir por el túnel. Los alemanes no les capturaron. Dos de ellos ya se encontraban en Inglaterra; el tercero estaba en camino.

# Capítulo 19

## Hitler y la Gestapo

**E**N la mañana del domingo, en Berchtesgaden, veintiséis horas después de descubierta la evasión, Hitler recibió el primer informe completo de la Gestapo sobre el caso y cedió a uno de los ataques de furia que le eran muy comunes. En ese tiempo, en Berchtesgaden estaban Himmler, Goering y Keitel. El Führer les citó a reunión inmediatamente y ordenó que no se tomaran notas de lo dicho en la conferencia. Es muy probable que en esos momentos ya supiera lo que iba a hacer. Había alcanzado ese estado mental en el cual sólo podría poner fin a la cuestión de la evasión de los prisioneros, recurriendo a una sola medida.

Más tarde, Keitel confesó que Hitler estaba «muy excitado» al informarles de lo sucedido. De inmediato Himmler culpó a Keitel de todo. Dijo amargamente que se necesitarían setenta mil policías y quizá muchas horas de trabajo para volver a capturar a los evadidos. Goering, también culpó a Keitel y éste, a su vez, culpó a Himmler y a Goering, con lo que se desarrolló una dura discusión frente al iracundo Hitler. Keitel dijo que se trataba de campos de prisioneros de la Fuerza Aérea, por lo tanto, eran responsabilidad única de Goering. Dijo que no soportaría más insultos en presencia del Führer.

Hitler terminó bruscamente con la discusión.

—Se les debe fusilar a todos en cuanto se les capture —dijo simplemente.

Goering protestó con todo tacto; pero, se debe decir, no por un sentimiento humanitario sino por convincentes razones políticas.

Explicó que fusilarlos a todos sería una demostración clara de asesinato. Por otra parte, probablemente se tomarían represalias con los prisioneros alemanes en manos de los Aliados.

Hitler, al parecer, comprendió la lógica de este razonamiento.

—En ese caso —dijo—, tendrá que fusilarse a más de la mitad de los evadidos.

Posteriormente, Keitel y Himmler sostuvieron una conferencia privada para determinar los fusilamientos y, más tarde, Keitel se reunió con el Generalmajor Von Graevenitz, el oficial encargado de los prisioneros de guerra, y le dijo que más de la mitad de los prisioneros recapturados debían ser fusilados.

Von Graevenitz, un oficial regular de la Wehrmacht, se sorprendió e inquietó con la noticia.

—No podemos fusilar a estos oficiales —dijo.

Keitel, furioso, le gritó:

—Ha llegado la hora de dar un ejemplo, de otra forma no podremos hacer frente a las evasiones. Este debe ser un golpe que corte para siempre las evasiones. Todos los prisioneros deben enterarse de lo sucedido.

Esa noche, Himmler habló con Kaltenbrunner, en Berlín, de grado inmediatamente inferior al suyo, y a la mañana siguiente, Kaltenbrunner dictó el texto de lo que ha llegado a conocerse como la «Orden de Sagan».

«El aumento de las evasiones de los oficiales prisioneros de guerra es una amenaza para la seguridad interior. Me siento indignado ante la ineficacia de las medidas de seguridad. Como freno a esta actitud, el Führer ha ordenado que más de la mitad de los oficiales evadidos sean fusilados. Por lo tanto, ordeno a la Kriminalpolizei que entregue a la Gestapo más de la mitad de los oficiales recapturados para ser interrogados. Después del interrogatorio, los oficiales serán conducidos en dirección a sus campos de prisión originales y se les fusilará en el camino. Los fusilamientos serán explicados por el hecho de que los oficiales recapturados fueron eliminados mientras intentaban escapar, o porque presentaron resistencia; de esta forma nada podrá comprobarse más tarde. La Gestapo informará a la Kriminalpolizei de estos fusilamientos dando estas razones. En el caso de futuras evasiones se esperará mi decisión para saber si se adopta el mismo procedimiento. Se hará una excepción con las personalidades de importancia. Sus nombres me serán entregados y se esperará mi decisión.»

El general Mueller de las S.S., jefe de la Gestapo en Berlín, y el general Nebe, jefe de la Kriminalpolizei, hicieron venir a Wielen y esa noche mostraron la «Orden de Sagan» al jefe de la policía de Breslau, le ordenaron que volviera y que dijera al Oberregierungsrat Scharpwinkel, jefe de la Gestapo en Breslau, que formara un pelotón de fusilamiento para ejecutar a los evadidos capturados en la zona.

Scharpwinkel nombró a un teniente de confianza, Obersekretär Lux, para que mandara el pelotón y él y Lux eligieron media docena de hombres para que les ayudaran en su misión.

En Berlín, el general Nebe dijo a su secretaria, Mertens, que le trajera las fichas de los prisioneros recapturados. Se sentó tras su escritorio. Mertens le recuerda observando una ficha y diciendo:

Der muss dran glauben. (Este sirve.)

Y luego apartó la ficha. Más tarde, al mirar otra de ellas, dijo:

—Es tan joven... No.

Y puso la ficha en otra parte.

Nebe marcó las fichas del montón más numeroso con una cruz roja. Dice Mertens que estaba extrañamente excitado y que se comportaba de forma «incontrolada».

A las oficinas de la Gestapo que habían informado de la captura de algunos de los prisioneros escapados, llegaron mensajes en teletipo con secretos de estado. El primer mensaje decía simplemente: «Dentro de cinco minutos se transmitirá un mensaje sólo para los oficiales mayores del servicio.»

A los pocos minutos los teletipos transmitieron el mensaje principal. Ordenaba la ejecución de los oficiales mantenidos bajo la vigilancia según el texto de la «Orden de Sagan»; y exigía secreto absoluto.



En la mañana del domingo arrestaron a Von Lindeiner, por órdenes de Goering. Tuvo que permanecer encerrado en su habitación. Más tarde, Pieber informó en el campo que había tenido que acostarse, víctima de un ataque al corazón. Esa misma mañana, Von Lindeiner escuchó que algunos de los prisioneros evadidos habían sido encerrados en la cárcel civil de Sagan. Telefoneó al doctor Absalon y le pidió que fueran enviados al campo. Absalon se negó a ello en la forma más insolente. Dijo que no recibiría órdenes de Von Lindeiner porque ya no ostentaba ningún cargo.

En la medianoche del lunes, aproximadamente, los diecinueve hombres tendidos en las literas piojosas de la gran celda común en la cárcel de Sagan, escucharon pasos que se aproximaban; se abrió la puerta y entró una verdadera colección de tipos de mirada siniestra quienes les obligaron a ponerse de pie apuntándoles con sus metralletas. Todos vestían de civil; pero era una especie de uniforme: abrigo pesado con cinturón y sombrero negro cubriéndoles los ojos. Marshall pensó que su aspecto era el típico presentado por los gangsters de Hollywood.

Sacaron a los diecinueve fuera de la cárcel y los introdujeron en un furgón que partió de inmediato. Marshall creyó que se les llevaba de vuelta al campo de prisioneros, a sólo una milla de distancia, pero el camión siguió su marcha y muy pronto se dio cuenta que su destino era otro. Pensó en otro campo. Valenta interrogó a uno de los guardias en el asiento posterior, que acariciaba su metralleta y les vigilaba como ave de presa. Por respuesta obtuvo un gruñido y una sucia mirada. No podían ver mucho fuera del camión y, además estaba todo oscuro de manera que permanecieron sentados, silenciosos y sin mucha alegría.

Eran casi las tres de la madrugada cuando alguien, en la cola del camión, dijo que podía ver casas a ambos lados, y al cabo de poco tiempo informó que avanzaban por un camino de cascotes y, al parecer, estaban en una ciudad bastante grande. El camión disminuyó la velocidad y pasó bajo lo que podría haber sido un arco de piedra y a los pocos metros se detuvo.

Los guardias se reunieron en el exterior gritando «*Aus! Aus!*» y formaron un cordón en torno a ellos mientras se dejaban caer por la cola del furgón. En la oscuridad pudieron darse cuenta que estaban en un patio ripiado rodeado por todas partes de altos muros de tres pisos de altura, agujereados por pequeños ventanucos. Había barrotes en las ventanas. Era evidente que estaban en una cárcel. ¡La cosa no marchaba bien!

Los guardias les obligaron a entrar por una puerta, siguieron por un pasillo oscuro de piedra y luego subieron unas escaleras. Al llegar arriba les empujaron, de cuatro en cuatro, en unas pequeñas celdas de dos por tres metros. Las tres cuartas partes del piso de cada celda estaban ocupadas por una plataforma de madera de unos treinta centímetros de altura. Esto se suponía que era la cama común de la celda. Agotados y hambrientos, los cuatro prisioneros en cada celda se apretaron unos contra otros sobre las plataformas para buscar calor y poder dormir.

Con las primeras luces de la madrugada les despertaron los violentos ruidos de las puertas al abrirse y entraron los guardias con el desayuno: una delgada rebanada de pan y una jarra de té de menta, frío y de espantoso sabor. Nada de leche; nada de azúcar. Pero, por extrañamiento que parezca, todos estaban de excelente humor. No tenían idea de lo que les iba a suceder y, en todo caso, entretanto, no dejaron que este pensamiento les inquietara.

Inspeccionaron su nuevo lugar. No había mucho que ver. Cuatro paredes de piedra pintadas de blanco, sucias, un piso de hormigón, una gruesa puerta de acero y en lo más alto del muro un ventanuco pequeño con grandes barrotes. Observando el ventanuco se dieron cuenta de que los muros tenían casi sesenta centímetros de espesor. No hacía tanto frío en esos momentos y se sentaron sobre la plataforma de madera para intercambiar las experiencias sufridas desde la noche que salieran del túnel. Era la primera oportunidad decente que tenían de conversar y con graciosas frases sobre sus aventuras, sus ánimos mejoraron aún más y pudieron pasar un día sin nuevos acontecimientos, aunque con bastante apetito.

En las celdas no había el cubo acostumbrado que en las prisiones nazis servía de letrina, pero si golpeaban a la puerta con fuerza, llegaba un guardia que les acompañaba al cubo en el pasillo.

El pasillo recordó a Paul Royle el aspecto de un submarino: era angosto, húmedo y gris, con las puertas de acero cada cierto trecho. Las únicas personas que vieron durante un tiempo fueron los carceleros con sus uniformes sucios y con un gigantesco manojo de llaves para las anticuadas cerraduras. Todos se mostraron poco amistosos.

Más tarde, entraron un alemán viejo y un pequeño polaco, obrero-esclavo, de unos catorce años. Hicieron la limpieza de las celdas. Marshall trató de entablar conversación con el muchacho, pero, al parecer, no le entendió y lo único que dijo, con una mirada alerta hacia la puerta, fue:

—Deutschland Kaput.

La cena consistió en dos rebanadas de pan negro y una escudilla de caldo insípido. Esto no hizo nada por quitarles el hambre.

Valenta estaba preocupado, pero se esforzaba en no demostrarlo. Sólo Marshall sabía que Valenta había hecho trabajos de servicio secreto antes de pertenecer a la R.A.F. Valenta sabía más de los nazis que cualquier otro. Esa noche nadie durmió bien.

A la mañana siguiente, entraron en las celdas varios guardias y fueron llevándose a un prisionero cada vez. Nadie sabía dónde, o por qué, y los nervios comenzaron a tensarse. Por la tarde, un guardia sacó a Paul Royle de su celda y le escoltó escaleras abajo, por el patio, bajo el arco y luego a la calle. Era la primera vez en cuatro años que Royle caminaba por una calle a la luz del día y después del encierro en las celdas, se sintió feliz con el sólo hecho de mirar a los transeúntes y a quienes estaban en sus casas. Parecía una gran ciudad y el guardia, suficientemente amistoso, le dijo que se

trataba de Goerlitz, a unas cuarenta millas al sur de Sagan y no muy lejos de la frontera con Checoslovaquia.

Caminaron una media milla y el guardia le condujo a un edificio gris de piedra, de varios pisos de altura. Le hizo subir por unas escaleras y luego entraron en una habitación donde un intérprete con cara de villano y con fuerte acento americano le dijo que permaneciera de pie y respondiera a las preguntas que se le harían. Tras un escritorio estaba sentado un hombre de años, canoso, quien hizo las preguntas por medio del intérprete.

Las preguntas parecían ser bastante inofensivas:

—¿Dónde se dirigía?... ¿Cuáles eran sus proyectos?... ¿Dónde está su equipo?... ¿Brújulas, mapas?... ¿Cuáles fueron las órdenes de sabotaje que recibió?... ¿Qué clase de información debía recoger en el camino?

Royle respondió con la mayor simplicidad posible. Con una ligera sonrisa negó haber recibido órdenes de sabotaje o intenciones de recoger información. Había estado cuatro años tras una alambrada y estaba cansado de ello. Sugirió a quien le interrogaba que podría haber sentido igual reacción si se hubiera encontrado en su lugar.

El inquisidor, al parecer, era una especie de oficial de la policía civil. No se mostró especialmente hostil y, al cabo de poco, dijo al intérprete:

—Evidentemente, no hay nada que objetar contra este hombre.

Royle sabía el alemán indispensable como para entender estas palabras y comenzó a sentirse un poco mejor. El guardia le acompañó de vuelta a la cárcel, pero esta vez le llevaron a otra celda.

Cada hombre que volvía del interrogatorio era encerrado en una celda diferente, donde encontraba a otros prisioneros a quienes no había visto desde la noche de la evasión. Era evidente que había otros prisioneros encarcelados fuera de los diecinueve de la cárcel de Sagan.

Los interrogatorios duraron cuatro días. Marshall pasó un mal rato. Los hombres que le interrogaron eran bastante más hostiles que los de Royle. En cuanto hubo entrado en la sala del interrogatorio, un alemán gigantesco que hablaba inglés se puso de pie, cruzó pesadamente la habitación, se detuvo a quince centímetros de Marshall y estiró el cuello hasta que casi le tocó el rostro y rugió a continuación:

—Jamás volverá a ver a su esposa y a sus hijos.

El comienzo no era prometedor, pero su significado de intimidación era tan claro que Marshall se puso en guardia y decidió representar el papel de idiota. El inquisidor tras el escritorio era un hombrecillo inquieto, que lanzaba las preguntas en tono cortante. Marshall respondió inocentemente a las mismas preguntas inofensivas hechas a Royle, y entonces el que interrogaba comenzó a insistir en que sabía lo que Marshall había hecho con los papeles.

—¿Papeles? —preguntó Marshall, aparentando inocencia y extrañeza en todo cuanto le era posible.

—Los papeles que le dieron en el campo —replicó el inquisidor secamente—. A usted le dieron unos papeles, ¿verdad?

—Cielos, sí —dijo Marshall—. El *Voelkischer Beobachter*... ¿no es ese el periódico de Goering?... y el *Deutsche Allgemeine Zeitung* y el...

—No —le interrumpió bruscamente el intérprete—. Papeles falsos y cédulas de identidad. No sea estúpido. ¿Qué hizo con ellos?

Marshall pareció sorprendido.

—¿Y los otros los tenían? —preguntó—. Dios mío, cuánto me habría gustado disponer de ellos. ¿Dónde los obtuvieron? ¿Cómo es posible que hayan podido obtener cédulas de identidad?...

Y así continuó vagamente, sin dilación, sin ninguna finalidad, comprendiendo mal algunas preguntas, cambiando otras y pasando a nuevos temas, tratando en todo lo posible de dar la impresión de ser una persona voluble y de escaso cerebro. Fue igual cuando le interrogaron sobre los mapas. (Había estado en posesión de varios de ellos muy bien detallados.)

—¿Mapa? —dijo—. Sí, tenía un mapa. Lo hice yo mismo de un plano de guerra que apareció en el *Voelkischer Beobachter*. No era muy bueno. Creo que esa fue la razón por la cual me cogieron... —y continuó nuevamente con su interminable monólogo.

Lo mismo sucedió al mencionar su traje. Llevaba uno de los trajes hechos por Tommy Guest y era una de sus mejores creaciones. Lo habían teñido de gris oscuro e incluía una gorra de esquí.

—Por cierto, usted comprenderá —dijo el intérprete—, que le pueden fusilar por llevar ropa de civil en Alemania.

—Oh, esto es sólo un uniforme que transformé —dijo Marshall, comenzando a sentirse incómodo—. Vea, lo reformé, lo teñí con pasta para limpiar botas y luego cambié los botones.

—Ese es un traje de civil —dijo el intérprete.

Marshall volvió a negar esta afirmación y trató de mostrar dónde lo había alterado.

—Traiga a alguien que entienda en ropa y le dirán que no es un traje confeccionado.

El inquisidor pulsó un botón sobre su escritorio y apareció la taquígrafa desde la habitación contigua. El hombre de rudos modales, sentado tras el escritorio, señaló a Marshall y le habló a ella en alemán, al parecer, diciéndole que le examinara la ropa. Se detuvo frente a Marshall y restregó la tela entre sus dedos huesudos y estudió las costuras interiores. Era una mujer altiva, triste, bordeando los cuarenta, de cabellos desarreglados y ligeramente canosos y rasgos largos como los de un caballo cansado.

Como se interponía entre él y su inquisidor, Marshall le sonrió a los ojos y, bastante sorprendida, ella le devolvió la sonrisa. Luego se volvió hacia el hombre tras el escritorio y dijo que no era ropa confeccionada ya que las costuras pertenecían al

tipo utilizado para los uniformes. Abandonó la habitación y Marshall respondió a otras preguntas, pero su verborrea de palabras exasperó tanto al alemán que éste dio un fuerte golpe sobre la cubierta de su escritorio y llamó al guardia para que se llevara a Marshall de vuelta a la cárcel.

Los prisioneros cayeron en un estado de depresión después de los cuatro días durante los cuales les interrogaron a todos. No tenían idea de cuál sería su destino y no pudieron obtener ninguna pista de sus desagradables carceleros. El hambre les agujoneaba constantemente ya que sólo les proporcionaban tres o cuatro rebanadas de pan negro al día y un poco de caldo insulso. Al cumplirse el cuarto día de encarcelamiento, no fueron más de tres palabras por hora las que se pronunciaron en cada celda. Al parecer no había más que hablar ni nada que esperar, excepto tenderse en la plataforma de madera y soñar con alimentos y pensar en cuál sería su futuro.

Un carcelero cogió a uno de los prisioneros trepado sobre los hombros de otro y mirando por la ventana. Le hizo bajar bruscamente y advirtió que el próximo que mirara por la ventana sería fusilado. Durante la cuarta tarde en la cárcel, después de todo el complicado proceso de sacar a un prisionero de una celda y luego encerrarlo en otra diferente, Marshall se encontró en la misma celda con Boyle, Ogilvy y McDonald, un escocés de rostro paciente y prematuramente surcado de arrugas.

A la mañana siguiente escucharon fuertes pasos en el pasillo y unas voces imperativas. Se abrieron algunas puertas de las celdas y se pudo oír el lento paso arrastrado de los prisioneros al salir. Ogilvy golpeó con todas sus fuerzas en la puerta hasta que los guardias vinieron para acompañarle al cubo-letrina. Pudo ver a seis prisioneros escoltados por varios hombres armados hasta los dientes.

Uno de los prisioneros cojeaba y había quedado ligeramente rezagado. Era Al Hake y Ogilvy logró cruzar algunas palabras con él. Hake le dijo que tenía los pies helados; que creía les llevaban a un nuevo interrogatorio. Entonces los guardias les llamaron la atención furiosamente desde el pasillo y terminaron con la conversación.

—Dios mío, qué espectáculo —dijo Ogilvy a los otros compañeros cuando volvió a su celda—. Me parece que son los mismos que nos trajeron desde Sagan; los mismos abrigos y sombreros negros echados sobre los ojos. Tiene que ser la Gestapo.

Uno de ellos arriesgó la ejecución al asomarse por la ventana. Vio a los seis prisioneros, rodeados de guardias, sobre el piso del patio, poco más abajo. Observó mientras les metían dentro de un camión cerrado, luego treparon y a continuación el camión partía en dirección al arco de piedra.

A la mañana siguiente, los cuatro prisioneros de la celda de Maxshall escucharon nuevamente el ruido de pasos y gritos en el pasillo y las puertas que se abrían. Partió otro grupo de prisioneros arrastrando los pies por el pasillo. Al mirar por la ventana vieron a diez nuevos prisioneros que eran introducidos dentro de un camión cerrado, acompañados por guardias: Estuvieron todo el día sentados, tensos, esperando su turno, pero nadie vino a buscarles. Esa noche, cuando se abrió la puerta de la celda y

el carcelero les entregó el caldo y el pan, Marshall vio una gran «S» dibujada en la puerta.

—Buenas noticias —dijo—. «S» de Sagan... Eso quiere decir que nos envían de vuelta al campo.

—Puede ser «S» de *chiessen* (disparo) —dijo uno de ellos secamente, y se escuchó un estallido de risas secas.

Esa noche llegaron tres guardias de la Luftwaffe a la cárcel y durmieron en la habitación contigua. Les dijeron a los cuatro prisioneros que les conducirían a Sagan por la mañana. Era verdad. Hacia las nueve, se abrió la puerta de la celda y los guardias de la Luftwaffe les escoltaron hasta la estación donde subieron a un tren que les llevó a Sagan, donde se les metió en la nevera tres semanas. Pero, esta vez, el encierro no fue solitario. La nevera estaba tan llena que todos tenían compañía en su celda.

Al cabo de un par de días descubrieron quiénes eran los otros que estaban en la nevera: Rees, Noble, Baines, Hutson, Reavell, Carter, Langlois, Trent, McBride y otros chicos malos, pero ninguno de los dieciséis que habían partido en camiones desde la cárcel de Goerlitz.

## Capítulo 20

### ¡Asesinos!

**E**L campo Norte estuvo extraordinariamente tranquilo durante la semana que siguió a la evasión. Cada mañana, al despertarnos, esperábamos las represalias. La atmósfera reinante era muy poco natural con el transcurso de los días y sin saber qué nos iría a suceder. Y al séptimo día llegó la Gestapo para inspeccionar el campo; eran seis ciudadanos de rostros duros que entraron en el campo y nos lanzaron una fría mirada.

No habían tratado nunca antes con prisioneros de la Fuerza Aérea, lo que puede decirse en favor de su inocencia. Al parecer sólo habían tratado con su propia población y las innumerables víctimas recogidas de las mazmorras: demasiado aterrorizados como para presentarles resistencia. Supongo que nosotros éramos privilegiados (si se le puede llamar privilegio). En tanto no metiéramos las narices en el hilo de alarma o hiciéramos referencia pública a los antepasados de Hitler, la Luftwaffe daba su pan negro y patatas y no nos molestaba por todo el campo con sus metralistas. Aún estábamos bajo la vigilancia de la Luftwaffe y generalmente fuera de la órbita de la Gestapo, y Goering no deseaba alterar las cosas.

La Gestapo rechazó rudamente toda ayuda ofrecida por los «hurones» y dijeron que harían la revisión con sus propios métodos. Según Eichacher, hicieron saber que no consideraban a los «hurones» a la altura de su inteligencia o eficiencia.

Colgaron sus abrigo y sombreros en la entrada de las barracas y comenzaron a inspeccionar las habitaciones, saliendo de vez en cuando con algunos de los clavos que habíamos sacado de las paredes o con un trozo de metal que consideraban no debía estar en nuestras manos. Apilaron todo junto a sus abrigo y mientras volvían a desaparecer en las habitaciones, los muchachos se acercaban a la puerta de la barraca y se llevaban todo aquello que deseábamos guardar por alguna razón especial. No creo que jamás se le haya ocurrido a la Gestapo que podríamos hacer algo así.

Uno de ellos fue adquiriendo valor y escamoteó una de las gorras de los hombres de la Gestapo. Otra pareja se le unió al juego y la idea pareció adquirir las dimensiones de una bola de nieve. Hubo uno que, con más celo que discreción, hurgó en los bolsillos de uno de los abrigo y, un minuto después, corrió a reunirse con Canton, con una amplia sonrisa de oreja a oreja. Sacó la mano de la chaqueta, donde la había mantenido a la moda napoleónica, y le mostró una pequeña pistola.

Sin poderlo evitar, un pequeño grito de terror surgió de los labios de los presentes.

—Dios mío —dijo Conk—. Devuélvela. Devuélvela. Eso es demasiado. Les dará pie para que comiencen a disparar.

El hombre, nerviosamente, volvió a dejar la pistola en su lugar y, afortunadamente para él, no le vieron. De hecho, la Gestapo se marchó sin llevarse nada de importancia para nosotros, pero dejando en los cajones secretos de la

«Organización X» una gorra, dos cortaplumas, guantes, otra linterna y algunos papeles de la Gestapo. Me imagino que se encontraron demasiado comprometidos al descubrirlo como para confesar el hecho a sus superiores. Además, esto habría causado algunas bajas en las líneas alemanas. Todos los «hurones» habrían muerto (de risa).

Se marcharon a los otros campos, tanto al británico como al americano, los registraron, al parecer con mayor cautela, pero tampoco encontraron nada de importancia. Lamentablemente se enfrentaban al fracaso de su misión y a una irremediable desgracia; entonces, según la moda de la Gestapo, decidieron inspeccionar en la *Kommandantur* a sus propios compatriotas.

¡Y vaya sorpresa! ¡Por fin el éxito de la empresa! Desenterraron una pequeña organización de mercado negro que envolvía (no lo creerán) a Von Lindeiner y a Von Masse. Un mayor de la Luftwaffe que pilotaba aviones de transporte solía traer vinos seleccionados de Dinamarca y tenían una pequeña bodega bajo la cocina de la *Kommandantur*. Oímos decir que un alemán que no estaba en el juego se los repartió a la Gestapo. Von Lindeiner fue llevado para seguirle consejo de guerra.

La Gestapo obtuvo tres víctimas más en su inspección. No pudieron comprender cómo habíamos podido obtener casi doscientos metros de cable eléctrico para el sistema de iluminación de «Harry». Y al pertenecer a la Gestapo, sólo pudieron pensar en una sola solución. Alguien había traicionado al Reich. Revisaron los inventarios de los electricistas del campo y descubrieron la pérdida de ciento ochenta metros de cable. Las protestas de los electricistas no valieron de nada. La Gestapo, hundida en sospechas durante años, se llevó a los dos electricistas y también al electricista jefe, quienes no habían informado de la pérdida del cable cuando se les había robado, y les fusilaron a los tres.

Llegó un nuevo *Kommandant*. Supimos que su nombre era Oberst Braune, pero en el campo Norte no le vimos. Las represalias tan esperadas se hicieron notar al cabo de un par de días. Cerró el teatro del campo, ordenó tres *appels* al día y se negó a admitir cajas de la Cruz Roja o latas de conserva en el campo. Al parecer, algo marchaba mal en alguna parte. Estos eran sólo leves alfilerazos. Después de un tiempo de pensar en el asunto, llegamos a la conclusión de que el nuevo *Kommandant* no llegaría a extremos porque, probablemente, su reputación personal no había sido afectada por la evasión.

«Cuello de Caucho» seguía rondando por el campo, al parecer, después de convencer a todos de su falta de culpabilidad. Según un «hurón» muy parlanchín, «Cuello de Caucho» se había defendido diciendo que nosotros teníamos que haber terminado el túnel muchos meses antes y luego habríamos esperado la fecha adecuada. La excavación no podía ser reciente porque era imposible dispersar la arena. No habían encontrado nada bajo las barracas y no podíamos haberla puesto bajo la nieve. «Cuello de Caucho» dijo que la excavación había sido hecha al mismo tiempo que «Tom».



El doctor Absalon preguntó cómo había sido posible que tantos prisioneros entraran en la 104 la noche de la evasión sin que nadie se diera cuenta de ello. «Cuello de Caucho» respondió que con toda seguridad teníamos pequeños túneles excavados desde todos los bloques y que desembocaban en la 104. Para comprobarlo organizó varias búsquedas imprevistas en las barracas más cercanas, lo que, por cierto, no comprobó nada, pero le dio tiempo para que amainara la tormenta oficial.

Después de los desgraciados efectos obtenidos al volar «Tom», por un tiempo no supieron cómo destruir «Harry», pero, finalmente, solucionaron el problema vaciando el contenido del carro de la miel por la entrada de la 104, la sellaron con una losa de hormigón y volaron la otra entrada fuera del campo. «Cuello de Caucho» reanudó su patrullaje con un brillo de grosera alegría en los ojos. Nadie se preocupó mucho de él, excepto los «hurones», quienes, en adelante, fueron más prudentes en sus pesquisas.

Supimos que Marshall, Ogilvy, Royle y McDonald estaban en la nevera. Jennens vio a «Papá» Green y a Poynter que también entraban en la nevera. Luego encerraron en las celdas a ocho más que, según se dijo, venían de un pueblo al sur de Sagan llamado Goerlitz. Luego recibimos la noticia de que Neely también estaba allí dentro. Sumaban quince los que habían vuelto, de un total de setenta y seis evadidos. Esto no estaba claro; era muy difícil creer que sólo quince habían sido atrapados, considerando las difíciles condiciones que se habían presentado para los caminantes. Cedimos ante la idea de que el resto había sido castigado y enviado a otros campos... quizás a Kolditz Strafelager.

Al cumplirse los quince días desde la noche de la evasión, las cosas parecieron adquirir su ritmo normal. El deshielo había empezado y los prisioneros se paseaban sin sus abrigo por el campo, alegres ante la claridad y frescura del aire. Esperábamos que en la primavera empezaría la invasión de un momento a otro, y la invasión significaba el fin de la guerra. Comenzábamos a comprender que la libertad, algún día, podría transformarse en una realidad.

Cierta mañana, en los primeros días de abril, Pieber entró en el campo, siguió directamente a la habitación de Massey y saludó educadamente. Preguntó si el capitán del Grupo tendría la amabilidad de reunirse con el nuevo *Kommandant* en la *Kommandantur* a las once acompañado de su intérprete oficial.

—¿Qué desea? —preguntó Massey—. ¿Nos va a anunciar nuevas represalias?

El rostro de Pieber se mostró desacostumbradamente solemne al responder.

—No puedo decírselo, capitán de Grupo Massey, pero es algo muy terrible.

El rumor se extendió por todo el campo. Nadie se preocupó demasiado. ¡Más de quince rumores distintos habían recorrido el campo desde la noche de la evasión y algunos mucho peores que éste, y además, Pieber era una vieja charlatana!

Poco antes de las 11, Massey y su intérprete personal el capitán de escuadrilla Wank Murray, fueron escoltados hasta la verja. En la *Kommandantur* se les hizo esperar sólo algunos minutos y luego se les permitió entrar en el despacho del *Kommandant*, una habitación corriente como en cualquier barraca, pero con

alfombra, un sillón de cuero, un gran escritorio y en el muro, a su espalda, la decoración acostumbrada de las oficinas de la Luftwaffe: una fotografía de Hitler y otra de Goering.

Oberts Braune estaba de pie tras su escritorio. Se trataba de un hombre bastante alto, de unos cincuenta años, rostro paciente y triste, surcado de arrugas, cabellos rubios, algo ralos y la Cruz de Hierro I Clase, en el lado izquierdo del pecho. Generalmente, cuando se encontraban oficialmente el *Kommandant* y el oficial británico de mayor graduación, se estrechaban la mano formalmente y continuaban con las habituales cortesías militares. Esta vez no hubo apretón de manos. Braune se inclinó tiesa y levemente y ofreció dos sillas a los oficiales para que se sentaran ante su propio escritorio. Simoleit y Pieber les acompañaban, con la mirada fija en la alfombra.

El *Kommandant* se irguió en toda su estatura y habló en alemán:

—Mis autoridades superiores me han instruido para que les comunique el siguiente informe...

Hizo una pausa para que Murray tradujera lo dicho a Massey. Braune continuó:

—Debo decirle al oficial británico que, como resultado del túnel por el cual se evadieron setenta y seis oficiales de Stalag Luft III, campo Norte, cuarenta y uno de los mismos han muerto luego de presentar resistencia o intentar escapar al arresto.

Murray enrojeció. Sin poderlo creer, preguntó:

—¿Cuántos murieron?

—Cuarenta y uno —respondió el *Kommandant*.

Murray tradujo lentamente el párrafo a Massey.

Massey escuchó en silencio, casi sin dar señal alguna de que escuchaba, excepto por un ligero movimiento en la silla y la tensión de los rasgos faciales. Una vez terminada la traducción, dijo en tono cortante:

—¿Cuántos murieron?

—Cuarenta y uno —respondió Wank.

Sentía que su rostro ardía y todo le pareció irreal en esa habitación.

Siguió un silencio prolongado y pesado que continuó en espera de la reacción de Massey pero éste continuaba allí, sentado, inmóvil. La tensión había llegado casi hasta un punto insoportable cuando alzó la mirada lentamente y se volvió a Murray.

—Pregúntele otra vez —dijo— cuántos hombres quedaron heridos.

Murray hizo la pregunta al *Kommandant*. El alemán miró vacilante a los papeles sobre su escritorio y desvió la mirada hacia la ventana. Luego dijo con incertidumbre:

—Mi autoridad superior sólo me permite leerle este informe y no responder a ninguna pregunta ni dar posterior información.

Massey dijo evasivamente:

—Pregúntele otra vez cuántos quedaron heridos.

El *Kommandant* no sabía qué actitud tomar. Miró por la ventana y luego bajó la vista a su escritorio, tratando de ordenar sus ideas y decidirse, y al cabo de unos

momentos de vacilación, dijo lentamente.

—Creo que nadie fue herido.

—¿Nadie herido? —dijo Massey, alzando un poco el tono de su voz—. ¿Me quiere decir que los cuarenta y uno fueron muertos en esas condiciones y que no hubo un solo herido?

—Yo sólo debo leerle este informe —dijo el *Kommandant*—, y nada más.

Simoleit y Pieber no habían desviado la mirada de la alfombra.

Massey pidió el nombre de los muertos.

—No puedo dárselos —dijo Braune—. No los tengo. Sólo dispongo de este informe para leérselo.

—Quisiera saber los nombres en cuanto le fuera posible obtenerlos —dijo Massey.

—Así lo haré, —respondió el *Kommandant*, y luego, después de otra ligera vacilación, agregó rápidamente, con una mano en alto en gesto apaciguador—. Debo recordarle que actúo bajo órdenes y sólo puedo divulgar lo que me ha ordenado la autoridad mayor.

—¿Y cuál es esa autoridad mayor? —preguntó Massey.

Braune gesticuló vagamente.

—Sólo una autoridad mayor —dijo.

—Exijo que se me informe de lo sucedido con los cuerpos para que así pueda organizar el funeral y la disposición de sus efectos personales —dijo Massey—. También exijo que se informe inmediatamente a la Potencia Protectora.

El *Kommandant* dijo que así se haría, que daría toda información al oficial mayor en cuanto la recibiera, pero, le recordó nuevamente que estaba limitado por esta «Autoridad Mayor».

Se puso de pie.

—Creo que esto es todo, señores.

Los dos oficiales británicos se retiraron y al salir nuevamente al aire fresco. Massey dijo a Murray:

—No mencione a nadie esta noticia horrible hasta que yo no lo haya divulgado en el campo.

Murray aún sentía arder su rostro. Ninguno de los dos deseaba hablar, y la cara de Massey era una máscara. Junto a la alambrada, Pieber les alcanzó. Parecía nervioso y angustiado y dijo en voz baja:

—Por favor, no crean que la Luftwaffe ha tenido nada que ver con este terrible asunto. No deseamos vernos asociados a ellos. Es terrible... terrible.

En algunas ocasiones, puede que Pieber nos pareciera un hipócrita, pero esta vez no. Su dolor era sincero.

Media hora después, en el campo de prisioneros, Massey ordenó que cada oficial mayor de las habitaciones se presentara en el teatro del campo para escuchar un cierto anuncio. Con esta orden corrió el rumor de que algo «horrible había sucedido».

Estábamos un poco inquietos, pero era sólo otro rumor. Pensamos en nuevas represalias... posiblemente perderíamos las cajas de alimentos de la Cruz Roja durante un tiempo. Dios sabe que eso era bastante serio. Las raciones alemanas permitían escapar apenas de la *hambrina* en su forma más prolongada y desagradable.

Unos trescientos oficiales se reunieron en el teatro. Massey subió al escenario, esperó unos segundos para que se acallaran los murmullos y luego dijo sin preámbulo alguno:

—Señores, vengo de una reunión con el *Kommandant* en la cual me dio la increíble y sorprendente noticia de que cuarenta y uno de los oficiales evadidos del túnel el 24 de marzo, han muerto.

El silencio fue impresionante. Muchos se sintieron enfermos.

Massey continuó relatando brevemente la conferencia. En cuanto le fuera posible anunciaría los nombres. Ahora no podía decir mucho más. El próximo domingo se efectuaría una ceremonia de difuntos.

Salimos del teatro aún en silencio y a los dos minutos las noticias llegaron a lo más apartado del campo. Todos sintieron horror. Por muy desagradable que fuera la vida en un campo de prisioneros, el asesinato en masa era algo nuevo en ella. Muchos no pudimos creerlo.

—Sé que los «hunos» son unas bestias asesinas —dijo uno de mi habitación—, pero jamás, hasta ahora, habían asesinado abiertamente y en masa a británicos o americanos, y no puedo comprender su finalidad al comenzar este tipo de cosas con prisioneros que en todo caso son relativamente inofensivos.

Estas palabras resumían el sentimiento general. Suponga que si conociéramos la verdad no la creeríamos, porque no deseábamos creerla. La mente construye sus propias defensas. La mayoría pensamos que todo era un truco; que los cuarenta y uno estaban en otro campo y que nosotros, al creer que estaban muertos, nos intimidaríamos y no seguiríamos con la actividad de evasión. Pero no había forma de escapar al hecho, pues el anuncio había sido oficial. Se celebró una ceremonia funeraria y cada prisionero en el campo cosió un brazalete negro en su manga.

El *Kommandant* temía alguna demostración o revuelta y ordenó a todos los guardias que redoblaran su vigilancia; que fueran más rudos si era necesario. Cuando un grupo tardamos un poco en entrar a nuestra barraca durante la hora de cierre, un centinela envió una ráfaga de ametralladora desde la casamata. Las balas pasaron silbando sobre nuestras cabezas y luego rebotaron a nuestros pies, haciendo saltar nubecillas de polvo.

Una tarde escuchamos la sirena de alarma de las incursiones aéreas. Fue una melodía maravillosa. Nos embriagaba más el espectáculo de las Fortalezas Volantes americanas dejando su rastro vaporoso en el cielo, que un barril de vino de pasas. Los alemanes lo sabían y ordenaron que cada vez que se escuchara la señal de alarma, debíamos correr a nuestras barracas y cerrar los postigos para que así no pudiéramos ver nada. Esa tarde, cuando se escuchó la sirena, algunos fuimos un poco lentos al

entrar en el bloque y uno de los guardias vació el cargador de su pistola sobre nosotros. Tenía una puntería infame, pero varios prisioneros en la 109 dieron un salto de espanto cuando un par de balas atravesó las delgadas paredes de madera. Dibujaron unos círculos en torno a los agujeros dejados por las balas y los titularon con un lápiz: «Huevos de Pascua, Sagan, 1944».

No habían pasado un par de minutos cuando un guardia vio a un sargento americano que estaba en la puerta de su barraca, en el campo contiguo. La bala le entró por la boca y le mató de inmediato. No era exactamente un hecho falto de precedentes el que un guardia matara a uno de los muchachos, pero los momentos no eran muy afortunados para otro asesinato. Parte de las defensas mentales que habíamos construido comenzaron a ceder... y los que creían vivos a los cuarenta y un evadidos disminuyeron en número.

Cierto día, al atardecer, Eichacher dejó una nota en la pizarra de noticias. Alguien que pasaba casualmente por su lado dio un grito:

—¡Los nombres!

Y en algunos segundos se juntó una muchedumbre junto a la pizarra. Para beneficio de los más distantes, un prisionero pidió silencio y lentamente fue leyendo los nombres. Se escucharon exclamaciones de asombro y maldiciones entre los presentes al ser nombrados sus amigos.

Alguien dijo:

—¡No son cuarenta y uno! ¡Son cuarenta y siete!

Una docena de prisioneros revisó la lista. Estaba en lo cierto. ¡Cuarenta y siete!

La lista era horrible. Roger Bushell estaba en ella. Eso no era inesperado. El gentil Tim Valenn estaba en ella. Y también Gordon Brettell, Henri Picard, Birkland, Casey, Willy Williams, Al Hake, Chaz Hall, Tom Kirby-Green, Johnny Stower, Valenta, Humphries, quien había sido capturado en compañía de Royle. Denys Street estaba también en la lista. Era el hijo del Sub-Secretario Permanente de la Fuerza Aérea británica. Los alemanes no habían discriminado, ciertamente.

Enfrentados a los nombres, el horror nos volvió a invadir. Algunos no pasaban de ser sencillos muchachos con uno o dos años fuera del colegio solamente. Hubo varios que siguieron creyendo en la posibilidad de un truco. En 1929, Alemania había sido la primera nación en firmar la Convención de Ginebra, en la cual se indicaba la legitimidad de los intentos de evasión por parte de los prisioneros de guerra, por lo que no podía castigárseles duramente.

Un par de días más tarde apareció otra nota en la pizarra. Era muy breve. Los nombres de otros tres evadidos, muertos: Tobolski, Cookie Long y Danny Krol. La cifra aumentaba a cincuenta. Observamos que, con excepción de dos checoslovacos, todos los no británicos escapados aparecían como muertos.

Pocos días después, a un grupo de prisioneros que habían sido malheridos al derribarles, se les sacó del campo y fueron repatriados a Inglaterra. Massey se contaba entre ellos. Unas dos horas antes de que abandonaran el campo, los alemanes

pidieron el equipo de los cincuenta hombres y se lo llevaron. El truco no tenía sentido. Sabían que los repatriados contarían todo sobre las matanzas cuando llegaran a casa. Al parecer, los alemanes pensaron que al pedir el equipaje de los cincuenta hombres, esto indicaría que, después de todo, no se les había fusilado, sino que se les había trasladado a otro campo.

Pero nada de esto tenía sentido. Llevábamos semanas preocupándonos de este hecho cuando los pocos evadidos que habían vuelto al campo salieron de la nevera y entraron en sus barracas. Los bombardeamos a preguntas, pero ellos, aturcidos, no pudieron dar crédito a nuestras noticias. No podían creer que los otros estaban muertos. Algunos les habían visto salir de las celdas en Goerlitz, al parecer, para ser sometidos a un nuevo interrogatorio. Entonces, estaban perfectamente bien. Debía ser un truco.

No parecía existir un factor común en los asesinatos. ¿Para qué matar a algunos y devolver a otros al campo? Al Hake tenía los pies gravemente helados y no estaba en condiciones de intentar una nueva fuga. Sin embargo estaba muerto. Entonces, era un hecho que no se le había dado muerte en un intento de fuga. Nuevamente nos acogimos a la idea de un truco.

Y entonces, los alemanes devolvieron el equipaje de los cincuenta hombres, que habían retirado el día de la repatriación del grupo de Massey. Un par de días después, trajeron algunos de los efectos personales de los cincuenta desaparecidos: fotografías y cosas como esas. Había incluso efectos personales manchados de sangre.

Quince días más tarde quedó fuera toda posibilidad de duda. El *Kommandant* informó al nuevo capitán de Grupo, oficial Wilson, que se le habían entregado las urnas con las cenizas de los cincuenta hombres. No había necesidad de preguntar por qué habían sido incinerados. El fuego destruye la evidencia de la forma de muerte.

En cada urna iba grabado el nombre de la localidad donde cada uno había muerto. Cuatro llevaban el título de «Danzig», y sólo cuatro evadidos habían tomado la dirección de Danzig. Otros cuatro tenían grabado Hirschberg; otros dos con el nombre de un pueblo cercano a la frontera francesa. Varios habían muerto en Liegnitz y todo un grupo en Breslau. Aún no podíamos encontrar un lugar común en las muertes. La única pista era la cifra redonda de cincuenta hombres. Quedaba claro que habían escogido a cincuenta para ser fusilados como un ejemplo para el resto. Dios sabe que esto era bastante lógico bajo el gobierno de Hitler.

Sólo un punto brillaba en todo este oscuro asunto. Poco a poco fuimos recogiendo informaciones de los guardias sobornados y llegamos a la conclusión de que unos cinco millones de alemanes (cifra sorprendente), habían contribuido de una forma u otra en la caza de los evadidos, y que varios miles habían actuado la jornada completa durante semanas. Eso significaba que la evasión había sido un éxito, a pesar del alto precio en vidas que había costado la empresa.

El *Kommandant* nos proporcionó algunas losas de piedra y permitió que un grupo de obreros fuera a un cementerio cercano para construir una tumba para las urnas. Ya

había una gran fila de tumbas en el cementerio, donde yacían otras víctimas del campo anteriormente enterradas.

Cincuenta habían muerto. Quince estaban en el campo con nosotros. ¿Qué habría sucedido con los otros once evadidos?

# Capítulo 21

## Algunos llegaron a casa

**E**N el mes de junio llegaron al campo dos cartas firmadas con unos nombres falsos acordados de antemano. Rocky Rockland y Jens Muller habían logrado llegar a Inglaterra vía Suecia.

A la mañana siguiente de la fuga, lograron avanzar hasta Kustrin cerca de Frankfurt/Oder y allí cambiaron de tren. Al atardecer estaban en Stettin. Todo marchaba normalmente. Conocieron a unos marinos suecos cuyo barco estaba a punto de zarpar y éstos les llevaron a bordo y les ocultaron. Los alemanes registraron el barco antes de que zarpara, pero no descubrieron a los polizontes. Al amanecer del día siguiente desembarcaron en Suecia y pocos días después, la R.A.F. les llevaba a Inglaterra. Era la forma perfecta de evadirse.

Semanas más tarde llegó otra carta firmada, nuevamente, con un nombre falso convenido. Bob Van Der Stok estaba a salvo.

Van Der Stok, el número dieciocho de la salida del túnel había viajado solo vestido con un capote azul marino de la Fuerza Aérea australiana, unos pantalones navales holandeses y una boina. Al salir del bosque junto a la estación un soldado alemán le detuvo y le preguntó en tono cortante quién era y dónde creía que podía ir. Antes de que el aturdido Van Der Stok pudiera responder, continuó:

—¿No sabe que ha sonado la sirena de alarma aérea? Debiera estar en el refugio.

—Lo sé —se disculpó Van Der Stok—, pero soy un obrero holandés y no sé dónde está el refugio.

—Bien, es mejor que me acompañe —dijo el soldado—. No se preocupe. La policía no le hará nada porque soy un guardia armado del campo de prisioneros.

Van Der Stok le siguió, con una extraña sensación, rogando para que no le reconociera. El guardia le condujo directamente a la sala de espera de la estación y le dejó allí con una amable sonrisa. Compró el billete para Breslau, observó a su alrededor y reconoció a varios prisioneros del campo. Creyó que estaría más seguro si entablaba conversación con un alemán y comenzó a charlar con una muchacha un poco apartada del resto. Le sorprendió considerablemente al enterarse que era la censora del campo de prisioneros y que su deber era reconocer en la estación a los oficiales que intentaban evadirse.

Al cabo de poco rato, la muchacha llamó a un policía militar alemán y le pidió que interrogara a dos hombres de quienes sospechaba. Señaló a Kirby-Green y a Kidder. El policía se les acercó y ambos comenzaron a hablar rápidamente en español, agitando los brazos. El policía no tardó en volver donde la muchacha y le dijo que no se preocupara. Sólo se trataba de un par de obreros españoles. Van Der Stok estaba sudando.



Tuvo suerte que el tren fuera tan lleno de pasajeros que apenas pudiera meterse dentro. Esto significaba que la policía de seguridad no podría revisar los papeles. Llegó a Breslau hacia las 4 de la madrugada, donde mostró sus papeles y compró un billete hasta Holanda. En la estación contó a otros diez evadidos. No había problema en llegar a Dresden, donde cambió de tren, y en Halle cambió nuevamente a un tren que le llevaría directamente a Holanda. El viaje tardó trece horas y cada cuatro horas pasaba la Gestapo revisando los pases y permisos de todos los viajeros. Lo gracioso era que los alemanes, incluso los mismos soldados, tenían más problemas que el propio Van Der Stok. Un pobre *Gefreiter*, al cual le faltaba un sello en su pase, fue entregado en el acto a la policía militar.

En la frontera con Holanda, la Gestapo observó detenidamente sus papeles, pero, nuevamente, no sospecharon nada. Treinta y seis horas después de salir del túnel bajo del tren en Utrecht. Este era su hogar; o lo había sido antes de la guerra. Su madre y su novia aún vivían allí, y al menos uno de sus hermanos, pero no tenía intención alguna de verles o ponerse en contacto con ellos. No se atrevía, por mucho que lo deseara. Sabía que la Gestapo estaría vigilando su casa después de la evasión.

En cambio, localizó a unos viejos amigos en la ciudad: personas que no estarían vigiladas. Le ocultaron en una casa a dos calles de donde vivían su madre y su novia. Estuvo allí seis semanas mientras le arreglaban el viaje por el Subterráneo. Un par de veces, al atardecer, caminó hasta su antiguo hogar; en cierta oportunidad creyó ver a su novia tras una cortina. La Gestapo *estaba* vigilando su casa. Irrumpieron en ella en esos días para cerciorarse de que no se ocultaba allí, y en cambio se llevaron a su hermano, alegando que trabajaba para el Subterráneo. A los pocos días se supo la noticia de su muerte.

Van Der Stok pudo partir sólo al cabo de seis semanas, con cierta amargura. El Subterráneo le escoltó hasta el sur de Holanda y le pasó de contrabando a Bélgica, en una balsa a través del Maas. Al otro lado, le proporcionaron una bicicleta y pedaleó hasta Bruselas, a la casa de una familia holandesa, donde vivió otras seis semanas antes de que el Subterráneo pudiera conseguirle un billete para París. Ahora viajaba como un empleado flamenco de una gran firma belga. Poco antes de la invasión y durante un «*alert*», se detuvieron a la salida de una estación. Daba lo mismo. Una formación de Fortalezas Volantes americanas lanzó su carga y la barrió del mapa.

Se le había dicho que llegara a Toulouse, y en la estación de St. Lazare, en París, donde compró su billete, le dijeron que debía ponerle el sello en el control alemán de la estación.

Llevó su billete al alemán, quien le dijo:

—Debe obtener un permiso especial para viajar a Toulouse antes de que pueda ponerle el sello a este billete.

—Tengo un permiso —dijo Van Der Stok—. De otra forma, ¿cómo habría podido obtener el billete?

—Oh —dijo el alemán—. Es cierto.

Y estampó el sello.

En Toulouse, Van Der Stok encontró a un grupo de guías que llevaban refugiados a través de los Pirineos... por un precio. Vendió su reloj por 10 000 francos, dio el dinero y le llevaron a una finca de alta montaña. Tres días después, en un cerro, se reunió con los guías y en el camino vio una barrera alemana con centinelas y ametralladoras. Desde su puesto de observación vio que un coche, con su guía y otros tres hombres, avanzaba rápidamente hacia la barrera y al encontrarse a poca distancia, rompieron fuego con metralletas y eliminaron a todos los centinelas. Un segundo después recibieron una ráfaga de ametralladora desde otro puesto alemán junto al camino, más adelante, el coche se detuvo y surgieron las llamas. Nadie pudo salir.

En la finca había ahora veintisiete personas a la expectativa: dos holandeses, dos pilotos americanos, dos canadienses y veintiún judíos alemanes. Esa noche, Van Der Stok entabló contacto con un banda de guerrilleros en una montaña cercana. Le proporcionaron otro guía. Los guerrilleros no confiaban en los refugiados. En camino hacia la frontera, éstos marcharon en fila india seguidos de cuatro guerrilleros armados de metralletas.

Los *Maquis* se detuvieron al poco tiempo de marcha y señalaron un montículo entre dos montañas.

—Tras ese montículo —dijeron—, está España. Buena suerte.

Y se alejaron.

Pocos días más tarde, Van Der Stok estaba en Madrid. El cónsul británico le envió a Gibraltar, desde donde le llevaron en avión a Inglaterra. Cuatro meses habían pasado desde el día en que saliera arrastrándose del túnel.

Pero aún faltaban ocho. Sólo después de terminada la guerra descubrimos cuál había sido su destino. Plunkett y los dos checos, Tonder y Dvorack, estaban en un campo de concentración en Checoslovaquia. La Gestapo había detenido a todos los familiares de Tonder. Van Wyeermisch se hallaba en otro campo de concentración. La Gestapo asesinó a su padre en Bélgica.

Day y Tobolski fueron conducidos ante el jefe de policía en Stettin. Era un hombre afable y les dijo que habían sido capturados gracias al soplo de un obrero francés del campo donde se encontraban. El muchacho francés había recibido 1000 marcos por su traición.

—Maldito bastardo —dijo Day, asqueado—. Me gustaría retorcerle el cuello.

—No se preocupe por eso —dijo el jefe de policía, que era un hombre muy práctico—. Ya no le necesitamos, de manera que daremos aviso de su traición a sus compañeros. Ellos se encargarán de retorcerle el cuello de su parte.

Day y Tobolski fueron conducidos a Berlín y allí, en la estación Stettiner, les separaron y Day no volvió a ver a Tobolski.

Llevaron a Day a los cuarteles generales de la *Kriminalpolizei* y le escoltaron hasta un despacho donde un hombre de labios finos, cabello canoso y cubierto de condecoraciones y parches, le dijo:

—Nos ha causado muchos problemas. (Era el general Nebe.)

—Es mi deber escapar —dijo Day.

—Bien, le enviaremos entonces a un lugar donde ya no nos pueda causar más problemas.

Day pensó que era una forma muy gentil y educada de decirle que le iban a matar y no se sintió nada seguro cuando le sacaron del despacho y le metieron dentro de un coche. Al cabo de una hora de viaje se detuvieron enfrente de un alto muro de piedra que rodeaba al campo de concentración de Sachsenhausen, al norte de Berlín. Condujeron a Day a un pequeño campo dentro del muro y allí encontró al «Burlador», a Dowse y a James. En el mismo campo se hallaban algunos soldados irlandeses (siempre riñendo), unos generales rusos, unos ordenanzas italianos y un comando británico, el coronel Jack Churchill.

Aquí no había posibilidad de abrirse camino a través de la alambrada. Estaba electrificada.

No había «hurones» en este campo de prisioneros. Jamás se les había necesitado. Nadie había escapado nunca de Sachsenhausen, excepto en posición horizontal, dentro de una caja de madera. Al cabo de dos semanas, los cinco británicos comenzaron sus labores tunelísticas, sin decírselo al resto porque no estaban seguros de confiar en ellos y el escándalo habría sido inmenso si se hubiera descubierto el túnel.

Cortaron una puerta-trampa bajo la cama de Dowse y trabajaron siempre a oscuras, como en el primer túnel de Dulag. En Sachsenhausen no había lujos tales como las lámparas de grasa. El suelo era firme, al revés del terreno arenoso de Sagan, de manera que no necesitó apuntalamiento, lo que les venía muy bien, porque no había con qué apuntalar un túnel. Por cuanto pudieron averiguar, no había micrófonos enterrados en torno a la alambrada, de forma que la excavación podía hacerse a poca profundidad, a unos dos metros de la superficie. El *appel* era a las 6 de la mañana e inmediatamente después bajaba un hombre a cavar. El resto dispersaba la tierra bajo la barraca. En Sagan, este túnel no habría pasado una semana sin ser descubierto, pero en Sachsenhausen, libre de «hurones», duró cuatro meses, hasta agosto, cuando ya contaba casi con treinta metros de longitud y calcularon que estaba fuera de la alambrada del campo. La seguridad había marchado a la perfección. En el pequeño campo, nadie más sabía de la existencia del túnel.

Y entonces Day se fijó en una hoja de un periódico alemán en las letrinas, cuya fecha estaba atrasada en varias semanas. Su sangre pareció congelarse al leer el contenido de la hoja: un informe de los cincuenta prisioneros de Sagan muertos al intentar escapar o presentar resistencia a su captura.

Los cinco británicos sostuvieron una breve y triste conferencia en la habitación de Dowse. La reunión fue corta y la votación unánime: correr el riesgo y escapar. La idea era tratar de llegar a casa con la noticia de los miles de prisioneros que esperaban al verdugo en Sachsenhausen. Esta votación no dejaba de implicar mucho valor por parte de los presentes.

Esperaron la fecha indicada y en los primeros días de septiembre tuvieron una noche sin luna y además una llovizna favorable. Hacia las once de la noche emergieron fuera de la alambrada electrificada, se ayudaron mutuamente a traspasar el muro de tres metros de altura y se dispersaron.

Day, veterano en estas lides, conservaba aún un poco de dinero alemán desde su intento de evasión del campo de Sagan.

Lo había cosido a su abrigo y la Gestapo no lo había encontrado. Uno de los soldados irlandeses del campo de Sachsenhausen le había dado la dirección de unos amigos en un pueblo al sur de Berlín.

Day y Dowse viajaban juntos, y en la oscuridad preguntaron a un hombre que les indicara el camino hacia la estación más próxima. Sólo entonces se dieron cuenta que vestía uniforme. Cargado de sospechas, les preguntó quiénes eran y Day y Dowse desaparecieron rápidamente en las tinieblas de la noche. Al amanecer encontraron la estación del ferrocarril y cogieron el primer tren para Berlín, allí trasbordaron y descendieron en el pueblo que buscaban. Esa noche se ocultaron en el sótano de una casa bombardeada, pero alguien debió verles entrar, porque la casa fue rodeada por personas armadas y luego llegó la policía.

Pasaron un par de noches en una cárcel de Berlín, esposados. Como la cárcel era de la Gestapo, esperaron a ser ejecutados y creyeron que había llegado la hora cuando se les sacó de la celda y se les metió dentro de un coche. Se alejaron de Berlín durante una hora y a cada instante esperaban que el coche se detuviera, les sacaran fuera y les mataran. Su sorpresa fue bastante considerable cuando vieron que se detenían nuevamente ante Sachsenhausen. Allí les encerraron a cada uno en una pequeña celda, en aislamiento absoluto. Fueron casi cinco meses lo que duraron estas condiciones enervantes. Churchill y James también habían sido capturados y se hallaban en celdas cercanas.

El «Burlador» corrió una aventura extraordinaria. Había salido solo de Sachsenhausen en dirección a Luebeck. Salió dentro de un camión de una caravana que viajaba aproximadamente en esa dirección. Al amanecer saltó fuera del camión de carbón, a millas del área peligrosa de Sachsenhausen y durmió todo el día oculto en la espesura de un bosque cercano a un arroyo. Esa noche encontró un apartadero de ferrocarril y estaba a punto de hacer lo mismo que el día anterior con el camión, cuando un rayo de luz de una linterna le dio de lleno. No esperó a aceptar el desafío, desapareció en la oscuridad y volvió a su refugio.

Al día siguiente, caminó en dirección noroeste bajo una lluvia tormentosa y en las afueras de un pueblo se encontró a dos obreros-esclavos franceses, quienes le

ocultaron en un granero durante una semana, proporcionándole alimentos todos los días. Al séptimo día, le dijeron que un polaco, del cual desconfiaban, les había visto y que tenía que cambiar de escondite. Le llevaron a un café cercano visitado por los obreros-esclavos, donde un alemán totalmente sordo les servía cerveza y podían hablar abiertamente delante de él. Los franceses le ocultaron en otro granero, donde le vio un ruso que tampoco contaba con la confianza de los franceses, de forma que, al día siguiente, le metieron dentro de una choza donde se criaban conejos. Nuevamente se cruzó por su camino un ruso sospechoso, los franceses le llevaron a un pajar y allí pasó una semana, enterrado en heno de trébol y escuchando a los cerdos en la planta baja. Una o dos veces vio al granjero alemán que pasaba frente al pajar con la escopeta bajo el brazo. Los franceses le traían comida todos los días y el granjero les debía haber visto.

En la mañana del séptimo día, Dodge se despertó para encontrarse frente al granjero que le observaba tras el cañón de una pistola. La policía local no tardó en llegar. El granjero había vivido en Luxemburgo y cuando pudo estar a solas con el «Burlador» se disculpó por haberle apresado. Dijo que había sido su obligación, ya que de otra forma le habrían matado a él. Le ayudó en cierta forma dándole unas tartas especialmente hechas por su esposa. Le mostró el *Pólice Gazette* alemán y en el periódico, Dodge vio su propia fotografía, bastante mala, por cierto, que le habían tomado en la primera ocasión que fuera capturado, cuatro años antes.

El propio ayudante de Sachsenhausen llegó en coche acompañado de unos guardias, le esposaron y le llevaron de vuelta a la prisión. Le metieron en una celda solitaria, y al otro lado del pasillo estaban Day y el resto. Los meses pasaron en la más horrible de las angustias. Los cinco hombres nada supieron de los acontecimientos de la guerra, excepto por los breves informes que les daban los guardias sobre la «maravillosa y triunfal» ofensiva alemana en las Ardennes.

## Capítulo 22

### Libertad

**E**L 3 de febrero se abrió la puerta de la celda del «Burlador» y le dejaron salir. Un joven oficial alemán le ayudó a subir a un coche, trepó él luego y tomaron la dirección de Berlín. Lo que siguió a continuación más pareció un sueño que realidad. El joven oficial le llevó a una tienda y le compró todo cuanto necesitaba en ropa de civil: un traje, camisas, calcetines, zapatos, sombrero... todo. Después le llevó a un departamento, le presentó al mayor de las S.S., a la esposa y al hijo que lo ocupaban y le mostró una habitación maravillosamente amueblada.

—Esta será su habitación —dijo el joven oficial.

Nada parecía real para este hombre que había permanecido durante cuatro meses en aislamiento total.

—Dígame —preguntó el «Burlador» al oficial—, ¿de qué se trata todo esto?

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió el joven oficial—. Ahora cámbiese de ropa. Se sentirá mucho más cómodo.

—Escuche, soy un oficial —le dijo el «Burlador»—. Usted, como oficial, ¿me promete que puedo usar todas estas cosas sin comprometerme?

—Sí —dijo el alemán con firmeza y decisión—. Se lo prometo.

Pocas horas después llegó un hombre grueso, vestido de civil y saludó calurosamente al «Burlador». El doctor Thost había sido el corresponsal en Londres para el *Voelkischer Beobachter*, entre 1938 y 1939. Ahora era un oficial de grado bastante alto en el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán. Acompañó al «Burlador» a un coche y le condujo al Hotel Adion, el mejor de Berlín.

—Por favor, ¿podría decirme de qué se trata todo esto? —preguntó el «Burlador» pestañeando asombrado ante una inmensa araña que colgaba del techo del salón de entrada, una de las pocas partes del hotel que no habían sido dañadas por los bombardeos.

—Lo sabrá pronto —prometió Thost.

Le condujo a una habitación privada y le presentó a un hombre de elevada estatura, grueso, con voz sonora y retumbante y una sonrisa amplia y acogedora.

—Este es el doctor Schmidt —dijo Thost—. El doctor Schmidt es el intérprete de Hitler.

—Beba algo, querido amigo —tronó el doctor Schmidt, sirviéndole una copa generosamente.

Le alcanzó la copa al «Burlador».

Éste la observó.

—Whisky escocés —dijo Schmidt—. Me temo que no me quede mucha cantidad.

El «Burlador» estudió cautelosamente al doctor Schmidt, sin saber qué esperar, con la misma expresión con que un niño mira sospechosamente a un Papá Noel.

—Llegará pronto a casa, querido señor —dijo el doctor Schmidt, como si la noticia le hiciera feliz—. No dudo que en cuanto llegue se verá con su pariente, el señor Churchill. —Y luego agregó solemne y confidencialmente—: Quiero que recuerde tres cosas. Primera: no existirá rendición incondicional. Segunda: límites etnográficos. Y tercera: el equilibrio del poder en Europa. Para la seguridad de Gran Bretaña, esto debe mantenerse.

Señaló vagamente hacia el este donde los rusos preparaban su asalto contra Berlín.

—Usted sabe lo que quiero decir.

Y por fin el «Burlador» pudo comprender.

Pocos días después, Thost le condujo en un coche a Dresden. Allí, en un hotel, el «Burlador» contó con su propia habitación. Conoció al jefe de policía y durante el almuerzo, éste habló graciosamente sobre los lazos tradicionales que unían a alemanes y británicos. El «Burlador» conoció a muchas otras personas agradables con idéntica forma de pensar. Se les habría creído incapaces de encerrar a un perro en un calabozo, o incluso, bajo este mismo aspecto, de matar a cincuenta conejillos británicos.

Thost llevó al «Burlador» (quien sonreía ceñudamente para sí) al circo y estaban observando a la muchacha en la cuerda floja, cuando se escuchó la sirena de alarma y comenzó la primera de las tres grandes incursiones aéreas sobre Dresden. En una hora el centro de la ciudad era un mar de llamas. Thost y el «Burlador» salieron de la zona peligrosa y aquél le acompañó a los cuarteles generales de la administración, fuera de la ciudad, donde un general de las S.S. le recibió calurosamente.

—Mayor Dodge —dijo el general—. No sabe cuánto me alegra verle sano y salvo. Acabo de hablar por teléfono con *Herr* Himmler. Usted podrá marcharse a su país.

En los cuarteles generales conoció a *Frau* Von Kleit, esposa del mariscal anteriormente relevado de su puesto. El «Burlador» pudo intercambiar algunas palabras con ella, a solas.

—¿Por qué no sacan la bandera blanca? —preguntó.

—Es lo mismo que piensa mi esposo —dijo ella—. Pero no podemos. No se nos permite hacerlo.

De vuelta a Dresden encontraron el hotel en ruinas. Thost le llevó a Weimar en un autobús, donde nuevamente sufrieron un bombardeo, pero estuvieron varios días en la ciudad. El «Burlador» especuló con la idea de escapar nuevamente, pero no veía con claridad cuáles serían los beneficios aportados por esta acción. Por otra parte, si se quedaba con Thost y observaba el país y a su gente y volvía a Inglaterra con el mensaje de Schmidt, el beneficio podría ser más razonable.

Por fin se marcharon en dirección suroeste, por Bayreuth hacia Regensburg y allí alguien les escuchó hablar en inglés en un café. Thost y el «Burlador» no se dieron cuenta de nada hasta que entró la policía, les esposó y les detuvo por espías. Thost, el

oficial de alta graduación, estaba lívido de furia y no pudo articular palabra durante un tiempo hasta que le volvió la voz y, entonces, el aire vibró con sus protestas, que fueron ignoradas totalmente por la policía. Se les encerró en una celda y allí pasaron dos días esperando el momento de la ejecución. Durante la noche pudieron escuchar el tronar de los cañones americanos; y el «Burlador», tan paciente desde 1940, sólo pudo sentir amargura. Con la libertad al alcance de la mano, parecía tan injusto que la muerte llegara de esta forma, de parte de los empleadillos, cuando el propio Ministerio de Relaciones Exteriores alemán se inclinaba ante él como mediador.

Thost sudaba de furia y temor, y esto no carecía de humor, pero el toque más sardónico fue la forma en que se les puso en libertad. La Gestapo local fue la encargada de hacerlo, después que un mensaje enviado a Berlín trajo la respuesta en la que declaraba inocentes a los «espías».

Thost y el «Burlador» siguieron camino a Munich, pasaron uno o dos días en un pequeño hotel en las montañas y el 25 de abril llegaron a la frontera de Suiza, en el lago Constance. Esa noche, el «Burlador» se despidió de Thost y caminó hasta el cuartel de la policía suiza, en Santa Margarita. Dos días después almorzaba en Berna con los oficiales del ejército y a la semana se encontró en Inglaterra, trasladado por la R.A.F.

Dos días antes del día D, el «Burlador» cenó con Churchill y el embajador americano, John Winant, y les relató sus aventuras. En los momentos que se refirió a Schmidt y a la imposibilidad de la rendición incondicional, Churchill se sacó el habano de la boca y sonrió de oreja a oreja.

En los calabozos de Sachsenhausen, Day pasó el tiempo aprendiendo de memoria un discurso de Hitler que encontró en una hoja de diario en la letrina. En febrero, Day y Dowse, James y Jack Churchill fueron librados de sus cadenas y se les llevó en tren al campo de concentración de Flossenbürg, en las montañas Harz. Allí escucharon las descargas de los pelotones de ejecución y luego presenciaron el paso de los cadáveres de las víctimas. La visión no era agradable y esperaron su turno con cierta angustia, pero nadie vino a buscarles. Al cabo de unos quince días escucharon los cañones americanos que se aproximaban; y justo cuando parecía posible la libertad, los alemanes les sacaron del campo, les cargaron en unos vagones para ganado y les trasladaron al famoso Dachau, donde se les encerró en la barraca que había sido el burdel del campo. Nuevamente escucharon las descargas de los pelotones de fusilamiento y nuevamente esperaron su propio turno.

De nuevo escucharon los cañones americanos y, una vez más, cuando el momento de la liberación parecía próximo, se les trasladó a un campo de montaña, cerca de Innsbruck. La tensión de esta esperanza y condena alternadas estaba destruyendo sus nervios.



Al cabo de una quincena de días, los alemanes les condujeron a través del paso Brenner a un pueblo italiano. Se hallaban ahora internados de lleno en el «Reducto Sur» de Hitler, y con ellos había otros cincuenta prisioneros de importancia. La evidencia era bastante desagradable: les guardaban como rehenes. Entre ellos estaban Blum, Pastor Niemoeller, Schusschnigg, Schacht, el ministro de guerra holandés, generales griegos, generales italianos, un sobrino de Molotov, un yerno del rey de Italia y gran número de principillos.

Day logró fugarse de este grupo, encontró a un austríaco llamado Toni y le convenció para que le llevara en su coche hasta Bolzano. Se puso en contacto con la Resistencia italiana y continuó en coche y a pie hacia las líneas aliadas. Se unió a la lucha en un pueblo y contribuyó a la captura del cuartel general de la Gestapo en otro. Decomisó otro coche, cruzó las líneas alemanas y con un sentimiento indefinible de alegría, dio alcance a una patrulla americana de vanguardia. Era la novena vez que escapaba desde que le derribaron en 1939 y por último lo había logrado. Esto ocurrió sólo un día antes del Armisticio del Frente italiano.

Gracias a Day, los Aliados tuvieron noticia de la colonia de importantes prisioneros junto a la frontera. Los americanos enviaron una columna hasta el lugar y les rescataron justo a tiempo. Los alemanes tenían órdenes de fusilarles.

¿Y el campo Norte?

Aproximadamente en los días del complot de julio de 1944 contra Hitler, «George» avanzaba desde el teatro hacia la alambrada. «George» era el sucesor de «Harry» y Ramsay y Canton habían cortado una puerta-trampa bajo una butaca de la doceava fila del teatro. Se dispersaba la arena bajo el piso y contábamos con una activísima y nueva «Organización X», aun cuando no se tenía una política definida sobre las evasiones en masa. Primero deseábamos terminar «George» y luego estudiar la situación.

Algunas semanas más tarde, los contactos captaron ciertas pistas gracias a Pieber y uno o dos alemanes más sobre el hecho de que, si Alemania caía (y nada podía ser más evidente), el campo podría ser barrido del mapa. Después del asesinato de los cincuenta, esto podía parecer muy lógico. No nos hacíamos ilusión alguna en cuanto a la popularidad de las Fuerzas Aéreas Aliadas. Wilson, el oficial británico de mayor graduación, formó el Klim Klub. Klim era el nombre de la leche en polvo enviada por la Cruz Roja, pero el Klim Klub era la unidad de defensa del campo. Todo el mundo pertenecía a ella. Todo el campo estaba dividido en secciones, pelotones y compañías. Se daban conferencias secretas y se hacían ejercicios, y una compañía especial de comandos había ganado el honor de ser los primeros designados como fuerzas de choque. Supongo que no podríamos haber hecho mucho, pero si debíamos enfrentarnos al lamentable hecho de una eliminación rápida y masiva, era mejor

hacerlo presentando cierta resistencia que esperar los acontecimientos cómodamente sentados.

En la *Kommandantur*, una secretaria alemana, disgustada con la muerte de los cincuenta, envió un mensaje por medio de un guardia sobornado diciendo que había escuchado durante sus horas de trabajo que todo prisionero que escapara, de ahora en adelante, debía ser fusilado. Un escocés de rostro huesudo, llamado McCulloch quería comprobar la veracidad de esta noticia de todas formas, pero «X» no se lo permitía. Discutió y discutió, hasta que la Organización aceptó darle una oportunidad, pero sin estar muy convencidos de la conveniencia de todo esto.

Logró escapar ocultándose entre latas vacías en uno de los carros basureros, pero al par de horas estaba de vuelta en la nevera, aún vivo. Unos soldados de la Wehrmacht, de buen carácter, le hicieron descender del carro y le trajeron de vuelta al campo. No comprobó nada, en ningún sentido. ¿Qué habría sucedido si la Gestapo le hubiera cogido entre sus manos?

Cuando llegó la nieve y se detuvo la temporada de evasiones, «George» alcanzaba ya la alambrada. Se dejó allí como posible refugio para cuando comenzara lo duro de la batalla final.

A mediados de enero, los rusos dieron comienzo a la ofensiva de invierno y el *Ostfront* se acercó vertiginosamente sobre Sagan, como un torbellino. Rogábamos para que arrasaran el campo. Y así lo hicieron, pero nosotros ya no estábamos allí. Los alemanes nos sacaron el 26 de enero, y con treinta centímetros de nieve nos condujeron a marchas forzadas, día y noche, por cien kilómetros, hasta Spemberg, donde nos cargaron en vagones de ganado. El viaje fue bastante duro. Durante algunos meses nos habían tenido a media ración de alimentos y ahora sólo nos dieron una comida (sopa de cebada) durante el camino.

Sólo un par de detalles nos alegraron el viaje. Uno fue a expensas de un guardia cuyas botas se calaban; se le congeló un pie en tal forma que tuvieron que cortárselo.

El otro tuvo que ver con nuestra radio y Glemnitz, quien nos acompañó en la marcha. Siempre había tenido la idea que estábamos en posesión de una radio y, al pasar junto a la columna de hombres formados, ordenó afablemente:

—Bien, supongo que han traído la radio. ¿Quién la lleva? ¿Quién la tiene... eh? ... ¿Usted? (señalando a un prisionero)... ¿usted? (señalando a otro)... ¿usted? (aun tercero).

Y uno o dos que sabíamos dónde se hallaba la radio sentimos que aún quedaba algo en la vida por lo cual reír.

Pieber, ese hombrecillo bondadoso y prudente, llevaba partes de la radio en su portadocumentos, en el coche.

Pasamos dos días metidos en estos vagones para ganado. Había espacio justo para sentarse, pero no para moverse, y al cabo de treinta y seis horas nos dieron una pequeña jarra de agua a cada uno, sacada de la locomotora. Cerca de Bremen abandonamos las vías y marchamos hasta un antiguo campo de condenados y allí, en

el exterior, tuvimos que esperar siete horas para que nos registraran a todos antes de entrar. Muchos se desvanecieron en este punto. Ya faltaban unos setenta y cinco hombres —muchos abandonaron la marcha en distintas partes, enfermos o simplemente «faltando»—, ya fuera porque habían escapado o porque se les había matado. Del resto, el setenta por ciento estaba enfermo y la mayoría había perdido más peso, incluso hasta quince kilos. En realidad, no podíamos darnos estos lujos y casi todos teníamos un aspecto esquelético.

Los Aliados cruzaron el Rhin y avanzaron rápidamente hacia nosotros, pero nuevamente se desvanecieron los dulces sueños de libertad. Se nos condujo hacia el norte. No puedo negar la tenacidad de los alemanes. No querían dejarnos marchar. Sin embargo, este viaje, fue casi de placer en comparación al último. Unos pocos murieron en manos de guardias demasiado ágiles con el gatillo y otros perecieron durante los ataques aéreos. El tiempo estuvo bueno y permutamos café de la Cruz Roja por huevos y pan, y robamos kilos y kilos de patatas.

En ese tiempo no lo supimos (quizá fue mejor), pero los guardias tenían órdenes de ejecutarlos a todos si no llegábamos al Elba en una fecha determinada. No llegamos al Elba ese día, pero bajo las circunstancias actuales, los guardias comenzaban a ser más prudentes en cuanto a estos fusilamientos en masa, de forma que decidieron desobedecer la orden.

Estábamos refugiados en unos graneros cerca de Luebeck, cuando escuchamos la cortina de fuego tendida por los británicos al cruzar el Elba. Dos días después, el 2 de mayo, escuchamos disparos por el sendero y del sur aparecieron dos tanques abriéndose camino. No sabíamos si se trataba de tanques alemanes o británicos y prácticamente se podían ver los nervios de cada prisionero, destacándose en su piel y vibrando como cuerdas de piano. Se alzó la escotilla del primer tanque y asomaron su cabeza dos Tommies. Corrimos hacia ellos gritando con todas las fuerzas que nos permitían nuestros pulmones.

### *Conclusión*

*«Fue una carnicería a sangre fría y estamos resueltos a perseguir y descubrir a esos criminales.»*

Anthony Edén

Cámara de los Comunes, mayo de 1944

En el mes de agosto de 1945, el comandante Bowes del Departamento de Investigaciones Especiales de la R.A.F., se trasladó en avión a Alemania para descubrir lo sucedido a los cincuenta desaparecidos. A pesar de que no se dudaba de ello, no se había podido probar definitivamente la culpabilidad de asesinato. Bowes estaba encargado de investigar si, de hecho, habían sido asesinados, seguir la huella de los culpables y arrestarlos.

Era el hombre adecuado para la tarea, un exdetective de Scotland Yard, con un rostro cuadrado, congestionado y conocido por su dureza. En los días de la reina Victoria le habrían llamado uno del grupo de los Bulldog. No tenía mucho en qué basarse: las historias de los prisioneros que habían vuelto de Goerlitz, el simple anuncio alemán de las muertes y las urnas con sus restos en las cuales estaba grabado el lugar donde fueron incinerados. Naturalmente, sospechaba de la Gestapo, pero no existía ninguna evidencia real para acusarles.

En Hamburgo formó tres grupos de investigación compuestos por cuatro hombres cada uno. Estos grupos recorrieron Alemania Occidental ocupada en todas sus direcciones, interrogando a los prisioneros alemanes que ahora estaban encerrados por miles en los campos que con anterioridad nosotros habíamos ocupado. No pudieron entrar en la zona rusa, o en Polonia (los rusos no lo permitieron) y éste fue el gran obstáculo. Sagan se hallaba ahora al otro lado de la nueva frontera polaca, que había avanzado hasta abarcar la Silesia alemana. También sucedía lo mismo con Breslau. Goerlitz se encontraba repartido entre la zona rusa y la zona polaca. En estas ciudades prohibidas yacía el misterio.

Día tras día, semana tras semana y luego mes tras mes, los grupos fueron de campo en campo en las zonas británica, americana y francesa, investigando e interrogando. Uno a uno pasaron frente a ellos las fuerzas policiales de la Wehrmacht, de la Luftwaffe, de la Kriegsmarine, de las S.S., de la Gestapo y de las otras fuerzas policiales alemanas. Un solo hombre podía interrogar hasta doscientos cincuenta prisioneros al día, pero cada vez, día tras día, el resultado era el mismo. No se sabía nada.

Se concentraron especialmente en las zonas mencionadas en las urnas y ojearon tenazmente pilas y pilas de fichas. En total, interrogaron a doscientos cincuenta mil alemanes. Ningún resultado. Ni siquiera el vestigio de una pista. Los asesinos, fueran quienes fueran, habían cubierto sus huellas y el misterio parecía impenetrable...

Hasta que en el mes de marzo de 1946, llegó un mensaje de Praga. Los checos tenían encerrado a un hombre de la Gestapo llamado Kiowski, que, al parecer, sabía algo sobre el destino de Kirby-Green y Kidder. Bowes se trasladó en avión a Praga, llevándose consigo a otro exdetective de Scotland Yard, el teniente Lyon, quien hablaba alemán.

Los checos tenían a Kiowski en la prisión de Pangratz, utilizada por la Gestapo durante la guerra. Un oficial checoslovaco acompañó a Bowes.

—Esta es la parte eficiente —dijo, al llegar a un largo pasillo con treinta puertas de celdas a un lado y una única puerta al otro.

—Ningún acusado que cruzó esta puerta volvió jamás —dijo el checo.

Tras la puerta había un Tribunal y al fondo se extendía una gruesa cortina de lado a lado. Apartó la cortina y mostró el lugar en el cual esperaban los equipos de

ejecución a las víctimas del Tribunal. Esto era la muerte súbita. Un riel cruzaba este apartamento, como los rieles de las carnicerías, y una fila de ganchos colgaba del riel. Al ir dictando las sentencias de los acusados, les colgaban de los garfios y éstos corrían por el riel hasta otra cortina que ocultaba una habitación llena de ataúdes de construcción barata.

En un rincón de la cámara de ejecución había una guillotina.

—Les ponían boca abajo en este lugar —dijo el checo.

Bowes encontró a Kiowski en una celda, solo. Era un individuo de baja estatura, labios resecos, nervioso, de cabellos oscuros. Los checos tenían pruebas de diez asesinatos contra él. Kiowski admitió que *sabía* un poco sobre Kirby-Green y Kidder. Fue la primera luz en todo el caso. Dijo Kiowski que estaba destinado en Zlin, en la frontera de Checoslovaquia con Alemania, el día 28 de marzo de 1944, cuando los sospechosos fueron capturados tratando de pasar la frontera hacia Checoslovaquia. Más tarde supo que sus nombres eran Kirby-Green y Kidder. El jefe de la Gestapo local, Hans Ziegler, les interrogó y esa misma noche, un agente de la Gestapo llamado Knuppelberg, llegó desde los cuarteles generales de la Gestapo en Brno, con órdenes referentes a los dos prisioneros.

Kiowski dijo que él era el conductor esa noche y hacia las dos de la madrugada le llamó Ziegler, junto con otro conductor llamado Schwarzer, para que llevaran a los prisioneros de vuelta a Sagan. Knuppelberg se sentó en la parte posterior del coche con Kidder, esposado, y un hombre de la Gestapo local, llamado Zacharias, se fue en el otro coche con Kirby-Green, también esposado.

Después de avanzar unas cuarenta millas por el camino, a unas diez millas de Moravska Ostrava, Knuppelberg detuvo los coches y libraron a los prisioneros de las esposas para que fueran más cómodos. Kiowski dijo que al apartarse del camino para detener el coche, Kirby-Green y Kidder, ambos, huyeron para desaparecer en la oscuridad. Desde su coche escuchó los disparos de Zacharias y Knuppelberg y los dos prisioneros cayeron muertos.

Bowes estaba seguro que Kiowski mentía. Durante todo este tiempo había esperado que al encontrar a los asesinos, estos tratarían de explicar que los prisioneros habían muerto al tratar de escapar. Bowes y Lyon se sentaron a horcajadas en dos sillas, apoyaron los brazos en los respaldos y se dispusieron a llevar a cabo el interrogatorio. Durante seis horas dispararon pregunta tras pregunta a Kiowski hasta que estuvieron roncos y sudorosos, pero Kiowski no se apartaba de su relato.

Y entonces le cogieron en una mentira obvia. Horas antes, Kiowski había dicho que las órdenes recibidas eran las de llevar a los prisioneros directamente a Sagan, sin detenerse. Y más tarde, en respuesta a lo que parecía una pregunta inocente, Kiowski describió cómo había llenado de gasolina los coches, antes de partir, y dijo la cantidad de combustible que les había puesto. Sólo le alcanzaba para llegar hasta Moravska Ostrava (donde había un crematorio) y luego volver a Zlin. Sagan quedaba

a ciento cuarenta millas de distancia. Bowes acercó su rostro enrojecido a Kiowski y le desafió a que volviera a mentirle, Kiowski se desvaneció.

Le hicieron volver en sí haciéndole tragar *slivovitch* y entonces Kiowski dijo la verdad.

Antes de partir en dirección a Zlin, dijo, le había preguntado a Zacharias qué les iba a suceder a los dos prisioneros, y Zacharias había señalado el pulgar hacia abajo. A unas diez millas de Moravska Ostrava, como había dicho antes, detuvieron los coches y dejaron salir a los prisioneros para que orinaran. Mientras estaban juntos, a la orilla del camino, Zacharias se acercó a Kidder por la espalda y Knuppelberg se detuvo tras Kirby-Green, con las pistolas en la mano. Knuppelberg miró a Zacharias a través de los escasos metros de oscuridad que les separaban y alzó el brazo: era la señal predeterminada. Ambos alzaron sus pistolas y dispararon simultáneamente, y entonces, Zacharias disparó por segunda vez para asegurarse. Kirby-Green y Kidder cayeron al suelo lenta y silenciosamente. La muerte fue instantánea. Knuppelberg condujo el coche hasta Moravska Ostrava y pidió una ambulancia para llevar los cuerpos al crematorio.

Los checos no permitieron que Bowes se llevara a Kiowski. Eran muchos los cargos que tenían contra él. Le ejecutaron al poco tiempo.

Bowes y Lyon se trasladaron a Zlin para comenzar la búsqueda de los otros culpables y allí descubrieron que Ziegler se había suicidado al ser derrotada Alemania. Sin embargo, en la cárcel local encontraron a *Frau Zacharias*. Ella les puso al tanto de muchos detalles sobre Zacharias. Al parecer, no era bueno ni como hombre ni como esposo. Zacharias había fijado sus ojos en una secretaria checa y cuando comenzó a ponerse un poco difícil, la mató. Y luego les relató el caso de una muchachita de diecisiete años, indefensa y acusada de espía. Zacharias la llevó a un bosque y más tarde envió a un obrero-esclavo ruso para que enterrara el cadáver. El infierno no es nada comparado a una mujer engañada.

—Ahora se encuentra en Bremen —dijo *Frau Zacharias*.

Dio a Bowes la dirección. Bowes envió a un ayudante a Bremen y éste arrestó a Zacharias en la dirección dada por su esposa. Era un hombre de alta estatura, rubio, de labios y nariz firmes; un tipo bastante duro, lo que demostró al fugarse a las veinticuatro horas, burlando la custodia americana.

Bowes estaba furioso. Registraron e inspeccionaron media Alemania, pero no se encontraron rastros de Zacharias hasta que en el séptimo día interceptaron una carta dirigida a un pariente, que decía: «Tío Erich está bien y pronto saldrá de viaje.»

Los nombres de Zacharias eran Herman August Erich. La carta venía de un pueblo cercano a la frontera con la zona rusa. Bowes se trasladó rápidamente al pueblo acompañado de un grupo de policías y al anochecer rodearon la casa de donde había partido la carta. Bowes y Lyon entraron con las pistolas en la mano y en la cocina encontraron cenando a Zacharias. Junto a él había una maleta. Debía partir

dentro de una hora, entrar en la zona rusa y desaparecer en ella, donde, seguramente, no habría existido ninguna posibilidad de capturarlo.

Bowes le envió en avión a Inglaterra donde se fugó nuevamente, pero fue cogido una vez más. En la cárcel de Londres negó todo conocimiento de los asesinatos hasta que le colocaron frente a las evidencias de su esposa y de Kiowski. Zacharias alzó la vista y se encogió de hombros.

—Bien, sólo se puede morir una vez —dijo, y confesó.

Por fin Bowes pudo tener la certeza de que la Gestapo había estado envuelta en los asesinatos. Se trasladó en avión a Brno para seguir la pista de Knuppelberg y allí supo que un oficial de la Gestapo de Brno, S.S. *Hauptsturmfuehrer* Franz Schauschutz había estado en Zlin en los días que ocurrieron las muertes.

En Brno encontró un pequeño café, antes muy concurrido por la Gestapo y el propietario, escupiendo ante la sola mención de sus antiguos clientes, dijo a Bowes que Schauschutz y Knuppelberg y otros solían emborracharse allí varias veces a la semana y llevaban secretarias a las que desnudaban totalmente. Un artista de la localidad había captado el espíritu de algunas de estas orgías en una serie de murales en los cuales aparecían unos sátiros sosteniendo en sus brazos a muchachas desnudas. Con mucho atrevimiento el artista había dibujado a los sátiros con las efigies de los hombres de la Gestapo (quienes lo tomaron como una magnífica broma).

—Éste —dijo el propietario, señalando con un sucio dedo a uno de los sátiros—, es Knuppelberg. Y éste —señalando a otro—, es Schauschutz.

Y agregó con amargura:

—En cinco años nunca me pagaron una cuenta.

Bowes fotografió las cabezas. En lo que quedaba de las fichas de la policía de Brno, encontró el nombre de Schauschutz y una dirección de un pequeño poblado de Austria. Se trasladó en coche hasta el pueblo y allí detuvo a Schauschutz, reconociéndole por la fotografía de los murales del café de Brno.

Al parecer, Schauschutz no había estado envuelto directamente en los asesinatos, pero sabía algo de lo sucedido posteriormente. Después de anunciar las muertes, en Inglaterra hubo un gran escándalo (esto lo sabía muy bien Bowes). Ribbentrop, alarmado, exigió a Himmler que se ocultaran los asesinatos cuidadosamente.

Schauschutz dijo que los cuarteles generales de la Gestapo en Berlín mandaron llamar a Knuppelberg y allí, en la oficina de Mueller, jefe de la Gestapo en Berlín, Knuppelberg se entrevistó con un hombre llamado Scharpwinkel, jefe de la Gestapo en Breslau, y con hombres de la Gestapo de Karlsruhe, Munich, Estrasburgo, Saarbruecken, Danzig y Kiel. El caso se aclaró totalmente con las confesiones de Schauschutz.

Mueller, dijo Schauschutz, reprendió duramente a los representantes de la Gestapo presentes. Sus informes sobre las muertes de los prisioneros de la Fuerza Aérea evadidos eran los mismos, absolutamente faltos de imaginación. Sin excepción ninguna, dijeron que los prisioneros trataron de escapar mientras se les permitió

orinar durante el viaje de vuelta a Sagan. Mueller les dijo que debían volver a sus puestos y preparar nuevos informes con mayor variedad y que incluyeran detalles convincentes. Schauschutz dijo que Knuppelberg volvió a Brno e inventó un nuevo informe falso que fue enviado a Berlín.

Bowes distribuyó a sus grupos en las ciudades mencionadas por Schauschutz y se trasladó a Varsovia para conseguir un permiso de entrada en Breslau.

Cuatro de las urnas no llevaban grabado el nombre del pueblo, pero en el crematorio de Kiel, uno de los hombres de Bowes encontró una ficha del 29 de marzo de 1944 en la cual se indicaba que allí se había cremado a cuatro personas. La columna donde debían estar los nombres presentaba cuatro espacios en blanco. Otto Fahl, el viejo empleado del crematorio, dijo que recordaba vagamente a estas cuatro personas. Eran hombres. Creía recordar que les habían traído de Flensburg, en la frontera con Dinamarca.

En Flensburg, Bowes encontró a algunos de los hombres de la Gestapo bajo custodia de los británicos. Le dijeron que los cuatro hombres habían sido pilotos evadidos entregados a ellos por hombres de la Gestapo de Kiel, conducidos por el mayor Post.

Bowes siguió la pista de Post y le arrestó en un garaje en Celle. Era un hombre moreno, fuerte, arrogante, quien negó todo conocimiento de las cuatro víctimas. Bowes y su equipo apresaron a otros agentes de la Gestapo de Kiel: Kaehler, Oskar Schmidt, Franz Schmidt, Jackobs y otros. Franz Schmidt fue el primero en hablar y confesó toda la historia.

Jimmy Catanach, el australiano, Christensen, neozelandés y Espelid y Fugelsang, dos noruegos, habían sido detenidos en la frontera danesa y luego encerrados en la cárcel. Fritz Schmidt, jefe de la Gestapo de Kiel, recibió un mensaje secreto de Mueller, en Berlín, por el cual se le ordenaba la eliminación de los cuatro hombres. Schmidt llamó a Post y a otros hombres de confianza y les dijo lo que tenían que hacer. Luego estrechó la mano a cada uno de los verdugos y les dijo que todo quedaría en secreto, bajo juramento de la Gestapo.

Post y su grupo se trasladaron a Flensburg. Post metió a Catanach en su coche. Los otros tres viajaron en el segundo coche. Post condujo a un par de millas delante del resto y se detuvo en el campo cerca de Rotenhahn. Dejó que Catanach llegara hasta la cerca y le disparó por la espalda. Catanach murió instantáneamente. Un par de minutos después llegó otro coche. Los tres prisioneros fueron obligados a bajar y caminar hasta el campo. Uno de ellos vio el cuerpo de Catanach y dio un grito, y los tres corrieron en distintas direcciones, pero no alcanzaron a avanzar diez pasos. Cayeron bajo una lluvia de balas.

Los hombres de Bowes proporcionaron lápiz y papel a Schmidt y le enviaron de vuelta a su celda para que escribiera su confesión. Cuando fueron a recoger la confesión descubrieron que se había quitado la camiseta, luego se había puesto en pie en una silla y atado al extremo de la camiseta al tragaluz de la celda; había atado las



mangas torcidas en torno a su cuello y después había apartado la silla. Estaba colgando, muerto. Pero sí había escrito algo en el papel que le proporcionaron; una nota dirigida a su hija. Decía: «Hitler tenía razón», y le recomendaba que no olvidara las enseñanzas del nazismo.

Los otros prisioneros de Kiel hablaron alegre y libremente de Post. Dijeron a Bowes que era un sádico insaciable. Uno de ellos relató la forma en que Post había construido un campo de obreros-esclavos y sugirió que echaran abajo una de las barracas. Los británicos pusieron a unos obreros alemanes en la obra de derrumbamiento y bajo los cimientos descubrieron ciento sesenta cadáveres de las víctimas de Post.

Finalmente, Bowes logró pasar de Varsovia a Breslau, Goerlitz, Hirschberg y Sagan, pero los rusos y polacos sólo le presentaron obstáculos y no pudo entrevistarse con ninguno de los hombres de la Gestapo que estaban encarcelados. Un oficial polaco le seguía dondequiera que fuese y, por último, Bowes se sentó en un café junto a su sombra y le invitó a beber hasta embriagarle; en estas condiciones, el polaco le confesó que era considerado un espía.

Por extraño que parezca, desde Moscú llegó la noticia de que Scharpwinkel estaba encarcelado allí. El capitán Comish del Ejército británico se trasladó en avión a Moscú y los rusos le condujeron ante Scharpwinkel, un hombre de aspecto duro, despiadado, a quien los rusos convencieron para que confesara. Aun cuando Scharpwinkel fue muy parco con la verdad, sus detalles implicaron a Wielen, y éste fue perseguido por toda Alemania Occidental. Wielen acusó a Scharpwinkel y poco a poco fue saliendo toda la verdad.

Scharpwinkel se había trasladado a Goerlitz el 30 de marzo de 1944, acompañado de Lux y su grupo de asesinos, y allí interrogaron a algunos de los prisioneros. Después de almorzar, metieron a seis de ellos en un camión: Cross, Mike Casey, Wiley, Leigh, Pohe y Al Hake. Partieron en dirección a Sagan. Unas cinco millas después de Halban, Scharpwinkel ordenó detener el camión y Lux y sus pistoleros obligaron a descender a los prisioneros. Les escoltaron unos cien metros dentro del bosque y allí Scharpwinkel les comunicó que serían ejecutados.

(«Me sorprendió su calma», dijo Scharpwinkel reflexivamente en Moscú.)

Les alinearon y Lux dio la orden de abrir fuego. Sólo se necesitaron dos salvas para terminar con todos. Lux le dijo a Scharpwinkel que al día siguiente irían a Hirschberg.

Al día siguiente, Lux y sus hombres sacaron a diez prisioneros de Goerlitz: Humphries, McGill, Swain, Hall, Pat Langford, Evans, Valenta, Kolanowski, Stewart, Birkland. Las urnas con las cenizas de estos hombres decían que se les había incinerado en Liegnitz. Ese mismo día, o al siguiente, Lux condujo a sus hombres a Hirschberg, lugar del cual se llevaron a Kiewnarski, Pawluk, Wernham y Skanziklas y les mataron.

El 6 de abril, Lux sacó a otros seis-hombres de Goerlitz:

Grissman, Gunn, J. E. Williams, Milford, Street y McGarr. Se les incineró en Breslau. Pero a Cookie Long no lo sacó de Goerlitz hasta el 13 de abril. Su urna indicaba que había sido incinerado en Breslau.

Esto hacía subir la cifra de asesinatos cometidos por Lux a veintisiete, cifra a la cual, probablemente, también se pueden sumar Tobolski y quizá Danny Krol, quien fue capturado junto con Dowse y Oels en la zona de Breslau. Allí se le vio vivo por última vez y su urna lleva el nombre de Breslau.

Gradualmente y con paciencia, Bowes sacó a luz la mayoría de los detalles de las muertes del resto, investigando en las oficinas regionales de la Gestapo.

Willy Williams, Johnny Bull, Kierath y Mondschein fueron atrapados al intentar cruzar la frontera checoslovaca, cerca de Reichenberg, y después de sufrir un interrogatorio y varios días de cárcel, se les sacó de Reichenberg a las cuatro de la madrugada del 29 de marzo y no se les volvió a ver. Ese mismo día se les quemó en Bruex. Por cierto, no se les mató mientras intentaban fugarse. El día anterior, Baatz, el jefe local de la Gestapo, había firmado la orden de su cremación. Stower también desapareció de la cárcel de Reichenberg.

La *Kriminalpolizei* hizo descender a Gows y a Stevens de un tren, un poco al sur de Munich, y en la noche del 28 de marzo, tres hombres de la Gestapo recibieron la orden de matarles, jurando mantener el secreto con el acostumbrado apretón de manos. Condujeron a los dos prisioneros fuera de Munich, detuvieron el coche en pleno campo y les dijeron que podían salir a relajar un poco los músculos. Y mientras estaban junto al camino, un agente de la Gestapo llamado Schneider, les mató a ambos por la espalda con una metralleta. Se les cremó en Munich. Un año después, cuando el ejército americano se acercaba a Munich, Weil, uno de los que participó en la expedición, se dirigió al crematorio y trató de borrar los nombres de la ficha con un cortaplumas.

Cochran fue capturado cerca de Karlsruhe y el 31 de marzo fue conducido en coche hacia Natzweiler y fue muerto por la espalda en un bosque por un agente de la Gestapo llamado Preiss. Tony Hayter pudo escapar durante dos semanas y sólo entonces la policía le cogió en Estrasburgo, en la frontera con Francia. El 6 de abril, dos hombres de la Gestapo de Estrasburgo le llevaron por una autopista hacia Breslau y le mataron, lo mismo que a los otros, junto al camino.

Bushell y Scheidhauer cogieron su tren en Sagan. (Van Der Stok vio a Bushell que compraba billetes en la estación de Breslau.) Uno o dos días después llegaron a Saarbruecken y estaban en el andén esperando un tren que les llevara a Alsacia cuando se les acercaron dos policías de seguridad. Les mostraron sus papeles que eran casi perfectos. Roger tenía unos pases originales. Sheidhauer hablaba francés naturalmente, por cierto, y Roger hablaba en buen francés y alemán intachable, con acento de Berna. Sus historias eran perfectas: eran franceses que habían estado trabajando en Alemania e iban a Francia durante sus vacaciones. Respondieron

perfectamente a las preguntas sobre sus hogares y familias y, finalmente, los policías les devolvieron sus pases, al parecer, satisfechos.

Mientras se alejaban, uno de los policías recurrió a un antiguo truco. Se dio vuelta bruscamente y le hizo una pregunta rápida a Sheidhauer. Éste, que había estado hablando inglés en el campo de prisioneros durante dos años, respondió involuntariamente en inglés. Los policías sacaron sus pistolas y les llevaron a la prisión de Lerchesflur.

Se les interrogó durante los días siguientes y como la alternativa era declararse espías, confesaron finalmente que habían escapado de Stalag Luft III. En la tarde del 28 de marzo, el doctor Spann, jefe de la Gestapo en Saarbruecken, recibió un teletipo secreto del general Mueller, ordenándole la ejecución de los dos prisioneros. Spann envió a su pistolero, Emil Schulz, a la prisión para sacarles de allí. Schulz les esposó con las manos a la espalda y un conductor de la Gestapo llamado Breithaupt les llevó a él, a Spann y a los dos prisioneros por una autopista en dirección a Kaiserslautern.

Pocas millas más adelante Spann ordenó la detención del coche e hicieron descender a los prisioneros esposados, diciéndoles que podían salir a descansar las piernas y orinar.

Junto al camino, Spann y Schulz dispararon ambos dos tiros. Scheidhauer cayó de bruces y no se movió. Bushell resbaló lentamente de costado. Fueron incinerados en Saarbruecken.

Schulz y Breithaupt no eran populares en Saarbruecken. Bowes encontró a algunos de sus antiguos colegas en los campos de prisión de la localidad y éstos le relataron todo cuanto sabían, incluso el posible domicilio de ambos. Un par de días más tarde Schulz fue detenido en su casa en la zona francesa, y casi al mismo tiempo encontraron a Breithaupt oculto en una choza en un bosque, dentro de la zona americana. Spann ya había recibido su merecido. En los últimos días de la guerra murió en una incursión aérea sobre Linz.

Spann no fue el único que quedó fuera del alcance de la justicia humana. El general Nebe, la persona que eligiera a las cincuenta víctimas y que diera sus nombres a la Gestapo, vio su propio nombre en la lista negra de la Gestapo. Cometió la imprudencia de involucrarse en el complot contra Hitler, en julio, y su antiguo amigo, el general Mueller, con quien almorzaba todos los días en compañía de Kaltenbrunner, le hizo ahorcar.

Mueller no duró mucho tiempo. Murió en la lucha durante la toma de Berlín por parte de los rusos. Kaltenbrunner murió en Nuremberg, junto con otros altos líderes del nazismo.

Lux murió en la batalla de Breslau, y también la mayoría de su grupo de asesinos. El resto desapareció.

Los rusos no entregaron a Sharpwinkel. Dieron la noticia de que había muerto en Moscú a causa de una enfermedad.

(Bowes está dispuesto a apostar diez contra uno a que el brillante y despiadado Scharpwinkel aún viste un uniforme en Rusia o en la zona rusa de Alemania, ejercitando a hombres en la tarea que él tan bien conoce.)

Ahora, Bowes sabía con detalles lo sucedido a cuarenta y seis de los cincuenta, y en custodia tenía a dieciocho hombres para ser juzgados. Además de los que habían muerto, deseaba echar el guante a otros culpables menores, pero éstos se habían repartido por toda Alemania y sus huellas estaban bien cubiertas.

El juicio de los dieciocho comenzó el 1.º de julio de 1947, en la Corte Número Uno de Crímenes de Guerra, en una sala antigua y gris del Kurio Haus, en Hamburgo. Los jueces militares, vestidos de caqui y con el azul de la R.A.F., se sentaron en fila tras una mesa sobre una plataforma al frente de la sala: un mayor-general, un comodoro del aire, tres coroneles y dos comandantes. En el centro, para guiarles en los asuntos legales, se sentó el fiscal general, con peluca y toga negra; un hombre alto, delgado, de nariz ganchuda y una voz tensa e incisiva.

En el otro extremo de la sala se sentaron los acusados en dos filas, en unos largos bancos sobre una plataforma, y frente a ellos se sentó su defensor alemán, vestido con una toga negra.

Durante cincuenta días (uno por cada hombre asesinado) se fueron acumulando las evidencias, y el último día la Corte les sentenció a todos.

Wielen, de sesenta y cuatro años, cubierto de canas, fue declarado culpable de tomar parte en la conspiración de alto nivel para asesinar a los cincuenta y se le sentenció a prisión perpetua.

Schulz y Breithaupt fueron declarados culpables de los asesinatos de Bushell y Sheidhauer y se les condenó a muerte.

Alfred Schimmel fue declarado culpable de la muerte de Tony Hayter y se le sentenció a la pena capital.

Josef Gmeiner, Walter Herberg, Otto Preiss y Heinrich Boschert fueron declarados culpables del asesinato de Cochran. Sentencia de muerte.

Johannes Post y Hans Kaehler fueron condenados a muerte por los asesinatos de Catanach, Christensen, Fugelsang, y Espelid. Arthur Denkman el conductor del coche, recibió diez años de prisión por complicidad.

Oskar Schmidt y Walter Jackobs fueron sentenciados a muerte por los asesinatos de Christensen, Espelid y Fugelsang. El conductor del coche, Wilhelm Struve, fue sentenciado a diez años de prisión por ser cómplice.

Emil Weil, Eduard Geith y Johan Schneider fueron declarados culpables de los asesinatos de Gows y Stevens y se les condenó a muerte.

Zacharias fue condenado a muerte por los asesinatos de Kirby-Green y Kidder.

Post se demostró arrogante y cínico hasta el fin. Debe haber comprendido que sólo había una posibilidad de escapar para él. La mayoría se mostró muy dócil. Jackobs se convirtió a la religión.

Más tarde, la sentencia de muerte de Boschert fue conmutada por la de prisión perpetua, pero los otros trece condenados fueron ejecutados en la horca en la Cárcel de Hamelin, cerca de Hamburgo, el 26 de febrero de 1948.

Aún quedaban sin vengar cuatro de los pilotos asesinados: Tim Walenn, Henri Picard, Gordon Brettell y Romas Marcinkus. Bowes había seguido su pista hasta Danzig, lugar al cual se dirigían. La policía les hizo descender de un tren cerca de Schneidemuhl y les encerraron en un campo durante la noche. Un sargento británico que se encontraba en el campo de prisioneros informó después de la guerra que tenían un plan para fugarse, ya que les iban a ejecutar de todos modos, cuando llegó la Gestapo y se los llevó.

Bowes supuso que se trataría de la Gestapo de Danzig. Tenía encerrados tras la alambrada de Esteverger, cerca de Danzig, a sesenta de los antiguos miembros de la Gestapo de Danzig y de los distritos cercanos, y les interrogó en repetidas ocasiones, pero nada pudo sacar en limpio. El jefe de la Gestapo en Danzig, doctor Venediger, lo sabría todo, esto era obvio. Pero el doctor Venediger había desaparecido. Y entonces, cierto día del mes de julio de 1948, uno de los prisioneros llamado Achterberg, pidió verle.

—Creo que aquí están encerrados muchos inocentes —dijo Achterberg—. El hombre que usted busca se llama Burchhardt y me parece que podría decirle dónde se encuentra. Su esposa vive un poco al norte de Hamburgo.

Y Achterberg mencionó la dirección de un pequeño poblado.

Achterberg y sus compañeros dijeron muchas cosas a Bowes sobre Burchhardt, y ninguna de ellas fue favorable. Según ellos, Burchhardt era el verdugo de mayor confianza en Danzig por el orgullo y placer con que ejecutaba su trabajo. Tenía muchos asesinatos en su haber en nombre del deber. Su método favorito, según sus propios camaradas, era llevarse a la víctima a su habitación y azotarla con un látigo de piel de rinoceronte hasta morir. Decían que era un hombre tan fuerte como un gorila y que casi podía cercenar la cabeza de una persona con su látigo. Bowes no dio crédito a estas palabras en mi comienzo, pero fueron tantos los colegas de Burchhardt que repitieron la misma historia con tanta sinceridad, que terminó por creerles.

—Cuidado con Burchhardt, —le dijo uno de ellos—. Probablemente disparará primero.

Un grupo de hombres armados acudió a la dirección proporcionada por Achterberg y encontraron allí a la esposa de Burchhardt, pero no a él. Sin embargo, descubrieron que Burchhardt había cometido el mismo error de Zacharias.

—Huyó con su amante —dijo la *Frau* abandonada, con furia—. Yo puedo decirles dónde le encontrarán... En un pueblo llamado Kempten, en la zona americana. Ahora se apellida Brandt y trabaja como carpintero. Probablemente también encontrarán con él a la mujer, Toni Schatz.

Viajaron todo el día en coche y llegaron a Kempten, cerca de la frontera con Suiza, hacia la medianoche y a la una de la madrugada irrumpieron en el departamento de Toni Schatz. *Fraulein* Schatz era una rubia curvilínea que les recibió iracunda, vestida sólo con un slip que a duras penas lograba camuflar lo que no ocultaba. Al comienzo dijo que jamás había oído hablar de Brandt o de Burchhardt, pero cuando la amenazaron con enfrentarla a *Frau* Burchhardt, se rindió y proporcionó la dirección de un piso a poca distancia del suyo.

Para que no pudiera dar la voz de alarma dejaron un guardia con Toni y Bowes apostó a veinte hombres en las entradas del edificio señalado por la muchacha. Despertó al portero y obtuvo la llave maestra y a las tres de la madrugada, Bowes y Lyon entraron silenciosamente en el departamento en el cual, según el portero, vivía *Herr* Brandt.

El departamento estaba a oscuras y avanzaron hacia el dormitorio a tientas. Una vez que estuvieron en sus puestos junto a una figura dormida sobre la cama, Bowes encendió la luz. Burchhardt se despertó de inmediato y dio un salto al verles. Encontraron una pistola cargada bajo la almohada. El alemán era tan gigantesco que las esposas no lograron abarcarlo el diámetro de sus muñecas.

—Espero —dijo Burchhardt, el poco ortodoxo verdugo—, que se me dará una oportunidad.

Bowes descubrió lo sucedido a los últimos cuatro pilotos recapturados confrontando la versión de Burchhardt con las evidencias ofrecidas por los hombres de la Gestapo de Danzig prisioneros en Esteverger (ahora hablaban con toda libertad). Burchhardt y un grupo de asesinos les condujeron a un bosque en las afueras de Trampken, a unas doce millas de Danzig. Entre los árboles, a unos cincuenta metros de la carretera, les ametrallaron y los cuatro murieron instantáneamente.

En esa misma época, Bowes dio con Erwin Wiczorek, quien había formado parte del grupo de Lux en Goerlitz, y con Richard Haensel, jefe de la *Kriminalpolizei* en Goerlitz. El 11 de octubre, estos dos hombres y Burchhardt se enfrentaron a la Corte de Crímenes de Guerra, que se reunió nuevamente en la gris sala de paneles de la Kurio Haus en Hamburgo.

El juicio duró veinte días y Wiczorek fue declarado culpable de complicidad en los asesinatos de Cross, Casey, Leigh, Wiley, Pohe y Hake. Fue sentenciado a muerte.

Haensel fue absuelto por no haberse comprobado que tomara parte efectiva en la conspiración.

Burchhardt fue declarado culpable de los asesinatos de Walenn, Picard, Brettell y Marcinkus y sentenciado a muerte.

Wiczorek y Burchhardt no fueron ejecutados. La sentencia de Wiczorek no fue confirmada por las autoridades británicas de ocupación. Declaró no haber estado presente en el momento del asesinato de los prisioneros en el bosque, sino que se encontraba arreglando un desperfecto en el motor de uno de los coches aparcados junto a la carretera. Se le dejó en libertad.

La sentencia de muerte declarada sobre la persona de ese verdugo de confianza llamado Burchhardt fue conmutada por la de prisión perpetua. Las autoridades consideraron que había pasado demasiado tiempo desde la fecha de los cuatro asesinatos (cuatro años) para darle la pena capital. Y también habría sido una falta de tacto político ante la creciente responsabilidad adquirida por Alemania.



# LA GRAN EVASION

PAUL BRICKHILL



se

Lectulandia



